

En su conjunto,
El Príncipe tiene para nosotros un doble interés: como documento psicológico del choque entre dos épocas en un espíritu excepcionalmente lúcido, aunque acomodaticio y siempre en busca del mal menor, y como análisis de la técnica del poder.

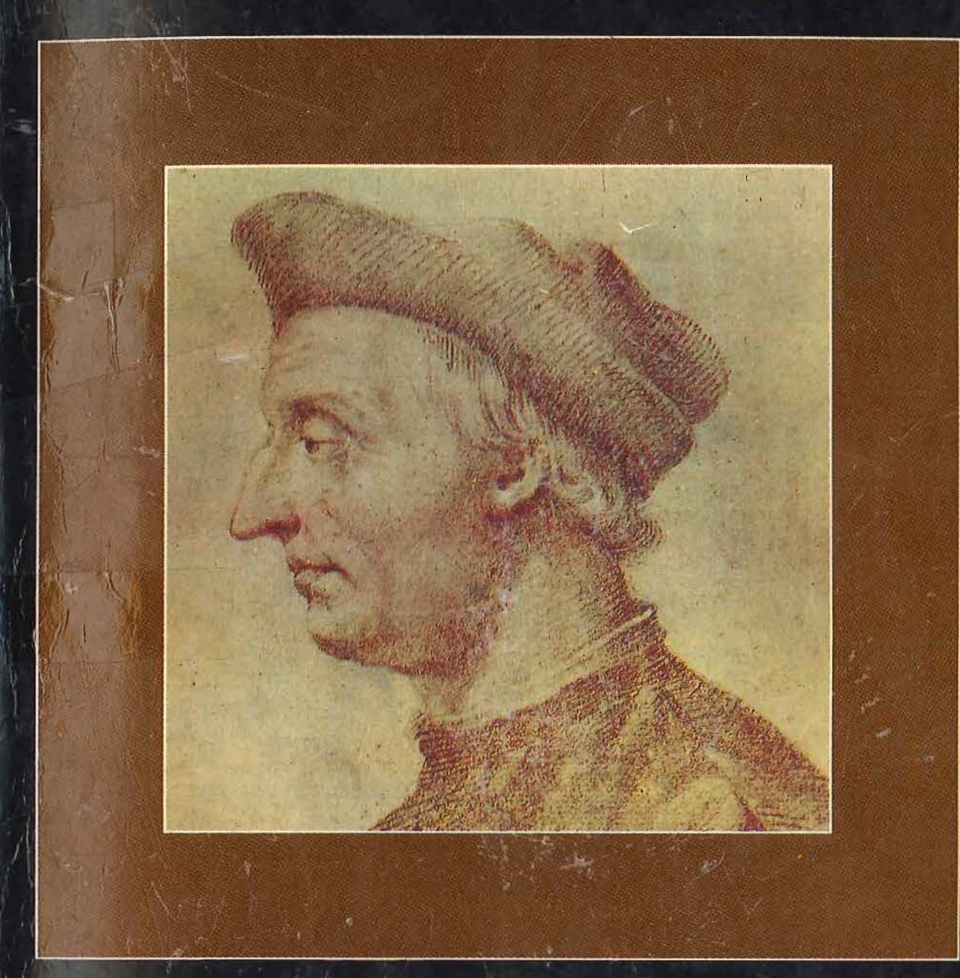
Desde este segundo punto de vista, *El Príncipe* es un libro objetivamente anarquista, pues se caracteriza por lo fundamental de la posición libertaria, ya que ve la historia como una tensión continua provocada por la lucha por el poder (entre rivales) y entre el poder y la libertad (entre príncipe y pueblo), a la vez que hace coincidir el bien común con la libertad y demuestra, como nadie antes lo había hecho, la fundamental inhumanidad del poder.

Luce Fabbri Cressatti

NICOLAS MAQUIAVELO EL PRINCIPE LUCE FABBRI CRESSATTI

NICOLAS MAQUIAVELO

EL PRINCIPE



Prólogo y notas de
Luce Fabbri Cressatti

Edición bilingüe:
Italiano – Castellano



Editorial Nordan-Comunidad
versión bilingüe italiano-español
Montevideo, 1998

NICOLAS MAQUIAVELO

El Príncipe

Edición bilingüe:
Italiano - castellano

Prólogo y notas por:
Luce Fabbri Cressatti

Traducción:
Stella Mastrángelo



Diseño gráfico: *ComunArte*
Portada: *Ruben G. Prieto*

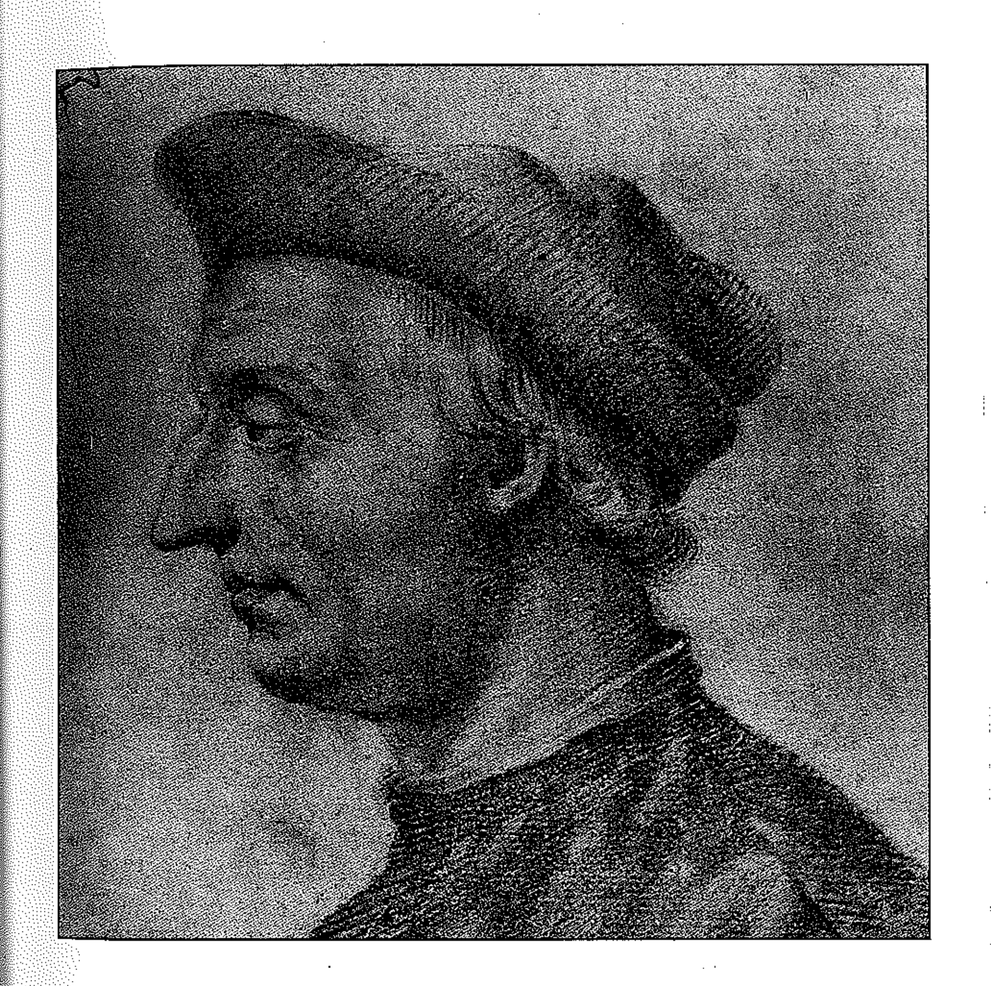
Avda. Millán 4113, tel: 35 56 09
12900 Montevideo, Uruguay

Impreso en Uruguay – ISBN: 9974-42-003-2

Indice

MAQUIAVELO:

Entre el ser y el «deber ser»



Sentimos a Maquivelo como un contemporáneo porque estamos viviendo una crisis en cierto modo homóloga a la del siglo XVI, y porque él nos proporciona los elementos para juzgarla y es el único que lo ha hecho con tan implacable claridad.

Hay un Maquiavelo de leyenda, que tiene mala fama, el del fin que justifica los medios, el polítco sin escrúpulos, el consejero de los tiranos. Y está el Maquiavelo que nos presentaron nuestros profesores siguiendo a De Sanctis y a Croce, un Maquiavelo creador de la ciencia política, un pensador que, en los umbrales del Renacimiento, descubrió que la política es independiente de la moral, pertenece a otra esfera, la esfera de lo útil, como la economía. Y nos ha enseñado que en la historia lo que cuenta es el ser, no el «debe ser»: la realidad, no la justicia.

Dice De Sanctis que en la obra de Maquiavelo «están los derechos del Estado; faltan los derechos del hombre»[1]. «Por la patria todo es lícito y las acciones, que en la vida privada son delitos, se vuelven magnánimas en la vida pública. Razón de Estado y salud pública eran las fórmulas vulgares en las cuales se expresaba ese derecho de la patria superior a todo derecho»[2]. Y Croce se hace en esto, como en casi todo lo demás, el continuador de De Sanctis, incorporando el pensamiento de Maquiavelo a su definición de lo útil, diferenciado netamente de lo ético. Y remacha este concepto, respaldando esta visión del pensamiento de Maquiavelo, con negar que haya medios inmorales. La acusación que se levanta contra Maquiavelo, de recomendar medios inmorales para fines morales, medios que se justificarían con la moralidad de los fines, carece, para Croce, de todo fundamento, pues sólo los fines son morales o inmorales; los medios son adecuados o inadecuados[3]. Y aplica el mismo criterio al pensamiento de Marx, en quien veía –dice Boulay[4]– «el Maquiavelo del proletariado».

1. Francesco De Sanctis, Storia della letteratura italiana. Milano. Treves. II, p. 86.

2. Ibidem, p. 56.

3. Benedetto Croce. Materialismo storico ed economia marxista. Laterza, Bari. 1918. Pp. 112-113.

4. Charles Boulay. B. Croce jusqu'en 1911. Ed. Droz. Génève. 1981. P. 345.

Una visión que cambia

Ahora bien: si nos acercamos a Maquiavelo directamente, olvidando las introducciones académicas a las distintas ediciones de sus escritos, leyendo estos últimos en orden cronológico, teniendo en cuenta a cada paso quién y cómo era el autor, qué sucedía en ese momento, qué otras cosas escribía contemporáneamente y además, la reciente herencia medieval y el entorno humanístico y renacentista, nuestra visión del escritor cambia, no radicalmente, pero lo suficiente para sostener que:

Maquiavelo no excluye la moralidad de la política y no es en ese sentido que hay que considerarlo el fundador de la política como ciencia, sino en el sentido de haber estudiado el deseo de poder en su eterno choque con la exigencia humana de libertad, reconociendo en este choque el principal factor de la historia[1];

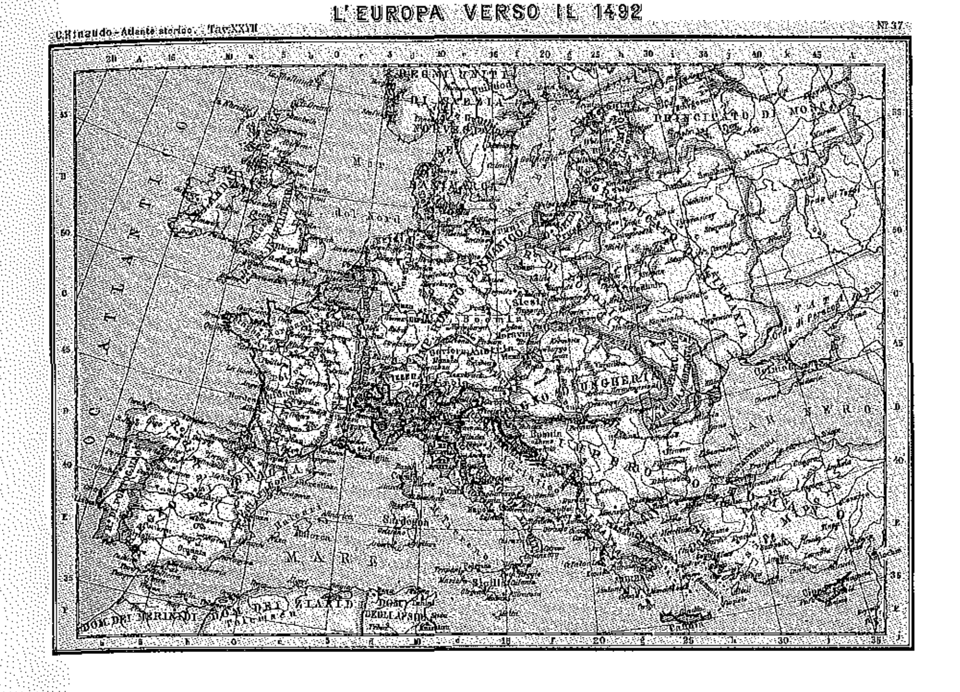
El no recomienda nunca a los pueblos el absolutismo, que él considera una degeneración de la monarquía[2], no sostiene los derechos del Estado, no hace primar la razón de Estado por sobre los derechos de los ciudadanos, excepto en el caso del «estado popular», que responde a los intereses del mayor número y que degenera cuando el pueblo se corrompe, es decir cuando los ciudadanos aprovechan la libertad para su interés particular[3];

Consideró la libertad republicana como el valor político supremo[4];

Su pensamiento no es monolítico y hay en él contradicciones que, todas, tienen su explicación en un plano psicológico o histórico.

El mismo se nos presenta en toda su complicación en una célebre carta a F. Vettori[5] y en una octava autobiográfica, con la que me parece oportuno entrar en el tema del «hombre» Maquiavelo como clave de su pensamiento:

1. No creo que se pueda citar un pasaje determinado a este respectó, pero este es el criterio que se desprende del conjunto de la obra maquiveliana y, en particular, de los primeros capítulos de los *Discursos*... y de *El Príncipe* en su totalidad.
2. N. Machiavelli. Discorsi sulla prima deca di Tito Livio. I, 2.
3. Como ejemplo entre muchos, Ibidem, I, 17 y 18.
4. Esto resulta clarísimo en todos los escritos de Maquiavelo anteriores a 1512 (por ej. «Decenal I», vv. 25-27, «Ritratto delle cose della Magna», «Discorsi...» ya citado, I libro, etc.). Después de esa fecha para él trágica, su lenguaje se hace más cauteloso, pero el sentimiento republicano inspira evidentemente el resto de los «Discursos sobre la primera «deca» de Livio (típico es el segundo capítulo del segundo libro) y asoma en *El príncipe*, en cuanto afloja la autovigilancia. Además del capítulo V, que será objeto de una consideración especial, podemos citar, como ejemplo de los indicios del republicanismo del autor, ocultos en la abundancia misma de argumentos en que se apoyan los preceptos dirigidos al «príncipe nuevo», unas líneas del cap. XII. Allí, en un contexto dirigido al príncipe para convencerlo de la eficacia de las milicias nacionales y de las desventajas que presentan las milicias mercenarias, entre muchas razones estratégicas y ejemplos históricos, a mayor abundamiento, el autor cita el hecho indudable (positivo para él, pero seguramente no para el príncipe, y menos para el príncipe nuevo) de que los ciudadanos armados más difícilmente se dejan dominar por un caudillo ambicioso.
5. N. Machiavelli, Lettere, Ed. Feltrinelli. Milano, 1981. P. 372.



Yo espero
y mi esperanza agranda mi tormento,
yo lloro
y el llanto me alimenta el corazón,
yo río
y esa mi risa no penetra adentro,
yo ardo
y no pasa ese fuego al exterior.
Yo temo lo que veo y lo que siento,
cada objeto renueva mi dolor.
Así, esperando, lloro, río y ardo:
lo que oigo y veo me llena de pavor.

Aun haciendo pesar en el juicio la moda literaria de la contraposición, característica de la época, ese autorretrato nos habla de un ser tan polifacético como su pensamiento político.

Este pensamiento suyo no se podría empezar a estudiar sin tener en cuenta, de entrada, su cualidad de florentino. Florencia había conservado tempestuosamente sus instituciones republicanas hasta el siglo XV, cuando la familia de los Médici, banqueros, había establecido en ella su dominio señorial, muy resistido sin embargo, tanto que fue interrumpido dos veces por revoluciones que dieron lugar a dos paréntesis de sobrevivencia republicana. Maquiavelo vivió justamente ese período conflictual.

Nació en Florencia en 1469, llegó a la edad de la razón bajo Lorenzo el Magnífico, tenía 25 años cuando los Médici fueron expulsados y se restau-

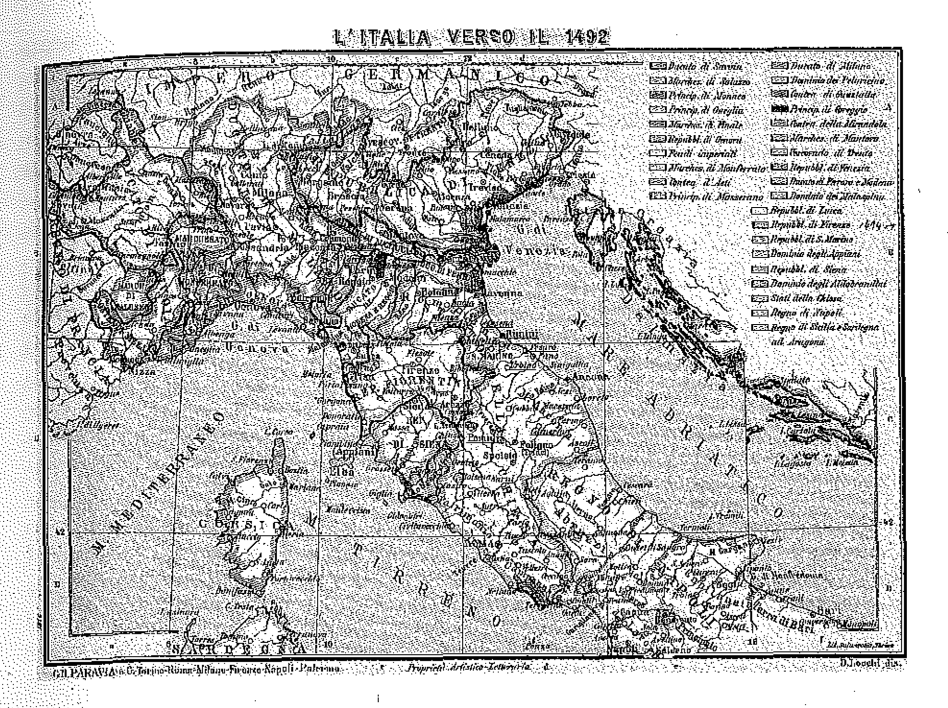
raron en la ciudad-estado las libertades municipales. Si echamos una mirada al horizonte europeo, veremos que en ese entonces (1494) los Reyes Católicos acababan de unificar España con la toma de Granada y Colón había realizado su primero y segundo viaje (Maquiavelo llegó a tiempo para comprender la política absolutista de Fernando el Católico, no para vislumbrar las consecuencias del descubrimiento de Colón). En Francia, Carlos VIII estaba aprovechando los frutos de la obra absolutista de su antecesor. En Inglaterra, de la reciente guerra de las Dos Rosas había salido el pujante absolutismo de los Tudor.

Eran tiempos de luchas feroces por el poder y este se ejercía de modo absoluto. En la mayor parte de las ciudades italianas la república municipal característica de la Edad Media había sido sustituida, a través de un proceso plurisecular, por el poder unipersonal e irrestricto del Señor. Florencia parecía ir a contramano de la historia. Justamente cuando ese horizonte europeo se estrecha alrededor de Italia, y Europa, por decirlo así, se le cae encima haciendo de la península el escenario de sus luchas, los florentinos (1494) aprovechan la ocasión para liberarse de los Médici, sugestionados por los recuerdos de la libertad medieval, por los ideales del reciente humanismo, centrados en la república romana y en la gloria de los dos Brutos, y por la predicación de esa especie de Calvino italiano que fue fray Jerónimo Savonarola. Siguió un paréntesis republicano de 16 años, para el joven Niccolo, declaradamente, el período más feliz de su vida.

En los *Discursos sobre los primeros diez libros de Tito Livio* él habla, a propósito de hechos históricos, pero pensando en su trayectoria personal, de «los tiempos áureos, cuando cada cual puede tener y defender la opinión que quiere»[1]. Antes de 1512, en efecto, él escribió lo que quiso y sus escritos de ese período son los únicos que se pueden juzgar en sí y por sí, sin tener en cuenta la presión de los hechos. Nosotros hemos aprendido, en la experiencia de todo el último siglo, qué sutil, y a la vez pesada, puede ser la presión de los hechos sobre un escritor.

Las obras que Maquiavelo compuso en este período republicano son las menos estudiadas, porque son, naturalmente, las menos maduras, pero nos sirven como piedra de toque para interpretar la producción posterior. Las principales son: los *Decenales*, crónica florentina en tercetos dantescos, los informes correspondientes a las misiones diplomáticas que Maquiavelo desempeñó por cuenta del gobierno de Florencia, transformados luego por él en otros tantos ensayos, probablemente algunos escritos literarios difícilmente ubicables en el tiempo (*Belfagor*, cuento misógino en prosa, algunos de los *Capítulos*, algunas de las *Rimas*) y, casi seguramente, el Libro I de los *Discursos sobre los primeros diez Libros de Tito Livio*, que él consideraba evidentemente como su obra fundamental.

1. «Discorsi sulla prima deca di T. Livio» I, 10.



El enamorado de la República.

Todo estudio sobre el pensamiento de Maquiavelo tendría que centrarse –creo yo– en esta última obra, concebida en un plano teórico desinteresado no circunstancial, y no en *El Príncipe*, escrito en condiciones anímicas excepcionales y con una finalidad circunstancial determinada (recuperar el empleo, hacer menos duro el dominio de las nuevas autoridades sobre el pueblo florentino), que a posteriori se transforma en la otra: hacer de Florencia el núcleo activo de la unificación de Italia.

Estos Discursos estudian la vida política de los tiempos de Maquiavelo a través de un comentario puntual de la historia de la república romana hasta las guerras samníticas inclusive. ¿Por qué eligió Maquiavelo esa parte de la obra de Livio? La razón reside en la tendencia, típicamente humanística, a buscar en la antigüedad útiles modelos de conducta. En esa primera «deca» de la obra de Livio Roma es aún la polis dentro de la cual el pueblo pugna por desempeñar su papel, y su engrandecimiento en los límites de la península itálica se parece, especialmente en sus comienzos, a la expansión de algunas de las ciudades de Italia, y en particular de Florencia, en las postrimerías de la Edad Media. Era un proceso que se daba a través de luchas entre los principa-

les estados italianos, interrumpido por «la diplomacia del equilibrio» de Lorenzo el Magnífico, pero que se podía reanudar en cualquier momento, ahora que había que luchar contra un enemigo común, el ocupante extranjero. Por eso la historia de la república romana le parece a Maquiavelo tan actual.

En esos escritos anteriores a 1512, se revela claramente la figura espiritual de su autor, enamorado de su república florentina, pesimista, mordaz, con una aptitud para la metáfora política que no ha sido bastante estudiada, con cierto desprecio de raíz popular por los personajes encumbrados, con un amor profundo por la libertad, cuyo fundamento reconoce en la igualdad (Dice que los Suizos gozan de una «libre libertad» porque su población es homogénea y nadie sobresale entre los demás, sino en el breve período en que desempeña una magistratura[1].

A todo esto Maquiavelo agrega el convencimiento de que solo el pueblo en armas y no la milicia mercenaria, es decir el ejército profesional de ese entonces, podía defender la independencia de la patria y la libertad de los ciudadanos. Como funcionario del gobierno florentino, Maquiavelo, a partir de 1506, trató en efecto de organizar esas milicias ciudadanas, que eran muy bisoñas en 1512 y no estaban estructuradas como su creador hubiera querido; por esto y otras razones que sería muy largo examinar aquí, fracasaron al defender la ciudad del ejército español que en ese año puso prácticamente la ciudad en manos de los Médici. Pero éstos no perdonaron a Maquiavelo el haberlas creado.

Post res pérditas

En ese año 1512 en que volvió el poder señorial a Florencia y todo su mundo se derrumbó, Maquiavelo no huyó, no fue al destierro como muchos de sus amigos: eligió quedarse y contemporizar con la nueva situación. A partir de ese entonces acostumbró fechar sus escritos contando los años desde la catástrofe, con el agregado «Post res pérditas»: tantos años después de la «pérdida de las cosas», donde res tiene un sentido muy amplio: desde la libertad republicana al prestigio personal del escritor, ligado al empleo que había desempeñado (aludía a la vez a las res publicas y a las res privatas).

Sospechoso para los nuevos señores, Maquiavelo a los pocos meses fue detenido, torturado y, una vez liberado, costreñido a vivir en el campo. Es el momento en que escribe *El Príncipe*, el pequeño libro en que se basa su antigua fama. Es muy probable que remonten a ese difícil momento los tercetos de los primeros cinco cantos del *Asno de oro*, poema inconcluso, iniciado como desahogo personal, en el metro y con el espíritu de los Decenales[2]. El poeta imagina haberse extraviado en el territorio dominado por la maga Circe, que, en la parte del poema que nunca fue escrita, lo iba a transformar en burro. En los cantos que nos quedan, el autor narra, a manera de prólogo, sus amores con una bella pastora, encargada por Circe de llevar a pastar al heterogéneo rebaño de sus ex-amantes, metamorfoseados, según la costumbre conocida de aquella corte, en varios animales.

En estos tercetos, el deseo de ver caer de nuevo el dominio de los Médici (expresado bajo forma de profecía: «al fin los encumbrados caerán»[3] se mezcla de modo interesante con las observaciones generales acerca de la diversidad de los estados y de las razones de estado imperantes. La amargura del autor por su situación personal y por el derrumbe de las libertades florentinas le arranca acentos de protesta contra la corrupción del mundo. El protagonista, aun convertido en burro, denunciará la desvergüenza difusa, «antes de que se coma la montura»[4] –clara alusión a la difícil situación económica del escritor, provocada por la pérdida del empleo– y «ni Dios podrá impedirle que rebuzne»[5].

Mientras trataba de consolarse con su vocación menor, la poesía jocosa, que pasa en este momento al campo estrictamente personal y secreto, en su actividad más seria, la ensayística política basada en la historia, deja de lado por un momento los *Discursos sobre Tito Livio* y escribe *El Príncipe*.

El Príncipe

Imposible –creo yo– entender el verdadero significado de esta obrita explosiva si se la considera aisladamente y, a la vez, como un todo homogéneo. Hay que estudiarla en su complejidad y tener en cuenta múltiples factores.

El primer impulso para la composición de *El Príncipe* fue dado indudablemente por la importancia que de golpe adquiere en Florencia, en 1512, el fenómeno histórico del poder unipersonal absoluto. El proceso en Italia ya estaba en pleno desarrollo en tiempos de Dante, quien, en la segunda parte de su vida, conoció forzosamente a muchos «señores» (los Della Scala, los Polenta, los Malatesta, los Malaspina...) y fue amigo de alguno de ellos, pero cuando los mira en su conjunto, como buen ciudadano de una república, los califica de «tiranos» (Como protagonista de la Comedia, le dice a Guido da Montefeltro, en el canto XXVII del Infierno: «Jamás sin guerra estuvo tu Romaña/dentro del corazón de

1. En «Rapporto delle cose della Magna» (comprendido en: N. Machiavelli. Il principe e opere politiche minori. Ed. Lemonnier. Firenze, 1896, p.161.

2. Luigi Fóscolo Benedetto, al editar en 1920 esta obra junto con otras del mismo autor y del mismo tipo (N. Machiavelli. Operette satiriche. Ed. UTET. Torino. Introducción), fundamenta con excelentes argumentos la hipótesis de que, de los 8 cantos del «Asno de oro» que Maquiavelo escribió, los primeros 5 pertenezcan al momento mismo en que cayó la república, pues reflejan la congoja de ese momento, mientras la atribución tradicional al año 1517 se basa en la fecha de acontecimientos mencionados todos en los útlimos tres cantos, que tienen además un carácter literario muy distinto.

3. N. Machiavelli. Obra citada. «Asino d'oro», IV, 39. P. 82.

4. Ibidem, I, 120. P. 65.

5. Ibidem, I, 108. P. 64.

sus tiranos»).

Después, de a poco, casi todos los municipios libres restantes habían ido desapareciendo. Al iniciarse el siglo XVI, Florencia era, sin embargo, aún una república. Hasta ese momento, con Venecia, había sido la principal excepción a la tendencia general hacia la mini monarquía absoluta, no por haber conservado intacto, como Venecia, el régimen republicano, sino por no haberse resignado al principado, que había sido su forma de gobierno en la segunda mitad del siglo anterior, y por haber vuelto al régimen municipal en la primera ocasión. Ahora, con el retorno de los Médici, entraba de nuevo en la normalidad de la época, con carácter definitivo, al parecer.

Maquiavelo se resigna e interrumpe los *Discursos sobre la primera «deca» de T. Livio*, en los que estudiaba como modelo la república romana, para dedicarse a estudiar el principado.

En la composición de *El Príncipe* influyen –decía– varios factores. El primero es el pensamiento del autor como se había formado a través de la experiencia del secretariado en tiempos de la república y como sobrevivió al terremoto mental y material de 1512.

El gobierno del pueblo y la moral.

El hombre –pensó él siempre– no cambia en su naturaleza profunda; por eso nos sirve el estudio de la historia romana. Ese hombre, que es el sujeto de la historia, es naturalmente egoísta y aprovechador; de ahí que cualquier tipo de sociedad degenere, para empezar a recuperarse cuando la degeneración ha llegado a un grado insoportable: el poder unipersonal degenera fatalmente en tiranía, contra la que los nobles se rebelan en nombre de una libertad que no es tal porque al poco tiempo se traduce en un régimen opresivo para el pueblo. Este cobra conciencia y fuerza y abate el régimen oligárquico para establecer una república popular, estructura que correspondería al ideal de Maquiavelo, pero no se mantiene: el interés personal, que Maquiavelo llama corrupción, hace degenerar esa libertad en licencia. Un ambicioso entonces aprovecha el descontento difuso para establecer en esa sociedad su dominio absoluto: y el proceso vuelve a empezar[1]. «Del bien deriva el mal, del mal el bien» dice Maquiavelo, a propósito de lo mismo, en *El Asno de oro*[2].

Más lentamente fue madurando en él su idea fundamental: que el arte de conquistar, mantener y aumentar el poder no tiene nada que ver con la moral y que por lo tanto, todos los tratados antiguos y medievales acerca de cómo debe ser el «buen príncipe» (cuyo prototipo podría ser el *De regimene principum* del cardenal Egidio Colonna) no tienen ningún asidero en la realidad de los hechos, que Maquiavelo llama «la realidad efectual»[3]. En este terreno se ha producido el gran malentendido acerca del pensamiento de Maquiavelo, atribuible a la poca precisión con que se usa la palabra «política».

Si limitamos su significado al «arte de gobernar», indudablemente Maquiavelo da origen a una ciencia política basada en lo útil y completamente separada de la ética. Pero Maquiavelo no se ocupa sólo de los gobernantes. El, que se jactaba de ser «hombre popular», estudia, como especialista en ciencia política, no sólo a quien gobierna, sino también a quienes tratan de ser gobernados lo menos posible, como, por ejemplo, la plebe romana antigua o el pueblo florentino de su tiempo. El se considera un técnico en la materia y establece fríamente lo que debe hacer el príncipe para dominar y lo que deben hacer los pueblos para defender su libertad contra los príncipes. En esto consiste la ciencia. Pero solo la técnica del poder está separada de la moral. La libertad, la república fundada en buenas leyes y defendida por sus ciudadanos, pertenecía –y todos los *Discursos sobre la primera «deca» de T. Livio* lo demuestran– al campo del «debe ser», de la moralidad, porque, si el interés del príncipe comúnmente es opuesto al interés general, que es para Maquiavelo la medida de lo moral, los deseos populares coinciden casi siempre con el bien común, pues los integrantes del pueblo no tienen posibilidad de acceder al poder individualmente y por lo tanto desean naturalmente, para todos, la libertad.

El error principal de De Sanctis es justamente el de considerar que Maquiavelo justifica el poder absoluto con el interés general, cuando el escritor florentino, con la sola excepción del último capítulo de *El Príncipe*, estudia el poder absoluto sin justificarlo más que desde el punto de vista de una técnica al servicio de las ambiciones personales del príncipe, y en cambio dice explícitamente que ese poder es, en general, opuesto al bien común.

Los príncipes se mueven en el campo de la realidad efectual. El «óptimo príncipe» de Egidio Colonna pierde inevitablemente el poder; para conservarlo, tiene que observar las reglas que da Maquiavelo es su obrita: ser bueno cuando se pueda, parecerlo en cualquier caso, pero ser malo, mentiroso, incumplidor, asesino, cuando sea necesario.

Maquiavelo está orgulloso, moralmente orgulloso, de decir en voz alta la verdad y terminar con la hipocresía del «buen príncipe». Pero, en los *Discursos*, dice con todas las letras que en la resistencia al despotismo está el «deber ser».

«No el bien particular, sino el bien común engrandece las ciudades. Y, sin duda, solo en las repúblicas se cuida el bien común (...) Lo contrario sucede cuando hay un príncipe, porque en general lo que lo aventaja perjudica a la ciudad y lo que conviene a la ciudad lo perjudica a él» (*Discorsi sulla prima Deca di T. Livio*, II, 2).

Además, considerando que el príncipe suele salir de la nobleza y, de todos modos, tiene entre los nobles los rivales que desean suplantarlo, puede interesar, como corola-

1. N. Machiavelli. Discorsi sulla prima deca...1, 2.
2. N. Machiavelli. Operette satiriche. «Asino d'oro». V. 104, P. 91.
3. N. Machiavelli. Il principe. XV (primera parte).

rio, este otro pasaje: «Si se considera el fin de los nobles y de los que no son nobles, se verá en aquellos un deseo grande de dominar y en estos solamente el deseo de no ser dominados y, por consiguiente, un mayor deseo de vivir libres». (Ibidem, 1,5).

La verdad vigilada

Estas eran las ideas de Maquiavelo cuando sobrevino la crisis política de 1512 que divide su vida en dos partes profundamente distintas, exactamente como el forzoso destierro había dividido en dos partes profundamente distintas, dos siglos antes, la vida de Dante.

La «realidad efectual» ha caído sobre el autor bajo la forma de pérdida del empleo, cárcel, tortura, confinamiento en el campo. Los caracteres del absolutismo ya no son objeto de estudio, sino de experiencia directa. Y acontece lo que Maquiavelo siente más en lo hondo: se termina la libertad de palabra.

No podemos, por eso mismo, leer *El Príncipe* con los mismos criterios con que leemos los ensayos sobre las condiciones políticas de Francia o Alemania, escritos en tiempos de la república, ante res pérditas.

En *El Príncipe* triunfa el realismo, pero es un realismo vigilado, lleno de precauciones. Y, a pesar de que esto es evidente, casi nunca se ha tenido en cuenta al juzgarlo. Maquiavelo no dice lo que no piensa, pero dice solo la mitad de lo que piensa: la otra mitad la dice en el *Asno de oro*, cuyos primeros cantos, por el momento, oculta cuidadosamente en un cajón. Puede que los esbirros de los Médici los hayan encontrado en el allanamiento y que en ello esté la causa de la tortura y de la posterior imposibilidad para el autor de recuperar el empleo[1].

De todos modos, el descubrimiento que él había hecho, de que la historia no es una galería de ejemplos para educar a los niños, sino una ciencia implacable y de que la vida política debe ser analizada como es y no mitificada presentándola como debería ser, lo llena de orgullo. El proclama su verdad como un desafío a la hipocresía mojigata, y latinamente llama virtuoso (porque es eficaz en su terreno, hace bien lo que hace)a César Borgia, que en los *Decenales* había presentado como una serpiente ponzoñosa (I,388-408).

Este realismo lo lleva a adoptar en lo personal un criterio que se puede llamar oportunista y que conciliaba –según él, y yo no lo justifico– su interés particular de conservar o recuperar el empleo con el interés de Florencia de ser gobernada -dentro de la tragedia de la pérdida de sus libertades- lo mejor posible. Siempre fue partidario del «mal menor». Hay varias pruebas de esta línea de conducta, además de la comparación de *El Príncipe* con los *Decenales* anteriores y el *Asno de oro* contemporáneo. Si en *El Príncipe* aconseja al monarca que no mantenga las promesas cuando no le convenga, en los *Discursos* afirma que, donde el pueblo interviene en

1. Véase el «Prólogo» de Luigi Fóscolo Benedetto a las «Operette satiriche», ya citadas, pp. 20-29.

el gobierno y lo controla, los pactos se cumplen más fielmente que en una monarquía y que, por lo tanto, una alianza con una república es siempre más segura (Indirectamente sugería a las potencias extranjeras que ayudaran a apoyar en Florencia la república)[1].

Cuando el papa León X, que desde Roma era, a través de sus parientes, el virtual señor de Florencia, le pidió que estructurara una nueva constitución para la ciudad, Maquiavelo le propone un curiosísimo proyecto de poder unipersonal a término, destinado a durar mientras viviera el papa, para ser sustituido después por un régimen republicano minuciosamente descrito[2];

Por otra parte él proclama legítimo el oportunismo cuando se trata del interés general. En los *Discursos* exalta al primero de los Brutos, quien simuló la locura para poder preparar más tranquilamente la revolución contra el rey Tarquino: «Conviene hacerse el loco, como Bruto; y bastante se hace uno el loco, alabando, hablando, viendo, haciendo cosas en contra de lo que se piensa, para complacer al príncipe»[3].

Otras de las conclusiones a las que Maquiavelo estaba llegando cuando se produjo la crisis decisiva de 1512 era que la multiplicidad de pequeños estados en que Italia estaba dividida, con la secuela de las pequeñas interminables guerras internas en las que repúblicas y príncipes empleaban milicias mercenarias en su mayor parte extranjeras, debilitaba desastrosamente la península, destinándola a transformarse en dominio francés o español, a menos que, como Francia en tiempos anteriores o España en esos mismos años, se unificara. La virtual, aunque efí-

DISCORSI DI NICCOLO MACHIAVELLI CITTADINO, ET SEGRETARIO FIORENTINO SOPRA LA PRIMA DECA DI TITO LIVIO A' ZANOBI BVONDELMONTI, ET A' COSIMO, RVCELLAI.



M. D. XXXI.

Portada del libro

1. N. Machivelli. Discorsi sulla prima deca... I, 59.
2. El proyecto, que fue pedido y redactado después de la muerte de Lorenzo di Piero de Médici, se titula: «Discorso sopra il riformar lo stato di Firenze» y se puede leer en «Il principe e opere politiche minori» Ed. citada, p. 121.
3. N. Machiavelli. Discorsi sulls prima deca... III,2.

mera unificación de la Italia central, doce años antes, por parte de César Borgia le hizo pensar que una de las ciudades-estados o uno de los príncipes italianos podían ser agentes de una unificación que, por más que se la quiera definir hoy como utopía, en ese entonces estaba en el ambiente. Cuando Julio II levantó la bandera antifrancesa con el grito de «¡Fuera los bárbaros!», se apoyaba en cierta conciencia colectiva. Hay que decir que muy pronto se reprodujo, en favor de Florencia, la circunstancia que, a principio de siglo, había favorecido a César Borgia: el vínculo de parentesco entre el eventual agente unificador y el papa, puesto que el señor de Florencia, Juan de Médici, fue elegido pontífice con el nombre de León X, y dejó solo nominalmente el gobierno de la ciudad en manos de su hermano Julián, y luego de la muerte de éste (1516), en las de su sobrino Lorenzo.

Esta coincidencia debió impresionar profundamente a Maquiavelo, que recordaba con qué facilidad César Borgia, apoyado interesadamente por el papado (que siempre se había opuesto a la formación de un estado unitario en la península, pero que, en esa oportunidad, por razones de parentesco, la favorecía), se había apoderado de Umbria, parte de las Marcas y Romaña, derrotando a los minúsculos señores de sus ciudades y a las milicias mercenarias de estos últimos. Ahora la situación se reproducía, pues un Médici ocupaba el trono de S. Pedro. Y esta vez, en el año 1513, era Florencia, la ciudad a la que Maquiavelo amaba «más que a su alma»[1], la que se encontraba en la situación particularmente afortunada en la que se había encontrado, en 1500, César Borgia.

«El Príncipe», personaje trágico

El Príncipe, compuesto en 1513, en un momento marcado para el autor por la detención y la tortura, refleja todos esos elementos contradictorios.

La obrita consta, a mi modo de ver, de tres partes completamente distintas. La primera es la dedicatoria. No nos queda la originaria, a Julián de Médici, muerto en 1516. Tenemos, en cambio, la que Maquiavelo escribió para el sucesor y sobrino de éste, Lorenzo. Es la página más estilísticamente tradicionalista que Maquiavelo haya escrito, de períodos amplios y pesados, de acento obsequioso. Quiere hacer –dice– al príncipe de Florencia un regalo en sí humilde, pero que es el mejor que pueda ofrecer, pues es el resultado de largos años de estudios y experiencias. Luego expresa el deseo de que el destinatario «llegue a la grandeza que la suerte y sus demás cualidades le prometen». A esta frase se limitaba la adulación característica de semejantes dedicatorias. Y no es difícil -a pesar del interés que Maquiavelo tenía en granjearse el favor de Lorenzo- descurbrir una remota luz de ironía en ese haber puesto la suerte (es decir el parentesco con el Papa) como la cualidad principal del homenajeado. Pero, aun tan limitada, esa alabanza debió pesarle[2].

La segunda parte es la obra misma, con exclusión del último capítulo. De insólita brevedad, de estilo cerrado y enérgico, caracterizado por momentos por un esquematismo de tratado científico, dotado casi siempre de una pasionalidad reprimida por prudencia y por una búsqueda de imparcialidad que pareció cinismo, este libro es poderosamente unitario, porque es obra de un artista dramático, que ve la historia como una inmensa comedia o una inmensa tragedia. Y *El Príncipe* es un retrato, el retrato de un personaje trágico, arrastrado a cometer crímenes, a matar en sí al hombre, por la lógica férrea del poder.

No corresponde este retrato a un personaje histórico determinado, pero es coherente, pues reúne los rasgos comunes a César Borgia, Alejandro VI, Fernando el Católico, Agátocles de Siracusa y muchos otros. Es un personaje trágico, sin amigos (solo debe confiar en quien tiene un interés personal en serle fiel), más temido que amado, más preocupado por su imagen que por su ser, olvidado de sí mismo en la tensión tremenda hacia los cuatro puntos cardinales, para no perderse ni un síntoma de peligro que podría ser mortal, ni el espacio huidizo de una posible conquista. Es el retrato de un jugador, absorbido y anulado por la pasión del juego, un juego en que se apuesta la vida misma. El adversario del príncipe en este juego es la Fortuna con mayúscula, dueña de la mitad del destino: la otra mitad pertenece a la voluntad del hombre. Y en este sentido el príncipe es un personaje épico, porque es un luchador que está al acecho para aprovechar todos los atisbos de buena suerte y contrarrestar la mala suerte con toda la energía de su voluntad de poder.

Como buen autor dramático, Maquiavelo no puede reprimir su admiración despavorida por el personaje César Borgia cuando, encontrándose en situación sumamente desventajosa, sin armas, sin amigos, bajo la amenaza de una conspiración contra su vida, consigue rehacerse, eliminando fríamente, a traición, a todos los conjurados. Maquiavelo historiador, ciudadano florentino, hombre, lo había definido como la más inteligente de un conjunto de serpientes venenosas en lucha recíproca (*Decenal I*); Maquiavelo autor dramático ve en él a un potente personaje trágico; Maquiavelo teórico del arte de gober-

1. N. Machiavelli Lettere. Ed. citada. P. 505.(Carta a F. Vettori del 16/IV 1527).

2. En la dedicatoria de los «Discursos sobre la primera «deca» de T. Livio» a sus amigos Zanobi Buondelmonti y Cosme Rucellai, Maquiavelo se refiere con palabras condenatorias a la costumbre de dedicar obras literarias a los príncipes: «Me parece con esto (la dedicatoria a los amigos) haber salido de la costumbre de los escritores, los cuales suelen siempre dedicar sus obras a algún príncipe; y, cegados por la ambición y la avidez, lo alaban atribuyéndole todas las virtuosas cualidades cuando deberían reprocharle todos sus aspectos repudiables». Es imposible que, al escribir esto, no pensase en sus propias palabras, escritas –se cree– poco antes. Es este uno de los tantos indicios que nos permiten juzgar a Maquiavelo como figura hamlética, como la encarnación misma de un problema moral –y por consiguiente político– no resuelto, sino lúcidamente planteado y dramáticamente padecido.

nar lo aplaude como prototipo del príncipe: siempre hizo lo más acertado para conquistar y mantener el poder. Cometió muchos delitos, pero no cometió delitos que para sus fines fueran inútiles. Maquiavelo da un ejemplo: el pueblo de Romaña era difícli de dominar. César Borgia mandó allí con plenos poderes a un gobernador enérgico y cruel que mantuvo el orden haciéndose odiar. Y bien: cuando el duque pensó que tanto rigor ya no era necesario, para evitar que se atribuyeran a él las crueldades pasadas, hizo que los habitantes de Cesena encontrasen una mañana al gobernador, «cortado en dos partes en la plaza, con un pedazo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado». El pueblo quedó –agrega el escritor– «satisfecho y estupefacto» [1].

En «hacer bien lo que se hace» consiste la virtud en el vocabulario del Renacimiento, en que las palabras tienen su valor etimológico. Su raíz es Vir (hombre) y vale virilidad, y por lo tanto, según el concepto tradicional, energía, originalidad, eficacia. Entonces César Borgia, acaso el asesino de su hermano en Roma y seguramente el de sus compañeros de armas en Senigalia, que no tuvo reparo en cometer alevosos homicidios cuantas veces lo consideró conveniente a sus intereses, es un príncipe «virtuoso», es decir eficaz como príncipe.

La naturaleza misma del poder es demoníaca. En los *Discursos sobre la primera «deca» de T. Livio*, el escritor lo deja entender en más de una oportunidad. A propósito de la deportación de pueblos enteros por Filipo de Macedonia, dice: «Estos procedimientos son excesivamente crueles, enemigos de todo vivir no solo cristiano, sino humano, y cualquiera debería desecharlos, eligiendo vivir como ciudadano privado y no como rey al precio de la ruina de tantos hombres. Sin embargo, quien no quiera emprender ese primer camino, que es el del bien, si se quiere mantener (en el poder), debe entrar en este mal»[1].

El medio principal para obtener y conservar el poder es el engaño: «Alejandro VI no hizo nunca otra cosa, no pensó nunca otra cosa que no fuera engañar a los hombres, y siempre pudo hacerlo. Nunca hubo hombre que fuera tan eficaz en afirmar una cosa con los mayores juramentos, y que menos la pusiera en práctica. Y siempre tuvo éxito en sus engaños». Más adelante, en el mismo célebre capítulo de *El Príncipe*: «Hay un príncipe en los tiempos presentes al que es mejor no nombrar (se trata de Fernando el Católico), quien no predica nunca otra cosa que paz y fe y es decidido enemigo de una y otra; y una y otra, si él las hubiera llevado a la práctica, varias veces le hubieran hecho perder la reputación y el estado»[2].

Al principio de este mismo capítulo, Maquiavelo sostiene que el príncipe debe saber ser hombre cuando le convenga y, cuando le convenga, bestia, alternando, según las ciscunstancias, la ferocidad del león con la astucia del zorro, no manteniendo las promesas sino mientras mantenerlas dé fruto político. Estas recomendaciones, y otras del mismo tipo que forman sistema, le han proporcionado a este librito su fama de «manual del perfecto tirano» y a su autor la caracterización completamente desenfocada de teórico de la razón de estado al servicio del poder absoluto.

El corazón está con la libertad

Hay que observar que los elogios de Maquiavelo a los peores tiranos son exclusivamente técnicos. El entusiasmo que tiembla en sus palabras cuando en los *Discursos* habla de las libertades republicanas, en *El Príncipe* falta completamente (exceptuando siempre el último capítulo), sustituido por el orgullo del pensador que dice la verdad donde los demás la ocultan y por cierta euforia estética del artista frente al personaje trágico que está moldeando. El siente este carácter «poético» de su príncipe. Una vez, en 1525, escribiendo a Guicciardini, se firma así: «Niccoló Machiavelli, istorico, comico e tragico[1]». «Istorico» se refiere a las *Storie fiorentine*, que en ese entonces estaba componiendo; «Comico», al sector jocoso de su labor literaria y especialmente a *La Mandrágora*, que en esos días se estaba representando, y «trágico', evidentemente al *El Príncipe*, pues no hay entre sus escritos ninguna tragedia propiamente dicha.

Maquiavelo no aconseja nunca al pueblo que obedezca a su príncipe. Se comporta en este librito con la misma objetividad de que generalmente hace gala en los *Discursos*, donde hay un capítulo sobre el Decenvirato romano en que el autor se propone mostrar «muchos errores cometidos por el senado y la plebe en daño de la libertad

---

1. N. Nachiavelli. Il principe. Cap. VII.

1. N. Machiavelli. Discorsi sulla prima deca... I, 26.
2. N. Machiavelli. Il principe. Cap. XIII (El ejemplo de Alejandro VI y la alusión a Fernando el Católico sirven, en este capítulo, de pilares para una sólida estructura, situados como están, el primero exactamente en la mitad del largo discurso, y la segunda como triunfal conclusión).

1. N. Machiavelli. Lettere. Ed. citada. P. 440 (21/X/1525).

Escudo de los Machiavelli

y muchos errores hechos por Apio, jefe del decenvirato, en desmedro de la tiranía que se había propuesto establecer en Roma»[2]. El corazón de Maquiavelo está con la plebe y la libertad: por momentos lo dice y siempre lo deja entender. Pero, cuando se trata de la ciencia política, es decir de la política que él por primera vez presenta como ciencia, anota diligentemente y demuestra los errores y aciertos de las partes contendientes, desde el punto de vista de los fines que cada una se propone. No es que prescinda de la moral: la moral está del lado del pueblo y de la libertad, y lo dice; pero el aspecto técnico tiene una positividad y una negatividad distintas de las del aspecto moral. Esto, en los *Discursos sobre la primera «deca» de T. Livio*. En *El Príncipe* prevalece la consideración técnica por dos razones: por el tema circumscrito, que admitía al pueblo solo como contrapartida necesaria del protagonista, y por el hecho de tener la obra un carácter circunstancial, desgajada como había sido de los *Discursos*, porque el tema había cobrado repentina y pavorosa actualidad en Florencia. Se podría agregar una tercera razón; y es que en Florencia había desaparecido la libertad de palabra, Maquiavelo acababa de ser sometido a la tortura, y por otra parte, alimentaba la esperanza, justamente gracias a sus conocimientos técnicos, de recuperar el empleo.

Pobre oportunismo, el de Maquiavelo. Oigamos las instrucciones que da a su príncipe, en el caso de que se haga dueño (como les había ocurrido a los Médici) de una ciudad acostumbrada a vivir libre, es decir de una república. Me refiero al capítulo V, en el que el autor sostiene que la forma más segura de mantener el dominio sobre ese territorio es destruir la ciudad. Dice: «Quien se adueña de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruya, prepárese a ser destruido por ella; porque siempre tiene como refugio, en la rebelión, el nombre de la libertad y sus antiguos ordenamientos, los cuales, ni por largo tiempo que transcurra, ni por beneficios que se reciban, nunca se olvidan. Y por más que se haga, si no se dispersa a los habitantes, éstos recuerdan aquel nombre y aquellos ordenamientos y en seguida, al menor accidente, vuelven a ellos...»

Aquí, lógicamente, saldría a relucir el ejemplo de Florencia, que, en 1494, aprovechando la invasión de Italia por Carlos VIII, se había levantado contra los Médici. Prudentemente Maquiavelo se reprime y da un ejemplo menos ajustado, el de Pisa: «...como hizo Pisa después de cien años de servidumbre bajo el dominio florentino». Eso había ocurrido en la misma ocasión y en el mismo año del otro hecho que hubiera sido más natural, pero más imprudente haber evocado y surge por asociación de ideas, como sustitutivo apresurado[2].

2. N. Machiavelli. Discorsi sulla prima deca... I, 40.

2. Maquiavelo había desempeñado una función importante, como secretario de los «Diez de la guerra», en la larga lucha de su Comuna para recuperar a Pisa, en el período que él consideró siempre como el más positivo de su vida. En el desempeño de sus tareas, hizo todo lo posible para que su ciudad lograra ese objetivo, considerando que ese era el deber de todo buen ciudadano. Pero nunca ocultó su dolorosa simpatía por la rival desafortunada de Florencia y por su heróica resistencia. Esta ya se vislumbra en los «Decenales», donde se siente su desprecio por los aliados de Pisa que se dejaron comprar por el gobierno florentino. Y sigue, dirigiéndose -como, siempre en los «Decenales»- a sus conciudadanos: Pues, como Pisa había quedado sola, la rodeasteis sorpresivamente: no podía entrar allí sino quien vuela. Y, aunque fuera obstinada enemiga, por la necesidad rota y vencida, volvió llorando a la cadena antigua. (Dec. II, 157-59/163-65)

Sigue el autor comparando esta situación con la de alquien que se haga dueño de una ciudad acostumbrada al principado, cuya dinastía se haya extinguido o haya sido eliminada violentamente. Los súbditos entonces –dice Maquiavelo– «estando por un lado acostumbrados a obedecer y por otro no teniendo más al príncipe anterior, para nombrar otro entre ellos no se ponen de acuerdo, vivir libres no saben; de modo que son más lentos en tomar las armas...» Y reafirma: «En cambio en las repúblicas hay mayor vida, mayor odio, más deseo de venganza; no los deja, ni puede dejarlos descansar la memoria de la perdida libertad: de modo que el camino más seguro es destruirlas (aquí Maquiavelo recuerda de nuevo que vive en Florencia bajo los Médici, y agrega una coma y una recomendación supletoria de último momento), o habitar en ellas». Con este último recurso sin desarrollos, el autor trata de evitar que los Médici consideren este capítulo como una velada amenaza, pues ellos mismos eran ciudadanos de Florencia y tenían allí su palacio. Pero en este capítulo, que es un verdadero canto de libertad o muerte, la voz del Maquiavelo republicano y «popular» se hace sentir con una intensidad mayor que en los versos citados del *Asno de oro*.

Cierto que, en el resto de este pequeño libro, la impasibilidad del técnico indiscutiblemente domina. Pero también es cierto que *El Príncipe* no sirvió para que los señores de Florencia olvidaran que Maquiavelo había sido el organizador de las milicias destinadas a cooperar en la resistencia contra ello[3]. Sólo más tarde, en 1520, Maquiavelo empezó a recibir algún encargo: en ese año León X le pidió ese proyecto de constitución para

3. Hubo un momento, en 1515, en que Julián pareció dejarse convencer a emplearolo; pero vino en seguida la contraorden desde Roma: «Escribidle de mi parte que yo lo aconsejo a no tener nada que ver con Niccoló», comunicaba a un intermediario el Cardenal de Médici, primo del papa. (Roberto Ridolfi. Vita di Niccoló Machiavelli, Sansoni. Firenze, 1978, p. 254).


HISTORIE FIORENTINE
DI NICCOLO MACHIAVEL-
LI CITTADINO, ET SE-
GRETARIO FIO-
RENTINO.
AL SANTISS. ET BEATISS. PA-
DRE. S. N. CLEMENTE SET-
TIMO PONTEFICE
MASS.



M. D. XXXII.

Florencia de que ya hablamos y que quedó letra muerta, y, más tarde aún, se le pidió que escribiera la historia de la ciudad. No era ésta, precisamente, la tarea que él deseaba, una tarea en que pudiera contribuir, no a escribir, sino a hacer historia[2].

El problema del último capítulo

Algo completamente distinto hay que decir a propósito del ardiente último capítulo, el XXVI, que para mí constituye una tercera parte, netamente separada, incongruente con el resto, no solo conceptualmente, sino también en el aspecto formal, pues el estilo es característico más de Savonarola que de Maquiavelo. Desaparece la férrea lógica de las contraposiciones tajantes y vigorosas y el período se desarrolla concitado, en base a secuencias de afirmaciones o invocaciones apasionadas, que se suman asindéticamente, con abundancia persuasiva, por momentos fuertemente metafórica. Se agolpan las imágenes bíblicas, con estilo de cruzada. La palabra «estado» no figura en este capítulo ni una vez.

Al comienzo, una afirmación ambigua: «En Italia corren tiempos como para honrar a un príncipe nuevo»; es decir el autor toma como punto de partida la realidad absolutista del momento. Es como si pensara: ha llegado la hora de aceptar esta realidad ineluctable y aprovecharla de la mejor manera posible. Sigue diciendo que las desgracias de Italia ofrecen a un príncipe prudente y virtuoso la ocasión de procurar honor a sí mismo y alivio a todos los italianos (es la primera y única vez –creo– que Maquiavelo une el bien del príncipe con el del pueblo y esto habla de la excepcionalidad de la tesis desarrollada en este último capítulo). Para esto hay que levantar la bandera, que toda Italia seguirá, de la lucha contra «la crueldad e insolencia de los bárbaros» (es decir, de los franceses, de los españoles y de las milicias mercenarias). Nadie mejor que Lorenzo di Piero de Médici –cuyo tío es ahora pontífice y que tiene, pues, el apoyo de Dios y de la Iglesia– para desempeñar esa tarea, que implica una «justicia grande».

Es la única vez, en todo el libro, que, a propósito del príncipe, se habla de justicia. Maquiavelo está verdaderamente desesperado por la inminente ruina de Italia: viendo esa posible salida, se aferra a ella y habla, no su lenguaje sino el que él mismo había escuchado con escepticismo, pero que había arrastrado bajo su mirada a las muchedumbres, en su juventud, en tiempos de Savonarola. La empresa -dice- no es imposible. «Hay aquí síntomas extraordinarios, sin ejemplo, que vienen de Dios: se abrió el mar; una nuebe os mostró el camino; la piedra derramó agua; llovió el maná; todo ha contribuido a vuestra grandeza. Lo demás debe ser obra vuestra». Las metáforas proceden de la Biblia. Esos acontecimientos milagrosos habían acompañado, según la tradición, recogida en el Pentateuco, el éxodo del pueblo de Israel desde Egipto bajo el mando de Moisés, y simbolizan aquí la serie de hechos que había llevado a Lorenzo a su posición encumbrada: la derrota de la república, la elección de su tío Juan al trono papal, la muerte de su otro tío Julián.

El acceso al papado de Juan de Médici (febrero de 1513) o, más probablemente, una nueva reflexión sobre ese hecho en el momento del gran peligro para Florencia y para Italia (después de la batalla de Mariñán el enfrentamiento entre Francia y el Imperio se manifestaba como un conflicto decisivo entre fuerzas mucho mayores que antes; y ese conflicto, ya entonces, parecía destinado a tener en Italia su desenlace) transformó de golpe el libro, para su autor, en un posible instrumento de lucha para salvar a la península de una inminente dominación extranjera. De ahí, esta invocación patética, que incorpora en cierto sentido al campo del «deber ser», de la moral al príncipe nuevo, que se había movido, hasta ese momento, en el campo, de la «realidad efectual», gobernado solo por la utilidad personal.

No hay adulación, sino solo exhortación. «En Italia hay gran virtud en los miembros (los pueblos), falta en las cabezas (los príncipes)». Se necesita, pues que surja una cabeza, que alguien tome la iniciativa de formar un ejército de ciudadanos, ya que las milicias mercenarias no sirven y son una plaga.

Lo que el secretario de la Segunda Cancillería no había podido llevar a cabo en tiempos de la república, lo intenta ahora, tratando, como remedio extremo, de transformar al pobre Lorenzo, que no era sino un títere de Juan, en el capitán destinado a liberar a Italia de la dominación extranjera. A esta solución, que se le presentaba como una cuestión de vida o muerte, Maquiavelo sacrificaba, durante pocas páginas, no solo sus ideales republicanos, sino también su papel de técnico imparcial, que aconseja a los gobernantes en el ámbito de la mera realidad efectual, dejando de lado toda preocupación del «deber ser».

El sentimiento de patria invade, diría que usurpa, el campo de la moral, legitimando lo que la conciencia del hombre naturalmente repudia. Es este el aspecto más actual del drama íntimo de Maquiavelo, y hace que este librito, tan despiadado en su realismo, adquiera, al final, un carácter patético.

Concluyendo, insisto en que la idea que se tiene de Maquiavelo es parcialmente falsa. No separó la moral de la política, sino solo del poder y estudió tanto la técnica del poder mismo como la de la resistencia contra él, aunque esta última no en *El Príncipe*, sino en los *Discursos sobre la primera «deca» de Tito Livio*. No justificó el crimen con la razón de estado, sino que demostró que la razón de estado suele llevar al crimen (y ésta es una justificación solo para quienes admiten la legitimidad de la

2. En una carta, ya citada, a Francisco Guicciardini (del 21/X/1525), Maquivelo escribe a este respecto: «Me aumentaron hasta cien ducados por las «Historias» (alude a las «Historias Florentinas», título de la obra que le había sido encomendada). Empiezo ahora a escribir de nuevo y me desahogo acusando a los príncipes, que, todos han hecho lo posible para traernos hasta aquí». Alude con estas palabras a la victoria de Carlos V en Pavía y a sus consecuencias, nada prometedoras para Italia. (N. M. Lettere. Ed. citada. P. 444).

1. Hay que leer a Maquiavelo dando a las palabras el valor que él les daba. Cuando dice que el príncipe nuevo se ve obligado a veces a ser inhumano para «conservar el estado», no entiende por «estado» la patria y su integridad en sentido colectivo, como parece interpretar esta tan repetida expresión F. De Sanctis (y Croce con él). Maquivelo quiere decir que el príncipe, con esos medios, salva su posición en la ciudad, su propio poder, a menudo en desmedro del bienestar común. El significado

razón de estado)[1]. No exaltó el poder absoluto, sino que indagó las leyes de su proceso, así como del proceso contrario.

Actualidad de la antinomia maquiaveliana

Para nosotros, Maquiavelo es una figura importante; la sentimos actual, tanto en su aspecto positivo, como en su aspecto negativo. Es difícil ponerse de acuerdo sobre sus positividades y negatividades, y este es un síntoma claro de su actualidad.

Centró la historia en el choque entre la voluntad de poder y el deseo de libertad; y hoy nosotros palpamos en los hechos, después de tanto determinismo económico, el valor esencialmente político, en el sentido de la dominación, de la posesión de los medios de producción e intercambio. Reveló la antinomia entre gobierno y moral, afirmando que solo pueden permitirse el lujo de obrar según su propia conciencia quienes no aspiren a imponerse sobre los demás. Quien pretenda gobernar (se refiere en forma especial al gobierno absoluto) y no sabe engañar, no sabe «aggirare il cervello degli u omini»[1], inevitablemente fracasa. Gobernar es un arte complicado que se basa en conocimientos psicológicos y en una sutil alternancia de crueldad e hipocresía, pero sobre todo en una absoluta frialdad, en una ausencia completa de sentimientos humanos, bajo una apariencia de normalidad moral y emotiva. Sobre esta base, hace del príncipe un poderoso retrato, de una grandiosidad trágica, que supo apreciar más tarde Victorio Alfieri, el dramaturgo italiano del siglo de las luces, que fue tan popular en América Latina durante las revoluciones antiespañolas. El Saul de Alfieri es el príncipe de Maquiavelo en plena crisis.

La consecuencia natural de las premisas maquiavelianas es que el gobierno mejor es el que gobierna menos, el que se encuentra en mayor medida bajo el contralor del pueblo. Maquiavelo lo dice bien alto y varias veces en los *Discursos*, especialmente al referirse a los conflictos entre la plebe y el Senado en Roma. Hasta aquí, el aspecto que quien ama la libertad y aborrece las dictaduras considera positivo en Maquiavelo. Es el aspecto que lo hace resaltar como figura poderosamente original entre los pensadores políticos de su época.

Pero este príncipe, que había sido estudiado a lo largo del libro con la imparcialidad de un naturalista que analiza el comportamiento de una especie animal, cobra de golpe en el último capítulo el carisma de salvador de la patria. Se le exhorta a hecerse héroe y a combatir por la justicia, se le promete, en este caso, la obediencia entusiasta de los pueblos. Este último capítulo ha llenado de entusiasmo a los patriotas italianos del siglo pasado. Se ha considerado, y se considera aún, que en él Maquiavelo se rescata de la inmoralidad de los capítulos anteriores, demostrando que los escribió en función de la finalidad superior de salvar a Italia de la ruina inminente. Y es -creo yo- todo lo contrario. Este capítulo, hermoso y apasionado, instrumentaliza el libro a posteriori, es heterogéneo respecto a él y revela el punto débil de ese poderorso panorama mental de Maquivelo, en que se reflejaba toda la historia pasada como explicación de la contemporánea.

Ese punto débil es el reconocimiento resignado de la eficacia de la fuerza bruta, en un momento de extrema tensión emocional, con la consiguiente disminución de lucidez. Todos dicen que este último capítulo es utópico; y lo es, pero no en el sentido que le da en este caso a la palabra la opinión más difundida. La unificación de la península no era una utopía en ese momento, más que en el sentido fácil de que no se realizó. Maquiavelo tenía razón en pensar que ese era un momento excepcionalmente favorable. La utopía consistía en confiar, para eso, en «el príncipe». Todos los que en Italia ejercían, en pequeña o gran escala, el poder unipersonal estaban dependiendo de una u otra de las grandes potencias extranjeras, inclusive ese Julio II, quien lanzó, contra los franceses, ese grito tan popular de «¡Fuera los bárbaros!», mientras se apoyaba en la creciente potencia española. Esta efímera justificación del príncipe en el terreno del «deber ser» hizo que Maquiavelo fuera considerado, ya en sus tiempos, como el teórico del despotismo. Es cierto que las comparaciones en terreno histórico son siempre peligrosas; pero a veces las experiencias que se viven en la historia contemporánea ayudan a entender el pasado. ¡Cuántos espíritus abnegados de nuestro tiempo, sedientos de libertad y de justicia, se han resignado a sacrificar la primera (inútil –se les dijo– a quien no tiene pan) en aras de la segunda! Les ha pasado, en el terreno de la justicia social, lo que le pasó hace cinco siglos a Maquiavelo en el terreno del patriotismo. Es la utopía autoritaria que se repite.

---

de la palabra es aún vacilante; está aún muy cerca de su origen participial. En *El Príncipe* a veces vale «condición», a veces «poder, gobierno», a veces «territorio con sociedad organizada y gobierno». Leamos un fragmento en que el sustantivo está estrechamente relacionado con el verbo que le ha dado origen. Se refiere a los príncipes «civiles», que reciben el poder del pueblo y encuentran un estorbo en los magistrados: «En el último caso (cuando haya magistrados), su estado (su condición) es más débil y peligroso, pues ellos están (se mantienen) con la voluntad de los ciudadanos que ocupan las magistraturas, quienes, máxime en los tiempos adversos, les pueden quitar con gran facilidad el estado (el poder)». Estas líneas se pueden leer hacia el final del capítulo IX de *El Príncipe*. El hecho de que la ambigüedad del término pueda mantenerse en la traducción es significativo. Pero, en general se puede decir que, para traducir a Maquiavelo, hay que partir de una interpretación previa de su pensamiento político. Y esta depende del peso que se dé a algunas palabras-claves como esta. Si salimos del «Príncipe», la pluralidad de sentidos de esta palabra tan discutida se hace más evidente aún. Dice, por ejemplo el viejo Nicia en la III escena del II acto de la «Mandrágora»: Chi non ha lo stato in questa terra, de nostri pari, non trova cane che gli abbai». (Quien no tiene estado en esta ciudad, de los de nuestra condición, no encuentra perro que le ladre»), donde la palabra equivale a «buena situación», especialmente en lo económico.

1. N. Maquiavelo. El Príncipe. Cap. XVIII.

Un drama que se repite

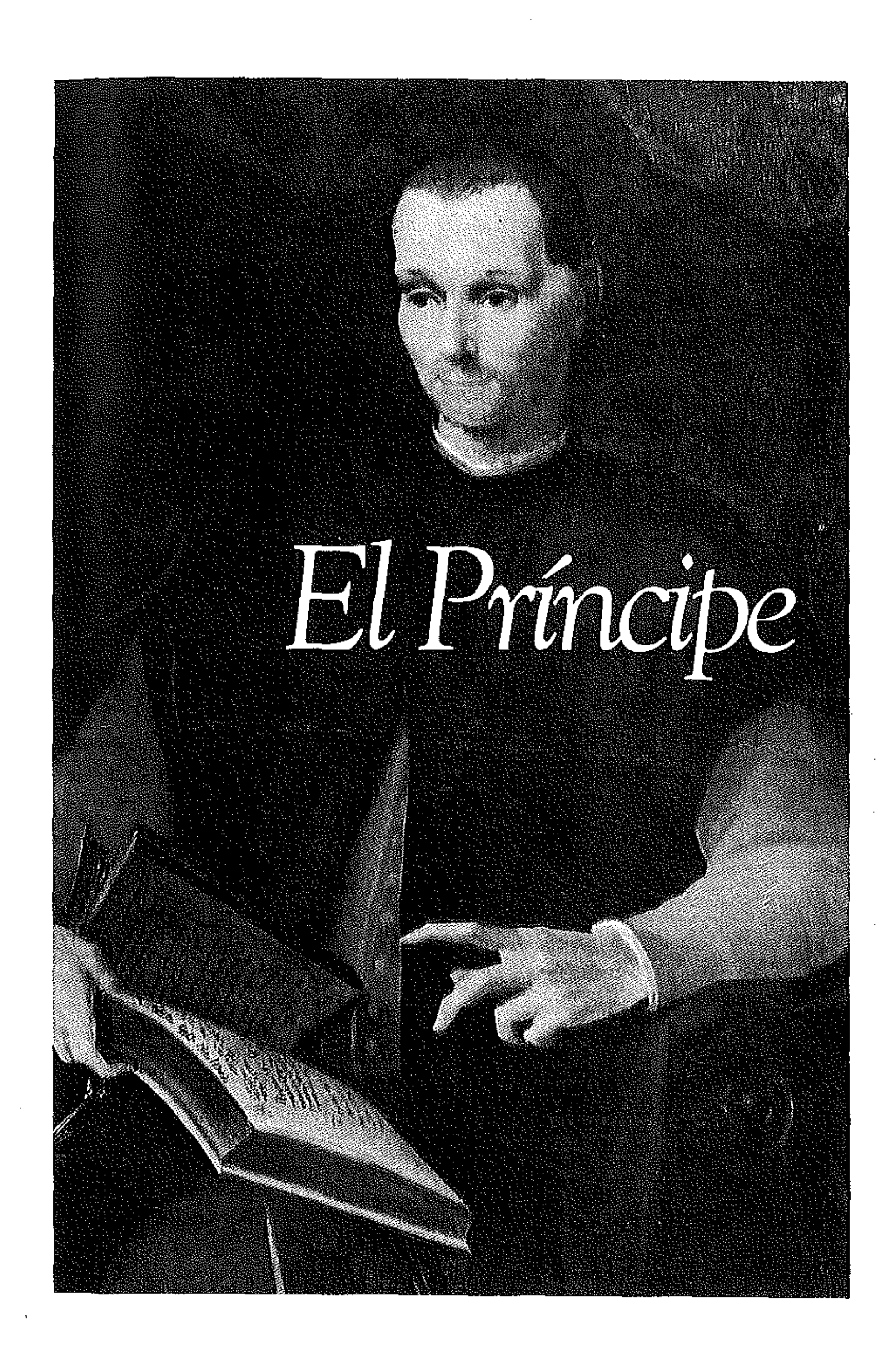
La crisis política florentina de 1512 fue la tragedia de la vida de Maquiavelo. Para entenderla, habría que comparar su resistencia a la tortura con un soneto obsecuente que escribió desde la cárcel a Julián de Médici, la fría imparcialidad de *El Príncipe* con los reproches dramáticos a Pier Soderini por no haber actuado tempestivamente contra los partidarios de los Médici y con el apasionamiento dolorido del *Asno de oro*, todo esto con el auxilio de las cartas personales de ese momento. Entonces veríamos todo lo que hay de desesperado en el llamamiento del último capítulo de *El Príncipe*. Maquiavelo se aferra a su personaje trágico como, en nuestro inmediato ayer, en Barbusse, un Sartre, un César Pavese se han aferrado al mito del poder al servicio de la justicia.

Es un drama que se repite en la historia. Ya Julio César confió en la dictadura sin término para imponer la reforma agraria y no hizo sino fundar el imperio destinado a ser dominado por el latifundio. Pero en César estaba la componente de la ambición personal. Maquiavelo no era un político ambicioso, sino un escritor, y la gloria a que aspiraba era la de la lucidez en ver los hechos como son. Esa lucidez hace que la ilusión del principado positivo en él sea siempre efímera: veía demasiado claramente el dilema. Una última cita: «Realizar buenas reformas políticas requiere un hombre bueno y hacerse violentamente príncipe en una república requiere un hombre malo; por esto es difícil que acontezca que un hombre bueno quiera tomar el poder por el camino del mal por más que sea con una buena finalidad, y que un perverso, hecho príncipe, quiera obrar bien, y usar bien la autoridad mal adquirida».[1]

El haber sufrido ese problema, que es permanente en la histoira, pero que es para nosotros particularmente agudo y atomentdor, pues estamos viviendo una crisis en cierto modo homóloga a la del siglo XVI, hace que sintamos a Maquiavelo casi como un contemporáneo. No llega a negar el poder; se limita a sentirlo trágicamente. Pero nos proporciona los elementos para juzgarlo, y es el único que lo ha hecho con tal implacable claridad. Quien lea *El Príncipe* y los *Discursos sobre los primeros diez libros de T. Livio*, nunca esperará justicia de ningún poder absoluto; la buscará donde no haya hombre que se encumbre sobre otro, condición necesaria –lo dice Maquiavelo hablando de los Suizos– para una «libre libertad».

LUCE FABBRI CRESSATTI

1. N. Maquiavelo. Discorsi sulls prima deca... I, 18.



El Príncipe *se divide naturalmente en tres partes, netamente distintas por su estilo: la dedicatoria, los capítulos 1-25 y el capítulo 26. Estas tres partes corresponden respectivamente a tres aspectos de la complicada personalidad de Maquiavelo: el aspecto oportunista, que siempre lo lleva, en las catástrofes, a buscar el mal menor, prevalece en la primera; su vocación de técnico de la vida política, y a la vez de artista dramático, en la segunda; su pasión patriótica en la tercera. En las primeras dos, el moralista, el Maquiavelo del «deber ser» no está ausente, sino reprimido, y a veces asoma; en el último capítulo aparentemente triunfa, pero llevado por el patriotismo a un terreno que no es el suyo, escribe, en un estilo que tampoco es el suyo, palabras apasionadas, que han sido consideradas definitorias y son las más circunstanciales, instrumentales, contradictorias con su pensamiento habitual que hayan salido de su pluma.*

Nicolaus Maclavellus ad Magnificum Laurentium Medicem

Sogliono, el piú delle volte, coloro che desiderano acquistare grazie appresso uno Principe, farsegli incontro con quelle cose che infra le loro abbino piú care, o delle quali vegghino lui piú delettarsi; donde si vede molte volte essere loro presentati cavalli, arme, drappi d'oro, pietre preziose e simili ornamenti degni della grandezza di quelli. Desiderando io, adunque, offerirmi alla Vostra Magnificenzia con qualche testimone della servitú mia verso di quella, non ho trovato, intra le mia suppellettile, cosa quale io abbi piú cara o tanto esistimi, quanto la cognizione delle azioni degli uomini grandi, imparata da me con una lunga esperienza delle cose moderne e una continua lezione delle antique; le quali avendo io con gran diligenzia lungamente escogitate ed esaminate, e ora in uno piccolo volume ridotte, mando alla Magnificenzia Vostra.

Notas a la dedicatoria

Maquiavelo escribió **El Príncipe** *a renglón seguido, en 1513 (con o sin el último capítulo, que muy bien podría haber sido agregado después). Esta dedicatoria, en cambio, es bastante posterior y pertenece a los últimos meses del año 1515 o al año siguiente; en efecto, está dirigida a Lorenzo de Piero de' Médici, quien en ese período se hizo cargo del gobierno de Florencia porque el precedente señor, Juliano (al que Maquiavelo había dedicado el libro en un primer momento), enfermó gravemente en 1515 y murió en 1516.*

Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo de' Médici

Suelen las más de las veces quienes desean adquirir gracia ante un príncipe ir a su encuentro con las cosas que entre las suyas más estiman, o de las cuales lo ven a él más deleitarse; por lo cual se ve que muchas veces se les ofrecen caballos, armas, paños de oro, piedras preciosas y ornamentos similares, dignos de la grandeza de ellos. Deseando yo pues ofrecerme a Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi servidumbre hacia ella, no he encontrado entre mis pertenencias cosa que yo más quiera o en más estime que el conocimiento de las acciones de los hombres grandes, adquirido con una larga experiencia de las cosas modernas y una continua lección de las antiguas: las cuales habiendo yo con gran diligencia largamente meditado y examinado y reducido ahora a un pequeño volumen, envío a la Magnificencia Vuestra.

Suelen las más de las veces ... he conocido. *Este exordio, elaborado con sumo cuidado para que suene lo más parecido posible a los que se estilaban en aquella época, adopta el tono y el léxico cortesanos («mi servidumbre», «la Magnificencia Vuestra»...) y la amplia, arquitectónica sintaxis que el Renacimiento heredaba de Cicerón. El contraste con el tono de* **El Príncipe** *no puede ser más neto e impactante.*

E benché io giudichi questa opera indegna della presenzia di quella, tamen confido assai che per sua umanità li debba essere accetta, considerato come da me non gli possa essere fatto maggiore dono che darle facultà a potere in brevissimo tempo intendere tutto quello che io, in tanti anni e con tanti mia disagi e periculi, ho conosciuto e inteso. La quale opera io non ho ornata né ripiena di clausule ample, o di parole ampullose e magnifiche, o di qualunque altro lenocinio o ornamento estrinseco, con li quali molti sogliono le loro cose descrivere e ornare; perché io ho voluto, o che veruna cosa la onori, o che solamente la varietà della materia e la gravità del subietto la facci grata. Né voglio sia reputata presunzione se uno uomo di basso ed infimo stato ardisce discorrere e regolare e' governi de' principi; perché, cosí come coloro che disegnano e' paesi si pongono bassi nel piano a considerare la natura de' monti e de' luoghi alti, e per considerare quella de' bassi si pongono alti sopra e' monti, similmente, a conoscere bene la natura de' populi, bisogna essere principe, e a conoscere bene quella de' principi, bisogna essere populare.

Pigli, adunque, Vostra Magnificenzia questo piccolo dono con quello animo che io lo mando; il quale se da quella fia diligentemente considerato e letto, vi conoscerà dentro uno estremo mio desiderio, che Lei pervenga a quella grandezza che la fortuna e le altre sue qualità gli promettano. E se Vostra Magnificenzia dallo apice della sua altezza qualche volta volgerà gli occhi in questi luoghi bassi, conoscerà quanto io indegnamente sopporti una grande e continua malignità di fortuna.

La cual obra ... la hagan grata. *En esta parte central de la dedicatoria asoman, detrás del aspirante a cortesano, el moralista y el artista, que en este caso se identifican.* **El príncipe** *en sí, prescindiendo de la dedicatoria, no es el libro de un cortesano, pues no es agradable: un cortesano habría dorado la píldora. Maquiavelo en cambio es crudo y duro. Su pintura de las exigencias inhumanas del poder tiene algo de ascético. La verdad que expone no necesita de adornos estilísticos. Hay en esta justificación del estilo de* **El Príncipe** *toda una estética antiacadémica y una orgullosa afirmación de sí por parte del escritor: esa verdad desnuda exige de él, no abundancia de imágenes, pero sí valor. Este orgullo se propaga al trozo siguiente.*

Y no quiero .... popular. *Es el orgullo, disfrazado de modestia, del hombre de pueblo, entendiendo por pueblo la multitud de súbditos del príncipe que no son ni nobles ni cortesanos. Maquiavelo tampoco era rico. Miraba pues el principado desde abajo, desde donde -dice- se tiene la perspectiva mejor. Es una toma de distancia, necesaria tanto para juzgar como para representar: tanto para el historiador como para el artista.*

Y bien que juzgue yo esta obra indigna de la presencia de ella, sin embargo mucho confío en que por su humanidad deba ser aceptada, considerando que para mí es imposible hacerle regalo mayor, que darle facultad de poder en brevísimo tiempo entender todo lo que yo en tantos años y con tantas incomodidades y peligros he conocido. La cual obra no he adornado ni llenado de ningún otro rebuscamiento u ornamento extrínseco, con los cuales suelen muchos describir y ornar sus cosas, porque yo he querido que o ninguna cosa la adorne o solamente la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata. Y no quiero que sea reputada presunción el que un hombre de bajo e ínfimo estado se atreva a discurrir y regular los gobiernos de los príncipes; porque así como los que dibujan los paisajes se ponen abajo en el llano a considerar la naturaleza de los montes y los lugares altos, y para considerar la de los bajos se ubican alto sobre los montes, del mismo modo para conocer bien la naturaleza de los pueblos es necesario ser un príncipe, y para conocer bien la de los príncipes es preciso ser popular.

Acepte pues Vuestra Magnificencia este pequeño regalo con el mismo ánimo con que yo lo mando; el cual si fuese por ella diligentemente considerado y leído, conocerá en él un extremo deseo mío, que llegue Ella a la grandeza que la suerte y sus demás cualidades le prometen. Y si Vuestra Magnificencia desde el ápice de su altura vuelve alguna vez los ojos hacia estos lugares bajos, conocerá cuán inmerecidamente soporto yo una grande y continua malignidad de la suerte.

Acepte pues ... malignidad de la suerte. *En este deseo de grandeza para el príncipe y en la súplica final se concentra la obsecuencia cortesana de la dedicatoria, cuidadosamente pensada para conceder a esta necesidad que el escritor debía considerar penosa (véase la nota 24 a la Introducción) lo menos posible. La grandeza del príncipe es deseada, no afirmada; su posibilidad, o si se quiere, probabilidad, se basa en la buena suerte de Lorenzo (ser sobrino del papa) «y sus demás cualidades». El hecho de considerar a la suerte como una cualidad refleja sobre «las demás» una leve pero indudable luz de ironía, probablemente involuntaria. La preocupación evidente del escritor es la de obtener la benevolencia del gobernante sin ofender la verdad. En este estilo ampuloso y solemne que no es el suyo, Maquiavelo en esta dedicatoria hace sin embargo su declaración de fe estética: la verdad se basta a sí misma y crea su forma. Y nos dice cómo ve él a su protagonista: como quien lo contempla desde lejos y desde abajo, con la mirada del autor dramático hacia su personaje.*

I
Quot sint genera principatuum et quibus modis acquirantur

Tutti gli stati, tutti e' dominii che hanno avuto e hanno imperio sopra gli uomini, sono stati e sono o republiche o principati. E' principati sono, o ereditarii, de' quali el sangue del loro signore ne sia suto lungo tempo principe, o e' sono nuovi. E' nuovi, o sono nuovi tutti, come fu Milano a Francesco Sforza, o sono come membri aggiunti allo stato ereditario del principe che li acquista, come è el regno di Napoli al re di Spagna. Sono questi dominii cosí acquistati, o consueti a vivere sotto uno principe, o usi ad essere liberi; e acquistonsi con le armi d'altri o con le proprie, o per fortuna o per virtú.

Notas al capítulo I

Todas las posibilidades del «principado» están contempladas en este capítulo proemial, pero el verdadero protagonista del tratado es el «príncipe nuevo», el usurpador o, excepcionalmente, fundador, quien llega al poder casi siempre por la violencia. Es figura repetida en la historia de los siglos XV y XVI y, en Italia, constituye la forma que adopta, en el marco reducido de la ciudad-estado, el fenómeno histórico -general en ese momento- del triunfo del absolutismo, destinado a durar hasta la revolución francesa. El «príncipe nuevo» es el protagonista trágico de la historia del Renacimiento y del drama moral de Maquiavelo.

Si dejamos de lado la dedicatoria y el último capítulo, el núcleo sustancial y coherente que queda se subdivide a su vez en tres partes: una primera descriptiva y clasificatoria, en la que el príncipe nuevo es encuadrado en toda la gama de posibilidades del poder unipersonal (capítulos I-XI); un breve sector central, dedicado a las milicias ciudadanas (caps. XII, XIII y XIV); una última (caps. XV-XXV), donde está clara y dramáticamente planteada la problemática de la conducta del príncipe como protagonista de historia, encarnación de una voluntad de poder que lo obsesiona, lo aísla y lo agiganta.

Este primer capítulo se puede considerar come el sumario previo de la primera de estas tres partes y se suele citar como ejemplo del estilo dilemático de Maquiavelo. La diferencia con la dedicatoria que precede es impactante, hasta diría desafiante, si pensamos en los solemnes y elaborados exordios de las obras literarias más famosas del renacimiento en toda Europa. El tono, el ritmo, la sintaxis cambian. El autor nos introduce directamente en su mundo mental, que es un mundo desnudo y

I
De cuántas clases son los principados y de qué modos se adquieren

Todas los estados, todos los dominios que han tenido y tienen imperio sobre los hombres, han sido y son o repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, de los cuales la sangre de su señor ha sido príncipe por mucho tiempo, o bien son nuevos. Los nuevos, o son nuevos del todo, como fue Milán para Francisco Sforza, o son como miembros agregados al estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Estos dominios así adquiridos, o están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o habituados a ser libres; y se adquieren o con las armas de otro o con las propias, o por suerte o por virtud.

austero: él piensa por dilemas, y con una serie de dilemas rigurosamente encadenados construye la jaula del príncipe nuevo. A primera vista, este esquema lógico que se superpone a los hechos para explicarlos clasificándolos puede parecer empobrecedor. Maquiavelo piensa que la naturaleza del hombre no varía sustancialmente. Por eso ubica a su protagonista, más que en el tiempo y en el espacio, en este esquema mental. Su príncipe se desplaza idealmente de Roma primitiva a Sicilia, de la Atenas de Pisístrato a la Turquía de los sultanes, de la Persia de Ciro a la Italia renacentista, donde sin embargo esa figura adquiere naturalmente la soltura y los colores de la vida. De todos modos la estaticidad que el pensador florentino atribuye a la condición humano le permite superponer a la perspectiva temporal y espacial esa visión puramente lógica bosquejada en este primer capítulo.

Pero el esquema no es empobrecedor más que en la apariencia inicial, pues los dilemas no son, como suelen ser, de descarte; las posibilidades desechadas van a poblar el telón de fondo: el principado se destaca porque hubo y hay repúblicas; los principados nuevos surgen entre repúblicas y principados hereditarios. Y los príncipes completamente nuevos (como Francisco Sforza en Milán, César Borgia en la Italia central y Romaña, Francisco María della Róvere en Urbino) tienen que competir con las tentativas de expansión de los viejos principados y con la codicia de los soberanos extranjeros, quienes en Italia son ellos mismos «príncipes nuevos», pero de características distintas, pues gobiernan desde sus viejos dominios (principados mixtos).

II
De principatibus hereditariis

Io lascerò indrieto el ragionare delle republiche, perché altra volta ne ragionai a lungo. Volterommi solo al principato, e andrò tessendo gli ordini soprascritti, e disputerò come questi principati si possino governare e mantenere.

Dico, adunque, che negli stati ereditarii e assuefatti al sangue del loro principe sono assai minori difficultà a mantenerli che ne' nuovi: perché basta solo non preterire l'ordine de' sua antenati, e di poi temporeggiare con gli accidenti; in modo che, se tale principe è di ordinaria industria, sempre si manterrà nel suo stato, se non è una estraordinaria ed eccessiva forza che ne lo privi; e privato che ne fia, quantunque di sinistro abbi l'occupatore, lo riacquista.

Noi abbiamo in Italia, in exemplis, il duca di Ferrara; il quale non ha retto agli assalti de' Viniziani nello '84, né a quelli di papa Iulio nel '10, per altre cagioni che per essere antiquato in quello dominio. Perché el

Notas al cap.II

Es uno de los capítulos más breves. Los principados hereditarios tienden a la rutina y por lo tanto ofrecen menos interés para el historiador.

Yo dejaré ... mantenerse. *Estas primeras líneas, que se refieren en general a toda la primera parte del tratado, nos prueban que cuando Maquiavelo las escribía ya había redactado un número sustancial de capítulos de los* **Discursos sobre las primeras décadas de Tito Livio**, *que estudian principalmente las repúblicas. Obsérvese cómo la prosa de Maquiavelo, en su martillada sobriedad, está fuertemente nutrida de imágenes. El primer capítulo se le presenta como un cañamazo, una*

II
De los principados hereditarios

Yo dejaré de lado el hablar de las repúblicas, porque ya en otra ocasión me ocupé extensamente de ellas. Me ocuparé únicamente del principado e iré tejiendo las tramas descritas más arriba, y discutiré cómo pueden esos principados gobernarse y mantenerse.

Digo pues que en los estados hereditarios y acostumbrados a la sangre de su príncipe hay mucho menos dificultades para mantenerlos que en los nuevos, porque basta sólo con no preterir los ordenamientos de sus antepasados, y después contemporizar con los accidentes: de modo que, si ese príncipe es de normal capacidad, siempre se mantendrá en su estado, a menos que lo prive de él una fuerza extraordinaria y excesiva; y si fuera privado de él lo readquirirá a la primera adversidad que sobrevenga al ocupante.

Nosotros tenemos en Italia por ejemplo al duque de Ferrara, que no resistió a los ataques de los venecianos en el '84, ni a los del papa Julio en

urdimbre, que él va a llenar en lo sucesivo para ofrecernos el buen paño. Era florentino, pertenecía a una ciudad de tejedores y el lenguaje del oficio le era familiar.

El tema básico del capítulo es la rutina adormecedora, que vuelve cómodo para el príncipe el poder hereditario. Su única preocupación en el terreno político es no hacerse odiar y tratar de salir lo mejor posible de dificultades inesperadas que se pueden presentar sin afrontarlas directamente, sino más bien dándoles espacio para que se resuelvan solas. Eso lo dice Maquiavelo con cuatro palabras: «contemporizar con los accidentes».

El ejemplo del persistente dominio de los Estenses en Ferrara era particularmente eficaz entonces, por ser estrictamente contemporáneo.

principe naturale ha minori cagioni e minore necessità di offendere; donde conviene che sia piú amato; e se estraordinarii vizii non lo fanno odiare, è ragionevole che naturalmente sia benevoluto da' sua. E nella antiquità e continuazione del dominio sono spente le memorie e le cagioni delle innovazioni; perché sempre una mutazione lascia lo addentellato per la edificazione dell'altra.

Y en la antigüedad ... edificación de la siguiente. *Estas últimas líneas son un buen ejemplo de las formas distintas que puede tomar la visión dual que Maquiavelo tiene de la realidad. El principado hereditario se caracteriza por su antigüedad y por su continuidad. En ese largo transcurrir de años, se* **apagan** *los recuerdos y las causas de los cambios (en cierto sentido diríamos que se* **apaga** *la historia). Esta pareja recuerdos-causa es exactísima en la dimensión temporal y sus términos están eficazmente orientados en direcciones opuestas: se extinguen a la vez los recuerdos de las innovaciones pasadas y las esperanzas de las futuras. Esas esperanzas son vistas como causas históricas, pues en Maquiavelo no sólo el príncipe tiene voluntad creadora. Los gobiernos, en*

el '10, por otra razón que la de ser antiguo en ese dominio. Porque el príncipe natural tiene menos razones y menos necesidad de ofender, por lo cual es lógico que sea más amado; y si no tiene extraordinarios vicios que lo hagan odiar, es razonable que sea naturalmente bien querido por los suyos. Y en la antigüedad y continuidad del dominio se borran el recuerdo y las causas de las innovaciones, porque un cambio siempre deja el asidero para la edificación del siguiente.

general, temen las innovaciones; los pueblos las desean. La última parte del período nos explica porqué al extinguirse el recuerdo de cambios pasados se extingue también —con ventaja para el príncipe— el deseo-causa de cambios futuros: porque cada innovación prepara el terreno para innovaciones ulteriores. Y aquí tenemos nuevamente el lenguaje de los oficios (ahora la albañilería) aplicado a la política: **addentellato**, *que hoy es de uso corriente en el sentido de «asidero», entonces significaba una saliente en una pared para apoyar la viga de otra. Esa novedad que se engancha fácilmente a las anteriores no significa para Maquiavelo destrucción, sino edificación. Donde se ve que las metáforas no son adornos, sino simplemente expresividad.*

III
De principatibus mixtis

Ma nel principato nuovo consistono le difficultà. E prima, se non è tutto nuovo, ma come membro (che si può chiamare tutto insieme quasi misto) le variazioni sua nascono in prima da una naturale difficultà, quale è in tutti e' principati nuovi: le quali sono che li uomini mutano volentieri signore, credendo migliorare; e questa credenza gli fa pigliare l'arme contro a quello; di che s'ingannono, perché veggono poi per esperienza avere peggiorato. Il che depende da una altra necessità naturale e ordinaria, quale fa che sempre bisogni offendere quelli di chi si diventa nuovo principe e con gente d'arme e con infinite altre iniurie che si tira dietro el nuovo acquisto; in modo che tu hai inimici tutti quelli che hai offesi in occupare quello principato, e non ti puoi mantenere amici quelli che vi ti hanno messo, per non li potere satisfare in quel modo che si erano presupposto e per non potere tu usare contro a di loro medicine forti, sendo loro obligato; perché sempre, ancora che uno sia fortissimo in sugli eserciti, ha bisogno del favore de' provinciali

Notas al cap.III

Con el cap.III entramos en el verdadero tema del libro, que es «el príncipe nuevo». La conjunción adversativa inicial marca la separación. El autor empieza con la consideración del principado nuevo mixto, que es un dominio nuevo agregado a uno hereditario ya consolidado por una larga historia anterior.

En 1513, los ejemplos típicos de príncipes nuevos mixtos en Italia eran el rey de España, Fernando el Católico, que acababa de anexar a sus vastos territorios la Italia del sur, y Luis XII, rey de Francia, que justamente el año anterior había sido desalojado por segunda vez de Lombardía («virtuoso» pues el primero, inhábil el segundo). Como a Maquiavelo le interesan en forma especial las dificultades, elegirá este segundo ejemplo para decirnos todo lo que un príncipe que tenga un dominio hereditario **no debe hacer**, *si quiere adquirir y conservar un dominio nuevo que se agregue al antiguo.*

El protagonista de este «principado mixto» tendrá que enfrentar las dificultades naturales en todo dominio que se inicia y otras, inherentes a la combinación de lo antiguo con lo nuevo.

Un vínculo entre la comprensión "intelligere" y la acción "agere"

III
De los principados mixtos

Pero en el principado nuevo consisten las dificultades. Y ante todo si no es del todo nuevo, sino como miembro, que en conjunto puede llamarse casi mixto, sus variaciones nacen en primer término de una dificultad natural que existe en todos los principados nuevos, que es que los hombres de buen grado mudan de señor creyendo mejorar, y esa creencia los hace tomar las armas en contra de aquel; en lo cual se engañan, porque después ven por experiencia que han empeorado. Lo cual deriva de otra necesidad natural y ordinaria, que hace que siempre haya que ofender a aquellos de quienes se llega a ser príncipe nuevo, con ejércitos y con otros infinitos agravios que trae consigo la nueva adquisición; de modo que tienes por enemigos a todos aquellos a quienes has ofendido al ocupar el nuevo principado, y no puedes conservar la amistad de los que te pusieron en él, porque no puedes satisfacerlos del modo que ellos se habían imaginado y tampoco puedes emplear contra ellos remedios fuertes, porque estás obligado con ellos.

Pero en el principado ... penetrar en una provincia. *Estas líneas pueden servir de introducción general al tema del «príncipe nuevo»; las dificultades específicas del principado mixto se irán viendo a través del ejemplo de Luis XII, que abarca todo el capítulo. Pero por encima de esa distinción y de todas las distinciones anteriores, este capítulo se presta para observar algo que se verifica en todo* **El Príncipe** *y más aún, en toda la obra de Maquiavelo: el nexo entre príncipe y súbditos se concibe, no tanto dentro de un todo orgánico, sino como una relación tensa, tácitamente negociada en condiciones de temor recíproco, entre dos entes distintos y heterogéneos, el príncipe y el pueblo. La situación se complica por la existencia, entre uno y otro, de un tercer elemento: los nobles que, con distinto grado de potencia, pero aún muy importantes entonces, constituían una clase prepotente y levantisca, cuyos desmanes hacían que por momentos el pueblo se apoyara en el príncipe. De todos modos, la relación entre estos tres factores se basa en la fuerza material y a menudo en la violencia. El «bien del estado» entendido como patria, que los politólogos –apoyándose sin mucho asidero en el último capítulo de* **El Príncipe**– *atribuyen como finalidad al protagonista de la obra, no aparece por ninguna parte.*

La primera dificultad con que tropieza un principado nuevo es pues la hostilidad de los súbditos, tanto de los partidarios del régimen anterior como de los descontentos, quienes, después de haber ayudado al cambio, no se sienten recompensados en la medida de sus esperanzas.

El examen del pasado para fundar el futuro

a intrare in una provincia. Per queste ragioni Luigi XII re di Francia occupò subito Milano, e subito lo perdé; e bastò a tognerne, la prima volta, le forze proprie di Lodovico; perché quelli populi che gli avevono aperte le porte, trovandosi ingannati della opinione loro e di quello futuro bene che si avevano presupposto, non potevono sopportare e' fastidi del nuovo principe.

'E ben vero che, acquistandosi poi la seconda volta e' paesi rebellati, si perdono con piú difficultà; perché el signore, presa occasione dalla rebellione, è meno respettivo ad assicurarsi con punire e' delinquenti, chiarire e' suspetti, provvedersi nelle parti piú deboli. In modo che, se a fare perdere Milano a Francia bastò. la prima volta, uno duca Lodovico che romoreggiassi in su' confini, a farlo di poi perdere, la seconda, gli bisognò avere, contro, el mondo tutto, e che gli eserciti suoi fussino spenti o fugati di Italia; il che nacque dalle cagioni sopradette. Nondimanco, e la prima e la seconda volta, gli fu tolto.

Le cagioni universali della prima si sono discorse; resta ora a dire quelle della seconda, e vedere che remedii lui ci aveva, e quali ci può avere uno che fussi ne' termini sua, per potersi meglio mantenere nello acquisto che non fece Francia. Dico, pertanto, che questi stati, quali acquistandosi si aggiungono a uno stato antiquo di quello che acquista, o e' sono della medesima provincia e della medesima lingua, o non sono. Quando e' sieno, è facilità grande a tenerli, massime quando non sieno usi a vivere liberi; e a possederli securamente basta avere spenta la linea del principe che li dominava, perché nelle altre cose, mantenendosi loro le condizioni vecchie e non vi essendo disformità di costumi, gli uomini si vivono quietamente; come si è visto che ha fatto la Borgogna, la Brettagna, la Guascogna e la

Por estas razones Luis XII ... se lo quitaron. *La figura de Luis XII domina este largo capítulo. En su desafortunada tentativa de conquistar el reino de Nápoles y en las dos etapas de su efímero dominio sobre el ducado de Milán ofrece a la despiadada lógica de Maquiavelo el ejemplo negativo que necesitaba. Para apoderarse del sur de Italia buscó la alianza del rey de España, quien, a raíz de la disputa surgida por el reparto y de la guerra subsiguiente, se quedó con todo (1504); el apoyo del papa y de Venecia le facilitó la ocupación de la Lombardía que, perdida una primera vez y vuelta a conquistar, quedó en sus manos del año 1500 a 1512, cuando el prevalecer de las armas españolas, a la vez que llevaba de nuevo a los Médici a Florencia, ocasionaba una efímera restauración del señorío de los Sforza en Milán. Estos últimos acontecimientos eran recientes cuando Maquiavelo escribía (1513), y el escritor los comenta como hechos conocidos, sobre la base de alusiones, por momentos vivacísimas. Para que Luis XII perdiese Milán la primera vez, bastó con que un duque Ludovico «alborotase»* **(rumoreggiasse)** *en las fronteras: ese artículo indeterminado que precede al nombre tan conocido de Ludovico el Moro está lleno de desprecio, y el* **rumoreggiare** *(alborotar) es a la vez pintoresco y devaluatorio. La contraposición entre el primer momento y el segundo de esta derrota es dinámico: vemos moverse a los actores en el escenario abstracto del mapa con rapidez de títeres: antes es sólo «un duque Ludovico»: luego es el mundo entero que se echa sobre los dominios italianos de Luis XII. El párrafo se cierra con una frase breve y lapidaria: «sin embargo, la primera y la segunda vez se lo quitaron.»*

Porque siempre, aun cuando uno sea fortísimo con sus ejércitos, tiene necesidad del favor de los provincianos para entrar en una provincia. Por estas razones Luis XII, rey de Francia, ocupó Milán rápido, y rápido lo perdió, y para quitárselo la primera vez bastaron las fuerzas de Ludovico, porque los pueblos que le habían abierto las puertas, viéndose engañados en su opinión y en el futuro bien que habían supuesto, hallaron insoportables los fastidios del nuevo príncipe.

Es muy cierto que, si vuelven a readquirirse los pueblos rebelados, es muy difícil que se pierdan, porque con motivo de la rebelión el señor tiene menos reparos para asegurarse castigando a los delincuentes, denunciando a los sospechosos y proveyendo a las partes más débiles. Es así que si la primera vez bastó para hacerle perder Milán a Francia un duque Ludovico que alborotase en los confines, después para hacérselo perder la segunda fue necesario que se le pusiera en contra el mundo entero, y que sus ejércitos fuesen aniquilados o expulsados de Italia, lo cual nació de las razones antes dichas. Sin embargo la primera y la segunda vez se lo quitaron. Las razones universales de la primera se han discurrido ya; falta ahora examinar las de la segunda, y ver qué remedios tenía él, y cuáles puede tener uno que esté en la situación de él, para poder mantener su adquisición mejor de lo que hizo Francia. Digo por lo tanto que los estados que al adquirirse se agregan a un estado antiguo del que los adquiere, o son de la misma provincia y de la misma lengua o no lo son. Si lo son es una gran ventaja para conservarlos, especialmente si no están acostumbrados a vivir libres, y para poseerlos con seguridad basta con haber extinguido el linaje del príncipe que los dominaba, porque en lo demás, si se les mantienen las condiciones de antes y no

Las razones universales ... la de las colonias es útil. *La segunda pérdida, por no ser inevitable, requiere explicación. Y esto le da modo al escritor de entrar en el tema específico del capítulo: el principado mixto. Con su acostumbrada técnica dilemática, empieza por descartar el caso menos interesante, pues presenta pocas dificultades: la conquista de un territorio afín al que ya se posee por la lengua y la costumbres de sus habitantes. Concentra entonces sus observaciones en la problemática del caso opuesto, representado por las conquistas de Luis XII en Italia, y las compara con la de Constantinopla por los turcos y -en la antigüedad- con la de Grecia por los romanos. En el curso del capítulo, dará cinco reglas al príncipe que quiera conservar un dominio nuevo agregado al viejo: 1) ir a vivir personalmente en él, o 2) enviar allí colonias y no ejércitos de ocupación, 3) debilitar a los habitantes más poderosos, 4) favorecer a los menores entre los poderosos (en otras palabras, dividir a la nobleza), 5) cuidar de que no entre en el nuevo dominio otro extranjero tan potente como él. En su violenta hostilidad contra las milicias mercenarias que caracterizaban los ejércitos de su tiempo, desarrolla con amplitud el tema de las colonias que, dice, «ofenden menos». Y aquí hace una observación que se ha hecho famosa acerca del peligro de las «ofensas menores»: a los hombres hay que acariciarlos o suprimirlos, porque se vengan de las ofensas leves, de las graves no pueden («un muerto no piensa en vengarse», dirá más claramente en el capítulo VI del tercer libro de los* **Discursos sobre la primera década de Tito Livio**). *La observación responde al implacable realismo del autor y refleja el trasfondo feroz de la refinada civilización del Renacimiento (¿y qué diremos de la nuestra?).*

Normandia, che tanto tempo sono state con Francia; e benché vi sia qualche disformità di lingua, nondimeno e' costumi sono simili, e possonsi fra loro facilmente comportare. E chi le acquista, volendole tenere, debbe avere dua respetti: l'uno, che il sangue del loro principe antiquo si spenga; l'altro, di non alterare né loro legge né loro dazii; talmente che in brevissimo tempo diventa, con loro principato antiquo, tutto uno corpo.

Ma, quando si acquista stati in una provincia disforme di lingua, di costumi e di ordini, qui sono le difficultà; e qui bisogna avere gran fortuna e grande industria a tenerli. E uno de' maggiori remedii e piú vivi sarebbe che la persona di chi acquista vi andassi ad abitare. Questo farebbe piú secura e piú durabile quella possessione: come ha fatto il Turco, di Grecia; il quale, con tutti gli altri ordini osservati da lui per tenere quello stato, se non vi fussi ito ad abitare, non era possibile che lo tenessi. Perché, standovi, si veggono nascere e' disordini, e presto vi puoi rimediare; non vi stando, s'intendono quando e' sono grandi e che non vi è piú remedio. Non è, oltre di questo, la provincia spogliata da' tuoi officiali; satisfannosi e' sudditi del ricorso propinquo al principe; donde hanno piú cagione di amarlo, volendo essere buoni, e, volendo essere altrimenti, di temerlo. Chi degli esterni volessi assaltare quello stato, vi ha piú respetto; tanto che, abitandovi, lo può con grandissima difficultà perdere.

L'altro migliore remedio è mandare colonie in uno o duo luoghi che sieno quasi compedes di quello stato, perché è necessario o fare questo o tenervi assai gente d'arme e fanti. Nelle colonie non si spende molto; e sanza sua spesa, o poca, ve le manda e tiene; e solamente offende coloro a chi e' toglie e' campi e le case per darle a' nuovi abitatori, che sono una minima parte di quello stato; e quegli ch'egli offende, rimanendo dispersi e poveri, non gli possono mai nuocere, e tutti gli altri rimangono da uno canto inoffesi, e per questo doverrebbono quietarsi, dall'altro paurosi di non errare, per timore che non intervenisse a loro come a quelli che sono stati spogliati. Concludo che queste colonie non costono, sono piú fedeli, offendono meno; e gli offesi non possono nuocere, sendo poveri e dispersi, come è detto. Per il che si ha a notare che gli uomini si debbano o vezzeggiare o spegnere; perché si vendicano delle leggieri offese, delle gravi non possono; sí che l'offesa che si fa all'uomo debbe essere in modo che la non tema la vendetta. Ma tenendovi, in cambio di colonie, gente d'arme, si spende piú assai, avendo a consumare nella guardia tutte le intrate di quello stato; in modo che lo acquisto gli torna perdita; e offende molto piú, perché nuoce a tutto quello stato, tramutando con gli alloggiamenti il suo esercito; del quale disagio ciascuno ne sente, e ciascuno gli diventa inimico; e sono inimici che gli possono nuocere, rimanendo, battuti, in casa loro. Da ogni parte, dunque, questa guardia è inutile, come quella delle colonie è utile.

Debbe ancora chi è in una provincia disforme come è detto, farsi capo e defensore de' vicini minori potenti, ed ingegnarsi di indebolire e' potenti di quella, e guardarsi che, per accidente alcuno, non vi entri uno forestiere

existe diferencia de costumbres, los hombres viven tranquilos, como se ha visto que ocurrió con Borgoña, con Bretaña, con Gascuña y con Normandía, que tanto tiempo han estado unidas a Francia; y si bien hay alguna diferencia de lengua, las costumbres son similares y con facilidad se soportan entre ellos. Y quien los adquiere debe cuidar dos cosas, si desea conservarlos: uno, que la sangre de su príncipe antiguo se extinga; la otra, no alterarles las leyes ni los impuestos, y de ese modo en brevísimo tiempo formarán un solo cuerpo con su principado antiguo.

Pero cuando se adquieren estados en una provincia distinta en la lengua, en las costumbres y en los órdenes, ahí están las dificultades, y ahí es preciso tener mucha suerte y mucha habilidad para mantenerlos; y uno de los mejores y más vivos remedios sería que quien los adquiere fuera personalmente a habitar en ellos. Eso haría más segura y más duradera esa posesión; como hizo el Turco con Grecia: porque con todos los demás órdenes que observó para mantener ese estado, si no hubiera ido a habitar en él no era posible que lo conservara. Porque estando allí se ven nacer los desórdenes y rápido se pueden remediar; no estando, se conocen cuando ya son grandes y no hay remedio. Además de eso, la provincia no es saqueada por tus funcionarios, los súbditos quedan satisfechos con la posibilidad de recurrir a un tribunal próximo al príncipe, y por ende tienen más razón para amarlo si quieren ser buenos, y de temerlo si quieren ser de otro modo. Cualquier extranjero que desee atacar ese estado tendrá más reparos; de modo que habitando en él es sumamente difícil que se pierda.

El otro mejor remedio es mandar colonias a uno o dos lugares, que sean casi como soportes de ese estado, porque es necesario hacer eso o tener en él muchas tropas de caballería y de infantería. En las colonias no hay que gastar mucho, y con poco o ningún gasto las establece y las mantiene, y solamente ofende a aquellos a quienes les quita los campos y las casas para dárselas a los nuevos habitantes, y aquellos son una mínima parte de ese estado; y los que han sido ofendidos, como quedan dispersos y pobres, no pueden perjudicarlo nunca, y todos los demás quedan por un lado sin ofensa, y por eso deberían permanecer quietos, y por el otro temerosos de errar, por miedo de que les pase a ellos lo mismo que a los que fueron despojados. Concluyo que esas colonias no cuestan nada, son más fieles, ofenden menos; y los ofendidos no pueden hacer daño, como se ha dicho, por estar pobres y dispersos. Sobre lo cual debe notarse que a los hombres hay que mimarlos o extinguirlos; porque se vengan de los agravios leves, pero de los graves no pueden, de manera que la ofensa que se le hace a un hombre debe ser tal que no haya que temer su venganza. Si en cambio en lugar de colonias se mandan tropas, se gasta mucho más, y hay que consumir en la guardia todos los ingresos de ese estado, de manera que la adquisición se convierte en pérdida, y ofende mucho más, porque perjudica al estado entero al trasladar su ejército de una localidad a otra, y esa incomodidad la sienten todos y todos se le vuelven enemigos; y son enemigos que puedan hacerle daño

potente quanto lui. E sempre interverrà che vi sarà messo da coloro che saranno in quella mal contenti o per troppa ambizione o per paura; come si vidde già che gli Etoli missero e' Romani in Grecia; e in ogni altra provincia che gli entrorono, vi furono messi da' provinciali. E l'ordine delle cose è che, subito che uno forestiere potente entra in una provincia, tutti quelli che sono in essa meno potenti gli aderiscano, mossi da invidia hanno contro a chi è suto potente sopra di loro: tanto che, respetto a questi minori potenti, lui non ha a durare fatica alcuna a guadagnarli, perché subito tutti insieme volentieri fanno uno globo col suo stato che lui vi ha acquistato. Ha solamente a pensare che non piglino troppe forze e troppa autorità; e facilmente può, con le forze sua e col favore loro, sbassare quelli che sono potenti, per rimanere, in tutto, arbitro di quella provincia. E chi non governerà bene questa parte, perderà presto quello arà acquistato; e mentre che lo terrà, vi arà, dentro, infinite difficultà e fastidii.

E' Romani, nelle provincie che pigliorono, osservorono bene queste parti; e mandorono le colonie, intratennono e' meno potenti sanza crescere la loro potenzia, abbassorono e' potenti, e non vi lasciorono prendere reputazione a' potenti forestieri. E voglio mi basti solo la provincia di Grecia per esemplo: furono intrattenuti da loro gli Achei e gli Etoli; fu abbassato el regno de' Macedoni; funne cacciato Antioco; né mai e' meriti degli Achei o degli Etoli feciono che permettessino loro accrescere alcuno stato; né le persuasioni di Filippo gli indussono mai ad esserli amici sanza sbassarlo; né la potenzia di Antioco possé fare gli consentissino che tenessi in quella provincia alcuno stato. Perché e' Romani feciono, in questi casi, quello che tutti e' principi savi debbono fare; li quali, non solamente hanno ad avere riguardo agli scandoli presenti, ma a' futuri, e a quelli con ogni industria obviare; perché, prevedendosi discosto, facilmente vi si può rimediare; ma, aspettando che ti si appressino, la medicina non è a tempo, perché la malattia è divenuta incurabile. E interviene di questa, come dicono e' fisici dello etico, che, nel principio del suo male, è facile a curare e difficile a conoscere, ma, nel progresso del tempo, non l'avendo in principio conosciuta

porque, derrotados, quedan en su casa. Por todos esos aspectos, pues, esa guardia es tan inútil como la de las colonias útil.

Quien está en una provincia distinta como se ha dicho debe además hacerse cabeza y defensor de los vecinos menos potentes, y esforzarse por debilitar a los más poderosos, y guardarse de que por algún accidente no penetre en ella algún forastero tan poderoso como él. Y siempre ocurrirá que será introducido por quienes están en ella descontentos por exceso de ambición o por miedo, como se vio que los etolios introdujeron a los romanos en Grecia, y en todas las demás provincias en que entraron fueron introducidos por provincianos. Y el orden de las cosas es que cuando un forastero poderoso penetra en una provincia, todos los que en ella son menos poderosos adhieren a él, movidos por la envidia que sienten hacia el que ha sido más poderoso que ellos; de modo que respecto a esos poderosos menores, él no tiene que hacer ningún esfuerzo para ganárselos, porque inmediatamente todos se unen en un globo con el estado que ha adquirido allí. Sólo tiene que pensar en que no adquieran demasiadas fuerzas ni demasiada autoridad, y fácilmente puede, con sus propias fuerzas y con el favor de estos otros, rebajar a los que son poderosos para quedar como único árbitro de la provincia. Y quien no gobierna bien esta parte perderá muy pronto lo que haya adquirido, y mientras lo tenga tendrá allí infinitas dificultades y fastidios.

Los romanos, en las provincias que tomaron, obsevaron bien estas partes, y mandaron colonias, mantuvieron amigos a los menos poderosos sin acrecentar su potencia, rebajaron a los muy poderosos y no dejaron adquirir reputación a los poderosos forasteros. Y quiero que me baste como ejemplo la provincia de Grecia solamente. Allí ellos mantuvieron a raya a los aqueos y a los etolios, rebajaron el reino de los macedonios, expulsaron a Antíoco, y jamás los méritos de los aqueos o de los etolios hicieron que les permitiesen aumentarse algún estado, ni las persuasiones de Filipo los indujeron nunca a ser amigos suyos sin rebajarlo, ni la potencia de Antíoco pudo hacer que le permitieran tener en aquella provincia estado alguno. Porque los roma-

Quien está en una provincia ... mal como bien. *En lo que se refiere a la forma de tratar a los poderosos que viven en el nuevo dominio y a las potencias extranjeras que de alguna manera están relacionadas con él, el ejemplo de los romanos era ineludible. El escritor se detiene en examinar la política de Roma en Grecia, en el momento en que los reinos helenísticos de Macedonia y Siria se la disputaban, por la analogía que presentaba la situación de este territorio lacerado por discordias internas con la de Italia en tiempos del autor, donde la Francia de Luis XII representaría el mismo papel que los romanos en la Grecia de la antigüedad, pero sin la estrategia política que llevó a Roma a la conquista total. Ningún indicio en este análisis de que el tema del último capítulo de* **El Príncipe** *estuviese ya presente en el plan, tan sistemático, de la obra. No hay, en todo el capítulo, una palabra que se aleje del criterio técnico del «hacer bien lo que se hace», mientras que, cuando una fuerte pasión agita el ánimo del autor, no puede no transparentarse a través de los fríos preceptos del politólogo, como pasa en el capítulo V.*

né medicata, diventa facile a conoscere e difficile a curare. Cosí interviene nelle cose di stato; perché, conoscendo discosto (il che non è dato se non a uno prudente) e' mali che nascono in quello, si guariscono presto; ma quando, per non li avere conosciuti, si lasciono crescere in modo che ognuno li conosce, non vi è piú remedio.

Però e' Romani, vedendo discosto gli inconvenienti, vi rimediorno sempre; e non li lasciorno mai seguire per fuggire una guerra, perché sapevono che la guerra non si leva, ma si differisce a vantaggio di altri; però vollono fare con Filippo e Antioco guerra in Grecia, per non la avere a fare con loro in Italia; e potevano per allora fuggire l'una e l'altra; il che non volsero. Né piacque mai loro quello che tutto dí è in bocca de' savi de' nostri tempi, di godere el benefizio del tempo, ma sí bene quello della virtú e prudenzia loro; perché il tempo si caccia innanzi ogni cosa, e può condurre seco bene come male, e male come bene.

Ma torniamo a Francia, ed esaminiamo se delle cose dette ne ha fatto alcuna; e parlerò di Luigi, e non di Carlo, come di colui che per avere tenuta piú lunga possessione in Italia, si sono meglio visti li suoi progressi: e vedrete come egli ha fatto il contrario di quelle cose che si debbano fare per tenere uno stato in una provincia disforme.

El re Luigi fu messo in Italia dalla ambizione de' Viniziani, che volsono guadagnarsi mezzo lo stato di Lombardia per quella venuta. Io non voglio biasimare questo partito preso dal re; perché, volendo cominciare a mettere uno pié in Italia, e non avendo in questa provincia amici, anzi, sendoli, per li portamenti del re Carlo, serrate tutte le porte, fu forzato prendere quelle amicizie che poteva; e sarebbegli riuscito el partito ben preso, quando negli altri maneggi non avessi fatto errore alcuno. Acquistata, dunque, il re la Lombardia, si riguadagnò subito quella reputazione che gli aveva tolta Carlo: Genova cedé; e' Fiorentini gli diventorono amici; Marchese di Mantova, Duca di Ferrara, Bentivogli, Madonna di Furlí, signore di Faenza, di Pesaro, di Rimino, di Camerino, di Piombino, Lucchesi, Pisani, Sanesi, ognuno se gli fece incontro per essere suo amico. E allora posserno considerare e' Viniziani la temerità del partito preso da loro; i quali, per acquistare dua terre in Lombardia, feciono signore, el re, del terzo di Italia.

Consideri ora uno con quanto poca difficultà posseva il re tenere in Italia la sua reputazione, se egli avesse osservate le regole soprascritte, e tenuti securi e difesi tutti quelli sua amici, li quali, per essere gran numero, e deboli e paurosi, chi della Chiesa, chi de' Viniziani, erano sempre necessitati a stare seco; e per il mezzo loro posseva facilmente assicurarsi di chi ci restava

nos en ese caso hicieron lo que deben hacer todos los príncipes sabios, los cuales deben estar atentos no sólo a los escándalos presentes, sino a los futuros, y hacer todos los esfuerzos por obviarlos; porque previéndolos de lejos es fácil remediarlos, pero si esperas que se acerquen el remedio no llega a tiempo, porque la enfermedad se ha vuelto incurable. Y ocurre en esto como dicen los físicos del hético, que el principio de su mal es fácil de curar pero difícil de conocer, pero con el paso del tiempo, no habiéndolo conocido ni medicado desde el principio, se vuelve fácil de conocer y difícil de curar. Así ocurre en las cosas del estado, porque conociendo de lejos (lo que no es dado más que a un prudente) los males que nacen en él, se curan pronto, pero cuando por no haberlos conocido se dejan crecer al punto que los conoce cualquiera, ya no hay remedio. Pero los romanos, viendo de lejos los inconvenientes, siempre los remediaron y nunca para no incurrir en una guerra los dejaron subsistir, porque sabían que la guerra no se evita, sino que se posterga con ventaja de otros; por esto quisieron combatir con Filipo y Antíoco de Grecia, para no tener que hacerlo con ellos en Italia; y por el momento podían sustraerse a ambas eventualidades, mas no quisieron. Ni les gustó nunca lo que está continuamente en la boca de los sabios de nuestra época, que es «gozar de las ventajas del tiempo»; les gustó en cambio la ventaja que procedía de su propia virtud y prudencia, porque el tiempo empuja hacia adelante todas las cosas y trae consigo tanto bien como mal, tanto mal como bien.

Pero volvamos a Francia, y examinemos si de las cosas dichas hizo alguna; y hablaré de Luis y no de Carlos, porque por haber tenido aquel más larga posesión en Italia se vieron mejor sus procedimientos, y se verá que hizo lo contrario de lo que se debe hacer para mantener un estado en una provincia distinta.

El rey Luis fue traído a Italia por la ambición de los venecianos, que con esa venida quisieron ganarse la mitad del estado de Lombardía. Yo no quiero censurar esa decisión tomada por el rey, porque queriendo él empezar a meter un pie en Italia y no teniendo en esta provincia amigos, sino más bien todas las puertas cerradas debido a las acciones del rey Carlos, se vio obligado a aceptar las amistades que pudo, y el partido le habría resultado bien tomado si en los otros manejos no hubiera cometido error alguno. Tras adquirir, pues, el rey la Lombardía, recuperó de inmediato la reputación que le había quitado Carlos: Génova cedió, los florentinos se volvieron sus amigos, el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Forlí, el señor de Faenza, el de Pésaro, el de Rimini, el de

Pero volvamos a Francia ... expulsarlo a él. *La torpeza de la conducta de Luis XII en Italia está luminosamente demostrada con convincente vivacidad y con eficacia sintética. El soberano francés violó las cinco reglas e hizo en todos los casos lo contrario de lo que le convenía hacer.*

grande. Ma lui non prima fu in Milano, che fece il contrario, dando aiuto a papa Alessandro, perché egli occupassi la Romagna. Né si accorse con questa deliberazione, che faceva sé debole, togliendosi gli amici e quelli che se gli erano gittati in grembo, e la Chiesa grande, aggiugnendo allo spirituale, che gli dà tanta autorità, tanto temporale. E fatto uno primo errore, fu costretto a seguitare; in tanto che, per porre fine alla ambizione di Alessandro e perché non divenissi signore di Toscana, fu costretto venire in Italia. Non gli bastò avere fatto grande la Chiesa e toltisi gli amici, che, per volere il regno di Napoli, lo divise con il re di Spagna; e dove lui era, prima, arbitro d'Italia, e' vi misse uno compagno, a ciò che gli ambiziosi di quella provincia e mal contenti di lui avessino dove ricorrere; e dove posseva lasciare in quello regno uno re suo pensionario, e' ne lo trasse, per mettervi uno che potessi cacciarne lui.

'E cosa veramente molto naturale e ordinaria desiderare di acquistare; e, sempre, quando gli uomini lo fanno che possono, saranno laudati o non biasimati; ma quando non possono e vogliono farlo in ogni modo, qui è lo errore e il biasimo. Se Francia, adunque, posseva con le forze sua assaltare Napoli, doveva farlo; se non poteva, non doveva dividerlo. E se la divisione fece, co' Viniziani, di Lombardia, meritò scusa per avere con quella messo el pié in Italia; questa merita biasimo, per non essere escusata da quella necessità.

Aveva, dunque, Luigi fatto questi cinque errori: spenti e' minori potenti; accresciuto in Italia potenzia a uno potente; messo in quella uno forestiere potentissimo; non venuto ad abitarvi; non vi messe colonie. E' quali errori ancora, vivendo lui, possevano non lo offendere, se non avessi fatto el sesto: di torre lo stato a' Viniziani; perché, quando e' non avessi fatto grande la Chiesa, né messo in Italia Spagna, era ben ragionevole e necessario abbassarli; ma avendo preso quelli primi partiti, non doveva mai consentire alla ruina loro: perché, sendo quelli potenti, arebbono sempre tenuti gli altri discosto dalla impresa di Lombardia, sí perché e' Viniziani non vi arebbono consentito

Camerino, el de Piombino, los luqueses, los pisanos, los seneses, todos fueron a su encuentro para ser sus amigos. Y entonces pudieron los venecianos considerar la temeridad del partido que habían tomado, que por adquirir dos plazas en Lombardía hicieron al rey señor de dos tercios de Italia.

Considérese ahora con cuán poca dificultad podía el rey conservar su reputación en Italia, si hubiese observado las reglas antes dichas y mantenido seguros y defendidos a todos aquellos amigos suyos, los cuales, por ser numerosos, débiles y temerosos unos de la Iglesia y otros de los venecianos, estaban forzados a estar siempre con él, y por medio de ellos podía fácilmente asegurarse de los grandes que quedaban. Pero él apenas estuvo en Milán hizo lo contrario, dando ayuda a Alejandro para que ocupase Romaña. Y no se dio cuenta de que con esa decisión se debilitaba a sí mismo, despojándose de los amigos que se habían arrojado a su regazo, y agrandaba a la Iglesia, agregando tanto de temporal a lo espiritual que le da tanta autoridad. Y cometido un primer error, se vio obligado a seguir, en cuanto para poner freno a la ambición de Alejandro y para que no se apoderase de Toscana, se vio forzado a venir a Italia. Y no le bastó con haber agrandado a la Iglesia y haberse quitado los amigos, sino que por querer el reino de Nápoles lo dividió con el rey de España; y donde él antes era árbitro de Italia, se trajo un socio, a fin de que los ambiciosos de aquella provincia y los descontentos de él tuvieran a quién recurrir; y pudiendo dejar en aquel estado un rey que fuera tributario suyo, lo quitó para poner a uno capaz de expulsarlo a él.

*Es cosa verdaderamente muy natural y ordinaria desear adquirir, y siempre cuando los hombres lo hacen y pueden serán alabados, o no censurados; pero cuando no pueden y quieren hacerlo de todos modos, ahí está el error y la censura. Si Francia pues podía con sus propias fuerzas atacar Nápoles, debía hacerlo; si no podía, no debía dividirlo. Y si la división que hizo de Lombardía con los venecianos merecía excusa porque con ella metió un pie en Italia, esta otra merece censura porque no la excusa la necesidad.

Luis pues había cometido estos cinco errores: extinguir a los poderosos

Es cosa verdaderamente ... muy ordinario y razonable. *La alabanza de los que, pudiendo y sabiendo hacerlo, realizan conquistas, se da en un plano técnico, que es el plano en que, a lo largo de toda la obra, se encara al «príncipe». La historia para Maquiavelo es una continua lucha entre fuerzas deseosas de aumentar su potencia, interrumpida por momentos por sublevaciones de los pueblos que no quieren ser dominados. La puesta del juego no es la riqueza, sino el poder, que despierta una codicia exclusiva y transforma al «príncipe» en un jugador solitario e implacable, sin amigos y sin amor, cuyo orgullo se nutre de la humillación de los demás. En el mundo de los poderosos, que Maquiavelo estudia en esta obra, el éxito en las conquistas produce alabanzas. Y si Luis XII se debilitó por favorecer a la Iglesia, merece reproche, aunque lo haya hecho por cumplir la palabra empeñada, pues más adelante se verá que los príncipes deben mantener fe a las promesas sólo cuando les convenga. Obsérvese que Maquiavelo, tanto aquí como en el capítulo respectivo (el XVIII), dice expresamente que se trata de una norma para los príncipes. Más aún: en los* **Discursos sobre la primera década de Tito Livio** *el escritor dedica un capítulo entero a demostrar que se puede confiar más en la palabra de una república que en la de un príncipe (capítulo 59 del libro I).*

Los errores de Luis XII, rey de Francia

sanza diventarne signori loro; sí perché gli altri non arebbono voluto torla a Francia per darla a loro; e andare a urtarli tutti e dua non arebbono avuto animo. E se alcuno dicesse: il re Luigi cedé ad Alessandro la Romagna e a Spagna il Regno per fuggire una guerra, respondo, con le ragioni dette di sopra: che non si debbe mai lasciare seguire uno disordine per fuggire una guerra; perché la non si fugge, ma si differisce a tuo disavvantaggio. E se alcuni altri allegassino la fede che il re aveva obligata al papa, di fare per lui quella impresa per la resoluzione del suo matrimonio e il cappello di Roano, respondo con quello che per me di sotto si dirà circa la fede de' principi e come la si debbe osservare. Ha perduto, adunque, il re Luigi la Lombardia per non avere osservato alcuno di quelli termini osservati da altri che hanno preso provincie e volutole tenere. Né è miracolo alcuno questo, ma molto ordinario e ragionevole. E di questa materia parlai a Nantes con Roano, quando il Valentino (che cosí era chiamato popularmente Cesare Borgia, figliuolo di papa Alessandro) occupava la Romagna; perché, dicendomi el cardinale di Roano che gli italiani non si intendevano della guerra, io gli risposi che e' Francesi non si intendevano dello stato; perché, se se n'intendessono, non lascerebbono venire la Chiesa in tanta grandezza. E per esperienza si è visto che la grandezza, in Italia, di quella e di Spagna è stata causata da Francia, e la ruina sua causata da loro. Di che si cava una regola generale, la quale mai o raro falla: che chi è cagione che uno diventi potente, rovina; perché quella potenzia è causata da colui o con industria o con forza; e l'una e l'altra di queste cose è sospetta a chi è diventato potente.

menores; aumentar la potencia en Italia de un poderoso; meter en ella a un extranjero poderosísimo; no venir a residir en ella; no poner colonias. Y todavía esos errores podían no haberlo ofendido mientras él vivió, si no hubiera cometido el sexto: quitar el estado a los venecianos; porque si no hubiera agrandado a la Iglesia ni metido a España en Italia, era bien razonable y necesario rebajarlos, pero una vez tomados aquellos primeros partidos jamás debía permitir la ruina de ellos, porque siendo poderosos ellos siempre habrían mantenido a los otros alejados de la conquista de Lombardía, tanto porque los venecianos no la habrían permitido más que para ser señores ellos como porque los otros no habrían querido quitársela a Francia para dársela a ellos, y ninguno habría tendio ánimo de ir contra los dos juntos. Y si alguien dijera: el rey Luis cedió Romaña a Alejandro y el reino a España para evitar una guerra, respondo con las razones dichas más arriba; que nunca se debe dejar seguir un desorden por evitar una guerra; porque la guerra no se evita, sino que se difiere en perjuicio tuyo. Y si algún otro alegara la promesa que el rey le había hecho al papa, de hacer esa campaña por él a cambio de la disolución de su matrimonio y el capelo para Rouen, respondo lo que más abajo diré sobre las promesas de los príncipes y cómo deben observarlas. Perdió pues el rey Luis Lombardía por no haber obsevado ninguno de los términos observados por otros que han tomado provincias y querido conservarlas. Y no es eso milagro alguno, sino muy ordinario y razonable. Y de este asunto hablé en Nantes con Rouen cuando el Valentino, como era llamado popularmente César Borgia, hijo del papa Alejandro, ocupaba Romaña; porque diciéndome el cardenal de Rouen que los italianos no entendían de guerra, yo le respondí que los franceses no entendían de estado, porque si entendieran no dejarían que la Iglesia llegara a tanta grandeza. Y por experiencia se ha visto que la grandeza de aquella y de España en Italia fue causada por Francia, y la ruina de esta última fue causada por aquellas. De lo que se deduce una regla general, que nunca o raramente falla: que quien es causa de que otro se haga poderoso, se arruina: porque esa potencia es causada por él o con industria o con fuerza, y tanto una cosa como la otra son sospechosas para el que se ha vuelto poderoso.

Y de este asunto hablé ... se ha vuelto poderoso. *Aparece aquí por primera vez el nombre del que muchos consideran -erróneamente, a mi entender- el verdadero protagonista de* **El Príncipe**: *César Borgia, el hijo del papa Alejandro VI, cardenal secularizado, duque de Valentinois por gracia del rey de Francia, autor de un número considerable de homicidios para despejarse el camino hacia el poder o para mantenerlo, héroe de la fulmínea aventura de la formación de un estado personal extenso en el ámbito territorial de los estados pontificios, estrella fugaz, cuyo fulgor se apagó súbitamente cuando, en 1503, Alejandro VI murió. Maquiavelo lo juzga aquí negativamente desde el punto de vista de los intereses franceses; lo había considerado en los* **Decenales** *como el hombre de pueblo considera a los poderosos: serpiente hábil que devora a sus rivales más torpes; en el capítulo VII lo presenta como un modelo de «príncipe nuevo» porque ejerció bien su oficio desde el punto de vista de sus propios intereses (adquirir y conservar el poder).*

IV
Cur Darii regnum quod Alexander occupaverat a successoribus suis post Alexandri mortem non defecit

Considerate le difficultà le quali si hanno a tenere uno stato di nuovo acquistato, potrebbe alcuno maravigliarsi donde nacque che Alessandro Magno diventò signore della Asia in pochi anni e, non l'avendo appena occupata, morí; donde pareva ragionevole che tutto quello stato si rebellassi; nondimeno e' successori di Alessandro se lo mantennono; e non ebbono, a tenerlo, altra difficultà che quella che intra loro medesimi, per ambizione propria, nacque. Respondo come e' principati de' quali si ha memoria si trovono governati in dua modi diversi: o per uno principe e tutti gli altri servi, e' quali come ministri, per grazia e concessione sua, aiutano governare quello regno; o per uno principe e per baroni, e' quali, non per grazia del signore, ma per antiquità di sangue, tengano quel grado. Questi tali baroni hanno stati e sudditi proprii, li quali li riconoscono per signori e hanno in loro naturale affezione. Quegli stati che si governano per uno principe e per servi, hanno el loro principe con piú autorità, perché in tutta la sua

Notas al cap.IV

*Este capítulo constituye algo así como un paréntesis en el riguroso desarrollo del tema según el esquema del capítulo I, y se debe al escrúpulo de no dejar ninguna posible objeción sin respuesta. ¿Cómo pudo el más célebre de los principados nuevos, el imperio de Alejandro, durar tanto tiempo, si se formó en poquísimo tiempo y su forjador murió antes de poder consolidarlo? Es la ocasión de incorporar al panorama del principado nuevo, que en la Europa del siglo XVI tenía su punto de partida en la luchas por el poder entre las grandes casas nobiliarias (que luego conservaban parte de su potencia), los despotismos de tipo oriental, organizados en base a una red de funcionarios ligados al soberano por vínculos de férrea obediencia. Estos últimos -dice Maquiavelo- se conquistan más difícilmente y se conservan con más facilidad. La afirmación es históricamente discutible. Pero interesa relevar cómo Maquiavelo no pierde ocasión de manifestar su fastidio hacia la aristocracia de su tiempo, levantisca y parasitaria, fuente de debilidad para el principado (lo hace fácil de conquistar y difícil de mantener) y obstáculo en una república para la verdadera libertad, que se basa en la igualdad (***Discursos...***, libro I, capítulo 55).*

IV
Por qué razón el reino de Darío, que fue ocupado por Alejandro, no se rebeló contra sus sucesores después que Alejandro murió.

Considerando las dificultades que existen para conservar un estado recién adquirido, alguien podría preguntarse cuál fue la causa de que Alejandro Magno haya llegado a ser señor de Asia en pocos años y después cuando apenas la había ocupado, murió, de modo que parecía razonable que todo aquel estado se rebelase, y sin embargo los sucesores de Alejandro lo conservaron, y no tuvieron para mantenerlo otra dificultad que la que nació entre ellos mismos, por su propia ambición. Respondo que los principados de que hay memoria se encuentran gobernados de dos maneras distintas: o por un príncipe, siendo todos los demás siervos que como ministros, por gracia y concesión suya ayudan a gobernar ese reino, o por un príncipe y barones, los cuales no por gracia del señor sino por antigüedad de sangre tienen ese grado. Esos tales barones tienen estados y súbditos propios, que los reconocen como señores y sienten por ellos natural afecto. Los estados gobernados por un príncipe y siervos tienen a su príncipe con más autoridad,

provincia non è alcuno che riconosca per superiore se non lui; e se obediscano qualcuno altro, lo fanno come ministro e offiziale, e non gli portano particulare amore.

Gli esempli di queste due diversità di governi sono, ne' nostri tempi, el Turco e il re di Francia. Tutta la monarchia del Turco è governata da uno signore; gli altri sono sua servi; e, distinguendo il suo regno in Sangiachi, vi manda diversi amministratori, e li muta e varia come pare a lui. Ma il re di Francia è posto in mezzo d'una moltitudine antiquata di signori, in quello stato riconosciuti da' loro sudditi e amati da quelli: hanno le loro preeminenzie; non le può il re torre loro sanza suo periculo. Chi considera, adunque, l'uno e l'altro di questi stati, troverrà difficultà nello acquistare lo stato del Turco, ma, vinto che sia, facilità grande a tenerlo. Cosí, per adverso, troverrete per qualche rispetto piú facilità a occupare lo stato di Francia, ma difficultà grande a tenerlo.

Le cagioni delle difficultà in potere occupare il regno del Turco sono per non potere essere chiamato da' principi di quello regno, né sperare, con la rebellione di quelli ch'egli ha d'intorno, potere facilitare la sua impresa. Il che nasce dalle ragioni sopradette; perché, sendogli tutti stiavi e obligati, si possono con piú difficultà corrompere; e quando bene si corrompessino, se ne può sperare poco utile, non possendo quelli tirarsi drieto e' populi per le ragioni assignate. Onde, chi assalta il Turco, è necessario pensare di averlo a trovare tutto unito, e gli conviene sperare piú nelle forze proprie che ne' disordini d'altri. Ma, vinto che fussi, e rotto alla campagna in modo che non possa rifare eserciti, non si ha a dubitare di altro che del sangue del principe; il quale spento, non resta alcuno di chi si abbia a temere, non avendo gli altri credito con li populi: e come el vincitore, avanti la vittoria, non poteva sperare in loro, cosí non debbe, dopo quella, temere di loro.

El contrario interviene ne' regni governati come quello di Francia; perché con facilità tu puoi intrarvi, guadagnandoti alcuno barone del regno; perché sempre si trova de' malcontenti e di quelli che desiderano innovare; costoro, per le ragioni dette, ti possono aprire la via a quello stato e facilitarti la vittoria. La quale di poi, a volerti mantenere, si tira drieto infinite difficultà, e con quelli che ti hanno aiutato e con quelli che tu hai oppressi. Né ti basts spegnere il sangue del principe, perché vi rimangono quelli signori che si fanno capi delle nuove alterazioni; e non li potendo né contentare né spegnere, perdi quello stato qualunque volta venga l'occasione.

Ora, se voi considerrete di qual natura di governi era quello di Dario, lo troverrete simile al regno del Turco; e però ad Alessandro fu necessario prima urtarlo tutto e torli la campagna; dopo la quale vittoria, sendo Dario morto, rimase ad Alessandro quello stato sicuro per le ragioni di sopra discorse. E li suoi successori, se fussino suti uniti, se lo potevano godere oziosi; né in quel regno nacquono altri tumulti che quelli che loro proprii suscitorono. Ma li stati ordinati come quello di Francia è impossibile possederli con tanta quiete. Di qui nacquono le spesse rebellioni di Spagna,

porque en toda la provincia no hay nadie a quien reconozcan por superior sino a él, y si obedecen a algún otro lo hacen como a ministro y oficial; y no sienten por él particular amor.

Los ejemplos de estas dos diversidades de gobiernos en nuestros tiempos son el Turco y el rey de Francia. Toda la monarquía del Turco es gobernada por un solo señor; los demás son sus siervos y, distinguiendo su reino en *sangiachi* (provincias), envía a ellos diferentes administradores y los muda y los varía como a él le parece. El rey de Francia en cambio se encuentra en el centro de una multitud de señores antiguos, reconocidos en ese estado por sus súbditos y amados por ellos, los cuales tienen sus preeminencias que el rey no puede quitarles sin peligro. Quien considere pues uno y otro de esos estados, hallará dificultad para conquistar el estado del Turco, pero gran facilidad para conservarlo una vez conquistado. Inversamente, encontrareis en algunos aspectos más fácil ocupar el estado de Francia, pero muy difícil conservarlo.

Las causas de las dificultades para poder ocupar el reino del Turco consisten en no poder ser llamado por los príncipes de aquel reino, ni tener esperanza de facilitar la empresa con la rebelión de los que lo rodean, cosa que nace de las razones antes dichas. Porque como todos son esclavos suyos y están obligados con él, es más difícil corromperlos; y aun cuando se corrompieran no se puede esperar mucho beneficio, porque por las razones antes dichas no pueden arrastrar al pueblo tras ellos. Por lo tanto quien ataque al Turco tiene que pensar que lo encontrará unido, y debe confiar en sus propias fuerzas antes que en los desórdenes ajenos. Pero si llegara a vencerlo y derrotarlo en batalla de manera que no pueda rehacer sus ejércitos, nada tiene que temer más que la sangre del príncipe, y, extinguida ésta, de nada más hay que preocuparse porque los demás no tienen crédito con los pueblos; y así como antes de la victoria el vencedor no podía esperar nada de ellos, después no tiene nada que temer.

Lo contrario ocurre en los reinos gobernados como el de Francia; porque con facilidad puedes penetrar en ellos, ganándote a algún barón del reino, porque siempre hay algunos descontentos y algunos que desean innovar. Estos, por las razones antes dichas, te pueden abrir el camino hacia ese estado y facilitarte la victoria, la cual después, si quieres mantenerte, trae consigo infinitas dificultades tanto con los que te ayudaron como con los que ofendiste. Y no te basta con extinguir la sangre del príncipe, porque subsisten los señores, que ahora se hacen cabeza de las nuevas alteraciones, y como no puedes ni contentarlos ni extinguirlos, pierdes ese estado a la primera ocasión que se presente.

Ahora, si se considera de qué naturaleza era el gobierno de Darío, se hallará que era similar al reino del Turco, y por eso Alejandro necesitó primero chocarlo de frente y quitarle la campaña y después de esa victoria, muerto Darío, le quedó a Alejandro ese estado seguro por las razones antes examinadas. Y sus sucesores, si hubieran estado unidos, podrían haberlo

di Francia e di Grecia da' Romani, per li spessi principati che erano in quegli stati: de' quali mentre durò la memoria, sempre ne furono e' Romani incerti di quella possessione; ma, spenta la memoria di quelli, con la potenzia e diuturnità dello imperio, ne diventorono securi possessori. E posserno anche, quelli, combattendo di poi infra loro, ciascuno tirarsi drieto parte di quelle provincie, secondo l'autorità vi aveva presa dentro; e quelle, per essere el sangue de' loro antiqui signori spento, non riconoscevano se non e' Romani. Considerato adunque tutte queste cose, non si maraviglierà alcuno della facilità che ebbe Alessandro a tenere lo stato di Asia, e delle difficultà che hanno avuto gli altri a conservare lo acquistato, come Pirro e molti. Il che non è nato dalla molta o poca virtú del vincitore, ma dalla disformità del subietto.

gozado ociosos, pues no nacieron en aquel reino otros tumultos que los que ellos mismos suscitaron. Pero los estados ordenados como el de Francia es imposible poseerlos con tanta tranquilidad. De ahí nacen las frecuentes rebeliones de España, Francia y Grecia contra los romanos, por los muchos principados que había en aquellos estados; porque mientras duró la memoria de ellos siempre estuvieron los romanos inciertos en su posesión, pero una vez extinguido su recuerdo con la potencia y la persistencia del imperio, llegaron a ser poseedores seguros de esos territorios. Y también, al combatir después entre ellos pudieron arrastrar tras de sí cada uno una parte de aquellas provincias, según la autoridad que en ellas habían adquirido; y las provincias, por haberse extinguido la sangre de su antiguo señor, no reconocían más que a los romanos. Considerando pues todas estas cosas, nadie se maravillará de la facilidad con que Alejandro conservó el estado de Asia ni de las dificultades que han tenido otros para conservar sus conquistas, como Pirro y muchos otros. Lo cual no nació de la mucha o poca virtud del vencedor, sino de la distinta calidad de la materia.

V
Quomodo administrandae sunt civitates vel principatus, qui, antequam occuparentur, suis legibus vivebant

Quando quelli stati che si acquistano, come è detto, sono consueti a vivere con le loro leggi e in libertà, a volerli tenere ci sono tre modi; el primo, ruinarle; l'altro, andarvi ad abitare personalmente; el terzo, lasciarle vivere con le sue leggi, traendone una pensione e creandovi drento uno stato di pochi che te le conservino amiche. Perché, sendo quello stato creato da quello principe, sa che non può stare sanza l'amicizia e potenzis sua, e ha a fare tutto per mantenerlo; e piú facilmente si tiene una città usa a vivere libera con il mezzo de' suoi cittadini, che in alcuno altro modo, volendola preservare.

In exemplis, ci sono gli Spartani e li Romani. Li Spartani tennono Atene e Tebe creandovi uno stato di pochi, tamen le riperderno. Li Romani, per tenere Capua, Cartagine e Numanzia, le disfeciono, e non le perderono;

Notas al capítulo V

Cerrado el paréntesis extraeuropeo, volvemos a Florencia con este capítulo V. El tema del principado mixto está agotado. Llegamos lentamente al núcleo temático del libro: ¿cómo debe el príncipe nuevo gobernar su reciente conquista? Según la acostumbrada visión dual de Maquiavelo, las posibilidades se reducen a dos: la ciudad conquistada, o era una república, o ya estaba sometida al poder unipersonal de un príncipe. El capítulo V está consagrado a examinar esta diferencia fundamental. En el segundo caso, el príncipe nuevo no tiene más que instalarse cómodamente en la rutina del viejo. Pero si los nuevos súbditos estaban acostumbrados a la libertad, ¡cuidado! Aquí Maquiavelo no se contiene: el príncipe nuevo deberá destruir la ciudad y dispersar a los ciudadanos: de lo contrario la ciudad acabará con él. Luego de la acometida amenazante, que lo hace retroceder con la imaginación a la lucha abortada del año anterior, Maquiavelo se recobra y agrega el otro recurso posible: habitar en la ciudad sometida. Y con esto se recupera el tono técnico, de quien ve las cosas desde el punto de vista del príncipe, puesto que a este se refiere el título de la obra. Parece querer decir que en la primera parte no se refería a los Médici, pues estos emplearon este segundo recurso y viven en Florencia.

V
De qué modo deben gobernarse las ciudades o los principados que antes de ser ocupados vivían con sus leyes

Cuando los estados que se adquieren, como se ha dicho, están habituados a vivir con sus leyes y su libertad, si se desea mantenerlos hay tres modos: el primero es destruirlos; el segundo, ir a residir personalmente en ellos; el tercero, dejarlos vivir con sus leyes, exigiéndoles un tributo y creando en ellos un estado de pocos que te los mantenga amigos. Porque ese estado, habiendo sido creado por ese príncipe, sabe que no puede estar sin su amistad y su potencia y tiene que hacer todo para mantenerlo. Y es más fácil mantener una ciudad acostumbrada a vivir libre por medio de sus ciudadanos que de ninguna otra manera, si se desea conservarla.

Como ejemplos tenemos a los espartanos y los romanos. Los espartanos tuvieron dominadas a Atenas y a Tebas creando en ellas un estado de pocos, y las perdieron. Los romanos para conservar Capua, Cartago y Numancia

Cuando los estados que se adquieren ... si se desea conservarla. *Hasta aquí habla el técnico. En el análisis que sigue, de estos tres modos, quedan sólo el primero y, admitido subordinadamente, el segundo. El tercero es un recurso, bastante contradictorio («sus leyes ... un estado de pocos»), que se apoya en esa condición final: «si se desea conservarla». Se reserva este método para el caso en que verdaderamente se quieran salvar las dos cosas inconciliables: el dominio sobre una ciudad de espíritu libre y la existencia misma de la ciudad. Una buena parte del capítulo se dedicará a demostrar que este último recurso es inviable o, por lo menos, efímero.*

Como ejemplos tenemos ... fuera de la ruina. *Estos ejemplos sirven para reafirmar el concepto de que la libertad es tan consustancial a un pueblo de espíritu libre (que en otros lugares llama «no corrompido»), que no se destruye sin destruir a ese pueblo. Los espartanos instituyeron en Atenas, derrotada por ellos en la guerra del Peloponeso, un gobierno oligárquico amigo, y su supremacía sobre ella no alcanzó a durar más de un año; los romanos, conquistada Grecia, la dejaron libre con gobiernos romanófilos y, para no perderla, poco después tuvieron que destruir o dañar gravemente muchas de sus ciudades (Corinto fue arrasada en el año 146 a.c.) y reducir todo el territorio a provincia. Lo mismo hicieron con Cartago (146 a.c.) y pocos años después (133 a.c.) con Numancia. La última frase, en su brevedad, concluye el escueto pero abarcativo ejemplo como una lápida.*

volsero tenere la Grecia quasi come tennono li Spartani, faccendola libera e lasciandoli le sue leggi, e non successe loro: in modo che furono costretti disfare di molte città di quella provincia, per tenerla. Perché, in verità, non ci è modo securo a possederle, altro che la ruina. E chi diviene patrone di una città consueta a vivere libera, e non la disfaccia, aspetti di essere disfatto da quella; perché sempre ha per refugio, nella rebellione, el nome della libertà e gli ordini antichi suoi; li quali né per la lunghezza dei tempi né per benefizii mai si dimenticano. E per cosa che si faccia o si provvegga, se non si disuniscono o dissipano li abitatori, e' non sdimenticano quel nome né quegli ordini, e subito in ogni accidente vi ricorrono; come fè Pisa dopo cento anni che ella era suta posta in servitú da' Fiorentini. Ma quando le città o le provincie sono use a vivere sotto uno principe, e quel sangue sia spento, sendo da uno canto usi ad obbedire, dall'altro non avendo el principe vecchio, farne uno infra loro non si accordano, vivere liberi non sanno: di modo che sono piú tardi a pigliare le armi, e con piú facilità se li può uno principe guadagnare e assicurarsi di loro. Ma nelle republiche è maggiore vita, maggiore odio, piú desiderio di vendetta; né li lascia, né può lasciare riposare la memoria della antiqua libertà: tale che la piú sicura via è spegnerle o abitarvi.

Y quien se hace señor ... por los florentinos. *Maquiavelo no sugiere a los Médici que destruyan Florencia: sabe que no lo hubieran hecho, y, para ellos, está el refugio del otro recurso: vivir en ella. Pero quiere que sientan toda la intensidad de ese sentimiento de independencia municipal que animaba a los florentinos en el momento en que fueron sometidos. Y sin saberlo fue profeta. Catorce años después, en 1527, los florentinos, aprovechando que los Médici se veían debilitados por la derrota del papa Clemente VII que era uno de ellos, se sublevaron y luego, en el famoso sitio de 1529-1530, defendieron a muerte esa libertad reconquistada. Hay en estas palabras un oscuro desafío bajo forma de advertencia. Pero al final del período el autor reacciona en el sentido del oportunismo y sustituye el ejemplo obvio: la revuelta antimedicea de 1494 en Florencia, en ocasión de la acometida del rey francés Carlos VIII, por la rebelión de Pisa, en la misma fecha y aprovechando la misma oportunidad, contra el dominio florentino. La expulsión de Piero de' Médici de Florencia en ese año se recuerda al principio del primer* **Decenal** *de Maquiavelo, dirigido a sus conciudadanos y escrito en los «tiempos áureos» en los que cada uno puede decir lo que piensa:*

«No pudisteis gozar **como debíais**
por haberos librado de aquel yugo
que os tuvo doblegados por seis décadas,

porque visteis la patria devastada,
visteis a la ciudad en gran peligro
y el ostentoso orgullo de los galos.» (**Decenal I**, *vv.* 25-30)

las destruyeron, y no las perdieron. Quisieron tener a Grecia casi como la tuvieron los espartanos, haciéndola libre y dejándole sus leyes, y no tuvieron éxito, de modo que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de esa provincia, para conservarla. Porque en realidad no hay modo seguro de poseerla, fuera de la ruina. Y quien se hace señor de una ciudad habituada a vivir libre y no la destruye, que espere ser destruído por ella, porque en la rebelión siempre tiene por refugio el nombre de la libertad y sus propios órdenes antiguos, los cuales no se olvidan jamás, ni por el transcurso del tiempo ni por beneficios. Y por cosa que se haga y se provea, si no se desunen y dispersan los habitantes, nunca olvidan aquel nombre ni aquellos órdenes, y en cualquier accidente inmediatamente vuelven a ellos, como hizo Pisa después de cien años que llevaba sometida a la servidumbre por los Florentinos. Pero cuando las ciudades o las provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe y esa sangre se extingue, estando por un lado acostumbrados a obedecer, y por el otro no teniendo al príncipe antiguo, para hacer otro entre ellos no se ponen de acuerdo, vivir libres no saben, de modo que son más lentos para tomar las armas y con más facilidad puede un príncipe ganárselos y asegurarse de ellos. Pero en las repúblicas hay mayor vida, mayor odio, más deseo de venganza; y no las deja ni puede dejarlas descansar el recuerdo de la antigua libertad, de manera que el camino más seguro es destruirlas o residir en ellas.

El ejemplo de la rebelión de Pisa es menos ajustado, pues el dominio de una ciudad sobre otra no encaja perfectamente en la definición que da Maquiavelo del principado nuevo, pero es sin duda más prudente.

Sigue a esta concitada afirmación de la persistencia del sentimiento de libertad, el análisis breve de lo que pasa cuando un príncipe nuevo se adueña de una ciudad acostumbrada al principado: es una pausa o, mejor, un descenso de tono, necesario para hacer resaltar la soberbia proclamación final.

Pero cuando las ciudades ... asegurarse de ellos. *Es un solo período, muy largo, de sintaxis un tanto irregular, que refleja bien la vacilación confusa que se produce con la extinción del principado viejo. Entre todas las posibilidades, resalta la principal: «vivir libres no saben»; «vivir libres» es como una luz, que se apaga inmediatamente en aquel «no saben» (la construcción normal, «no saben vivir libres», carecería de todo relieve). La tensión vital se recupera en la conclusión.*

Pero en las repúblicas ... o vivir en ellas. *El canto de libertad o muerte llega hasta la penúltima palabra. Y Maquiavelo no sería Maquiavelo si no apagara de súbito el entusiasmo con la mención del recurso secundario, el recurso de los Médici: vivir en la ciudad. No es un tecnicismo; es una forma de hacer aparecer inocua una exposición (que es casi una alocución) de contenido explosivo.*

VI
De principatibus novis qui armis propriis et virtute acquiruntur

Non si maravigli alcuno se, nel parlare che io farò de' principati al tutto nuovi, e di principe e di stato, io addurrò grandissimi esempli; perché, camminando gli uomini quasi sempre per le vie battute da altri, e procedendo nelle azioni loro con le imitazioni, né si potendo le vie di altri al tutto tenere, né alla virtú di quelli che tu imiti aggiugnere, debbe uno uomo prudente intrare sempre per vie battute da uomini grandi, e quelli che sono stati eccellentissimi imitare, acciò che, se la sua virtú non vi arriva, almeno ne renda qualche odore; e fare come gli arcieri prudenti, a' quali parendo el loco dove disegnano ferire troppo lontano, e conoscendo fino a quanto va la virtú del loro arco, pongono la mira assai piú alta che il loco destinato, non per aggiugnere con la loro freccia a tanta altezza, ma per potere, con lo aiuto di sí alta mira, pervenire al disegno loro.

Dico, adunque, che ne' principati tutti nuovi, dove sia uno nuovo principe, si trova a mantenerli piú o meno difficultà, secondo che piú o meno è virtuoso colui che gli acquista. E perché questo evento di diventare, di privato, principe, presuppone o virtú o fortuna, pare che l'una o l'altra di queste dua cose mitighi, in parte, di molte difficultà; nondimanco, colui che è stato meno in sulla fortuna, si è mantenuto piú. Genera ancora facilità

Notas al capítulo VI

Los dos últimos dilemas del capítulo I, que sirve de sumario previo a la primera parte del libro, se unifican, luego del capítulo V en un dilema solo, y dan lugar a los caps. VI y VII: un principado nuevo se adquiere por la «virtud» del príncipe y con sus propias armas (capítulo VI) o por el favor de la fortuna y con armas ajenas (capítulo VII). Este emparejamiento ayuda a aclarar el concepto maquiaveliano de «virtud». Quien conquista el poder con armas de otro, está supeditado a la voluntad de ese otro; quien lo conquista con armas propias, no le debe nada a la fortuna ni a ningún otro poderoso y realiza un acto libre, en el sentido de que no está determinado por fuerzas ajenas. «Virtud» es pues libre albedrío, determinación y capacidad específica. La «virtud» del príncipe no es la misma que caracteriza al buen escritor, o al buen sacerdote, o al buen ciudadano. Al principio

VI
De los principados nuevos que se adquieren con armas propias y virtuosamente

Que nadie se maraville si, en lo que hablaré de los principados del todo nuevos en príncipe y en estado, aduzco grandísimos ejemplos, porque caminando los hombres casi siempre por los caminos abiertos por otros, y procediendo en sus acciones con las imitaciones, y no siendo posible seguir en todo la vía de otro, ni alcanzar la virtud de los que imitas, el hombre prudente debe entrar siempre por los caminos abiertos por hombres grandes, e imitar a aquellos que han sido excelentísimos a fin de que, si la virtud de ellos no te llega, te dé al menos algún aroma, y hacer como los arqueros prudentes, a los que pareciéndoles demasiado lejano el punto donde quieren herir, y conociendo hasta dónde va la virtud de su arco, ponen la mira mucho más arriba del lugar destinado, no para llegar con su flecha a tanta altura, sino para poder con ayuda de tan alta mira llegar adonde planean.

Digo pues que en los principados del todo nuevos, donde haya un príncipe nuevo, se halla para mantenerlos más o menos dificultad según que sea más o menos virtuoso el que los adquiere. Y como este evento de convertirse de particular en príncipe presupone o virtud o suerte, parece que una u otra de estas dos cosas mitiga en parte muchas dificultades: sin embargo el que ha confiado menos en la suerte se ha mantenido más.

de este capítulo se habla, en el mismo sentido, de la mayor o menor «virtud» del arco, es decir, de su mayor o menor alcance.

El cap, VI da como ejemplos de príncipes nuevos que conquistaron el poder por su virtud y con armas propias a Ciro, Rómulo, Teseo y Moisés, quienes no recibieron de la fortuna más que la ocasión propicia.

Que nadie se maraville ... vivir allí. *Esta introducción sirve también para el capítulo siguiente y obedece a la preocupación, siempre presente en Maquiavelo y característica del Renacimiento, de buscar en la historia antigua esencialmente arquetipos, modelos de vida. Y hay qu elegir ejemplos de hombres excepcionales, pues hay que mirar alto para alcanzar algo; de ahí el símil del arquero.*

essere il principe costretto, per non avere altri stati, venire personalmente ad abitarvi. Ma per venire a quelli che, per propria virtú e non per fortuna, sono diventati principi, dico che li piú eccellenti sono Moisè, Ciro, Romulo, Teseo e simili. E benché di Moisè non si debba ragionare, sendo suto uno mero esecutore delle cose che gli erano ordinate da Dio, tamen debbe essere ammirato solum per quella grazia che lo faceva degno di parlare con Dio. Ma consideriamo Ciro e gli altri che hanno acquistato o fondato regni: li troverrete tutti mirabili; e se si considerranno le azioni e ordini loro particulari, parranno non discrepanti da quelli di Moisè, che ebbe sí gran precettore. Ed esaminando le azioni e vita loro, non si vede che quelli avessino altro dalla fortuna che la occasione; la quale dette loro materia a potere introdurvi dentro quella forma parse loro; e sanza quella occasione la virtú dello animo loro si sarebbe spenta, e sanza quella virtú la occasione sarebbe venuta invano.

Era dunque necessario a Moisè trovare il populo d'Isdrael, in Egitto, stiavo e oppresso dalli Egizii, acciò che quelli, per uscire di servitú, si disponessino a seguirlo. Conveniva che Romulo non capissi in Alba, fussi stato esposto al nascere, a volere che diventassi re di Roma e fondatore di quella patria. Bisognava che Ciro trovassi e' Persi malcontenti dello imperio de' Medi, e li Medi molli ed effeminati per la lunga pace. Non posseva Teseo dimostrare la sua virtú, se non trovava gli Ateniesi dispersi. Queste occasioni, pertanto, feciono questi uomini felici, e la eccellente virtú loro fece quella occasione essere conosciuta; donde la loro patria ne fu nobilitata e diventò felicissima.

Quelli e' quali per vie virtuose, simili a costoro, diventano principi, acquistano el principato con difficultà, ma con facilità lo tengono; e le difficultà che gli hanno nello acquistare el principato, in parte nascono da' nuovi ordini e modi che sono forzati introdurre per fondare lo stato loro e

Pero para pasar a los ... preceptor. *La enumeración mezcla épocas históricas bien diferentes, pues Maquiavelo piensa que la naturaleza humana, en su esencia, es constante. Distingue, sí, entre sus arquetipos, a Moisés, por el carácter religioso de su figura y el origen religioso que las escrituras atribuyen a su poder. Pero se trata de una falsa distinción, basada en una sutil ironía. El escritor ve en Moisés a un hombre como Ciro o Rómulo, que tuvo la particularidad de haber usado, consciente o inconscientemente, la religión como instrumento de dominio. Los demás príncipes citados, sin tener «tan grande preceptor», obtuvieron resultados similares.*

Y examinando las acciones ... venido en vano. *Período incisivo, basado en el dualismo «ocasión-virtud», que se traduce en el otro: «materia-forma». La ocasión proporciona la materia; la energía inteligente del príncipe se apodera de ella para darle forma. Así, una rutinaria locución de filosofía escolástica, sin perder nada de su valor conceptual, se transforma en una imagen de gran fuerza plástica, que nos representa al hombre como escultor de su historia, independientemente de todo juicio moral. Nótese el tono desolado de esa hipótesis dual del desencuentro entre la ocasión y la capacidad creadora del hombre.*

Es pues necesario para Moisés ... felicísima. *¿Cuáles fueron las «ocasiones» para los príncipes nuevos citados a título de ejemplos? Para Moisés fue la esclavitud de los hebreos en Egipto; para Rómulo, la usurpación de Amulio; para Ciro, la degeneración de los medos y el descontento*

También genera facilidad el verse el príncipe obligado, por no tener otros estados, a ir personalmente a vivir allí. Pero para pasar a los que por virtud propia y no por suerte han llegado a ser príncipes digo que los más excelentes son Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y similares. Y si bien de Moisés no se debe hablar, porque fue un mero ejecutor de las cosas que Dios le ordenaba, sin embargo debe ser admirado tan sólo por aquella gracia que lo hacía digno de hablar con Dios. Pero consideremos a Ciro y a los otros que han adquirido o fundado reinos: los encontraréis a todos admirables; y si se consideran en particular sus acciones y sus ordenamientos, se verá que no discrepan de los de Moisés, que tuvo tan grande preceptor. Y examinando las acciones y la vida de ellos, no se ve que hayan recibido de la suerte otra cosa que la ocasión, la cual les dio materia donde poder introducir la forma que les pareció; y sin aquella ocasión la virtud del ánimo de ellos se habría extinguido, y sin esa virtud la ocasión habría venido en vano.

Era pues necesario para Moisés hallar al pueblo de Israel en Egipto, esclavizado y oprimido por los egipcios, a fin de que ellos, por salir de la sevidumbre, se dispusieran a seguirlo. Convenía que Rómulo no cupiese en Alba, hubiera sido expuesto al nacer, para que llegase a ser rey de Roma y fundador de aquella patria. Era preciso que Ciro hallase a los persas descontentos del imperio de los medos, y a los medos blandos y afeminados por la larga paz. No habría podido Teseo demostrar su virtud si no hubiese encontrado a los atenienses dispersos. Esas ocasiones por lo tanto hicieron a esos hombres felices, y la excelente virtud de esos hombres hizo que esa ocasión fuese conocida, con lo cual la patria fue ennoblecida y llegó a ser felicísima.

Los que por vías virtuosas, semejantes a ellos, llegan a ser príncipes, adquieren el principado con dificultad, pero con facilidad lo mantienen; y las dificultades que tienen para adquirir el principado nacen en parte de los

de los persas; para Teseo, la dispersión de los habitantes del Atica.

La potencia del príncipe parte, pues, siempre de algún hecho negativo para la colectividad, que sirve de pedestal a su encumbramiento como individuo. Estas calamidades colectivas son aprovechadas por el príncipe nuevo para afirmar su poder personal. El interés del príncipe, para Maquiavelo, contrasta, pues, con el interés general, aun en los casos en que, como aquí, para el autor la acción efectiva del príncipe coincide, sí, con la conveniencia común.

Con virtud y con armas propias este príncipe conquista el principado, es decir peleando contra enemigos y obstáculos, y sin el favor especial de la fortuna (sólo la ocasión). Es natural, pues, que semejantes principados se adquieran con mucho esfuerzo. Pero se mantienen, dice Maquiavelo, muy fácilmente (se prepara aquí lógicamente el terreno para la aserción recíproca: lo que se adquiere sin esfuerzo, por un golpe de suerte y con armas ajenas, se mantiene difícilmente).

Los que por vías virtuosas ... rara vez peligra. *La dificultad de la adquisición nace del hecho de que el cambio perjudica a todos los que están ligados por intereses a la situación anterior y los que se beneficiarían con la nueva no dan crédito a las palabras, sino que, para dar su apoyo, necesitan un tiempo de experimentación. Esto hace que a menudo haya que imponer el cambio por la fuerza. De ahí que los profetas desarmados fracasan, como fray Jerónimo Savonarola en Florencia.*

Relación entre ocasión y virtud

Ojo: observar que las ocasiones

la loro securtà. E debbasi considerare come non è cosa piú difficile a trattare, né piú dubbia a riuscire, né piú periculosa a maneggiare, che farsi capo a introdurre nuovi ordini; perché lo introduttore ha per nimici tutti quelli che degli ordini vecchi fanno bene, e ha tepidi difensori tutti quelli che degli ordini nuovi farebbono bene. La quale tepidezza nasce, parte per paura degli avversarii, che hanno le leggi dal canto loro, parte dalla incredulità degli uomini, li quali non credano in verità le cose nuove, se non ne veggono nata una ferma esperienza; donde nasce che qualunque volta quelli che sono nimici hanno occasione di assaltare, lo fanno partigianamente, e quegli altri defendano tepidamente: in modo che insieme con loro si periclita. 'E necessario pertanto, volendo discorrere bene questa parte, esaminare se questi innovatori stanno per loro medesimi o se dependano da altri; cioè, se per condurre l'opera loro bisogna che preghino, ovvero possono forzare. Nel primo caso capitano sempre male e non conducano cosa alcuna; ma, quando dependono da loro proprii e possono forzare, allora è che rare volte periclitano. Di qui nacque che tutti e' profeti armati vinsono, e li disarmati ruinorono. Perché, oltre alle cose dette, la natura de' populi è varia; ed è facile a persuadere loro una cosa, ma è difficile fermarli in quella persuasione; e però conviene essere ordinato in modo che, quando e' non credono piú, si possa fare loro credere per forza. Moisè, Ciro, Teseo e Romulo non arebbono possuto fare osservare loro lungamente le loro costituzioni, se fussino stati disarmati; come ne' nostri tempi intervenne a fra' Girolamo Savonarola; il quale ruinò ne' sua ordini nuovi, come la moltitudine cominciò a non credergli; e lui non aveva modo a tenere fermi quelli che avevano creduto, né a far credere e' discredenti. Però questi tali hanno nel condursi gran difficultà, e tutti e' loro periculi sono fra via, e conviene che con la virtú li superino: ma superati che gli hanno, e che cominciano ad essere in venerazione, avendo spenti quelli che di sua qualità li avevano invidia, rimangono potenti, securi, onorati, felici.

A sí alti esempli io voglio aggiugnere uno esemplo minore; ma bene arà qualche proporzione con quelli, e voglio mi basti per tutti li altri simili: e

modos y ordenamientos nuevos que se ven obligados a introducir para fundar su estado y su seguridad. Y se debe considerar que no hay cosa más difícil de tratar, ni más dudosa de alcanzar, ni más peligrosa de manejar, que hacerse cabeza para introducir nuevos ordenamientos. Porque el introductor tiene por enemigos a todos aquellos que con los ordenamientos viejos medran, y por tibios defensores a los que con los ordenamientos nuevos medrarían. Cuya tibieza nace en parte del miedo a los adversarios, que tienen las leyes de su lado, y en parte de la incredulidad de los hombres, que no creen de veras las cosas nuevas si no ven una firme experiencia de ellas. De lo cual nace que cuando los que son enemigos tienen ocasión de atacar, atacan como partidarios, y los otros defienden como tibios, de modo que en compañía de ellos se corre riesgo. Para discurrir bien esta parte es necesario pues examinar si estos innovadores están por sí mismos, o dependen de otros; es decir, si para realizar su obra tienen que rogar o bien pueden forzar. En el primer caso acaban siempre mal y no realizan cosa alguna; pero cuando dependen de sí mismos y pueden forzar, entonces rara vez peligran. Esta es la causa de que todos los profetas armados hayan vencido, y los desarmados se hayan arruinado. Porque además de las cosas dichas, la naturaleza de los pueblos es variable; y es fácil persuadirlos de algo, pero es difícil mantenerlos en esa persuasión. Por eso conviene ordenarse de manera que cuando no crean más se les pueda hacer creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar por mucho tiempo sus constituciones si hubieran estado desarmados, como ocurrió en nuestros tiempos a fray Jerónimo Savonarola, quien se arruinó con sus ordenamientos nuevos en cuanto la multitud empezó a no creerle, y él no tenía modo de mantener firmes a los que habían creído, ni de hacer creer a los descreídos. Por eso estos tales tienen gran dificultad para adelantar, y todos sus peligros están en el camino, y conviene que los superen con la virtud; pero una vez que los han superado y empiezan a ser venerados, habiendo eliminado a los que de su calidad tenían envidia, quedan poderosos, honrados y felices.

A tan altos ejemplos quiero agregar un ejemplo menor, que sin embargo

Esta es la causa de que ... honrados y felices. *El ejemplo de Savonarola no se adapta perfectamente a las exigencias del razonamiento, pues el príncipe nuevo no es un profeta y Savonarola, a pesar del poder que ejerció con su sugestión religiosa, no se ajusta a la definición de «príncipe nuevo». Pero, para Maquiavelo, el fracaso de Savonarola era lógicamente importante y este era el único lugar donde, por analogía se podía hablar de él. Maquiavelo no había sido un «savonaroliano»; había formado parte de los* **«discredenti»**. *Pero, después de la restauración de los Médici, el nombre del fraile estaba recuperando popularidad como sinónimo de libertad y de república. De todos modos, cobraba ahora para Maquiavelo una importancia que no había tenido en vida.*

questo è Ierone Siracusano. Costui, di privato, diventò principe di Siracusa; né ancora lui conobbe altro dalla fortuna che la occasione; perché, sendo e' Siracusani oppressi, lo elessono per loro capitano, donde meritò d'essere fatto loro principe. E fu di tanta virtú, etiam in privata fortuna, che chi ne scrive, dice: «quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum». Costui spense la milizia vecchia, ordinò della nuova; lasciò le amicizie antiche, prese delle nuove; e come ebbe amicizie e soldati che fussino suoi, possé in su tale fondamento edificare ogni edifizio: tanto che lui durò assai fatica in acquistare e poca in mantenere.

tiene alguna proporción con aquellos, y quiero que me baste por otros similares, y es el de Hierón de Siracusa. El de particular llegó a ser príncipe de Siracusa, y tampoco recibió de la suerte otra cosa que la ocasión; porque, estando los siracusanos oprimidos, lo eligieron por su capitán, por lo que mereció ser nombrado su príncipe. Y fue de tanta virtud, incluso en la vida privada, que quien escribe de él dice «que nada le faltaba para reinar más que el reino». El suprimió la milicia antigua y ordenó una nueva, dejó las amistades antiguas y tomó otras nuevas y, cuando tuvo amigos y soldados totalmente suyos, pudo sobre tales cimientos edificar cualquier edificio: tanto que le costó mucho esfuerzo adquirir, y poco mantener.

A tan altos ejemplos ... y poco mantener. *Este último ejemplo, que el propio Maquiavelo considera menor, no agrega mucho a la argumentación, pero parece obedecer al propósito de bajar del mito, de las grandes figuras aureoladas por la leyenda, a una historia algo más cercana o, de todos modos, más concreta.*

VII
De principatibus novis qui alienis armis et fortuna acquiruntur

Coloro e' quali solamente per fortuna diventano, di privati, principi, con poca fatica diventano, ma con assai si mantengono; e non hanno alcuna difficultà fra via, perché vi volano; ma tutte le difficultà nascono quando e' sono posti. E questi tali sono quando è concesso ad alcuno uno stato o per danari o per grazia di chi lo concede: come intervenne a molti in Grecia, nelle città di Ionia e di Ellesponto, dove furono fatti principi da Dario, acciò le tenessino per sua securtà e gloria; come erano fatti ancora quegli imperadori che, di privati, per corruzione de' soldati, pervenivano allo imperio.Questi stanno semplicemente in sulla volontà e fortuna di chi lo ha concesso loro, che sono dua cose volubilissime e instabili; e non sanno e non possono tenere quel grado. Non sanno, perché, se non è uomo di grande ingegno e virtú, non è ragionevole che, sendo sempre vissuto in privata fortuna, sappi comandare; non possono, perché non hanno forze che li possino essere amiche e fedeli. Di poi, gli stati che vengano subito, come tutte le altre cose della natura che nascono e crescono presto, non possono avere le barbe e corrispondenzie loro; in modo che el primo tempo avverso le spegne; se già quelli tali, come è detto, che sí di repente sono divenuti principi, non sono di tanta virtú che quello che la fortuna ha messo loro in grembo, e' sappino subito prepararsi a conservarlo, e quelli fondamenti che gli altri hanno fatto avanti che diventino principi, li faccino poi.

Io voglio all'uno e all'altro di questi modi detti, circa il diventare principe

VII
De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortunas de otros

Quienes sólo por suerte se convierten de particulares en príncipes, con poco esfuerzo llegan a serlo, pero con mucho se mantienen; y no tienen ninguna dificultad en el camino, porque van volando, pero todas las dificultades nacen una vez instalados. Estas son cuando a alguien se le concede un estado o por la gracia de quien lo concede, como les ocurrió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, donde fueron hechos príncipes por Darío, a fin de que las gobernasen para su seguridad y gloria; o también como en el caso de aquellos emperadores que de particulares, por corrupción de los soldados, llegaban al imperio. Estos se apoyan simplemente en la voluntad y la suerte de quien se los ha concedido, que son dos cosas volubilísimas e inestables, y no saben ni pueden mantener ese grado; no saben porque, si no se trata de un hombre de gran ingenio y virtud, no es razonable que, habiendo vivido siempre en calidad de particular, sepa gobernar; no pueden porque no tienen fuerzas que le puedan ser amigas y fieles. Además los estados que crecen de repente, como todas las demás cosas de la naturaleza que nacen y crecen rápido, no pueden tener sus raíces y ramificaciones de manera que el primer tiempo adverso no los extinga; a menos que, como se ha dicho, aquellos que tan súbitamente se convirtieron en príncipes sean de tanta virtud que sepan inmediatamente prepararse para conservar lo que la suerte les puso en el regazo, y hagan después los cimientos que los otros hacen antes de convertirse en príncipes.

Notas al cap.VII

El capítulo VII examina la otra alternativa: la adquisición del poder por obra de la fortuna y con armas ajenas. Esta conquista es fácil (el príncipe nuevo ***vuela*** *en este caso hacia el principado), dice Maquiavelo, pero se mantiene con dificultad, porque en la naturaleza lo que crece rápido no echa raíces profundas. La tendencia al dilema hace que el escritor, en la ejemplificación, vuelva un instante al tema del capítulo anterior, contraponiendo las dos figuras históricas de Francisco Sforza y César Borgia.*

per virtú o per fortuna, addurre dua esempli stati ne' dí della memoria nostra: e questi sono Francesco Sforza e Cesare Borgia. Francesco, per li debiti mezzi e con una grande sua virtú, di privato diventò duca di Milano; e quello che con mille affanni aveva acquistato, con poca fatica mantenne. Dall'altra parte Cesare Borgia, chiamato dal vulgo duca Valentino, acquistò lo stato con la fortuna del padre, e con quella lo perdé; nonostante che per lui si usassi ogni opera e facessi tutte quelle cose che per uno prudente e virtuoso uomo si doveva fare per mettere le barbe sue in quelli stati che l'arme e fortuna di altri gli aveva concessi. Perché, come di sopra si disse, chi non fa e' fondamenti prima, li potrebbe con una gran virtú farli poi, ancora che si faccino con disagio dello architettore e periculo dello edifizio. Se, adunque, si considerrà tutti e' progressi del duca, si verrà lui aversi fatti gran fondamenti alla futura potenzia; li quali non iudico superfluo discorrere, perché io non saprei quali precetti mi dare migliori a uno principe nuovo, che lo esemplo delle azioni sua: e se gli ordini suoi non gli profittorono, non fu sua colpa, perché nacque da una estraordinaria ed estrema malignità di fortuna.

Aveva Alessandro VI, nel volere fare grande el duca suo figliuolo, assai difficultà presenti e future. Prima, e' non vedeva via di poterlo fare signore di alcuno stato che non fussi stato di Chiesa; e volgendosi a torre quello della Chiesa, sapeva che el duca di Milano e Viniziani non gnene consentirebbano; perché Faenza e Rimino erano di già sotto la protezione de' Viniziani. Vedeva, oltre di questo, l'arme di Italia, e quelle in spezie di chi si fussi

Yo quiero sobre uno y otro ... le habían otorgado. *El de César Borgia es un ejemplo extremo de la dificultad de conservar un estado adquirido por obra de otros: hizo todo lo que debe hacer un príncipe nuevo para conservar el poder, y sin embargo lo perdió.*

El resto del capítulo es una exaltada biografía de este célebre aventurero.

Porque, como se ha dicho ... por la fama del rey. *La historia comienza con un análisis de la política del papa Alejandro VI, su padre, dirigida a preparar el terreno para las futuras conquistas. El primer paso fue favorecer, junto con los venecianos, la expedición de Luis XII contra Milán. Juzgada negativamente en el capítulo III desde el punto de vista de los intereses de Venecia y, en general, de Italia, esta política es considerada positiva en vista de este fin específico: el principado nuevo de César Borgia. Sigue el relato de la conquista de Romaña con el favor del rey de Francia, de la conjuración contra él de los pequeños señores que eran a la vez capitanes a su servicio, de la matanza de Senigalia... He aquí como, en el primer* **Decenal**, *Maquiavelo había relatado este último acontecimiento:*

E rivolti tra lor, questi serpenti
di velen pien cominciar a ghermirsi
e con gli unghioni a stracciarsi e co' denti,
e mal possendo el Valentin fuggirsi,
li bisognò, per ischifar il rischio,
con lo scudo di Francia ricoprirsi;

Yo quiero sobre uno y otro de estos modos dichos, sobre el convertirse en príncipe por virtud o por suerte, citar dos ejemplos ocurridos en los días de nuestra memoria, que son Francisco Sforza y César Borgia. Francisco por los medios debidos y con gran virtud llegó a ser duque de Milán, y lo que con mil afanes había adquirido con poco esfuerzo lo conservó. Por otra parte César Borgia, llamado por el vulgo duque Valentino, adquirió el estado con la suerte de su padre y con la misma lo perdió, a pesar de que hizo todo lo posible, y todas las cosas que debía hacer un hombre prudente y virtuoso, para echar sus raíces en los estados que las armas y la suerte de otro le habían otorgado. Porque, como ya se ha dicho, quien no hace sus cimientos antes podría con una gran virtud hacerlos después, si bien sería con dificultad del arquitecto y peligro del edificio. Si se consideran pues todos los progresos del duque, se verá que él hizo grandes cimientos para su futura potencia, los cuales no considero superfluo exponer, porque yo no sabría dar mejores preceptos a un príncipe nuevo que el ejemplo de sus acciones; y si sus órdenes no le aprovecharon, no fue culpa suya, sino que nació de una extraordinaria y extrema malignidad de la suerte.

Alejandro VI, al querer engrandecer al duque su hijo, tenía muchas dificultades presentes y futuras. Primero, no veía modo de poder hacerlo señor de ningún estado que no fuera un estado de la Iglesia; y de pensar en tomar los de la Iglesia, sabía que el duque de Milán y los Venecianos no se lo consentirían, porque Faenza y Rímini estaban ya bajo la protección de los Venecianos. Veía, además de esto, que las armas de Italia, y en especial

e per pigliar i suoi nemici al vischio,
fischiò suavemente, e per ridurli
ne la sua tana, questo bavalischioi.
Né molto tempo perse nel condurli,
ché il traditor di Fermo e Vitellozzo
e quelli Orsin che sì nemici furli,
ne la sua insidia presto dier di cozzo:
dove l'Orso lasciò più d'una zampa
ed al Vitel fu l'altro corno mozzo. (**Decennale I**, *vv. 388-402)*

(«Furiosas entre sí, estas serpientes/ hinchadas de veneno, se agarraron / y laceraron con uñas y dientes./ Y no pudiendo huir, el Valentino / necesitó, para esquivar el riesgo / que el escudo de Francia lo cubriera; / para que se entramparan en su visco / sus rivales y fueran a su cueva, / silbó suave, ese basilisco. / No empleó mucho tiempo en atraparlos, / pues el traidor de Fermo y Vitellozzo / y los Orsini que tanto lo odiaron/ en sus insidias muy pronto cayeron, / donde el Oso dejó más de una pata/ y el Ternero perdió el segundo cuerno.»)

Lo que en el primer **Decenal** *era la supremacía en una despreciable lucha entre serpientes, se vuelve aquí habilidad, «virtud».*

En la última parte del capítulo, esta virtud se enriquece con la astucia suprema: ganarse el favor del pueblo en el territorio conquistado.

possuto servire, essere in le mani di coloro che dovevano temere la grandezza del papa: e però non se ne poteva fidare; sendo tutte negli Orsini e Colonnesi e loro complici. Era, adunque, necessario che si turbassino quegli ordini, e disordinare li stati di coloro, per potersi insignorire securamente di parte di quelli. Il che fu facile, perché trovò e' Viniziani che, mossi da altre cagioni, si erono vòlti a fare ripassare e' Franzesi in Italia; il che non solamente non contraddisse, ma lo fe' piú facile con la resoluzione del matrimonio antiquo di re Luigi. Passò, adunque, il re in Italia con lo aiuto de' Viniziani e consenso di Alessandro; né prima fu in Milano, che il papa ebbe da lui gente per la impresa di Romagna; la quale gli fu consentita per la reputazione del re. Acquistata, adunque, el duca la Romagna, e sbattuti e' Colonnesi, volendo mantenere quella e procedere piú avanti, lo impedivano dua cose: l'una, l'arme sua che non gli parevano fedeli, l'altra, la volontà di Francia: cioè che l'arme Orsine, delle quali s'era valuto, gli mancassino sotto, e non solamente l'impedissino lo acquistare, ma gli togliessino lo acquistato, e che il re ancora non li facessi el simile. Degli Orsini ne ebbe uno riscontro quando, dopo la espugnazione di Faenza, assaltò Bologna, ché li vidde andare freddi in quello assalto: e circa il re, conobbe l'animo suo quando, preso el ducato di Urbino, assaltò la Toscana; dalla quale impresa el re lo fece desistere. Onde che il duca deliberò non dependere piú dalle arme e fortuna di altri. E la prima cosa, indebolí le parti Orsine e Colonnese in Roma; perché tutti gli aderenti loro che fussino gentili uomini, se li guadagnò, faccendoli suoi gentili uomini e dando loro grandi provvisioni; e onorolli, secondo le loro qualità, di condotte e di governi; in modo che in pochi mesi negli animi loro l'affezione delle parti si spense, e tutta si volse nel duca. Dopo questa, aspettò la occasione di spegnere e' capi Orsini, avendo dispersi quelli della casa Colonna; la quale li venne bene, e lui la usò meglio. Perché, avvedutisi gli Orsini, tardi, che la grandezza del duca e della Chiesa era la loro ruina, feciono una dieta alla Magione, nel Perugino; da quella nacque la rebellione di Urbino e li tumulti di Romagna e infiniti periculi del duca; li quali tutti superò con lo aiuto de' Franzesi. E ritornatogli la reputazione, né si fidando di Francia né di altre forze esterne, per non le avere a cimentare, si volse agli inganni. E seppe tanto dissimulare l'animo suo, che gli Orsini medesimi, mediante el signor Paulo, si riconciliorono seco; con el quale il duca non mancò d'ogni ragione di offizio per assicurarlo, dandogli danari, veste e cavalli; tanto che la simplicità loro li condusse a Sinigaglia nelle sue mani. Spenti, adunque, questi capi, e ridotti li partigiani loro amici sua, aveva il duca gittati assai buoni fondamenti alla potenzia sua, avendo tutta la Romagna con il ducato di Urbino, parendogli, massime, aversi acquistata amica la Romagna e guadagnatosi tutti quelli popoli, per avere cominciato a gustare il bene essere loro.

E perché questa parte è degna di notizia e da essere imitata da altri, non la voglio lasciare indrieto. Preso che ebbe il duca la Romagna, e trovandola

aquellas de las que habrían podido servirse, estaban en manos de quienes tenían razones para temer la grandeza del papa, y por eso no podía confiar en ellas, pues todas las tenían los Orsini y los Colonna y sus cómplices. Era necesario por lo tanto alterar esos órdenes y desordenar los estados de aquellos, para poder adueñarse seguramente de parte de ellos. Lo cual fue fácil, porque encontró a los venecianos que, movidos por otras razones, habían decidido traer de vuelta a los franceses a Italia; a lo cual no sólo no se opuso, sino que lo facilitó con la disolución del antiguo matrimonio del rey Luis. Pasó pues el rey a Italia con ayuda de los venecianos y consentimiento de Alejandro, y apenas estuvo en Milán el papa obtuvo de él tropas para la empresa de Romaña, la cual le fue permitida por la fama del rey. Conquistada pues Romaña por el duque, y derrotados los Colonna, queriendo conservar aquella y seguir adelante, tenía dos dificultades: una, sus armas que no le parecían fieles, la otra, la voluntad de Francia; o sea que temía que las armas de los Orsini, de las que se había valido, le fallaran bajo los pies y no sólo le impidieran conquistar sino que le quitasen lo conquistado, y por otra parte temía que el rey le hiciera lo mismo. De los Orsini tuvo una muestra cuando, después de la toma de Faenza, atacó Bolonia, que vio que en ese ataque anduvieron fríos; y en cuanto al rey, conoció su ánimo cuando, tras tomar el ducado de Urbino, atacó Toscana y el rey lo hizo desistir de esa empresa. Por lo cual el duque resolvió no depender más de las armas y la suerte ajenas. Y en primer lugar debilitó los partidos de los Orsini y los Colonna en Roma; porque a todos sus adherentes que eran gentilhombres se los ganó haciéndolos gentilhombres suyos y dándoles grandes provisiones; y los honró, según su calidad, con mandos y gobiernos, de manera que en pocos meses se extinguió en los ánimos de ellos la pasión de los partidos, y toda se volcó hacia el duque. Después de eso, habiendo dispersado a la gente de los Colonna, esperó la ocasión de acabar con los Orsini, la cual llegó bien y él la usó mejor; porque comprendiendo los Orsini, tarde, que la grandeza del duque y de la Iglesia era la ruina de ellos, hicieron una dieta en la Magione, en tierras de Perugia. De allí nació la rebelión de Urbino y los tumultos de Romaña e infinitos peligros del duque, los cuales todos superó con ayuda de los franceses. Y recuperada su reputación, no confiando en Francia ni en otras fuerzas extranjeras, por no tener que ponerlas a prueba, empleó el engaño, y tanto supo disimular su ánimo que los Orsini se reconciliaron con él por medio del señor Pablo, con quien el duque no dejó de usar ninguna clase de oficio para tranquilizarlo, dándole dinero, ropas y caballos, tanto que la simpleza de ellos los condujo a ponerse en sus manos en Sinigalia. Liquidados pues esos jefes, y convertidos los partidarios de ellos en amigos de él, el duque había hecho muy buenos cimientos para su potencia, teniendo toda la Romaña y el ducado de Urbino, máxime pareciéndole que había obtenido la amistad de Romaña y se había ganado a todos aquellos pueblos, por haber comenzado ellos a gustar su bienestar.

Y no quiero dejar de lado esta parte, porque es digna de nota y de ser

suta comandata da signori impotenti, li quali piú presto avevano spogliato e' loro sudditi che corretti, e dato materia di disunione, non di unione, tanto che quella provincia era tutta piena di latrocinii, di brighe e di ogni altra ragione di insolenzia, iudicò fussi necessario, a volerla ridurre pacifica e obediente al braccio regio, darli buon governo. Però vi prepose messer Remirro de Orco, uomo crudele ed espedito, al quale dette pienissima potestà. Costui in poco tempo la ridusse pacifica e unita, con grandissima reputazione. Di poi iudicò el duca non essere necessario sí eccessiva autorità, perché dubitava non divenissi odiosa; e preposevi uno iudicio civile nel mezzo della provincia, con uno presidente eccellentissimo, dove ogni città vi aveva lo avvocato suo. E perché conosceva le rigorosità passate averli generato qualche odio, per purgare gli animi di quelli populi e guadagnarseli in tutto, volle mostrare che, se crudeltà alcuna era seguita, non era nata da lui, ma dalla acerba natura del ministro. E presa sopr'a questo occasione, lo fece a Cesena, una mattina, mettere in dua pezzi in sulla piazza, con uno pezzo di legno e uno coltello sanguinoso a canto. La ferocità del quale spettaculo fece quelli populi in uno tempo rimanere satisfatti e stupidi.

Ma torniamo donde noi partimmo. Dico che, trovandosi il duca assai potente e in parte assicurato de' presenti periculi, per essersi armato a suo modo e avere in buona parte spente quelle arme che, vicine, lo potevano offendere, gli restava, volendo procedere con lo acquisto, il respetto del re di Francia; perché conosceva come dal re, il quale tardi si era accorto dello errore suo, non li sarebbe sopportato. E cominciò per questo a cercare di amicizie nuove, e vacillare con Francia, nella venuta che feciono gli Franzesi verso el regno di Napoli contro agli Spagnuoli che assediavano Gaeta. E l'animo suo era assicurarsi di loro; il che gli sarebbe presto riuscito, se Alessandro viveva.

E questi furono e' governi suoi quanto alle cose presenti. Ma quanto alle

Tras conquistar la Romaña ... satisfechos y admirados. *Se diría que Maquiavelo comparte esa satisfacción popular.*

Hay que hacer aquí una observación sólo aparentemente marginal. El hecho de que Maquiavelo recomiende a los príncipes el modelo del Valentino, aun teniendo de él la opinión que se refleja en el primer **Decenal**, *es profundamente serio y no es puramente técnico en el caso particular. Maquiavelo era republicano, pero, debiendo someterse, por la fuerza de los hechos, al poder de un príncipe, prefería que este gobernara teniendo en cuenta las necesidades del pueblo y preocupándose por ellas. El recomienda a su protagonista ser zorro o león en el juego político con sus rivales, pero insiste en que siempre le conviene mantener contento al pueblo. En realidad poco le importa que se maten entre sí los poderosos (se trata, como vimos, de una lucha entre serpientes; por otra parte, toda la sangrienta historia de la Europa renacentista, es representada en los* **Decenales** *como una maraña de conflictos por el poder entre distintas clases de animales; y el tono es irónico-despreciativo). En el capítulo XVII, como veremos, observa que César Borgia, al eliminar cruelmente en Romaña a los pequeños señores levantiscos y siempre en lucha recíproca, había sido piadoso hacia la generalidad de los súbditos, pues había asegurado la paz. En el capítulo VIII*

imitada por otros. Tras conquistar la Romaña el duque, hallándola gobernada por señores impotentes, que habían expoliado a sus súbditos antes que corregirlos y les habían dado motivos de desunión y no de unión, tanto que aquella provincia estaba toda llena de latrocinios, de disputas y de toda clase de insolencias, juzgó que era necesario, si quería dejarla pacífica y obediente al brazo soberano, darle buen gobierno. Para eso puso al frente de ella a *messer* Ramiro de Lorca, hombre cruel y expeditivo, a quien dio amplísimos poderes. Este en poco tiempo la dejó pacífica y unida, con grandísima reputación. Después el duque juzgó que ya no era necesaria tan excesiva autoridad, porque temía que se hiciera odiosa, e instituyó en medio de la provincia un tribunal civil, con un presidente excelentísimo, en que cada ciudad tenía su abogado. Y como sabía que los rigores pasados habían generado algún odio contra él, para purgar los ánimos de aquellos pueblos y ganárselos del todo quiso demostrar que si había habido alguna crueldad, no había nacido de él, sino de la acerba naturaleza del ministro. Y aprovechando una ocasión, lo hizo colocar una mañana en la plaza de Cesena en dos pedazos, con un trozo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado. La ferocidad de ese espectáculo hizo que aquellos pueblos quedaran a la vez satisfechos y admirados.

Pero volvamos a nuestro punto de partida. Digo que hallándose el duque muy poderoso y en parte asegurado contra los peligros presentes por haberse armado a su modo y haber en gran parte extinguido las armas que por cercanas podían ofenderlo, le faltaba, para seguir adelante con las conquistas, vencer el obstáculo del rey de Francia; porque comprendía que el rey, que tarde se había dado cuenta de su error, no se lo permitiría. Y para eso empezó a buscarse amistades nuevas y a mostrar vacilaciones con Francia, cuando los franceses vinieron hacia el reino de Nápoles contra los españoles que sitiaban Gaeta. Y su ánimo era de asegurarse contra ellos; lo cual le habría salido bien, si Alejandro hubiera vivido.

recomienda convertir las necesarias crueldades «en la mayor utilidad de los súbditos que se pueda». Pero el tema está tratado en forma especial en el capítulo XIX. En todos estos lugares, el consejo al príncipe de dejar siempre satisfecho al pueblo tiene el mismo carácter técnico que los otros y se encuadra en el marco general de la conducta hábil («virtud») que debe asegurar la continuidad del dominio, pero tiene también -como a menudo pasa en **El Príncipe**- *una secreta finalidad circunstancial, relacionada con el hecho de que Florencia se había vuelto, el año anterior, un «principado nuevo», que él deseaba ver transformarse, pasadas las crueldades del primer momento, en un principado «civil», como el de Cosme en el siglo precedente. Y esa es una de las múltiples finalidades de* **El Príncipe**. *Si Maquiavelo no es el político del «fin que justifica los medios», es, sí, el político del «mal menor».*

Pero volvamos ... si Alejandro hubiera vivido. *El capítulo termina con la caída del Valentino como consecuencia de la muerte del padre y del único error que Maquiavelo reconoce en la trayectoria política de su protagonista: haber permitido que llegase al trono pontificio Julio II. Maquiavelo relata los antecedentes y, ante todo, la tentativa de César y de su padre, de alejarse de los franceses y acercarse a los españoles, que se habían adueñado del sur de Italia, derrotando a las tropas de Luis XII, y se empezaban a presentar como la potencia hegemónica de Europa.*

future, lui aveva a dubitare, in prima, che uno nuovo successore alla Chiesa non li fussi amico, e cercassi tòrli quello che Alessandro gli aveva dato. Di che pensò assicurarsi in quattro modi: prima, di spegnere tutti e' sangui di quelli signori che lui aveva spogliati, per torre al papa quella occasione: secondo, di guadagnarsi tutti e' gentili uomini di Roma, come è detto, per potere con quelli tenere el papa in freno: terzo, ridurre el Collegio piú suo che poteva: quarto, acquistare tanto imperio, avanti che il papa morissi, che potessi per se medesimo resistere a uno primo impeto. Di queste quattro cose, alla morte di Alessandro ne aveva condotte tre; la quarta aveva quasi per condotta; perché de' signori spogliati ne ammazzó quanti ne possé aggiugnere, e pochissimi si salvorono; e' gentili uomini romani si aveva guadagnati, e nel Collegio aveva grandissima parte: e, quanto al nuovo acquisto, aveva disegnato diventare signore di Toscana, e possedeva di già Perugia e Piombino, e di Pisa aveva presa la protezione. E come non avessi avuto ad avere respetto a Francia (ché non gliene aveva ad avere piú, per essere di già e' Franzesi spogliati del Regno dagli Spagnuoli, di qualità che ciascuno di loro era necessitato comperare l'amicizia sua), e' saltava in Pisa. Dopo questo, Lucca e Siena cedeva subito, parte per invidia de' Fiorentini, parte per paura; e' Fiorentini non avevano remedio. Il che se li fussi riuscito (che gli riusciva l'anno medesimo che Alessandro morí), si acquistava tante forze e tanta reputazione, che per se stesso si sarebbe retto, e non sarebbe piú dependuto dalla fortuna e forze di altri, ma dalla potenzia e virtú sua.

Ma Alessandro morí dopo cinque anni ch'egli aveva cominciato a trarre fuora la spada. Lasciollo con lo stato di Romagna solamente assolidato, con tutti gli altri in aria, intra dua potentissimi eserciti inimici, e malato a morte. Ed era nel duca tanta ferocia e tanta virtú, e sí bene conosceva come gli uomini si hanno a guadagnare o perdere, e tanto erano validi e' fondamenti che in sí poco tempo si aveva fatti, che, se lui non avessi avuto quegli eserciti addosso, o lui fussi stato sano, arebbe retto a ogni difficultà. E ch'e' fondamenti sua fussino buoni, si vidde: ché la Romagna l'aspettò piú di uno mese; in Roma, ancora che mezzo vivo, stette sicuro; e benché Baglioni, Vitelli e Orsini venissino in Roma, non ebbono seguito contro di lui; possé fare, se non chi e' volle, papa, almeno che non fussi chi non voleva. Ma se nella morte di Alessandro lui fussi stato sano, ogni cosa gli era facile. E lui mi disse, ne' dí che fu creato Iulio II, che aveva pensato a ció che potessi

Así fue que como se gobernó ... estaría él también por morir. *El acuerdo entre fines y medios está aquí racionalizado al máximo, a través de la enumeración escueta, siguiendo la técnica geometrizadora del primer capítulo. El cuadrilátero en que el Valentino encerraba su presa (según el plan que el escritor le atribuye, derivándolo de los hechos) se rompe por uno de los lados, por un golpe alevoso de la fortuna, que, entre otras cosas, salvó a la república de Florencia, de la que Maquiavelo era entonces uno de los secretarios y a cuya salvación él cooperó con toda el alma. Su*

Y así fue como se gobernó respecto a las cosas presentes. Pero en cuanto a las futuras, tenía que temer ante todo que un nuevo sucesor en la Iglesia no fuese amigo suyo y tratara de quitarle lo que Alejandro le había dado, y pensó hacerlo de cuatro modos: primero, extinguiendo todos los linajes de los señores a los que había despojado, para quitarle al papa esa ocasión; segundo, ganándose a todos los gentilhombres de Roma, como se ha dicho, para poder con ellos tener dominado al papa; tercero, tener al Colegio de su parte lo más posible; cuarto, adquirir tanto imperio, antes que el papa muriese, que pudiera resistir por sí mismo a un primer choque. De estas cuatro cosas, a la muerte de Alejandro había conseguido tres, y la cuarta la tenía casi realizada, porque de los señores despojados mató a cuantos pudo alcanzar y poquísimos se salvaron, a los gentilhombres romanos se los había ganado y en el Colegio tenía un partido grandísimo; y en cuanto a nuevas conquistas, había planeado llegar a ser señor de Toscana, y ya tenía Perugia y Plombino y de Pisa había tomado la protección. Y si no hubiera tenido respeto del rey de Francia (que no habría debido tenérselo, porque los franceses ya habían sido despojados del Reino por los españoles, de tal modo que cada uno de ellos necesitaba comprar la amistad de él), saltaba sobre Pisa. Después de eso, Lucca y Siena cedían inmediatamente, en parte por envidia hacia los florentinos y en parte por miedo, y los florentinos no tenían salvación; y si eso le hubiera resultado (que le resultaba el mismo año que Alejandro murió) adquiría tantas fuerzas y tanta reputación que se habría sostenido por sí mismo, y ya no habría dependido de las suerte y las fuerzas de otros, sino de la potencia y virtud suyas. Pero Alejandro murió cinco años después que él empezó a sacar la espada, y lo dejó con sólo el estado de Romaña consolidado y todos los demás en el aire, entre dos poderosísimos ejércitos enemigos y él enfermo de muerte. Y había en el duque tanta ferocidad y tanta virtud, y tan bien conocía cómo se hace para ganar y perder a los hombres, y tan válidos eran los cimientos que en tan poco tiempo se había hecho que, si no hubiera tenido esos ejércitos encima, o si él hubiera estado sano, habría superado todas las dificultades. Y que sus cimientos eran buenos se vio: porque Romaña lo esperó más de un mes; en Roma, aunque había estado sólo a medias vivo, estuvo seguro, y aunque Baglioni, Vitelli y Orsini fueron a Roma, no hallaron apoyo contra él, y si no pudo hacer papa al que él quería, al menos logró que no fuese el que él

admiración, en lo técnico y en lo estético, por César Borgia, no implica que deseara su triunfo en los hechos. En su momento, deseó lo contrario. Cuando escribió el último capítulo de **El Príncipe**, *dolorido por el derrumbe de la república y temeroso de la ruina de Italia, devastada y a punto de ser sometida por los ejércitos de las grandes potencias europeas, pensó que cualquier fuerza unificadora de ese tipo podía haber sido positiva. Y deseó que ese papel lo desempeñara el príncipe de su Florencia: el mal menor.*

nascere, morendo el padre, e a tutto aveva trovato remedio, eccetto che non pensò mai, in su la sua morte, di stare ancora lui per morire.

Raccolte io adunque tutte le azioni del duca, non saprei reprenderlo; anzi mi pare, come ho fatto, di preporlo imitabile a tutti coloro che per fortuna e con l'arme d'altri sono ascesi allo imperio. Perché lui, avendo l'animo grande e la sua intenzione alta, non si poteva governare altrimenti; e solo si oppose alli sua disegni la brevità della vita di Alessandro e la malattia sua. Chi, adunque, iudica necessario nel suo principato nuovo assicurarsi de' nimici, guadagnarsi degli amici, vincere o per forza o per fraude, farsi amare e temere da' populi, seguire e reverire da' soldati, spegnere quelli che ti possono o debbono offendere, innovare con nuovi modi gli ordini antiqui, essere severo e grato, magnanimo e liberale, spegnere la milizia infedele, creare della nuova, mantenere le amicizie de' re e de' principi in modo che ti abbino o a beneficare con grazia o offendere con respetto, non può trovare e' piú freschi esempli che le azioni di costui. Solamente si può accusarlo nella creazione di Iulio pontefice, nella quale lui ebbe mala elezione; perché, come è detto, non potendo fare uno papa a suo modo, e' poteva tenere che uno non fussi papa; e non doveva mai consentire al papato di quelli cardinali che lui avessi offesi, o che, diventati papi, avessino ad avere paura di lui. Perché gli uomini offendono o per paura o per odio. Quelli che lui aveva offesi erano, infra gli altri, San Piero ad Vincula, Colonna, San Giorgio, Ascanio; tutti gli altri, divenuti papi, aveano a temerlo, eccetto Roano e gli Spagnuoli: questi per coniunzione ed obligo; quello per potenzia, avendo coniunto seco il regno di Francia. Pertanto el duca, innanzi a ogni cosa, doveva creare papa uno spagnolo, e, non potendo, doveva consentire che fussi Roano e non San Piero ad Vincula. E chi crede che ne' personaggi grandi e' benefizii nuovi faccino dimenticare le iniurie vecchie, s'inganna. Errò, adunque, el duca in questa elezione; e fu cagione dell'ultima ruina sua.

Examinadas pues ... su ruina final. *La elección al trono pontificio de Julián della Rovere (San Piero ad Vincula: los cardenales se designan a menudo, en el lenguaje popular renacentista, con el nombre de la iglesia con que están relacionados por su cargo), que se llamó Julio II se presenta antes como una fatalidad, luego como un error -el único- del Valentino, que la favoreció, creyendo congraciarse con el nuevo papa, tradicional enemigo de su familia. Esta contradicción es natural en quien, como Maquiavelo, alterna una visión sistemática y rígidamente racionalista de la historia con la observación fríamente realista de los hechos, que nunca se ajustan a esquemas. En este caso se trata de observación directa y personal. Maquiavelo fue enviado dos veces a la corte de César Borgia como mensajero informal y observador: en 1502, cuando presenció la matanza de Senigalia,*

no quería. Pero si a la muerte de Alejandro hubiera estado sano, todo le habría resultado fácil. Y él me dijo, el día que fue elegido Julio II, que había pensado en lo que podía ocurrir si su padre moría y para todo había hallado remedio, salvo que nunca pensó que en el momento de esa muerte estaría él también por morir.

Examinadas pues todas las acciones del duque, yo no sabría reprenderlo, antes me parece, como he dicho, que debe ser propuesto como imitable a todos los que por la suerte y con armas ajenas han accedido al imperio. Porque él, que tenía el ánimo grande y la intención alta, no podía gobernarse de otro modo, y sólo se opuso a sus planes la brevedad de la vida de Alejandro y la enfermedad suya. Por lo tanto quien juzgue necesario en su principado nuevo asegurarse de los enemigos, ganarse amigos, triunfar por la fuerza o por el fraude, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y reverenciar por los soldados, acabar con los que pueden o deben ofenderte, innovar con modos nuevos los órdenes antiguos, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, extinguir a la milicia infiel, crear una nueva, mantener las amistades de los reyes y de los príncipes de manera que tengan que beneficiar con gracia u ofender con respeto, no puede hallar ejemplos más frescos que las acciones de él. Sólo se puede acusarlo en la elección de Julio como Pontífice, en la cual él eligió mal, porque, como se ha dicho, si no podía hacer un papa a su modo, podía impedir que uno fuese papa, y jamás debía consentir en el papado de uno de los cardenales a quienes él había ofendido, o que convertidos en papas tuvieran que tener miedo de él. Porque los hombres ofenden por miedo o por odio. Los que él había ofendido eran, entre otros, San Pietro in Vincoli, Colonna, San Giorgio, Ascanio; todos los demás, convertidos en papas, tenían que temerlo, con excepción de Rouen y los españoles: estos por vinculación y obligación, aquel por su potencia, pues tiene unido a él al reino de Francia. Por lo tanto el duque, ante todo, tenía que nombrar papa a un español, y si no podía debía permitir que fuera Rouen y no San Pietro in Vincoli. Y quien cree que en los personajes grandes los beneficios nuevos hacen olvidar las injurias viejas se engaña. Erró pues el duque en esa elección, y eso fue causa de su ruina final.

y en 1503, cuando el Valentino se encontraba en el momento del derrumbe de su potencia y ya ocupaba el trono papal Julio II. El hecho de que el Duque creyera en las promesas del cardenal Della Rovere y le arrimara los votos de los cardenales borgianos evidentemente constituye una falla en la imagen de este modelo de «príncipe nuevo» y empaña su perfección. El secretario florentino, en su momento, había escrito despectivamente en los **Decenales: Iulio sol lo nutrí di speme assai;/ e quel duca in altrui trovar credette / quella pietà che non conobbe mai.** *(Lo nutrió Julio sólo de esperanzas;/ y aquel duque creyó encontrar en otros / esa piedad que él nunca conoció.) Aquí, el juicio se transforma en una máxima general, bien maquiavélica:* **«Chi crede che ne' personaggi grandi i benefici nuovi faccino dimenticare le iniurie vecchie s'inganna.»**

VIII
De his qui per scelera ad principatum pervenere

Ma perché di privato si diventa principe ancora in dua modi, il che non si può al tutto o alla fortuna o alla virtú attribuire, non mi pare da lasciarli indrieto, ancora che dell'uno si possa piú diffusamente ragionare dove si trattassi delle republiche. Questi sono, quando o per qualche via scellerata e nefaria si ascende al principato, o quando uno privato cittadino con il favore degli altri suoi cittadini diventa principe della sua patria. E parlando del primo modo, si mostrerrà con dua esempli, l'uno antiquo, l'altro moderno, sanza entrare altrimenti ne' meriti di questa parte, perché io iudico che basti, a chi fussi necessitato, imitargli.

Agatocle Siciliano, non solo di privata ma di infima e abietta fortuna, divenne re di Siracusa. Costui, nato di uno figulo, tenne sempre, per li gradi della sua età, vita scellerata: nondimanco, accompagnò le sue sceHeratezze con tanta virtú di animo e di corpo, che, voltosi alla milizia, per li gradi di quella pervenne ad essere pretore di Siracusa. Nel quale grado essendo costituito, e avendo deliberato diventare principe e tenere con violenzia e sanza obligo d'altri quello che d'accordo gli era suto concesso, e avuto di questo suo disegno intelligenzia con Amilcare cartaginese, il quale con gli eserciti militava in Sicilia, raunò una mattina il populo e il Senato di Siracusa, come se egli avessi avuto a deliberare cose pertinenti alla republica; e, ad uno cenno ordinato, fece da' sua soldati uccidere tutti li senatori e li

Notas al capítulo VIII

Pero como hay ... imitarlos. *Al clasificar los principados nuevos, Maquiavelo se da cuenta de que las dos categorías analizadas en los capítulos VI y VII no agotan el tema, aunque agoten el esquema previo, delineado en el primer capítulo. Para completar el cuadro falta: 1) examinar el caso de los príncipes inútil y sádicamente crueles (en ese siglo había habido ejemplos clamorosos, y había que afrontar el problema ante la opinión pública); 2) hablar del principado nuevo que se adquiere con el favor popular y que Maquiavelo llamará «principado civil»; 3) mencionar los supérstites principados eclesiásticos, de los cuales el más importante era el Estado Pontificio. A estos tres temas se dedican, respectivamente, los capítulos VIII, IX y XI.*

Este capítulo VIII está ocupado en su mayor parte por dos relatos ejemplificadores, extraídos uno

VIII
De los que por medio de maldades llegan al principado

Pero como hay otras dos maneras de convertirse de particular en príncipe, sin que ello pueda atribuirse del todo a la suerte o a la virtud, no quiero dejarlos de lado, aun cuando de uno de ellos se pueda razonar más ampliamente donde se trata de las repúblicas. Ellos son cuando se accede al principado por alguna vía malvada y nefaria, o cuando algún ciudadano particular con el favor de sus conciudadanos se convierte en príncipe de su patria. Y hablando del primer modo, se mostrará con dos ejemplos, uno antiguo y el otro moderno, sin entrar de otra manera en los méritos de esta parte, porque juzgo que basta para quien tuviera necesidad de imitarlos.

El siciliano Agátocles, de situación no sólo particular sino ínfima y abyecta, llegó a ser rey de Siracusa. Hijo de un ceramista, fue un malvado toda su vida; sin embargo acompañó sus maldades con tanta virtud del ánimo y del cuerpo, que dedicándose a la milicia llegó a ser, por ese camino, pretor de Siracusa. Estando constituido en ese cargo, y habiendo decidido convertirse en príncipe y mantener con violencia y sin obligación con nadie lo que por acuerdo le había sido concedido, y habiéndose confabulado sobre ese plan suyo con el cartaginés Amílcar, que con sus ejércitos militaba en Sicilia, reunió una mañana al pueblo y al Senado de Siracusa como si tuviera que deliberar alguna cosa pertinente a la república, y a una señal convenida hizo matar por sus soldados a todos los senadores y a los más ricos del pueblo,

de la historia contemporánea, otro de la antigua, según la visión dual que, humanísticamente, Maquiavelo tiene del desarrollo histórico: la antigüedad como modelo para entender y juzgar lo reciente y actual.

El siciliano Agátocles ... dejarle Sicilia a él. *Agátocles fue tirano de Siracusa en el siglo IV antes de Cristo y su reinado tiene una notable importanica en la historia de la Sicilia prerromana. El relato de Maquiavelo sigue de cerca al historiador romano Justino (siglo II d.c.), despojándolo de lo que no le interesa para su argumentación. La frase:* **accompagnó le sue sceleratezze con tanta virtú di animo e di corpo, che ... pervenne ad essere pretore di Siracusa,** *nos aclara una vez más el sentido técnico y no moral de la palabra* **«virtú»**. *La misma coordinación -y, por lo tanto, compatibilidad- con* **«sceleratezze»** *se vuelve a encontrar, en este mismo capítulo, al final del relato protagonizado por Oliverotto.*

piú ricchi del popolo; li quali morti, occupò e tenne il principato di quella città sanza alcuna controversia civile. E benché da' Cartaginesi fussi due volte rotto e demum assediato, non solum possé defendere la sua città, ma, lasciato parte delle sue genti alla difesa della obsidione, con le altre assaltò l'Affrica, e in breve tempo liberò Siracusa dallo assedio e condusse e' Cartaginesi in estrema necessità; e furono necessitati accordarsi con quello, essere contenti della possessione di Affrica, e ad Agatocle lasciare la Sicilia. Chi considerassi, adunque, le azioni e vita di costui, non vedrà cose, o poche, le quali possa attribuire alla fortuna; con ciò sia cosa, come di sopra è detto, che, non per favore d'alcuno, ma per li gradi della milizia, li quali con mille disagi e periculi si aveva guadagnati, pervenissi al principato, e quello di poi con tanti partiti animosi e periculosi mantenessi. Non si può ancora chiamare virtú ammazzare e' sua cittadini, tradire gli amici, essere sanza fede, sanza pietà, sanza gloria. Perché, se si considerassi la virtú di Agatocle nello entrare e nello uscire de' periculi, e la grandezza dello animo suo nel sopportare e superare le cose avverse, non si vede perché egli abbia ad essere iudicato inferiore a qualunque eccellentissimo capitano; nondimanco, la sua efferata crudeltà e inumanità, con infinite sceleratezze, non consentono che sia infra gli eccellentissimi uomini celebrato. Non si può, adunque, attribuire alla fortuna o alla virtú quello che sanza l'una e l'altra fu da lui conseguito.

Ne' tempi nostri, regnante Alessandro VI, Liverotto firmano, sendo piú anni innanzi rimaso piccolo, sanza padre, fu da uno suo zio materno, chiamato Giovanni Fogliani, allevato e ne' primi tempi della sua gioventú dato a militare sotto Paulo Vitelli, acciò che, ripieno di quella disciplina, pervenissi a qualche eccellente grado di milizia. Morto di poi Paulo, militò sotto Vitellozzo suo fratello; e in brevissimo tempo, per essere ingegnoso, e della persona e dello animo gagliardo, diventò el primo uomo della sua milizia. Ma parendogli cosa servile lo stare con altri, pensò, con lo aiuto di alcuni cittadini di Fermo a' quali era piú cara la servitú che la libertà della loro patria, e con il favore vitellesco, di occupare Fermo; e scrisse a

Quien considere pues ... sin una ni otra consiguió. *Este comentario a la vida de Agatocles contiene la substancia teórica del capítulo, y es insólitamente débil. Revela un malestar que se traduce en vacilaciones y en una fundamental contradicción, que, a propósito de la palabra* «**virtú**», *se pone de manifiesto en dos pasajes inmediatamente sucesivos:* **Non si puó chiamare virtú...** *y* **se si considerassi la virtú de Agatocle...** *Parece que Maquiavelo, llegado al límite del horror, empezara a dudar de la legitimidad de la separación entre lo técnico y lo moral -que significa un desplazamiento de lo moral desde los medios a los fines-, no para justificar los medios, sino dejando el cuestionamiento para los fines, que es su verdadero descubrimiento. El vínculo de necesidad entre fines y medios no desaparece, pero, obedeciendo a ese sutil malestar, el autor separa, por lo menos, el «imperio» de la «gloria», aunque sin mucha convicción, pues siente que la diferencia entre Agatocle y César Borgia es más bien subjetiva. En este acaso el único capítulo de* **El Príncipe** *donde el* **ser** *y el* **deber ser** *se enfrentan abiertamente, dejando en descubierto, a través de cierta vacilación lógica, el drama íntimo de Maquiavelo.*

muertos los cuales ocupó y mantuvo el principado de aquella ciudad sin ninguna oposición civil. Y si bien por los cartagineses fue dos veces derrotado y finalmente sitiado, no sólo pudo defender su ciudad sino que, dejando una parte de su gente para la defensa del sitio, con las otras atacó Africa y en breve tiempo liberó a Siracusa del asedio y condujo a Cartago a una extrema necesidad, de modo que tuvieron que hacer un acuerdo con él, contentarse con la posesión de Africa y dejarle Sicilia a él. Quien considere pues sus acciones y virtudes, no encontrará nada, o poco, que se pueda atribuir a la suerte, a pesar de que, como se ha dicho, no por el favor de nadie sino por los grados de la milicia, los cuales se ganó con mil incomodidades y peligros, llegó al principado que después con tantas decisiones animosas y peligrosas mantuvo. Sin embargo no se puede llamar virtud matar a sus conciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra ni piedad ni religión; tales modos pueden hacer adquirir imperio, pero no gloria. Porque si se considera la virtud de Agátocles para entrar y salir de los peligros y la grandeza de su ánimo para soportar y superar las adversidades, no se ve porqué debería ser considerado inferior a cualquier excelentísimo capitán. Sin embargo su feroz crueldad e inhumanidad, con sus infinitas maldades, no permiten que sea celebrado entre los hombres excelentísimos. No se puede pues atribuir a la suerte ni a la virtud lo que él sin una ni otra consiguió.

En nuestros tiempos, reinando Alejandro VI, Oliverotto de Fermo, que muchos años antes había quedado huérfano, fue criado por un tío materno suyo llamado Juan Fogliani, y en los primeros años de su juventud puesto a militar bajo Pablo Vitelli, con el fin de que, imbuido de esa disciplina, llegase a algún grado excelente de milicia. Muerto después Pablo, militó bajo Vitellozzo, su hermano, y en brevísimo tiempo, por ser ingenioso y gallardo de la persona y del ánimo, llegó a ser el primero de su milicia. Pero pareciéndole cosa servil el estar con otros, pensó, con la ayuda de algunos ciudadanos de Fermo que estimaban más la servidumbre que la libertad de su patria, y con el favor de los Vitelli, ocupar Fermo. Y le escribió a Juan

En nuestros tiempos ... de sus maldades. *Si, para contar la vida de Agatocles, Maquiavelo traduce fríamente a Justino, relata en cambio la trayectoria criminal y «virtuosa» de Oliverotto de Fermo con la vehemencia y la indignación de un contemporáneo. Frente a un ser tan despreciable, que ni siquiera había sabido morir con dignidad, la admiración de Maquiavelo no se despierta ni siquiera en el plano técnico, que es el de hacer bien lo que se hace. Y es indudable que Oliverotto había hecho lo necesario para adueñarse de su ciudad natal. Su éxito sólo fue empañado, como el mismo Maquiavelo observa, por el tremendo error de haberse dejado engañar por el «silbido suave» del Valentino. De todos modos la diferencia en el destino de estos príncipes sanguinarios plantea un problema, que se trenza con el otro, más íntimo y secreto, de la indiferencia moral de la historia y que se expresa en la copla popular: «pues Dios protege a los malos,/ cuando son más que los buenos». Veamos, a este propósito, la última parte del capítulo.*

Giovanni Fogliani come, sendo stato piú anni fuora di casa, voleva venire a vedere lui e la sua città, e in qualche parte riconoscere el suo patrimonio; e perché non si era affaticato per altro che per acquistare onore, acciò che e' suoi cittadini vedessino come non aveva speso el tempo in vano, voleva venire onorevole e accompagnato da cento cavalli di sua amici e servidori; e pregavalo fussi contento ordinare che da' Firmani fussi ricevuto onoratamente; il che non solamente tornava onore a lui, ma a sé proprio, sendo suo allievo. Non mancò, pertanto, Giovanni di alcuno offizio debito verso el nipote; e fattolo ricevere da' Firmani onoratamente, si alloggiò nelle case sua: dove, passato alcuno giorno, e atteso ad ordinare secretamente quello che alla sua futura scelleratezza era necessario, fece uno convito solennissimo, dove invitò Giovanni Fogliani e tutti li primi uomini di Fermo. E consumate che furono le vivande e tutti gli altri intrattenimenti che in simili conviti si usano, Liverotto, ad arte, mosse certi ragionamenti gravi, parlando della grandezza di papa Alessandro e di Cesare suo figliuolo, e delle imprese loro. A' quali ragionamenti respondendo Giovanni e gli altri, lui a un tratto si rizzò, dicendo quelle essere cose da parlarne in loco piú secreto; e ritirossi in una camera, dove Giovanni e tutti gli altri cittadini gli andorono drieto. Né prima furono posti a sedere, che de' luoghi secreti di quella uscirono soldati, che ammazzorono Giovanni e tutti gli altri. Dopo il quale omicidio, montò Liverotto a cavallo, e corse la terra, e assediò nel palazzo el supremo magistrato; tanto che, per paura, furono costretti obedirlo, e fermare uno governo del quale si fece principe. E morti tutti quelli che, per essere malcontenti, lo potevono offendere, si corroborò con nuovi ordini civili e militari; in modo che, in spazio d'uno anno che tenne el principato, non solamente lui era sicuro nella città di Fermo, ma era divenuto pauroso a tutti e' sua vicini. E sarebbe suta la sua espugnazione difficile come quella di Agatocle, se non si fussi lasciato ingannare da Cesare Borgia, quando a Sinigaglia, come di sopra si disse, prese gli Orsini e Vitelli; dove, preso ancora lui, in uno anno dopo el commisso parricidio, fu, insieme con Vitellozzo, il quale aveva avuto maestro delle virtú e scelleratezze sua, strangolato.

Fogliani que habiendo pasado varios años fuera de su hogar quería ir a verlos a él y a su ciudad, y en cierto modo hacer un reconocimiento de su patrimonio; y como no se había esforzado por otra cosa que por adquirir honor, a fin de que sus conciudadanos viesen que no había gastado el tiempo en vano, quería llegar honrosamente, acompañado por cien caballeros amigos y servidores suyos, y le rogaba que tuviese a bien ordenar que los firmianos lo recibieron con honores, con lo cual no sólo le haría honor a él, sino que se lo haría a sí mismo, pues él era su pupilo. No dejó por lo tanto Juan de hacer todo lo debido para su sobrino, y este, recibido con honores por los firmianos, se instaló en su casa donde, pasados unos días y después de ordenar secretamente todo lo necesario para su futura maldad, hizo un banquete solemnísimo, al que invitó a Juan Fogliani y a todos los principales hombres de Fermo. Y una vez consumidos los manjares y todos los demás entretenimientos que en tales banquetes se acostumbran, Oliverotto, deliberadamente, inició ciertos razonamientos graves, hablando de la grandeza del papa Alejandro y de César su hijo, y de las empresas de ellos. A los cuales razonamientos respondiendo Juan y los demás, él de repente se levantó, diciendo que esas cosas eran para hablarlas en un lugar más secreto, y se retiró a una cámara adonde lo siguieron Juan y todos los demás ciudadanos. Y apenas se habían sentado cuando de los lugares secretos de ella salieron soldados que mataron a Juan y a todos los demás. Después del homicidio Oliverotto montó a caballo y se adueñó de la ciudad, sitiando en el palacio a los supremos magistrados, tanto que por miedo se vieron obligados a obedecerlo y formar un gobierno, del cual él se hizo príncipe. Y muertos todos aquellos que, por estar descontentos, podían ofenderlo, se corroboró con nuevos órdenes civiles y militares de modo que, en el espacio de un año que tuvo el principado, él no sólo estaba seguro en la ciudad de Fermo sino que infundía temor a todos sus vecinos. Y su derrocamiento habría sido tan difícil como el de Agátocles si no se hubiera dejado engañar por César Borgia cuando en Sinigallia, como se dijo más arriba, apresó a los Orsini y a los Vitelli, donde preso también él, un año después de cometido el parricidio, fue estrangulado junto con Vitellozzo, que había sido el maestro de sus virtudes y de sus maldades.

Potrebbe alcuno dubitare donde nascessi che Agatocle e alcuno simile, dopo infiniti tradimenti e crudeltà, possé vivere lungamente sicuro nella sua patria e defendersi dagli inimici esterni, e da' suoi cittadini non gli fu mai cospirato contro; con ciò sia che molti altri, mediante la crudeltà, non abbino, etiam ne' tempi pacifici, possuto mantenere lo stato, non che ne' tempi dubbiosi di guerra. Credo che questo avvenga dalle crudeltà male usate o bene usate. Bene usate si possono chiamare quelle (se del male è lecito dire bene) che si fanno a uno tratto, per la necessità dello assicurarsi, e di poi non vi si insiste drento, ma si convertiscono in piú utilità de' sudditi che si può. Male usate sono quelle le quali, ancora che nel principio sieno poche, piú tosto col tempo crescono che le si spenghino. Coloro che osservano el primo modo, possono con Dio e con gli uomini avere allo stato loro qualche remedio, come ebbe Agatocle; quegli altri è impossibile si mantenghino.

Onde è da notare che, nel pigliare uno stato, debbe l'occupatore di esso discorrere tutte quelle offese che gli è necessario fare, e tutte farle a un tratto, per non le avere a rinnovare ogni dí, e potere, non le innovando, assicurare gli uomini e guadagnarseli con beneficarli. Chi fa altrimenti, o per timidità o per mal consiglio, è sempre necessitato tenere il coltello in mano; né mai può fondarsi sopra li sua sudditi, non si potendo quelli, per le fresche e continue iniurie, assicurare di lui. Perché le iniurie si debbono fare tutte insieme, acciò che, assaporandosi meno, offendino meno: e' benefizii si debbono fare a poco a poco, acciò si assaporino meglio. E debbe, sopra tutto, uno principe vivere con li suoi sudditi in modo che veruno accidente o di male o di bene lo abbi a far variare; perché, venendo, per li tempi avversi, le necessità, tu non se' a tempo al male, e il bene che tu fai non ti giova, perché è iudicato forzato, e non te n'è saputo grado alcuno.

Alguien podría preguntarse cuál es la causa de que Agátocles y otros similares, después de infinitas traiciones y crueldades, hayan podido vivir por mucho tiempo seguros en su patria y defenderse de los enemigos externos, sin que sus conciudadanos hayan conspirado nunca contra ellos, mientras que otros mediante la crueldad no han podido mantener el estado ni siquiera en tiempos pacíficos, mucho menos en los dudosos tiempos de guerra. Creo que esto deriva de las crueldades bien usadas o mal usadas. Bien usadas pueden decirse aquellas (si es lícito hablar bien del mal) que se hacen de una vez, por la necesidad de asegurarse, y después no se insiste en ellas, sino que se las convierte hasta donde es posible en utilidad de los súbditos. Mal usadas son aquellas que, aun cuando en el principio sean pocas, con el tiempo crecen en lugar de desaparecer. Quienes observan el primer modo, pueden con Dios y con los hombres hallar algún remedio para su estado, como lo halló Agátocles; los otros es imposible que se mantengan. Por lo que debe notarse que, al tomar un estado, debe el que lo ocupa discurrir todas las ofensas que tiene necesidad de hacer, y hacerlas todas de una vez, para no tener que renovarlas todos los días y poder, no renovándolas, tranquilizar a los hombres y ganárselos beneficiándolos. Quien obra de otro modo, por timidez o por mal consejo, tiene que tener siempre el cuchillo en la mano y nunca puede apoyarse en sus súbditos, porque estos, por los continuos y renovados agravios, no pueden estar seguros de él. Porque los agravios deben hacerse todos juntos, a fin de que, saboreándose menos, ofendan menos; los beneficios deben hacerse poco a poco, para que se saboreen mejor. Y sobre todo debe un príncipe vivir con sus súbditos de manera que ningún accidente para mal o para bien lo haga variar: porque cuando por los tiempos adversos llega la necesidad, no estás a tiempo de hacer el mal, y el bien que haces no te sirve de nada, porque lo juzgan forzado y no te lo agradecen en absoluto.

Alguien podría preguntarse ... no te lo agradecen en absoluto. *Si el capítulo V, el de «la libertad que no se olvida», era amenazador, este, como todo el resto de* **El Príncipe,** *es acomodaticio. Maquiavelo quiere arrastrar a los Médici hacia el «principado civil» y convencerlos de que había que cerrar el primer período de toda ocupación violenta y preocuparse lo más posible del bienestar de los súbditos. Las crueldades son menos peligrosas, si se cometen al principio y todas juntas, para no tener que estar después «siempre con el cuchillo en la mano». Las «crueldades» pueden usarse, pues, bien (de golpe, y enseguida) o mal (a lo largo de todo el gobierno). Las palabras «bien usadas», referidas a «crueldades», llevan a la crisis del malestar que serpentea por todo el capítulo, y Maquiavelo estalla en el famoso paréntesis: «si del mal es lícito hablar bien». La expresión de esta duda, lejos de ser una concesión al superficial moralismo del lector común, como sostiene Russo, ilumina de una súbita luz el angustioso nudo psicológico del que surgen las contradicciones, que han dado lugar a las múltiples interpretaciones del pensamiento maquiaveliano. Es el drama moral del que inventó la dinamita, o de quienes realizaron los descubrimientos que llevaron a fabricar la bomba atómica. El técnico de la vida política debe recomendar al príncipe medios adecuados a su fin, como, en los* **Discursos sobre la primera década de Tito Livio,** *recomendó al pueblo los medios necesarios para defenderse de la tiranía. Pero, en el primer caso, el «bien» de la técnica no coincide, como en el segundo, con el bien común, sino sólo con la terrible lógica del poder. El «bien» en el sentido moral que le da a la palabra el lenguaje corriente, está en la libertad, y no en las crueldades del príncipe nuevo. Maquiavelo habla con desprecio de los habitantes de Fermo* **a' quali era più cara la servitù che la libertà della lora patria,** *y por eso apoyaron a Oliverotto.*

Esa duda fugaz no sale del paréntesis y no influye en el resto de la obra, pero constituye, para mí, el punto culminante de este capítulo relativizador; representa, en la complicad psicología del autor, un punto de ruptura o, por lo menos, de fuerte vacilación: ¿en qué medida los dos terrenos, el de la técnica, en que el medio debe simplemente adecuarse al fin para ser juzgado positivo, y el de la moral pueden verdaderamente separarse?

La tensión, que en este capítulo ha llegado a su punto máximo, se afloja en el siguiente.

IX
De principatu civili

Ma venendo all'altra parte, quando uno privato cittadino, non per scelleratezza o altra intollerabile violenzia, ma con il favore degli altri suoi cittadini diventa principe della sua patria (il quale si può chiamare principato civile; né a pervenirvi è necessario o tutta virtú o tutta fortuna, ma piú presto una astuzia fortunata), dico che si ascende a questo principato o con il favore del populo o con quello de' grandi. Perché in ogni città si trovono questi dua umori diversi; e nasce da questo, che il populo desidera non essere comandato né oppresso da' grandi, e li grandi desiderano comandare e opprimere il populo; e da questi dua appetiti nasce nelle città uno de' tre effetti, o principato o libertà o licenzia.

El principato è causato o dal populo o da' grandi, secondo che l'una o l'altra di queste parti ne ha la occasione. Perché, vedendo e' grandi non potere resistere al populo, cominciano a voltare la reputazione a uno di loro, e fannolo principe per potere, sotto la sua ombra, sfogare il loro appetito. El populo ancora, vedendo non potere resistere a' grandi, volta la reputazione a uno, e lo fa principe, per essere con l'autorità sua difeso. Colui che viene

Notas al capítulo IX

Este capítulo sobre el principado civil se contrapone netamente al anterior por su tema y por su tono, pero constituye, junto con él, una zona matizada y meditativa, excepcional en este librito tajante. Ambos representan un agregado al esquema, tan sobrio, diseñado en el primer capítulo de la obra y obedecen probablemente a consideraciones posteriores, relacionadas con la situación de Florencia en ese año 1513. **El Príncipe** *es,* ***entre otras cosas****, un mensaje a Julián de' Médici, sobre el cual el autor intenta influir indirectamente en el sentido, muy maquiaveliano, del mal menor, para que el régimen que se estaba estructurando fuera una especie de despotismo ilustrado, basado en el pueblo, y no en los nobles. La pasión de Maquiavelo era no sólo de juzgar, sino de moldear la historia. Había podido hacer algo en ese sentido desde la IIª cancillería; ahora, perdido el puesto, no le quedaba más que la pluma para tratar de modificar el curso de los acontecimientos. No hay que olvidar que el Señor de Florencia, si bien se había adueñado del poder por la violencia, era el heredero de una tradición de principado civil, como había sido el de Cosme el Viejo, fundador de la potencia política de su familia.*

IX
De los principados civiles

Pero pasando a la otra parte, cuando un ciudadano particular llega a ser príncipe de su ciudad no por maldad u otra intolerable violencia, sino con el favor de sus conciudadanos, lo cual se puede llamar principado civil (y para llegar a él no es necesaria toda virtud o toda suerte, sino más bien una astucia afortunada) digo que se accede a ese principado con el favor del pueblo o con el favor de los grandes. Porque en toda ciudad se encuentran esos dos humores distintos, y esto es porque el pueblo desea no ser mandado ni oprimido por los grandes, y los grandes desean mandar y oprimir al pueblo, y de esos dos apetitos distintos nace en las ciudades uno de los tres efectos: o principado o libertad o licencia.

El principado es causado por el pueblo o por los grandes, según que una u otra de esas partes tenga la ocasión; porque cuando los grandes ven que no pueden resistir al pueblo comienzan a orientar la reputación hacia uno de ellos, y lo hacen príncipe para poder, bajo su sombra, desahogar su apetito. El pueblo también, cuando ve que no puede resistir a los grandes, orienta la reputación hacia uno y lo hace príncipe para ser defendido por

Pero pasando a la otra parte ... libertad o licencia. *Uno de los indicios de la naturaleza dubitativa de esta parte del libro es la atenuación -a través de correcciones- de la implacable lógica dilemática que caracteriza el resto de la obra:* **no ... toda virtud o toda suerte, ...tres efectos: o principado o libertad o licencia** *(esta última posibilidad puede ser una justificación del principado civil). Subsiste el dilema principal, que domina todo el capítulo: el príncipe deberá necesariamente apoyarse o en los nobles o en el pueblo. Y aquí, debajo de la «realidad efectual», asoma el «deber ser» de Maquiavelo, que es la libertad popular: los grandes desean opimir, el pueblo, no ser oprimido. En esta observación aparentemente objetiva está contenida la evidente opción del autor. Es un «deber ser» obvio que sirve, sin embargo, sólo para el autor y el lector. El príncipe deberá apoyarse en el pueblo porque le conviene. Y a convencerlo de esto está dedicado el capítulo.*

El principado es causado ... por su autoridad. *Hay, entre los dos últimos períodos, una perfecta simetría: se repite el molde sintáctico y también el semántico para hacer resaltar el contraste, con un gran poder de persuasión. A través de estos detalles estilísticos se revela, a pesar de una imparcialidad aparente, el carácter apasionado del pensamiento de Maquiavelo.*

al principato con lo aiuto de' grandi, si mantiene con piú difficultà che quello che diventa con lo aiuto del populo; perché si truova principe con di molti intorno che li paiano essere sua equali, e per questo non li può né comandare né maneggiare a suo modo. Ma colui che arriva al principato con il favore popolare, vi si trova solo, e ha intorno o nessuno o pochissimi che non sieno parati a obedire. Oltre a questo, non si può con onestà satisfare a' grandi e sanza iniuria d'altri, ma sí bene al populo: perché quello del populo è piú onesto fine che quello de' grandi, volendo questi opprimere, e quello non essere oppresso. Praeterea del populo inimico uno principe non si può mai assicurare, per essere troppi; de' grandi si può assicurare, per essere pochi. El peggio che possa espettare uno principe dal populo inimico, è lo essere abbandonato da lui; ma da' grandi, inimici, non solo debbe temere di essere abbandonato, ma etiam che loro li venghino contro; perché, sendo in quelli piú vedere e piú astuzia, avanzono sempre tempo per salvarsi, e cercono gradi con quello che sperano che vinca. E' necessitato ancora el principe vivere sempre con quello medesimo populo; ma può ben fare sanza quelli medesimi grandi, potendo farne e disfarne ogni dí, e torre e dare, a sua posta, reputazione loro.

E per chiarire meglio questa parte, dico come e' grandi si debbano considerare in dua modi principalmente: o si governano in modo, col procedere loro, che si obligano in tutto alla tua fortuna, o no. Quelli che si obligano, e non sieno rapaci, si debbono onorare ed amare; quelli che non si obligano si hanno ad esaminare in dua modi. O fanno questo per pusillanimità e defetto naturale di animo; allora tu ti debbi servire di quelli massime che sono di buono consiglio, perché nelle prosperità tene onori, e non hai nelle avversità da temerne; ma quando non si obligano ad arte e per cagione ambiziosa, è segno come pensano piú a sé che a te; e da quelli si debbe el principe guardare, e temerli come se fussino scoperti inimici, perché sempre, nelle avversità, aiuteranno ruinarlo.

Debbe, pertanto, uno che diventi principe mediante il favore del populo, mantenerselo amico; il che li fia facile, non domandando lui se non di non essere oppresso. Ma uno che, contro al populo, diventi principe con il favore de' grandi, debbe, innanzi a ogni altra cosa, cercare di guadagnarsi el populo;

El que llega al principado ... son pocos. *Maquiavelo acumula aquí las ventajas de apoyarse en el pueblo, con una secreta ansiedad que procede de su vehemente deseo de convencer. Recurre a todo su repertorio de nexos coordinativos, poniendo a contribución hasta su rutinario latín cancilleresco* (**praeterea**), *para abrumar con el peso de sus razones. Y cuando se le escapa una velada amenaza (no conviene tener al pueblo por enemigo, porque es numeroso), enseguida la corrige con la consideración que sigue.*

Lo peor que puede esperar ... espera que gane. *El pueblo enemigo es menos peligroso, porque en general no acomete. La afirmación contradice lo anterior y está en directa oposición con el contenido del capítulo quinto. Se trata de una atenuación precaucional, que forma parte del difícil equilibrio que intenta mantener el autor entre la ciencia política, basada en el realismo, los intereses de Italia y del pueblo florentino, su conveniencia personal (no ser perseguido, recuperar el empleo),*

su autoridad. El que llega al principado con la ayuda de los grandes se mantiene con más dificultad que el que llega a él con la ayuda del pueblo, porque se encuentra príncipe con muchos alrededor, que se sienten sus iguales, y por eso no puede darles órdenes ni manejarlos a su modo. Pero el que llega a ser príncipe con el favor popular se encuentra solo, y alrededor no tiene a ninguno o tiene a muy pocos que no estén dispuestos a obedecer. Además de esto, no es posible satisfacer a los grandes honestamente y sin agraviar a alguien, pero al pueblo sí, porque la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes, puesto que estos quieren oprimir y aquel no ser oprimido. Por otra parte, un príncipe jamás puede asegurarse contra el pueblo enemigo, porque son demasiados; contra los grandes es posible asegurarse porque son pocos. Lo peor que puede esperar un príncipe por parte de un pueblo enemigo es ser abandonado por él, pero de los grandes, si son sus enemigos, debe temer no sólo que lo abandonen sino que vayan contra él, porque habiendo en ellos más visión y más astucia, tratan de ganar siempre tiempo para salvarse, y buscan hacer méritos con el que esperan que gane. Además el príncipe tiene que vivir siempre con el mismo pueblo, pero bien puede arreglárselas sin los mismos grandes, pues puede hacerlos y deshacerlos todos los días, y darles y quitarles reputación a su placer.

Y para aclarar mejor esta parte, digo que es preciso considerar a los grandes de dos modos principalmente. O se comportan en su proceder de manera que se ligan en todo a tu suerte o no. Los que se ligan, si no son rapaces, deben ser considerados y amados; los que no se ligan deben ser examinados de dos modos: o lo hacen por pusilanimidad y defecto natural de ánimo, y entonces tú debes servirte de ellos, máxime si son de buen consejo, porque en la prosperidad te honras haciéndolo y en la adversidad no tienes nada que temer de ellos. Pero cuando no se ligan a ti con artificio y por causa de ambición, es señal de que piensan más en sí mismos que en ti, y de ésos el príncipe debe guardarse, y temerles como si fuesen enemigos descubiertos, porque siempre en la adversidad ayudarán a arruinarlo.

su prepotente tendencia a la sinceridad, que necesita continuamente ser corregida por una prudencia, a veces excesiva...

La enumeración no está terminada: un último argumento se presenta y se agrega a los demás.

Además el príncipe ... a su placer. *El pueblo es el elemento continuativo de un país; la aristocracia es hechura del príncipe y depende de él, así como el mismo príncipe nuevo, o se impone con violencia, o es hechura del pueblo o de los nobles. Pero, ni el príncipe, ni los nobles existirían sin el pueblo, cuyo destino se identifica con el de la ciudad. La observación tiene un alcance mayor del que parece y va mucho más allá de la circunstancialidad de este capítulo.*

Y para aclarar mejor .. arruinarlo. *Este pasaje, agregado a todo lo anterior y presentado como aclaración, parece dirigido a reforzar la desconfianza natural que el príncipe experimenta hacia su entorno, especialmente si se pone en relación con lo que dice en las líneas anteriores de la posible oposición solapada de los nobles, que, en caso de conflicto, ganan tiempo mientras hacen méritos con el eventual vencedor.*

il che li fia facile, quando pigli la protezione sua. E perché gli uomini, quando hanno bene da chi credevano avere male, si obligano piú al beneficatore loro, diventa el populo, subito, piú suo benivolo che se si fussi condotto al principato con li favori suoi. E puosselo el principe guadagnare in molti modi; li quali, perché variano secondo el subietto, non se ne può dare certa regola, e però si lasceranno indrieto. Concluderò solo che a uno principe è necessario avere el populo amico; altrimenti non ha, nelle avversità, remedio.

Nabide, principe delli Spartani, sostenne la obsidione di tutta Grecia e di uno esercito romano vittoriosissimo, e difese contro a quelli la patria sua e il suo stato; e li bastò solo, sopravvenente il periculo, assicurarsi di pochi: che se egli avessi avuto el populo inimico, questo non li bastava. E non sia alcuno che repugni a questa mia opinione con quello proverbio trito, che chi fonda in sul populo, fonda in sul fango, perché quello è vero quando uno cittadino privato vi fa su fondamento e dassi a intendere che il populo lo liberi, quando e' fussi oppresso da' nimici o da' magistrati (in questo caso si potrebbe trovare spesso ingannato, come a Roma e' Gracchi e a Firenze messer Giorgio Scali); ma sendo uno principe che vi fondi su, che possa comandare, e sia uomo di core né si sbigottisca nelle avversità, e non manchi delle altre preparazioni, e tenga con lo animo e ordini suoi animato lo universale, mai si troverrà ingannato da lui; e li parrà avere fatti li suoi fondamenti buoni.

Sogliono questi principati periclitare quando sono per salire dallo ordine civile allo assoluto. Perché questi principi, o comandano per loro medesimi, o per mezzo de' magistrati; nell'ultimo caso, è piú debole e piú periculoso lo stare loro; perché gli stanno al tutto con la voluntà di quelli cittadini che

Debe por lo tanto ... en la adversidad. *Es, en todo el capítulo, el pasaje más ligado al interés inmediato del autor: influir para que el gobierno de Julián de' Médici adopte una línea de política popular, aun habiendo llegado al poder contra el pueblo.*

Nabis ... no le hubiera bastado. *Nabis gobernó tiránicamente Esparta durante trece años, entre los siglos II y III a.c., siguiendo una política violentamente antinobiliaria, con un programa de reformas sociales que le granjeó el favor popular. Maquiavelo no dice que haya salido victorioso en su lucha contra los demás estados griegos y contra Roma (pues fue derrotado y perdió el dominio sobre varias ciudades sometidas hasta entonces al poder espartano), sino que pudo sostener un largo sitio y conservó el gobierno de Esparta, lo que no hubiera sido posible sin el apoyo del pueblo. Estas líneas son notables por dos razones: constituyen ante todo uno de los poquísimos lugares en que se habla de patria en relación con el príncipe (y esto ocurre porque Nabis, al defenderse, salvó la independencia de Esparta); en segundo lugar, menciona «patria» y «estado» distinguiendo claramente los dos términos, lo que indica que en general, cuando el autor le recomienda al príncipe*

Debe por lo tanto uno que llega a ser príncipe mediante el favor del pueblo, mantener su amistad, lo cual es fácil, porque él no pide sino que no lo opriman. Pero quien en contra del pueblo llega a ser príncipe con el favor de los grandes debe ante todo tratar de ganarse al pueblo, lo cual le resultará fácil si elige protegerlo. Y como los hombres, cuando reciben bien de quien creían que iba a hacerles mal, se sienten más obligados a su benefactor, el pueblo se vuelve inmediatamente más benévolo hacia él que si hubiera llegado al principado con su favor; y el príncipe puede ganárselos de muchos modos, de los cuales no es posible dar regla segura porque varían según el sujeto y por eso los dejaré de lado. Concluyo solamente que para un príncipe es necesario tener al pueblo de amigo: de otro modo no tiene remedio en la adversidad.

Nabis, príncipe de los espartanos, enfrentó el asedio de toda Grecia y de un ejército romano victoriosísimo y contra ellos defendió la patria y su estado; y cuando sobrevino el peligro le bastó sólo con asegurarse contra pocos, que si hubiera tenido al pueblo de enemigo no le hubiera bastado. Y que nadie responda a esta opinión mía con aquel manido proverbio de que quien se basa en el pueblo se apoya en el fango, porque eso es cierto cuando un ciudadano particular se apoya en él, y espera que el pueblo lo libre cuando es oprimido por enemigos o por los magistrados. En este caso con frecuencia puede verse engañado, como en Roma los Gracos y en Florencia *messer* Jorge Scali. Pero cuando quien se apoya en el pueblo es un príncipe capaz de mandar y hombre de coraje, que no se asuste en la adversidad y no carezca de las otras preparaciones, y con su ánimo y sus órdenes mantenga animada toda la sociedad, jamás se verá engañado por él, y encontrará haber hecho bien sus cimientos.

los medios necesarios para salvar el estado, se refiere sólo a su poder personal y no a la «polis», al país organizado, como se ha pretendido.

Y que nadie responda ... sus cimientos. *Maquiavelo quiere prevenir toda posible objeción. Y esto era tan fuerte, que, con otras palabras, la repetirá él mismo al final del capítulo, aunque allí se aluda a la gente en general, y no a la distinción entre pueblo y aristocracia. Aquí responde al viejo refrán limitando su legitimidad a los casos en que quien confía imprudentemente en el favor popular sea un ciudadano privado. La limitación no parece justificada. Los ejemplos, como siempre, son dos: uno, extraído de la historia antigua (los hermanos Gracos, tribunos romanos, promotores, en el siglo II a.c., de la reforma agraria, muertos violentamente, uno por los sicarios del senado, otro por un esclavo fiel, que lo sustrajo así, a su pedido, a las hordas que lo andaban buscando), el otro, de los acontecimientos florentinos del siglo anterior al del autor («***messer***» Giorgio Scali, uno de los jefes de la plebe florentina en el breve período de su triunfo, después del tumulto de los «**Ciompi**», quien fue luego ajusticiado en 1382, sin que el pueblo más humilde, que lo había encumbrado, lo defendiera).*

sono preposti a' magistrati: li quali, massime ne' tempi avversi, li possono torre con facilità grande lo stato, o con farli contro o con non lo obedire. E el principe non è a tempo, ne' periculi, a pigliare la autorità assoluta; perché li cittadini e sudditi, che sogliono avere e' comandamenti da' magistrati, non sono, in quelli frangenti, per obedire a' suoi; e arà sempre, ne' tempi dubii, penuria di chi lui si possa fidare. Perché simile principe non può fondarsi sopra quello che vede ne' tempi quieti, quando e' cittadini hanno bisogno dello stato; perché allora ognuno corre, ognuno promette, e ciascuno vuole morire per lui, quando la morte è discosto; ma ne' tempi avversi, quando lo stato ha bisogno de' cittadini, allora se ne trova pochi. E tanto piú è questa esperienza periculosa, quando la non si può fare se non una volta. E però uno principe savio debba pensare uno modo per il quale li sua cittadini, sempre e in ogni qualità di tempo, abbino bisogno dello stato e di lui; e sempre poi li saranno fedeli.

Esos principados suelen ... pueda fiarse. *Empieza aquí la última parte del capítulo. Se tiene la impresión de que Maquiavelo quiere convencer a los Médici de que el suyo es, a pesar de todo, un principado civil, como el de Cosme el Viejo; les sugiere, en efecto, que no lo transformen en absoluto, adjetivo que aquí parece sinónimo de «tiránico», ultraautoritario, persecutorio, enemigo del pueblo. Genera confusión, sin embargo, la referencia a los magistrados, cuya coexistencia con el príncipe había tradicionalmente servido a dar una apariencia de legalidad a los estados que querían ser, según la expresión de Maquiavelo, «principados civiles». Supongo que Maquiavelo prefería en ese momento que los Médici ejercieran el poder apoyándose directamente en el pueblo, y que no encumbraran en las magistraturas a nobles de su partido.*

Porque un príncipe come ese ... siempre fieles. *¿Cuándo el ciudadano necesita del estado y del príncipe? Cuando el príncipe se preocupa de los ciudadanos y el estado, si les quita la libertad, les da bienestar (la libertad -había dicho en el capítulo V- es lo primero para quien está acostumbrado a vivir libre; pero aquí estamos en el terreno del «mal menor»). El largo período con que se abre esta última parte es un pasaje de amarga comedia en dos momentos, animado y lleno de movimiento el primero (***todos corren, todos prometen...** *), solitario y desolado el segundo. La consideración que sigue es irónicamente pesimista y casi feroz: es una experiencia que se puede hacer sólo una vez, pues generalmente el príncipe pone, como apuesta en el juego, la vida. Todo lleva, entonces, a las líneas de conclusión: hay que apoyarse en el pueblo.*

Estos principados suelen derrumbarse cuando están por ascender del orden civil al absoluto, porque esos príncipes o mandan por sí mismos o por medio de magistrados. En este último caso, es más débil y más peligrosa su situación, porque dependen totalmente de la voluntad de los ciudadanos que ocupan las magistraturas, los cuales, sobre todo en tiempos adversos, con gran facilidad pueden quitarles el estado, yendo en contra de ellos o no obedeciéndolos. Y el príncipe en los peligros no tiene tiempo de tomar la autoridad absoluta, porque los ciudadanos y súbditos, que suelen recibir órdenes de los magistrados, no van a obedecer las suyas en esas dificultades; y en los tiempos dudosos siempre tendrá escasez de personas de las que pueda fiarse. Porque un príncipe como ése no puede basarse en lo que ve en los tiempos tranquilos, cuando los ciudadanos tienen necesidad del estado, porque entonces todos corren, todos prometen y todos quieren morir por él, cuando la muerte está lejos; pero en los tiempos adversos, cuando el estado tiene necesidad de los ciudadanos, entonces encuentra pocos. Y tanto más es peligrosa esta experiencia cuanto no es posible hacerla más que una vez. Y por eso un príncipe sabio debe pensar un modo por el cual sus ciudadanos, siempre y en todo tiempo, tengan necesidad del estado y de él: y después serán siempre fieles.

Toda esta última parte es ambigua y amarga. Algo análogo a lo que dice ahora al príncipe, Maquiavelo lo había dicho, un año antes, a Pier Soderini, gonfalonero de la moribunda república (**Discursos...**, *libro III, capítulo III y XXX). E inútilmente.*

Terminada la lectura del capítulo, no podemos definir con seguridad el «principado civil» según Maquiavelo, ya que no basta la definición contenida en el título, que alude sólo a la adquisición del poder sin violencia. En la última parte, al contraponerlo al principado absoluto, parece atribuirle un carácter afín al de las monarquías constitucionales; pero entonces los magistrados tenían que ser inherentes a su naturaleza, y Maquiavelo aconseja al príncipe civil que prescinda de ellos. Quizás aquí «civil» quiera decir simplemente benévolo y abierto, humano, en contraposición con las tiranías descritas en los demás capítulos, que sólo tienen en cuenta las exigencias implacables del poder. Maquiavelo debía considerar tal principado una excepción, en tiempos que tendían irresistiblemente hacia el absolutismo, tanto que ni siquiera lo menciona en el esquema inicial. Para él, que había vivido los últimos coletazos de las libertades municipales, que habían caracterizado, en Italia, la baja Edad Media, esta forma intermedia representa una posibilidad (en la que parece, sin embargo, no creer mucho) para su Florencia, y por eso la incluye.

X
Quomodo omnium principatuum vires perpendi debeant

Conviene avere, nello esaminare le qualità di questi principati, un'altra considerazione: cioè, se uno principe ha tanto stato che possa, bisognando, per se medesimo reggersi, ovvero se ha sempre necessità della defensione di altri. E per chiarire meglio questa parte, dico come io iudico coloro potersi reggere per se medesimi, che possono, o per abundanzia di uomini, o di danari, mettere insieme uno esercito iusto e fare una giornata con qualunque li viene ad assaltare: e cosí iudico coloro avere sempre necessità di altri, che non possono comparire contro al nimico in campagna, ma sono necessitati rifuggirsi drento alle mura, e guardare quelle. Nel primo caso, si è discorso e per lo avvenire diremo quello ne occorre. Nel secondo caso non si può dire altro, salvo che confortare tali principi a fortificare e munire la terra propria, e del paese non tenere alcuno conto. E qualunque arà bene fortificata la sua terra, e circa gli altri governi con li sudditi si fia maneggiato come di sopra è detto e di sotto si dirà, sarà sempre con gran rispetto assaltato; perché gli uomini sono sempre nimici delle imprese dove si vegga difficultà, né si può vedere facilità assaltando uno che abbi la sua terra gagliarda e non sia odiato dal populo.

Le città di Alamagna sono liberissime, hanno poco contado, e obediscano allo imperadore quando le vogliono, e non temono né quello né altro potente che le abbino intorno; perché le sono in modo fortificate, che

Notas al capítulo X

Este capítulo contiene el desarrollo de un caso especial en la problemática del capítulo anterior, dedicado a la necesidad de buenas relaciones entre el príncipe y el pueblo. Estas son mucho más necesarias cuando el estado es pequeño y el ejército chico. Era este el caso de muchísimas ciudades italianas que, de municipiós libres, se habían vuelto «señoríos». Su príncipe era muchas veces jefe de bandas mercenarias al servicio de «señores» más poderosos (es el caso de Oliverotto, señor de Fermo, uno de los satélites infieles del Valentino, eliminado en la trampa de Senigalia). Pero aun cuando los señores no hacían de la guerra un oficio y su pequeño ejército se reclutaba en el territorio de su ciudad-estado, la hostilidad de cada uno de ellos contra sus vecinos o la necesidad de defenderse contra los señoríos más poderosos en proceso de expansión generaban continuos conflictos. Por eso Maquiavelo, para el que la defensa con armas propias y no mercenarias era primordial, dedica un capítulo entero al aspecto militar de las relaciones entre el príncipe y el pueblo.

X
De qué modo debe medirse la fuerza de todos los principados

Al examinar las cualidades de estos principados conviene tener presente otra consideración: que es si un príncipe tiene tanto estado que pueda, en caso de necesidad, sostenerse por sí mismo, o bien si siempre tiene necesidad de la defensa de otros. Y para aclarar mejor esta parte digo que juzgo que pueden sostenerse por sí mismos los que pueden, por abundancia de hombres o de dinero, reunir un ejército adecuado y dar batalla campal a cualquiera que vaya a atacarlos; y del mismo modo juzgo que tienen siempre necesidad de otros los que no pueden enfrentarse al enemigo en el campo, sino que tienen que refugiarsae dentro de los muros y defender estos. Del primer caso ya se ha dicho, y en adelante diremos lo que haga falta. Del segundo caso no se puede decir más que exhortar a tales príncipes a que fortifiquen y armen su ciudad y no se preocupen del campo. Cualquiera que tenga su ciudad bien fortificada y en los demás aspectos con sus súbditos se haya gobernado como se ha dicho más arriba y se dirá más abajo, siempre será atacado con gran respeto, porque los hombres son siempre enemigos de las empresas donde se ve mucha dificultad, y no se puede ver facilidad en atacar a uno que tenga su ciudad gallarda y no sea odiado por el pueblo.

Las ciudades de Alemania son libérrimas, tienen poco territorio alrededor y obedecen al emperador cuando quieren, y no temen a él ni a ningún otro poderoso que tengan alrededor, porque están fortificadas de manera

Las ciudades de Alemania son libérrimas... *Desde el punto de vista psicológico, es interesante la exaltación que Maquiavelo realiza en este capítulo de las ciudades libres de Alemania, que conoció directamente sólo en zonas periféricas (Suiza y Tirol-Trentino), en ocasión de su misión ante el emperador Maximiliano por encargo del gobierno florentino en tiempos de la república y constituían para él el modelo ideal de estado: independientes, democráticas, autosuficientes y ricas en su sobriedad. Especialmente apreciaba las ciudades suizas, cuya libertad -dice- quedaba asegurada por la* **igualdad** *entre los ciudadanos, por la ausencia de una nobleza. Es esta para él la libertad verdadera, la «libre libertad»* (**Rapporto delle cose della Magna,** *en apéndice a* **El Príncipe**, *Ed. Lemonnier, Firenze, 1896, p. 161). No se trata de la igualdad económica, de la que llamaríamos hoy «justicia social», sino de la igualdad de dignidad, derechos y deberes, la que fue bandera del Tercer Estado en vísperas de la revolución francesa.*

ciascuno pensa la espugnazione di esse dovere essere tediosa e difficile. Perché tutte hanno fossi e mura conveniente; hanno artiglieria a sufficienzia; tengono sempre nelle canove publiche da bere e da mangiare e da ardere per uno anno; e oltre a questo, per potere tenere la plebe pasciuta e sanza perdita del pubblico, hanno sempre in comune, per uno anno, da potere dare loro da lavorare in quelli esercizii che sieno il nervo e la vita di quella città, e delle industrie de' quali la plebe pasca. Tengono ancora gli esercizii militari in reputazione, e sopra questo hanno molti ordini a mantenerli.

Uno principe, adunque, che abbi una città forte e non si facci odiare, non può essere assaltato; e se pure fussi chi lo assaltassi, se ne partirebbe con vergogna; perché le cose del mondo sono sí varie, che egli è quasi impossibile che uno potessi con gli eserciti stare uno anno ozioso a campeggiarlo. E chi replicasse: se il populo arà le sua possessioni fuora, e il lungo assedio e la carità propria li farà sdimenticare el principe, respondo che uno principe potente e animoso supererà sempre tutte quelle difficultà, dando a' sudditi ora speranza che el male non fia lungo, ora timore della crudeltà del nimico, ora assicurandosi con destrezza di quelli che gli paressino troppo arditi. Oltre a questo, el nimico, ragionevolmente, debba ardere e ruinare el paese in sulla sua giunta, e ne' tempi quando gli animi degli uomini sono ancora caldi e volonterosi alla difesa; e però tanto meno el principe debbe dubitare, perché, dopo qualche giorno, che li animi sono raffreddi, sono di già fatti e' danni, sono ricevuti e' mali, e non vi è piú remedio: e allora tanto piú si vengono ad unire con il loro principe, parendo che lui abbia, con loro, obligo, sendo loro sute arse le case, ruinate le possessioni, per la difesa sua. E la natura degli uomini è, cosí obligarsi per li benefizii che si fanno, come per quelli che si ricevano. Onde, se si considerrà bene tutto, non fia difficile a uno principe prudente tenere prima e poi fermi gli animi de' sua cittadini nella obsidione, quando non li manchi da vivere né da difendersi.

que todos piensan que expugnarlas debe ser tedioso y difícil. Porque todas tienen fosos y murallas convenientes, tienen artillerías suficientes, tienen siempre en los almacenes públicos comida, bebida y leña para un año y además de eso, para poder tener siempre a la plebe satisfecha sin pérdida de los bienes públicos, tienen siempre en común lo necesario para poder darle trabajo en los ejercicios que son el nervio y la vida de la ciudad y de las industrias de las que la plebe se alimenta. Consideran, además, importantes de los ejercicios militares, y sobre esto tienen muchas ordenanzas para mantenerlos.

Un príncipe, pues, que tenga una ciudad fuerte y no se haga odiar, no puede ser atacado, y si de todos modos hay alguien que lo ataque, se irá con vergüenza, porque las cosas del mundo son tan variadas que es imposible que alguien pueda estar con su ejército un año ocioso asediándolo. Y si alguien replicase: si el pueblo tiene sus posesiones afuera y las ve arder no lo soportará, y el largo asedio y el interés personal les harán olvidar al príncipe, respondo que un príncipe poderoso y animoso superará siempre todas esas dificultades, infundiendo a sus súbditos ya la esperanza de que el mal no sea largo, ya el temor a la crueldad del enemigo, y asegurándose con destreza contra los que parezcan demasiado atrevidos. Además de esto el enemigo, razonablemente, debe quemar y arruinar las campiñas al llegar, en el momento en que los ánimos de los hombres todavía están vueltos con calor y voluntad a la defensa; y por eso tanto menos debe temer el príncipe, porque pasados los días, cuando los ánimos se enfrían, los males ya están hechos, los daños recibidos y ya no hay remedio; y entonces tanto más vienen a unirse con su príncipe, por parecerles que él está obligado con ellos, puesto que les han quemado las casas y arruinado las posesiones por la defensa de él. Y la naturaleza de los hombres es obligarse tanto por los beneficios que se hacen como por los que se reciben. Por lo cual, si se considera bien todo, no será difícil para un príncipe prudente tener antes y después firmes los ánimos de sus ciudadanos en el asedio, siempre que no les falte con qué vivir y con qué defenderse.

Aquí, sin embargo, las comunidades alemanas están citadas como ejemplo de eficiencia en la autodefensa. El aspecto político de esa superioridad (la libertad interna) -que en el informe sobre las cosas de Alemania resaltaba tanto- aquí está sobreentendido, pues no es el que interesa al príncipe, y sólo se menciona la potencia que las hace independientes frente al emperador.

XI
De principatibus ecclesiasticis

Restaci solamente, al presente, a ragionare de' principati ecclesiastici; circa quali tutte le difficultà sono avanti che si posseghino; perché si acquistano o per virtú o per fortuna, e sanza l'una e l'altra si mantengano; perché sono sustentati dagli ordini antiquati nella religione, quali sono suti tanto potenti e di qualità che tengono e' loro principi in stato, in qualunque modo si procedino e vivino. Costoro soli hanno stati, e non li defendano, sudditi, e non li governano: e li stati, per essere indifesi, non sono loro tolti; e li sudditi, per non essere governati, non se ne curano, né pensano né possono alienarsi da loro. Solo, adunque, questi principati sono sicuri e felici. Ma sendo quelli retti da cagioni superiori, alle quali mente umana non aggiugne, lascerò il parlarne; perché, sendo esaltati e mantenuti da Dio, sarebbe offizio di uomo prosuntuoso e temerario discorrerne. Nondimanco, se alcuno mi ricercassi donde viene che la Chiesa, nel temporale, sia venuta a tanta grandezza, con ciò sia che, da Alessandro indrieto, e' potentati italiani, e non solum quelli che si chiamavono e' potentati, ma ogni barone e signore, benché minimo, quanto al temporale, la estimava poco, e ora uno re di Francia ne trema, e lo ha possuto cavare di Italia e ruinare e' Viniziani; la qual cosa, ancora che sia nota, non mi pare superfluo ridurla in buona parte alla memoria.

Notas al capítulo XI

Ahora sólo nos falta ... discurrir sobre ellos. *En cuanto aparece el tema religioso, o, mejor dicho, eclesiástico, el tono de Maquiavelo cambia. Sin que se pueda definir o decir dónde empieza y dónde termina, aparece cierta ironía socarrona, que no modifica en nada el martilleo de la estructura dual, sino que la acentúa.*

La figura retórica de la preterición (decir que no se dice lo que se dice) está aquí usada sutilmente con finalidad irónica. Con el mismo tono alude el autor a Moisés en el capítulo VI, como vimos, aunque, en ese caso, la ironía no alcanzaba al personaje en sí mismo, exaltado a la par de los demás, sino sólo al halo religioso que acompaña su nombre. Aquí la ironía cala hondo y el procedimiento dilemático, característico de Maquiavelo, se usa para superar, paradojalmente, los dilemas más graves a los que se enfrenta el príncipe nuevo y de los que el príncipe eclesiástico no tiene que preocuparse: Dios le soluciona todos los problemas.

XI
De los principados eclesiásticos

Ahora sólo nos falta hablar de los principados eclesiásticos, respecto a los cuales todas las dificultades existen antes de poseerlos: porque se adquieren por la virtud o por la suerte, y sin la una ni la otra se mantienen; porque están sostenidos por los ordenamientos antiguos de la religión, los cuales han sido tan poderosos y de tal calidad, que mantienen a sus príncipes en ese estado cualquiera que sea su modo de proceder y de vivir. Sólo ellos tienen estados y no los defienden, tienen súbditos y no los gobiernan; y los estados que no defienden no les son quitados, y los súbditos que no gobiernan no se inquietan, ni piensan ni pueden alienarse de ellos. Así pues, sólo estos principados son seguros y felices. Pero siendo regidos por causa superior, que la mente humana no alcanza, dejaré de lado el hablar de ellos porque, siendo ellos exaltados y mantenidos por Dios, sería oficio de hombre presuntuoso y temerario el discurrir sobre ellos. Sin embargo, si alguien me preguntase de dónde viene que la Iglesia haya llegado en lo temporal a tanta grandeza -siendo que antes de Alejandro los potentados italianos, y no sólo los reconocidos poderosos sino cualquier barón o señor, por mínimo que fuese, la tenían en poco en cuanto a lo temporal, y ahora un rey de Francia le teme, y fue capaz de sacarlo de Italia y de arruinar a los venecianos-, no me parece superfluo reconducir todo ello en buena parte a la memoria, pese a que es cosa sabida.

Sin embargo, si alguien ... cosa sabida. *Según Maquiavelo, la potencia del papado, ligada a las luchas entre las grandes familias nobles de Roma, era casi nula, hasta que llegó al trono pontificio el papa Borgia, Alejandro VI, quien se hizo respetar y temer; como consecuencia, después de él, Julio II pudo arruinar a los venecianos, hacer temblar al rey de Francia y echarlo de la península (alude aquí a los hechos entonces más recientes: la liga de Cambrai de 1508 contra Venecia, promovida por el pontífice, y la Liga Santa de 1509 contra los franceses, reunida por el mismo papa y que llevó, el año anterior a la composición de* **El Príncipe**, *a la batalla de Ravenna, punto de partida de la ruina de la potencia francesa en Italia). En la segunda parte del capítulo, este concepto se desarrolla y se estudia a los dos casi sucesivos pontífices en su aspecto temporal, es decir considerándolos en su calidad de príncipes.*

Desde ahora se puede observar que la inmoralidad intrínseca de la vida política basada en la lucha por el poder resalta objetivamente de la exaltación que, desde el punto de vista de esta última,

Avanti che Carlo re di Francia passassi in Italia, era questa provincia sotto l'imperio del papa, Viniziani, re di Napoli, duca di Milano e Fiorentini. Questi potentati avevano ad avere dua cure principali: l'una, che uno forestiero non intrassi in Italia con le armi; l'altra, che veruno di loro occupassi piú stato. Quelli a chi si aveva piú cura erano Papa e Viniziani. E a tenere indietro e' Viniziani, bisognava la unione di tutti gli altri, come fu nella difesa di Ferrara; e a tenere basso el Papa, si servivano de' baroni di Roma; li quali, sendo divisi in due fazioni, Orsini e Colonnesi, sempre vi era cagione di scandolo fra loro; e stando con le arme in mano in su gli occhi al pontefice, tenevano il pontificato debole e infermo. E benché sorgessi qualche volta uno papa animoso, come fu Sisto, tamen la fortuna o il sapere non lo possé mai disobligare da queste incommodità. E la brevità della vita loro ne era cagione; perché in dieci anni che, ragguagliato, viveva uno papa, a fatica che potessi sbassare una delle fazioni; e se, verbigrazia, l'uno aveva quasi spenti e' Colonnesi, surgeva uno altro inimico agli Orsini, che li faceva resurgere, e gli Orsini non era a tempo a spegnere.

Questo faceva che le forze temporali del papa erano poco stimate in Italia. Surse di poi Alessandro VI, il quale, di tutti e' pontefici che sono stati mai, mostrò quanto uno papa, e con il danaio e con le forze, si posseva prevalere; e fece, con lo instrumento del duca Valentino e con la occasione della passata de' Franzesi, tutte quelle cose che io discorro di sopra nelle azioni del duca. E benché lo intento suo non fussi fare grande la Chiesa, ma

Maquiavelo realiza de la eficacia de los métodos de Alejandro VI, el papa de cuya muerte, en el primer **Decenal**, *habla en estos términos:*

Mentre che la Tremoglia ne veniva
e che fra il Papa e Francia umor ascoso
e collera maligna ribolliva,

maló Valenza, e per aver riposo
portato fu tra l'anime beate
lo spirto d' Alessandro glorioso:

del qual seguiron le sante pedate
tre sue familiari e care ancelle,
lussuria, simonia e crudeltate. (*vv.* 439-447)

(*«En tanto que Trémouilles se acercaba / y entre Francia y el Papado el malhumor/ y una ira maligna fermentaba, / enfermó el Valentín, y a su reposo / entre los elegidos fue llevado / de Alejandro el espíritu glorioso; / sus santas huellas a la vez seguían / sus tres siempre queridas compañeras, / lujuria, crueldad y simonía.» Tremoglia (Trémouilles) es el jefe del ejército francés enviado en auxilio de las tropas sitiadas en Gaeta por los españoles, que se habían adueñado del Reino de Nápoles, antes en alianza y luego en rivalidad con la Francia de Luis XII*).

Este es el papa que, según Maquiavelo, fundó la potencia política del papado en el Renacimiento, después del largo paréntesis que se abrió en tiempos de Dante, con la humillación y la muerte de Bonifacio VIII.

Antes que Carlos, rey de Francia, viniera a Italia, estaba esta provincia bajo el imperio del papa, los venecianos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y los Florentinos. Esos potentados debían tener dos cuidados principales: uno, que ningún extranjero entrase en Italia con tropas; el otro, que ninguno de ellos ocupase más estado. Aquellos a quienes más se temía eran el papa y los venecianos. Y para mantener frenados a los venecianos hacía falta la unión de todos los demás, como ocurrió en la defensa de Ferrara; y para tener a raya al papa se servían de los barones de Roma, los cuales por estar divididos en dos facciones, la de los Orsini y la de los Colonna, siempre tenían motivo de escándalo entre ellos, y estando siempre con las armas en la mano ante los ojos del pontífice mantenían al pontificado débil e inseguro. Y si bien de vez en cuando surgía un papa animoso, como fue Sixto, sin embargo ni la suerte ni el saber pudieron nunca liberarlo de esas incomodidades. Y la causa era la brevedad de la vida de ellos, porque en diez años que, en promedio, vivía un papa, con dificultad podía rebajar a una de las facciones; y si, por ejemplo, uno había casi extinguido a los Colonna, surgía otro enemigo de los Orsini que los hacía resurgir, y no tenía tiempo de extinguir a los Orsini. Esto hacía que las fuerzas temporales del papa fueran tenidas en poco en Italia. Surgió después Alejandro VI que, de todos los pontífices que han existido jamás, mostró hasta dónde podía prevalecer un papa, con el dinero y con la fuerza, e hizo, con el instrumento del duque Valentino y con la ocasión de la venida de los franceses, todas las cosas que

Antes que Carlos, rey de Francia ... entre los barones. *En la segunda parte del capítulo, Maquiavelo retrocede al período inmediatamente anterior al pontificado de Alejandro VI, para referirse más en detalle a los dos decenios en que los dos papas mencionados se habían destacado en lo que a él más le importaba estudiar: la lucha por el poder. El período que considera corresponde al de su propio secretariado y al tema de los dos* **Decenales**, *que son algo así como una crónica en versos. Se abre, como el primer* **Decenal**, *con la expedición de Carlos VIII, rey de Francia, a Italia para conquistar el Reino de Nápoles (1494). Para hacer resaltar el cambio producido por la acción de Alejandro VI, elegido dos años antes, describe en general la situación anterior: enumera las cinco mayores potencias de la península y alude con ejemplos a las guerras y a las intrigas ocasionadas por la avidez de dominio, especialmente de los venecianos y del papa. La política del momento, inaugurada por Lorenzo el Magnífico, era la del equilibrio de las fuerzas.*

Del relato mismo se desprende la diferencia entre los estados pontificios (principado eclesiástico) y las demás potencias. Contra Venecia, que quería arrebatar Ferrara a los marqueses de Este, el papa (1482) tuvo que coaligar todos los demás estados; contra el papa no se hacen ligas: la lucha es más sorda y se desarrolla en el cónclave, en el momento de la elección, o, antes y después, por las calles de Roma, a través de los conflictos entre las familias nobles, encabezadas por los Orsini y los Colonna. La mención de Sixto IV (1471-84), cuyo papado es anterior a la expedición de Carlos VIII, se debe a la necesidad de responder a una posible objeción: Sixto fue un papa enérgico, pero no pudo fortalecer políticamente a la iglesia; Alejandro pudo, con los medios que todos conocen.

il duca, nondimeno ciò che fece tornò a grandezza della Chiesa; la quale, dopo la sua morte, spento il duca, fu erede delle sue fatiche. Venne di poi papa Iulio; e trovò la Chiesa grande, avendo tutta la Romagna e sendo spenti e' baroni di Roma e, per le battiture di Alessandro, annullate quelle fazioni; e trovò ancora la via aperta al modo dello accumulare danari, non mai piú usitato da Alessandro indrieto. Le quali cose Iulio non solum seguitò, ma accrebbe; e pensò a guadagnarsi Bologna e spegnere e' Viniziani e a cacciare e' Franzesi di Italia: e tutte queste imprese li riuscirono; e con tanta piú sua laude, quanto fece ogni cosa per accrescere la Chiesa e non alcuno privato. Mantenne ancora le parti Orsine e Colonnese in quelli termini che le trovò; e benché tra loro fussi qualche capo da fare alterazione, tamen dua cose li ha tenuti fermi: l'una, la grandezza della Chiesa, che gli sbigottisce; l'altra, el non avere loro cardinali, e' quali sono origine de' tumulti infra loro. Né mai staranno quiete queste parti, qualunque volta abbino cardinali, perché questi nutriscono, in Roma e fuora, le parti, e quelli baroni sono forzati a defenderle: e cosí dalla ambizione de' prelati nascono le discordie e li tumulti infra e' baroni. Ha trovato, adunque, la Santità di papa Leone questo pontificato potentissimo; il quale si spera, se quelli lo feciono grande con le arme, questo, con la bontà e infinite altre sue virtú, lo farà grandissimo e venerando.

más arriba discurrí al hablar de las acciones del duque. Y si bien su intención no era engrandecer la Iglesia sino al duque, sin embargo lo que hizo dio como resultado la grandeza de la Iglesia, la cual después de su muerte, acabado el duque, fue la heredera de sus esfuerzos. Vino después el papa Julio, y encontró la Iglesia grande, pues tenía toda la Romaña y estaban acabados los barones de Roma, y anuladas sus facciones por los golpes que Alejandro les había asestado, y halló además abierto el camino al modo de acumular dinero, nunca usado antes de Alejandro. Y estas cosas Julio no sólo las continuó sino que las aumentó, y pensó en ganar Bolonia, liquidar a los venecianos y expulsar a los franceses de Italia y todas esas empresas le resultaron, y con tanto más mérito suyo cuanto todo lo hizo para engrandecer a la Iglesia y no a ningún particular. Mantuvo además los partidos de los Orsini y los Colonna en los mismos términos en que los encontró, y si bien había entre ellos algún jefe capaz de causar alteración, dos cosas los mantuvieron quietos: una, la grandeza de la Iglesia que los atemoriza; otra el no tener cardenales, los cuales son origen de tumultos entre ellos. Jamás estarán quietos esos partidos mientras tengan cardenales, porque estos alimentan, en Roma y fuera de ella, los partidos, y los barones están obligados a defenderlos, y así de la ambición de los prelados nacen las discordias y los tumultos entre los barones. Halló pues la santidad de papa León este pontificado poderosísimo, y se espera que si aquellos con sus armas lo hicieron grande, este con la bondad e infinitas otras virtudes suyas lo hará grandísimo y venerable.

Halló pues la santidad de papa León ... venerable. *Después de semejante preparación, la exaltación de la «bondad» de Juan de' Médici recién llegado al trono papal puede parecer incongruente o irónica, y no es ni lo uno ni lo otro. El papa era en ese momento el dueño de los destinos de Florencia; y lo que Florencia (no el papado) más necesitaba después de tanta tempestad era que los vencedores fueran buenos. A pesar de todo su tecnicismo, en esta fórmula casi obligatoria de adulación cortesana, Maquiavelo se deja llevar por su «caridad de patria», que coincide, por otra parte, con su vehemente deseo de recuperar su puesto.*

XII
Quot sint genera militiae et de mercenaribus militibus

Avendo discorso particularmente tutte le qualità di quelli principati de' quali nel principio proposi di ragionare, e considerato, in qualche parte, le cagioni del bene e del male essere loro, e mostro e' modi con li quali molti hanno cerco di acquistarli e tenerli, mi resta ora a discorrere generalmente le offese e difese che in ciascuno de' prenominati possono accadere. Noi abbiamo detto di sopra come a uno principe è necessario avere e' sua fondamenti buoni; altrimenti, di necessità conviene che ruini. E' principali fondamenti che abbino tutti li stati, cosí nuovi come vecchi o misti, sono le buone legge e le buone arme: e, perché non può essere buone legge dove non sono buone arme, e dove sono buone arme conviene sieno buone legge, io lascerò indrieto el ragionare delle legge e parlerò delle arme.

Dico, adunque, che l'arme con le quali uno principe defende il suo stato, o le sono proprie o le sono mercenarie, o ausiliarie, o miste. Le mercenarie e ausiliarie sono inutile e periculose: e se uno tiene lo stato suo fondato in sulle arme mercenarie, non starà mai fermo né sicuro; perché le sono disunite, ambiziose, sanza disciplina, infedele; gagliarde fra gli amici; fra e' nimici, vile; non timore di Dio, non fede con gli uomini; e tanto si differisce la ruina quanto si differisce lo assalto; e nella pace se' spogliato da loro, nella guerra da' nimici. La cagione di questo è che le non hanno altro amore né altra cagione che le tenga in campo, che uno poco di stipendio; il quale non è sufficiente a fare che voglino morire per te. Vogliono bene esser tuoi soldati mentre che tu non fai guerra; ma come la guerra viene, o fuggirsi o andarsene. La qual cosa doverrei durare poca fatica a persuadere, perché ora la ruina di Italia non è causata da altro che per essere in spazio di molti anni

Notas al capítulo XII

Con el capítulo XI se cierra la primera parte de **El Príncipe**, *como el mismo autor deja entender en las primeras líneas de este, cuando dice que considera terminada allí la tarea programada en forma escueta y orgánica al principio del libro. Se inicia ahora un* **intermezzo** *de tres capítulos, en los cuales Maquiavelo desarrolla sus ideas en cuanto al aspecto militar de la historia, en la antigüedad y en sus tiempos.*

XII
Sobre los géneros de la milicia y sobre los soldados mercenarios

Habiendo examinado particularmente todas las cualidades de aquellos principados que en el principio me propuse tratar, y considerado en alguna medida las causas de su bienestar o malestar y mostrado los modos con que muchos han tratado de adquirirlos y conservarlos, me resta ahora discurrir en general los ofensas y las defensas que en cada uno de los mencionados pueden acontecer. Hemos dicho más arriba que es necesario para el príncipe tener buenos cimientos, pues de otro modo es probable que caiga. Las principales bases que tienen todos los estados, tanto los nuevos como los viejos o los mixtos, son las buenas leyes y las buenas armas. Y como no es posible que haya buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas es probable que haya buenas leyes, dejaré de lado el hablar de las leyes y hablaré de las armas.

Digo pues que las armas con que un príncipe defiende su estado son o propias o son mercenarias, o auxiliares, o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son peligrosas, y si alguno tiene su estado apoyado en armas mercenarias no estará jamás firme ni seguro, porque son desunidas, ambiciosas, indisciplinadas y desleales, animosas entre los amigos y entre los enemigos cobardes, sin temor de Dios ni palabra con los hombres; la ruina de él demorará tanto como demore el ataque, y en la paz despojan ellos y en la guerra los enemigos. La causa de esto es que no tienen otro amor ni otra causa que las tenga guerreando que un pequeño salario, lo cual no es suficiente para hacer que quieran morir por ti. Bien quieren ser soldados tuyos mientras tú no estás en guerra, pero en cuanto llega la guerra lo que quieren es huir o irse. Lo cual debería yo poder demostrar con poco esfuerzo,

Digo pues que las armas ... o mixtas. *Se trata, como siempre en Maquiavelo, de un dilema, y no de la enumeración de cuatro posibilidades; por esto se repite el verbo después de «armas propias». La gran diferencia se establece entre los combatientes del lugar y los ejércitos mercenarios o aliados, que no defienden su tierra y son por lo tanto indiferentes. En primer término, el autor considera las compañías mercenarias, y de estas se hablará en el resto del capítulo.*

Las mercenarias y auxiliares ... armada con armas externas. *Es la parte más hermosa del capítulo. Mirando el problema en la pequeña escala de la ciudad-estado italiana, Maquiavelo hace*

riposatasi in sulle arme mercenarie. Le quali feciono già per alcuno qualche progresso, e parevano gagliarde infra loro; ma, come venne el forestiero, le mostrorono quello che elle erano; onde che a Carlo re di Francia fu licito pigliare la Italia col gesso. E chi diceva come e' n'erano cagione e' peccati nostri, diceva il vero; ma non erano già quelli che credeva, ma questi che io ho narrati: e perché elli erano peccati de' principi, ne hanno patito la pena ancora loro.

Io voglio dimostrare meglio la infelicità di queste arme. E' capitani mercenarii, o e' sono uomini nelle armi eccellenti, o no: se sono, non te ne puoi fidare, perché sempre aspireranno alla grandezza propria, o con lo opprimere te che li se' patrone, o con lo opprimere altri fuora della tua intenzione; ma, se non è il capitano virtuoso, e' ti rovina per l'ordinario. E se si responde che qualunque arà le arme in mano farà questo, o mercenario o no, replicherei come le arme hanno ad essere operate o da uno principe o da una republica: el principe debbe andare in persona, a fare lui l'offizio del capitano; la republica ha a mandare sua cittadini; e quando ne manda uno che non riesca valente uomo, debbe cambiarlo; e quando sia, tenerlo con le leggi, che non passi el segno. E per esperienzia si vede a' principi soli e republiche armate fare progressi grandissimi, e alle arme mercenarie non fare mai se non danno; e con piú difficultà viene alla obedienzia di uno suo cittadino una republica armata di arme proprie, che una armata di armi esterne.

Stettono Roma e Sparta molti secoli armate e libere. E' Svizzeri sono armatissimi e liberissimi. Delle armi mercenarie antiche in exemplis sono e' Cartaginesi; li quali furono per essere oppressi da' loro soldati mercenarii, finita la prima guerra con li Romani, ancora che e' Cartaginesi avessino, per capi, loro proprii cittadini. Filippo Macedone fu fatto da' Tebani, dopo la morte di Epaminonda, capitano delle loro genti; e tolse loro, dopo la vittoria, la libertà. E' Milanesi, morto il duca Filippo, soldorono Francesco Sforza contro a' Viniziani; il quale, superati gli inimici a Caravaggio, si

una defensa apasionada de su tesis, favorable a un ejército local, formado por los ciudadanos armados, y contraria a las milicias mercenarias y de potencias aliadas. Por un lado recuerda sin duda a Petrarca, quien, en su **Canción a Italia,** *había tenido acentos similares a propósito de los mercenarios que se burlaban de la muerte y la evitaban levantando el dedo en señal de rendición, pero mucho más evoca la historia vivida, con el lenguaje alusivo que establece una relación de vivaz intimidad con el lector contemporáneo. Nos dice, por ejemplo que, gracias a ser defendida sólo por mercenarios, Italia era tan débil, que Carlos, rey de Francia, la había conquistado con la tiza. La frase era de Alejandro VI, se había popularizado y se refería a la expedición napolitana de Carlos VIII en 1494, que no había encontrado en un primer momento ninguna oposición. Sólo había costado el trabajo -dice jocosamente el papa y repite Maquiavelo- de marcar con tiza de antemano los alojamientos de la oficialidad a lo largo de la marcha. La oposición vino después y el rey tuvo que abrirse camino, al regreso, con la batalla de Fornovo, pero mientras tanto se había demostrado que Italia, dividida y -dice Maquiavelo- sin ejércitos propios, era presa fácil de cualquier potencia extranjera. La mente lúcida del florentino preveía la ruina. Y, en efecto, unos treinta años después*

porque la ruina actual de Italia no procede de otra cosa que de haber descansado muchos años en las armas mercenarias. Las cuales antaño hicieron algún progreso para alguien, y entre ellas parecían gallardas, pero cuando vino el extranjero mostraron lo que eran. Por eso pudo Carlos, rey de Francia tomar Italia con la tiza, y quien decía que la causa de ello eran nuestros pecados decía la verdad, aunque no eran los que él creía sino estos que yo he descrito; y como eran pecados de príncipes, ellos también han sufrido la pena.

Yo quiero demostrar mejor la infelicidad de esas armas. Los capitanes mercenarios, o son hombres excelentes o no: si lo son, no puedes confiar en ellos porque siempre aspirarán a la grandeza propia, ya sea oprimiéndote a ti que eres su patrón u oprimiendo a otros fuera de tu intención; pero si no es virtuoso por lo ordinario te arruina. Y si se responde que cualquiera que tenga armas en la mano hará eso, sea mercenario o no, respondería que las armas deben ser empleadas o por un príncipe o por una república. El príncipe debe ir él en persona, y hacer él el oficio de capitán; la república debe enviar a sus ciudadanos, y cuando envía a uno que no resulte hombre valiente debe cambiarlo, y cuando lo sea frenarlo con las leyes para que no se pase de la raya. Y por experiencia se ve que sólo los príncipes y las repúblicas armados hacen progresos grandísimos, y las armas mercenarias no hacen más que daño. Y es más difícil que llegue a tener que obedecer a uno de sus ciudadanos una república armada con armas propias que una armada con armas externas.

Roma y Esparta vivieron muchos años armadas y libres. Los suizos están armadísimos y son libérrimos. De las armas mercenarias antiguas son ejemplo los cartagineses, quienes estuvieron a punto de ser oprimidos por sus propios soldados mercenarios al término de la primera guerra con los romanos, a pesar de que los cartagineses tenían por jefes a ciudadanos suyos. Filipo de Macedonia fue hecho por los tebanos capitán de sus tropas, después de la muerte de Epaminondas, y después de la victoria les quitó la

de su muerte, gran parte de la península caía en las manos de España. Pero, en 1513, cuando Maquiavelo escribe **El Príncipe,** *había esperanzas, y Maquiavelo intenta, con desesperada energía, convencer a los demás, y en primer término a los florentinos, de que hay que cambiar de método para sobrevivir.*

En su entusiasmo, revive las discusiones aún recientes que precedieron al ensayo de organizar milicias ciudadanas en Florencia en los últimos tiempos de la república y, sin darse cuenta, repite el principal argumento en su favor, que no es seguramente el más adecuado para convencer al príncipe: la existencia de un ejército ciudadano hace que sea difícil, para un ambicioso, adueñarse del gobierno de la ciudad. De vez en cuando Maquiavelo se aparta de la línea, rigurosamente lógica y coherente, de este tratado y, como un caballo joven, hace sorpresivamente un corcovo lateral, que revela, al lado de la pasión por la «realidad efectual», la pasión político-moral por la libertad.

Roma y Esparta ... les quitó la libertad. *Empieza aquí la parte del capítulo dedicada a la ejemplificación, dividida, como siempre, en dos sectores, uno antiguo y el otro contemporáneo. Pero el entusiasmo de la admiración hace que los suizos (ejemplo contemporáneo) se introduzcan en el*

congiunse con loro per opprimere e' Milanesi suoi patroni. Sforza, suo padre, sendo soldato della regina Giovanna di Napoli, la lasciò in un tratto disarmata; onde lei, per non perdere el regno, fu costretta gittarsi in grembo al re di Aragona. E se Viniziani e Fiorentini hanno per lo adrieto cresciuto lo imperio loro con queste armi, e li loro capitani non se ne sono però fatti principi ma li hanno difesi, respondo che e' Fiorentini in questo caso sono suti favoriti dalla sorte; perché de' capitani virtuosi, de' quali potevano temere, alcuni non hanno vinto; alcuni hanno avuto opposizione: altri hanno volto la ambizione loro altrove. Quello che non vinse fu Giovanni Aucut, del quale, non vincendo, non si poteva conoscere la fede; ma ognuno confesserà che, vincendo, stavano e' Fiorentini a sua discrezione. Sforza ebbe sempre e' Bracceschi contrarii, che guardorono l'uno l'altro. Francesco volse l'ambizione sua in Lombardia; Braccio contro alla Chiesa e il regno di Napoli.

Ma vegnàno a quello che è seguito poco tempo fa. Feciono e' Fiorentini Paulo Vitelli loro capitano, uomo prudentissimo, e che, di privata fortuna, aveva presa grandissima reputazione. Se costui espugnava Pisa, veruno fia che nieghi come conveniva a' Fiorentini stare seco; perché s'e' fussi

primer sector para servir inmediatamente de espejo a los dos mitos máximos de Maquiavelo: Roma y Esparta.

El ejemplo de la revuelta de los mercenarios cartagineses, que, después de la primera guerra púnica, puso en peligro la existencia misma de Cartago (241-237 a.c.) es sin duda el más pertinente. Se podría objetar que todos los ejércitos, por el hecho mismo de estar armados entre gente desarmada, representan un análogo peligro: la historia de Roma antigua y toda nuestra historia contemporánea lo demuestran. Pero ese peligro reside no en los reclutas, sino en los cuadros profesionales. Maquiavelo tendía al ideal de la «nación armada», defendido, en el proceso del **Risorgimento** *italiano, por Carlos Cattaneo. Su referencia repetida a los suizos parece indicar que sus «milicias ciudadanas» tenían ese carácter, aunque la apresurada aplicación práctica de esas teorías en los años 1506-1512 tuvo una naturaleza bastante distinta, pues las soldadescas entonces fueron reclutadas en el campo y en las pequeñas ciudades que integraban el dominio de Florencia en Toscana y, por lo tanto, entre súbditos y no entre ciudadanos.*

Mucho menos adecuado parece el ejemplo de Filipo de Macedonia, al que Maquiavelo recurre evidentemente para demostrar la peligrosidad de las potencias extranjeras aliadas, mencionadas como posibilidad al principio del capítulo junto a las milicias mercenarias, pero de las que se olvida luego, en el resto del capítulo.

Los milaneses, muerto el duque Felipe ... hacia la Iglesia y el Reino de Nápoles. *La ejemplificación extraída de la historia reciente se convierte en una reseña de las distintas compañías mercenarias que actuaron en Italia al final de la baja Edad Media y en el Renacimiento. Este pasaje está dominado por la figura de Francisco Sforza, uno de los modelos del «príncipe nuevo» de Maquiavelo, considerado aquí como jefe de compañías mercenarias. Era hijo de Muzio Attendolo Sforza, que ejercía la misma profesión de empresario de la guerra y, como tal, había combatido en favor de la reina de Nápoles, a la que había dejado indefensa con su improviso abandono. Francisco, después de la muerte del padre, pelea al servicio del papa, del duque de Milán, de los florentinos, sirviendo hoy a quien combatirá mañana, en rivalidad con otros capitanes a sueldo, como Braccio*

libertad. Los milaneses, muerto el duque Felipe, contrataron a Francisco Sforza contra los venecianos y él, después de derrotar a los enemigos en Caravaggio, se alió con ellos para oprimir a los milaneses que eran sus patrones. Su padre Sforza, estando a sueldo de la princesa Juana de Nápoles, la dejó de repente desarmada, por lo cual ella para no perder el reino se vio obligada a arrojarse en brazos del rey de Aragón. Y si en el pasado los venecianos y los florentinos han aumentado su imperio con esas armas, y no por eso sus capitanes se han hecho príncipes de ellos, sino que los han defendido, respondo que en ese caso los florentinos fueron favorecidos por la suerte, porque de los capitanes virtuosos de los que podían temer, algunos no triunfaron, otros tuvieron oposición y otros volvieron su ambición hacia otra parte. El que no triunfó fue Juan Hawkwood, cuya lealtad no se puede conocer porque no venció, pero todos tendrán que admitir que si vencía los florentinos estaban a su discreción. Sforza tuvo siempre en contra a los hombres de Braccio de Montone, de modo que se frenaron mutuamente: Francisco volvió su ambición hacia Lombardía, Braccio hacia la Iglesia y el Reino de Nápoles.

Pero vengamos a lo ocurrido hace poco tiempo. Nombraron los florentinos

de Montone y Piccinino. Estas rivalidades -dice Maquiavelo- salvaron la libertad de Florencia, hasta que los capitanes se fueron de Toscana, llevados por su ambición en opuestas direcciones. Francisco Sforza pasó de nuevo al servicio de Felipe María Visconti, duque de Milán, y se casó con su hija Blanca María. Muerto el duque, los milaneses recuperaron sus libertades republicanas y nombraron capitán de la ciudad a Francisco Sforza, quien, después de haber derrotado a los venecianos en Caravaggio, empleó sus milicias en dar un golpe de estado y transformarse en duque de Milán. El mismo peligro había corrido Florencia, más de medio siglo antes, por parte de John Hawckwood, famoso capitán inglés, que había combatido en Francia durante la guerra de los Cien Años (que fue el caldo de cultivo de las compañías mercenarias) y luego pasó a Italimosas y peligrosas mantuvo. Sin embargo no se puede llamar virtud matar a sus conciudadanos, traicionar a los amigos, no ten r palabra ni piedad ni religión; tales modos pueden hacer adquirir imperio, pero ntida.

Pero vengamos ... obedecerle. *Maquiavelo no veía el problema de los mercenarios, como lo veía Petrarca, desde su gabinete de escritor; lo había vivido dramáticamente cuando era funcionario de la república como secretario de la segunda cancillería y, a la vez, del organismo encargado de la guerra para recuperar la ciudad de Pisa, perdida por Florencia cuando, en 1494, Carlos VIII invadió Italia (los Diez de la Guerra). Pablo Vitelli, ya mencionado en el capítulo VIII como famoso capitán, era el comandante supremo en esa guerra y, por las razones que Maquiavelo explica, fue llamado con un pretexto, arrestado y, luego, procesado y ajusticiado como traidor el 1º de octubre de 1499. Las responsabilidades en este episodio son colectivas, pero la personal de Maquiavelo no fue seguramente pequeña. El pensaba que por la patria hay que hacer, siempre, lo necesario. Es la regla del poder y de la guerra. Pero el hecho -frecuente en la alta política de todos los tiempos- debe haber dejado en él una huella profunda, reforzando su pesimismo general y su hostilidad a las milicias mercenarias en particular. Hay acaso un oscuro intento de justificación en este atribuir la injusticia implícitamente admitida (no se habla de traición) a la naturaleza misma de estos ejércitos a sueldo, que obligaba a una república a comportarse como cualquier príncipe. Y, a mayor abundamiento, cita, a continuación, el ejemplo análogo de la república de Venecia, que, por el mismo temor de caer en manos de un «príncipe nuevo», ajustició a Carmañola.*

diventato soldato di loro nimici, non avevano remedio; e se lo tenevano, aveano a obedirlo.

E' Viniziani, se si considerrà e' progressi loro, si vedrà quelli avere securamente e gloriosamente operato mentre ferono la guerra loro proprii (che fu avanti che si volgessino con le loro imprese in terra) dove co' gentili uomini e con la plebe armata operorono virtuosissimamente; ma come cominciorono a combattere in terra, lasciorono questa virtú, e seguitorono e' costumi delle guerre di Italia. E nel principio dello augumento loro in terra, per non vi avere molto stato e per essere in grande reputazione, non aveano da temere molto de' loro capitani; ma, come egli ampliorono, che fu sotto il Carmignuola, ebbono uno saggio di questo errore; perché vedutolo virtuosissimo, battuto che loro ebbono sotto il suo governo el duca di Milano, e conoscendo dall'altra parte come egli era raffreddo nella guerra, iudicorono non potere con lui piú vincere perché non voleva, né potere licenziarlo, per non riperdere ciò che aveano acquistato; onde che furono necessitati, per assicurarsene, ammazzarlo. Hanno di poi avuto per loro capitani Bartolommeo da Bergamo, Ruberto da San Severino, Conte di Pitigliano, e simili; con li quali aveano a temere della perdita, non del guadagno loro; come intervenne di poi a Vailà dove, in una giornata, perderono quello che in ottocento anni, con tanta fatica avevano acquistato. Perché da queste arme nascono solo e' lenti, tardi e deboli acquisti, e le subite e miraculose perdite. E perché io sono venuto con questi esempli in Italia, la quale è stata molti anni governata dalle armi mercenarie, le voglio discorrere piú da alto, acciò che veduto la origine e progressi di esse, si possa meglio correggerle.

Avete dunque a intendere come, tosto che in questi ultimi tempi lo imperio cominciò a essere ributtato di Italia e che il papa nel temporale vi prese piú reputazione, si divise la Italia in piú stati; perché molte delle città grosse presono le armi contro a' loro nobili, li quali, prima, favoriti dallo imperatore, le tenevono oppresse; e la Chiesa le favoriva per darsi reputazione nel temporale; di molte altre e' loro cittadini ne diventorono principi. Onde

Los venecianos ... de matarlo. *Maquiavelo siempre sostuvo que Venecia tenía su potencia en el mar y que era peligroso para ella extender demasiado sus dominios en tierra firme. Fue esta ambición -dice Maquiavelo- que la llevó a contratar milicias mercenarias, que fueron, al final, su ruina (en ese momento, parecía que la derrota de Vagliate -Vailá en el texto- marcara el ocaso definitivo de la potencia de Venecia, que en cambio se recuperó). En un primer momento el riesgo no fue grande, pues el estado veneciano no poseía grandes territorios que despertaran las codicias de los capitanes a su sueldo. Pero, después de los primeros éxitos, un capitán «virtuoso» y, por lo tanto, victorioso, se transformaba en un peligro para las instituciones republicanas. Pasó entonces con el conde de Carmañola, que ganó para los venecianos, en 1427, la batalla de Maclodio, lo que, al final del siglo, pasó con Pablo Vitelli en Florencia.*

Después tuvieron por capitanes ... milagrosas pérdidas. *Los capitanes que aquí se nombran no fueron «virtuosos», sino ineficientes, y llevaron a la ruina al estado que los contrató. Queda así demostrado que las milicias mercenarias son peligrosas en todos los casos: cuando ganan y, más,*

capitán de su ejército a Pablo Vitelli, hombre prudentísimo, que de particular había alcanzado grandísima reputación. Si él expugnaba Pisa, no habrá nadie que niegue que los florentinos tenían que quedarse con él, porque si hubiera pasado a ser capitán de sus enemigos ellos no tenían remedio; y si lo conservaban tenían que obedecerle.

Los venecianos, si se consideran sus progressos, se verá que actuaron en forma segura y gloriosa mientras hicieron la guerra ellos mismos, que fue antes de que sus empresas se volvieran hacia la tierra; antes con los nobles y con la plebe armada operaron virtuosísimamente, pero cuando comenzaron a combatir en tierra dejaron esa virtud y siguieron las costumbres de Italia. Y en el principio de su aumento en tierra, por no tener en ella mucho estado y tener en cambio gran reputación, no tenían mucho que temer de sus capitanes, pero cuando crecieron, que fue bajo Carmagnola, tuvieron una muestra de su error. Porque viéndolo virtuosísimo, después de derrotar bajo su mando al duque de Milán, y conociendo por otra parte que él andaba frío en la guerra, juzgaron que con él no podían lograr más victorias, porque no quería, y tampoco podían despedirlo para no perder lo que habían adquirido, por lo cual se vieron en la necesidad, para asegurarse de él, de matarlo. Después tuvieron por capitanes suyos a Bartolomé de Bérgamo, a Roberto de San Severino, conde de Pitigliano, y otros similares, con los cuales debían temer pérdidas, en lugar de ganancias, como ocurrió después en Vailá, donde en una batalla perdieron lo que con tantos esfuerzos habían adquirido en ochocientos años. Porque de esas armas nacen sólo las adquisiciones lentas, tardías y débiles, y las súbitas y milagrosas pérdidas. Y como he llegado con estos ejemplos a Italia, que durante muchos años ha sido gobernada por las armas mercenarias, quiero examinarlas desde más arriba, a fin de que viendo sus orígenes y sus progresos sea posible corrregirlas mejor.

Debéis entender pues que cuando apenas en estos últimos tiempos el imperio comenzó a ser expulsado de Italia y el papa adquirió más reputación en lo temporal, Italia se dividió en más estados, porque muchas de las

cuando pierden. El adjetivo «milagrosas», que califica a «pérdidas», está usado con toda intención: se trata de pérdidas injustificadas, fuera del orden natural de las cosas, debidas a la causa que detallará en el párrafo siguiente: el deseo, natural en quien no está directamente interesado, de salvar su vida y ahorrarse esfuerzos.

Y como he llegado con estos ejemplos a Italia ... vituperada por los suizos. *Dice: «He llegado a Italia», porque partió de Esparta, Roma y Cartago, pero ese comienzo se debe a su acostumbrada preocupación por la simetría entre la historia antigua y la que para él era contemporánea. Todo el capítulo, sin embargo, refleja sus discusiones recientes en favor del ejército ciudadano por él organizado en Florencia en las postrimerías de la república y en defensa de la misma. Muchos príncipes italianos alquilaban tropas mercenarias, pero él aquí sólo habla del peligro que ellas representan para ciudades libres, que, por culpa de ellas, se enfrentan con reales o potenciales «príncipes nuevos» (Milán con Francisco Sforza, Florencia con Pablo Vitelli, Venecia con Carmañola).*

che, essendo venuta l'Italia quasi che nelle mani della Chiesa e di qualche republica, ed essendo quelli preti e quegli altri cittadini usi a non conoscere arme, cominciorono a soldare forestieri. El primo che dette reputazione a questa milizia fu Alberigo da Conio, romagnolo. Dalla disciplina di costui discese, intra gli altri, Braccio e Sforza, che ne' loro tempi furono arbitri di Italia. Dopo questi, vennono tutti gli altri che fino a' nostri tempi hanno governato queste armi. E la fine della loro virtú è stato, che Italia è stata corsa da Carlo, predata da Luigi, sforzata da Ferrando e vituperata da' Svizzeri. L'ordine che egli hanno tenuto, è stato, prima, per dare reputazione a loro proprii, avere tolto reputazione alle fanterie. Feciono questo, perché, sendo sanza stato e in sulla industria, e' pochi fanti non davono loro reputazione, e li assai non potevono nutrire; e però si ridussono a' cavalli, dove con numero sopportabile erano nutriti e onorati. Ed erano ridotte le cose in termine, che in uno esercito di ventimila soldati non si trovava dumila fanti. Avevano, oltre a questo, usato ogni industria per levare a sé e a' soldati la fatica e la paura, non si ammazzando nelle zuffe, ma pigliandosi prigioni e sanza taglia. Non traevano la notte alle terre; quelli delle terre non traevano alle tende; non facevano intorno al campo né steccato né fossa; non campeggiavano il verno. E tutte queste cose erano permesse ne' loro ordini militari, e trovate da loro per fuggire, come è detto, e la fatica e li pericoli: tanto che gli hanno condotta Italia stiava e vituperata.

Dice el autor que Italia ha sido «gobernada» por mucho tiempo por las armas mercenarias. Naturalmente quiere aludir no al gobierno propiamente dicho, sino al poder efectivo que da la fuerza material. Y, para explicar el fenómeno, remonta a los orígenes mismos de las ciudades-estado italianas, que, al final de la alta Edad Media, se tranformaron de feudos en municipios libres, con la ayuda de la Iglesia (a la que Maquiavelo atribuye con razón finalidades políticas) y con la oposición del Imperio. Como la finalidad de las ciudades era el desarrollo de la vida civil y no la guerra y los clérigos no estaban preparados para llevar armas, recurrieron a los mercenarios. A partir del primer capitán de esta clase (Alberico de Barbiano, conde de Cunio, fundador de la compañía de San Jorge), distingue someramente tres períodos en la historia de estas milicias: el de los orígenes, el de mayor brillo (que se resume en el nombre de Francisco Sforza) y el de la decadencia, cuando, por haber confiado en ellas, Italia se vio invadida impunemente por Carlos VIII, rey de Francia

ciudades ricas tomaron las armas contra sus nobles, los cuales antes con el favor del emperador las tenían oprimidas, y la Iglesia las favorecía para ganar reputación en lo temporal; de muchas otras sus ciudadanos se hicieron príncipes. Por lo cual, habiendo pasado Italia casi toda a las manos de la Iglesia y de alguna república, y estando aquellos curas y aquellos ciudadanos acostumbrados a no conocer armas, empezaron a contratar forasteros. El primero que dio reputación a esa milicia fue Alberigo de Cunio, romañol. De la disciplina de él descendieron, entre otros, Braccio y Sforza, que en sus tiempos fueron árbitros de Italia. Después de ellos vinieron todos los demás que hasta nuestros tiempos han gobernado esas armas. Y el fin de su virtud fue que Italia fue ocupada por los suizos. El orden que ellos tuvieron fue, primero, para darse reputación a sí mismos, quitarle reputación a la infantería. Eso lo hicieron porque, como carecían de estado y vivían de su profesión, unos pocos soldados a pie no les daban reputación, y muchos no podían alimentar; por eso se limitaron a los caballos, donde con menor número que mantener podían alimentarlos y honrarlos. Y habían llegado las cosas al punto de que en un ejército de veinte mil soldados no se encontraban dos mil infantes. Además de esto habían hecho todo lo posible por eliminar para sus soldados el esfuerzo y el temor, no matándose en las escaramuzas, sino tomándose prisioneros y sin rescate. No asaltaban las ciudades de noche, y los de las ciudades no atacaban las tiendas; no hacían alrededor de los campamentos empalizada ni foso, no guerreaban en invierno. Y todas esas cosas se permitían en sus órdenes militares y habían sido descubiertas por ellos para evitar, como se ha dicho, los esfuerzos y los peligros: tanto que condujeron a Italia a la esclavitud y el vituperio.

(1494-1495), luego por su sucesor Luis XII, quien ocupó la Lombardía (1499) y, en los dos años siguientes, de acuerdo con Fernando de Aragón, rey de España, el reino de Nápoles. Por la posesión de este último se trenzaron en lucha, en territorio italiano, los ejércitos de España y Francia: el rey de España resultó vencedor y el sur de la península pasó a ser dominio español. Maquiavelo siente esa prepotencia como una violación. Los suizos no combatieron en Italia por su cuenta, sino al servicio de unos y otros (eran los mejores soldados mercenarios de Europa). Su misma presencia, según Maquiavelo, humillaba a los italianos, que no sabían tomar las armas para defender su independencia.

Los últimos párrafos del capítulo se dedican a las características naturales y militarmente negativas del mercenarismo. En todo el libro, este es el capítulo que más se acerca al espíritu del último, tan excepcional. Y es porque aquí Maquiavelo se olvida un poco del tema dominante y piensa «desde más arriba» en la tragedia de Italia.

XIII
De militibus auxiliariis, mixtis et propriis

L'armi ausiliarie, che sono l'altre armi inutili, sono quando si chiama uno potente che con le armi sue ti venga ad aiutare e defendere: come fece ne' prossimi tempi papa Iulio; il quale, avendo visto nella impresa di Ferrara la trista prova delle sue arme mercenarie, si volse alle ausiliarie, e convenne con Ferrando re di Spagna che con le sue genti ed eserciti dovesse aiutarlo. Queste arme possono essere utile e buone per loro medesime, ma sono, per chi le chiama, quasi sempre dannose; perché, perdendo, rimani disfatto: vincendo, resti loro prigione. E ancora che di questi esempli ne siano piene le antiche istorie, non di manco io non mi voglio partire da questo esemplo fresco di Papa Iulio II; il partito del quale non possé essere manco considerato, per volere Ferrara, cacciarsi tutto nelle mani d'uno forestiere. Ma la sua buona fortuna fece nascere una terza cosa, acciò non cogliessi el frutto della sua mala elezione: perché, sendo gli ausiliarii suoi rotti a Ravenna, e surgendo e' Svizzeri che cacciorono i vincitori, fuora di ogni opinione e sua e d'altri, venne a non rimanere prigione degli inimici, sendo fugati, né degli ausiliarii sua, avendo vinto con altre armi che con le loro. E' Fiorentini, sendo al tutto disarmati, condussono diecimila Franzesi a Pisa per espugnarla; per il quale partito portorono piú pericolo che in qualunque tempo de' travagli loro. Lo imperadore di Costantinopoli, per opporsi alli suoi vicini, misse in Grecia diecimila Turchi; li quali, finita la guerra, non se ne volsono

Notas al capítulo XIII

Las armas auxiliares ... con otras armas que las de ellos. *Utilizar en la guerra las armas de una potencia aliada significa situarse en condición de dependencia frente a esta última. El capítulo no es más que una serie de ejemplos destinados a demostrar esta afirmación inicial. El primero es el de Julio II que, queriendo conquistar Ferrara, recurrió, en 1511, al ejército de Fernando el Católico, rey de España, sin conseguir su objetivo. El año siguiente, en la batalla de Ravenna, los españoles fueron derrotados por los franceses, pero estos perdieron muy pronto los frutos de su victoria por varios factores, entre los cuales Maquiavelo considera decisiva la eficiencia militar de los suizos, que llegan en ese momento a su máxima potencia. Gennaro Sasso, en sus notas a* **El Príncipe** *(Ed. La Nuova Italia, Florencia, 1963, p.125), observa que el ejemplo es ambivalente,*

XIII
Sobre las tropas auxiliares, mixtas y propias

Las armas auxiliares, que son las otras armas inútiles, son cuando se llama a un poderoso que con sus armas te venga a ayudar y a defender, como lo hizo en tiempos cercanos el papa Julio, quien, habiendo visto en la empresa de Ferrara la mala muestra de sus armas mercenarias, se volvió a las auxiliares y convino con Fernando, rey de España, que lo ayudara con sus gentes y sus ejércitos. Esas armas pueden ser útiles y buenas por sí mismas, pero para para quien las llama son casi siempre dañinas, porque si pierden quedas derrotado y si vencen quedas prisionero de ellas. Y aun cuando de estos ejemplos están llenas las historias antiguas, sin embargo no quiero apartarme de este ejemplo fresco del papa Julio, cuya decisión no pudo ser menos ponderada, ponerse enteramente en manos de un forastero por querer tomar Ferrara. Pero su buena suerte hizo que naciera una tercera cosa, a fin de que no recogiese los frutos de su mala elección, porque siendo derrotados sus auxiliares en Ravenna y surgiendo los suizos, que derrotaron a los vencedores fuera de toda expectativa suya y de cualquiera, terminó por no quedar prisionero de los enemigos, porque habían huido, ni de sus auxiliares porque había triunfado con otras armas que las de ellos. Los florentinos estando desarmados, llevaron diez mil franceses a Pisa para expugnarla, y por esa medida corrieron mayor riesgo que en cualquier otro momento de esa trabajosa empresa. El emperador de Constantinopla para oponerse a sus vecinos metió en Grecia diez mil turcos, quienes una vez terminada la guerra

porque, si los españoles eran «auxiliares», los suizos eran «mercenarios»: sirve para este capítulo, pero contradice la tesis del anterior.

Los florentinos ... los infieles. *El primero de estos dos episodios forma parte de la experiencia directa del autor, que había desempeñado una función tan importante en la guerra de Florencia contra Pisa. Estas tropas auxiliares, enviadas por el rey de Francia, eran mercenarias y se rebelaron, suscitando serias dificultades para la república en el último año del siglo XV. El ejemplo siguiente pertenece al siglo XIV y a la historia de las luchas dinásticas en el Imperio Bizantino. Juan Cantacuzeno, en lucha con los Paleólogos, llamó en su ayuda a un contingente de turcos, que, terminado el conflicto, se quedó en el territorio y constituyó la avanzada de los ejércitos que, al cabo de un siglo, terminaron, con la toma de Constantinopla, la conquista de los últimos restos del Imperio Romano de Oriente.*

partire; il che fu principio della servitú di Grecia con gli infedeli.

Colui, adunque, che vuole non potere vincere, si vaglia di queste armi; perché sono molto piú pericolose che le mercenarie. Perché in queste è la ruina fatta: sono tutte unite, tutte volte alla obedienzia di altri; ma nelle mercenarie, a offenderti, vinto che le hanno, bisogna piú tempo e maggiore occasione, non sendo tutto uno corpo, ed essendo trovate e pagate da te; nelle quali uno terzo che tu facci capo, non può pigliare subito tanta autorità che ti offenda. In somma, nelle mercenarie, è piú pericolosa la ignavia, nelle ausiliarie, la virtú.

Uno principe, pertanto, savio, sempre ha fuggito queste arme, e voltosi alle proprie; e ha volsuto piuttosto perdere con li sua che vincere con gli altri, iudicando non vera vittoria quella che con le armi aliene si acquistassi. Io non dubiterò mai di allegare Cesare Borgia e le sue azioni. Questo duca intrò in Romagna con le armi ausiliarie, conducendovi tutte gente franzesi; e con quelle prese Imola e Furlí; ma non li parendo poi tale arme secure, si volse alle mercenarie, iudicando in quelle manco periculo; e soldò gli Orsini e Vitelli, le quali poi nel maneggiare trovando dubie ed infedeli e periculose, le spense, e volsesi alle proprie. E puossi facilmente vedere che differenzia è infra l'una e l'altra di queste arme, considerato che differenzia fu dalla reputazione del duca, quando aveva e' Franzesi soli e quando aveva gli Orsini e Vitelli, a quando rimase con li soldati suoi e sopra se stesso: e sempre si troverrà accresciuta; né mai fu stimato assai, se non quando ciascuno vidde che lui era intero possessore delle sue armi.

Io non mi volevo partire dagli esempli italiani e freschi; tamen non voglio lasciare indrieto Ierone Siracusano, sendo uno de' sopranominati da me. Costui, come io dissi, fatto da' Siracusani capo degli eserciti, conobbe subito quella milizia mercenaria non essere utile, per essere condottieri fatti come li nostri italiani; e parendoli non li potere tenere né lasciare, li fece tutti tagliare a pezzi: e di poi fece guerra con le arme sua e non con le aliene. Voglio ancora ridurre a memoria una figura del Testamento Vecchio, fatta a questo proposito. Offerendosi David a Saul di andare a combattere con Golia, provocatore filisteo, Saul, per dargli animo, l'armò delle arme sua; le quali, come David ebbe indosso, recusò, dicendo con quelle non si poteva bene valere di se stesso, e però voleva trovare el nimico con la sua fromba e con il suo coltello.

In fine l'arme d'altri, o le ti caggiono di dosso o le ti pesano o le ti

Nunca vacilaré en alegar a César Borgia ... era enteramente dueño de sus armas. *Para las vicisitudes de César Borgia, véase el capítulo VII.*

Yo no quería salir de los ejemplos italianos ... y no con las ajenas. *Hierón de Siracusa ya ha sido citado en el capítulo VI. Aquí Maquiavelo desarrolla el aspecto militar de su gobierno. Había dicho que «suprimió» la milicia vieja; ahora aclara: mandó cortar en pedazos a sus jefes.*

Quiero también recordar una figura ... o te aprietan. *Este ejemplo bíblico no tiene carácter propiamente histórico, sino alegórico. Se encuentra en el capítulo 27 del libro I de* **Los Reyes**

no quisieron irse, lo que fue el comienzo del sometimiento de Grecia por los infieles.

Por lo tanto, válgase de esas armas quien quiera no poder vencer, porque son mucho más peligrosas que las mercenarias; porque con ellas la ruina es inmediata: están unidas y sometidas a la obediencia de otro; en cambio en el caso de las mercenarias, para que te ataquen después de una victoria hace falta más tiempo y mayor motivo, ya que no forman un solo cuerpo y, como las contrataste y las pagas tú, un tercero que pongas a la cabeza de ellas no puede adquirir de inmediato autoridad suficiente para perjudicarte. En una palabra, en las mercenarias es más peligrosa la ineficiencia, en las auxiliares, la virtud.

Por lo tanto, un príncipe prudente siempre ha evitado usar estas armas, prefiriendo las propias, y ha querido antes perder con las suyas que ganar con las de otro, juzgando que no es victoria verdadera la que se alcanza con armas ajenas. Yo nunca dudaré en alegar sobre esto a César Borgia y sus acciones. Este duque entró en Romaña con armas auxiliares, llevando allí sólo tropas frncesas, y con ellas tomó Imola y Forlí; sin embargo después no le parecieron seguras esas armas y recurrió a las mercenarias, que juzgó menos peligrosas, contratando a los Orsini y los Vitelli. Pero como después, al manejarlas, las encontró dudosas, infieles y peligrosas, las eliminó y se orientó hacia las suyas propias. Y fácilmente se puede ver la diferencia que hay entre unas armas y otras, considerando la diferencia entre la reputación del duque cuando tenía solamente franceses o tenía a los Orsini y los Vitelli, y la que tuvo cuando se quedó con sus soldados y apoyándose sólo en sus propias fuerzas: y siempre se hallará que aumentó, y sólo fue respetado cuando todos vieron que estaba en plena posesión de sus armas.

Yo no quería apartarme de los ejemplos italianos y recientes, pero no quiero dejar de lado a Hierón de Siracusa, al que me referí anteriormente. El, como dije, puesto por los siracusanos al frente de los ejércitos, vio enseguida que esa milicia mercenaria no era útil, pues sus jefes eran como los nuestros italianos, y como le pareció que no podía ni mantenerlos ni despedirlos, los hizo descuartizar a todos, y de ahí en adelante hizo la guerra con sus armas y no con las ajenas. Quiero también traer a la memoria a una figura del Antiguo Testamento que viene al caso. Cuando David se ofreció a Saúl para ir contra Goliat, el filisteo que los desafiaba, para darle ánimo Saúl le prestó sus armas: pero David apenas las sintió encima las rechazó,

(vers.38-40). Trasladado a este libro tan concreto, con un brusco pasaje del terreno histórico al simbólico, adquiere una particular vivacidad. **Infine** *-concluye Maquiavelo-* **l'arme d'altri, o le ti caggiono di dosso, o le ti pesano, o le ti stringano.** *El modismo bien característico del lenguaje florentino de repetir pleonásticamente el sujeto con la partícula átona delante del verbo le da a la frase un vigor de refrán y de fresca sabiduría popular. Naturalmente, la imagen ha perdido vigencia porque nadie lleva ya armadura; pera apreciarla hay que situarse en los tiempos de Maquiavelo, cuando la artillería estaba aún en pañales.*

stringono. Carlo VII, padre del re Luigi XI, avendo, con la sua fortuna e virtú, libera Francia dagli Inghilesi, conobbe questa necessità di armarsi di arme proprie, e ordinò nel suo regno l'ordinanza delle gente d'arme e delle fanterie. Di poi il re Luigi, suo figliuolo, spense quella de' fanti, e cominciò a soldare Svizzeri: il quale errore, seguitato dagli altri, è, come si vede ora in fatto, cagione de' pericoli di quello regno. Perché avendo dato reputazione a' Svizzeri, ha invilito tutte le arme sua; perché le fanterie ha spento in tutto e le sue genti d'arme ha obligato alle armi d'altri; perché, sendo assuefatte a militare con Svizzeri, non par loro di potere vincere sanza essi; di qui nasce che Franzesi contro a Svizzeri non bastano, e, sanza Svizzeri, contro ad altri non provano. Sono, dunque, stati gli eserciti di Francia misti, parte mercenarii, e parte proprii: le quali armi tutte insieme sono molto migliori che le semplici ausiliarie o le semplici mercenarie, e molto inferiore alle proprie. E basti lo esemplo detto; perché el regno di Francia sarebbe insuperabile, se l'ordine di Carlo era accresciuto e preservato. Ma la poca prudenzia degli uomini comincia una cosa, che, per sapere allora di buono, non si accorge del veleno che vi è sotto: come io dissi, di sopra, delle febbre etiche.

Pertanto colui che in uno principato non conosce e' mali quando nascono, non è veramente savio; e questo è dato a pochi. E se si considerassi la prima cagione della ruina dello imperio romano, si troverrà essere suto solo cominciare a soldare e' Goti; perché da quello principio cominciorono a enervare la forze dello imperio romano; e tutta quella virtú che si levava da lui, si dava a loro.

Concludo, adunque, che, sanza avere arme proprie, nessuno principato è securo; anzi è tutto obligato alla fortuna, non avendo virtú che nelle avversità con fede lo difenda. E fu sempre opinione e sentenza degli uomini savi «quod nihil sit tam infirmum aut instabile quam fama potentiae non sua vi nixa». E l'armi proprie son quelle che sono composte o di sudditi o di cittadini o di creati tuoi: tutte l'altre sono o mercenarie o ausiliarie. E il modo a ordinare l'armi proprie sarà facile a trovare, se si discorrerà gli ordini de' quattro sopranominati da me, e se si vedrà come Filippo, padre di Alessandro Magno, e come molte republiche e principi si sono armati e ordinati: a' quali ordini io al tutto mi rimetto.

Carlos VII, padre del rey Luis XI ... de las fiebres de los tísicos. *Carlos VII es el rey de Francia que, a mediados del siglo XV, ayudado por Juana de Arco, derrota a los ingleses, cerrando así la llamada guerra de los Cien Años. Fue el creador del ejército permanente centralizado, que le permitió prescindir de las bandas mercenarias. Su hijo y sucesor, Luis XI, volvió a contratar milicias suizas, preparando -dice Maquiavelo- males futuros. Su imprevisión se parece a la de quienes no dan importancia a las febrículas de la tuberculosis incipiente, de los que ha hablado en el capítulo III.*

Por lo tanto, aquel que, en un principado ... completamente me remito. *En esta líneas conclusivas, Maquiavelo reafirma su tesis y, en su acostumbrada búsqueda de equilibrio, cita dos*

diciendo que con ellas no podía valerse bien de sí mismo, y por eso quería enfrentar al enemigo con su honda y su cuchillo.

En fin, las armas de otros o se te caen de encima, o te pesan o te aprietan. Carlos VII, padre del rey Luis IX, después de haber liberado con su buena suerte y su virtud a Francia de los ingleses, vio esa necesidad de armarse con armas propias y organizó en su reino la caballería y la infantería. Más tarde el rey Luis, su hijo, abolió la infantería y empezó a contratar suizos; ese error, continuado por sus sucesores, es causa, como se ve ahora en los hechos, de los peligros de aquel reino. Porque al valorizar a los suizos ha desvalorizado todas sus armas, ya que ha abolido por completo la infantería y ha subordinado la caballería a las armas ajenas, porque acostumbrada a militar con los suizos cree que no puede vencer sin ellos. De ahí que los franceses contra los suizos no bastan, y sin los suizos contra otros no dan buena prueba de sí. Los ejércitos de Francia, pues, han sido mixtos, en parte mercenarios y en parte propios; y esas armas combinadas son mucho mejores que las sólo auxiliares o sólo mercenarias, pero muy inferiores a las propias. Y baste con este ejemplo, porque el reino de Francia sería insuperable si se hubieran mantenido e intensificado las medidas de Carlos. Pero la poca prudencia de los hombres comienza una cosa que por su buen sabor inicial no deja ver el veneno que esconde, como dije más arriba de las fiebres de los tísicos.

Por lo tanto el que en un principado no reconoce los males cuando nacen, no es verdaderamente sabio; y serlo es dado a pocos. Y si se considera la primera causa de la ruina del imperio romano, se verá que fue solamente empezar a contratar a los godos, porque desde entonces empezaron a perder su nervio las fuerzas del imperio romano; y toda la virtud que se le quitaba a éste se daba a aquéllos.

Concluyo pues que sin tener armas propias ningún principado está seguro; más aún, depende enteramente de la fortuna, no teniendo una virtud que lo defienda fielmente en las adversidades. Y siempre ha sido opinión y sentencia de los hombres sabios «que nada es tan débil e inestable como la fama de una potencia no sostenida por las propias fuerzas». Y armas propias son las que se componen de súbditos o de ciudadanos o de dependientes tuyos: todas las demás son mercenarias o auxiliares. Y será fácil hallar el modo de organizar el ejército propio si se consideran los ordenamientos de los cuatro que mencioné y se observa cómo se armó y organizó Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y príncipes, a cuyos ordenamientos me remito por entero.

ejemplos más, pertenecientes a la historia antigua. La decadencia del imperio romano empezó cuando el emperador Valente, en el año 376 d.c., contrató por primera vez milicias godas (se puede objetar que este ejemplo corresponde más al capítulo anterior que a este, pues se trata de mercenarios y no de aliados. Además es discutible que tal contratación sea la causa primera de la decadencia, ya que es ella misma una consecuencia de la centralización burocratizada del poder imperial). El otro ejemplo, de Filipo de Macedonia, también es objetable, pues claramente anticipa el tema del capítulo siguiente. Maquiavelo se ve entonces obligado a referirse a sus ejemplos anteriores. Los cuatro modelos a que alude son César Borgia, Hierón, Carlos VII y David.

XIV
Quod principem deceat circa militiam

Debbe, adunque, uno principe non avere altro obietto né altro pensiero, né prendere cosa alcuna per sua arte, fuora della guerra e ordini e disciplina di essa; perché quella è sola arte che si espetta a chi comanda; ed è di tanta virtú, che non solamente mantiene quelli che sono nati principi, ma molte volte fa gli uomini di privata fortuna salire a quel grado; e, per adverso, si vede che e' principi, quando hanno pensato piú alle delicatezze che alle armi, hanno perso lo stato loro. E la prima cagione che ti fa perdere quello, è negligere questa arte; e la cagione che te lo fa acquistare, è lo essere professo di questa arte.

Francesco Sforza, per essere armato, di privato diventò duca di Milano; e' figliuoli, per fuggire e' disagi delle arme, di duchi diventorono privati. Perché, intra le altre cagioni che ti arreca di male lo essere disarmato, ti fa contennendo: la quale è una di quelle infamie dalle quali il principe si debbe guardare, come di sotto si dirà; perché da uno armato a uno disarmato non è proporzione alcuna; e non è ragionevole che chi è armato obedisca volentieri a chi è disarmato, e che il disarmato stia securo intra servitori armati; perché, sendo nell'uno sdegno, e nell'altro sospetto, non è possibile operino bene insieme. E però uno principe che della milizia non si intenda, oltre alle altre infelicità, non può essere stimato da' sua soldati, né fidarsi di loro.

Notas al capítulo XIV

Por lo tanto un príncipe no debe tener otro objeto ... perito en ese arte. *Este capítulo XIV, que relaciona todo lo dicho con* **El Príncipe**, *parece escrito para justificar la inclusión en la obra de los dos anteriores (referidos más bien a las repúblicas), que a Maquiavelo interesaba difundir, como parte de su lucha contra las milicias mercenarias y extranjeras. Para eso pone de relieve el interés que el problema militar tiene para el príncipe, interés basado en la relación necesaria entre la guerra y el poder: la guerra es «el único arte que corresponde a quien manda».*

Francisco Sforza ... se convirtieron en particulares. *«Hijos» está por «descendientes». Hijo de Francisco fue Ludovico el Moro, quien perdió su estado, ocupado por las tropas del rey francés Luis XII, en el año 1500. Pero, en 1512, cuando los franceses fueron derrotados, Florencia fue devuelta a los Médici y Milán al hijo de Ludovico Sforza (y por lo tanto, nieto de Francisco), Maximiliano, quien perdió el poder en 1515, como consecuencia de la campaña victoriosa del nuevo rey francés, Francisco I.*

XIV
Lo que conviene a un príncipe acerca de la milicia

Por lo tanto un príncipe no debe tener otro objetivo ni otro pensamiento, ni tomar por tarea suya ninguna otra cosa, que la guerra y los órdenes y la disciplina de ella; porque ése es el único arte que corresponde a quien manda. Y es de tanta virtud que no sólo mantiene a los que nacieron príncipes, sino que muchas veces hace ascender a ese grado a los particulares; y por el contrario se ve que cuando los príncipes han pensado más en las delicadezas que en las armas han perdido su estado. Y la primera razón que te lo hace perder es descuidar ese arte; y la causa que te hace adquirirla es ser perito en ese arte.

Francisco Sforza por estar armado se convirtió de particular en duque de Milán; sus hijos, por evitar las incomodidades de las armas, de duques se convirtieron en particulares. Porque entre otras causas de males que te trae el estar desarmado, te hace despreciable, lo cual es una de las formas de desprestigio de las que el príncipe debe guardarse, como más abajo se dirá. Porque entre un armado y un desarmado no hay proporción alguna; y no es razonable que quien está armado obedezca de buen grado a quien está desarmado, ni que el desarmado esté seguro entre servidores armados. Porque habiendo en el uno cólera y en el otro sospecha, no es posible que operen bien juntos. Y por eso un príncipe que no entienda nada de la

La cronología interesa, pues demuestra que **El Príncipe**, *escrito en 1513, fue retocado después. Estas líneas, por ejemplo, no pueden ser anteriores a 1515. Esto da mayor fuerza a la hipótesis de que el último capítulo también, que con este está estrechamente relacionado por su tema, haya sido escrito en ese momento, en que la expansión francesa y la formación del enorme estado de Carlos V amenazaban en forma angustiosa la independencia de los estados italianos.*

El resto del capítulo, según la acostumbrada técnica dicotómica de Maquiavelo -que corresponde, sin duda, a su particular forma mental- se divide en dos partes. Considera en primer término lo que el príncipe en este campo tiene que hacer, y luego, lo que tiene que estudiar (Maquiavelo habla de dos formas del «hacer»: con las obras y con la mente). La primera parte está centrada en el ejemplo de Filopémenes, quien, dice Plutarco, en tiempo de paz no hacía sino pensar en la guerra, estudiaba el terreno de posibles batallas y hacía participar a sus amigos en estas investigaciones. La vocación de Maquiavelo por la dramatización le hace transformar esta breve noticia de Plutarco en una escena llena de vida.

Debbe, pertanto, mai levare il pensiero da questo esercizio della guerra, e nella pace vi si debbe piú esercitare che nella guerra: il che può fare in duo modi; l'uno con le opere, l'altro con la mente. E, quanto alle opere, oltre al tenere bene ordinati ed esercitati li suoi, debbe stare sempre in sulle cacce, e mediante quelle assuefare el corpo a' disagi; e parte imparare la natura de' siti, e conoscere come surgono e' monti, come imboccano le valle, come iacciono e' piani, ed intendere la natura de' fiumi e de' paduli; e in questo porre grandissima cura. La qual cognizione è utile in due modi: prima, s'impara a conoscere el suo paese, e può meglio intendere le difese di esso: di poi, mediante la cognizione e pratica di quelli siti, con facilità comprendere ogni altro sito che di nuovo li sia necessario speculare. Perché li poggi, le valli, e' piani, e' fiumi, e' paduli che sono, verbigrazia, in Toscana, hanno con quelli delle altre provincie certa similitudine; tal che, dalla cognizione del sito di una provincia, si può facilmente venire alla cognizione delle altre. E quel principe che manca di questa perizia, manca della prima parte che vuole avere uno capitano; perché questa insegna trovare il nimico, pigliare gli alloggiamenti, condurre gli eserciti, ordinare le giornate, campeggiare le terre con tuo vantaggio.

Filopemene, principe degli Achei, intra le altre laude che dagli scrittori gli sono date, è che ne' tempi della pace non pensava mai se non a' modi della guerra; e quando era in campagna con gli amici, spesso si fermava e ragionava con quelli: —Se li nimici fussino in su quel colle, e noi ci trovassimo qui col nostro esercito, chi di noi arebbe vantaggio? come si potrebbe ire, servando gli ordini a trovarli? se noi volessimo ritirarci, come aremmo a fare? se loro si ritirassino, come aremmo a seguirli? — e proponeva loro, andando, tutti e' casi che in uno esercito possono occorrere; intendeva la opinione loro, diceva la sua, corroboravala con le ragioni: tal che, per queste continue cogitazioni, non posseva mai, guidando gli eserciti, nascere accidente alcuno, che lui non avesse el remedio.

Ma quanto allo esercizio della mente, debbe il principe leggere le istorie, e in quelle considerare le azioni degli uomini eccellenti; vedere come si son governati nelle guerre; esaminare le cagioni delle vittorie e perdite loro, per potere queste fuggire, e quelle imitare; e, sopra tutto, fare come ha fatto per lo adrieto qualche uomo eccellente, che ha preso ad imitare se alcuno

milicia, además de las otras infelicidades, como se ha dicho, no puede ser estimado por sus soldados ni confiar en ellos.

Por lo tanto no debe apartar nunca el pensamiento de ese ejercicio de la guerra, y en la paz debe ejercitarse en él más que en la guerra, lo que puede hacer de dos modos: uno con las obras y el otro con la mente. En cuanto a las obras, además de tener bien ordenados y ejercitados a los suyos, debe estar siempre de caza, y mediante ella acostumbrar el cuerpo a las incomodidades y al mismo tiempo conocer la naturaleza de los lugares, y aprender cómo surgen los montes, cómo se abren los valles, cómo yacen las llanuras, y comprender la naturaleza de los ríos y de los pantanos y poner mucho cuidado en eso. Ese conocimiento es útil de dos maneras. Primero, aprende a conocer su territorio y puede comprender mejor sus defensas; después, mediante el conocimiento y la práctica de esos lugares, comprende con facilidad cualquier otro sitio nuevo que tenga necesidad de explorar: porque los cerros, los valles, las llanuras, los ríos, los pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta similitud con los de las otras provincias, tanto que del conocimiento de los lugares de una provincia se puede llegar fácilmente al conocimiento de las demás. Y el príncipe que carece de esa pericia carece de la primera cualidad que debe tener un capitán, porque eso enseña a encontrar al enemigo, a escoger alojamiento, a conducir los ejércitos, a ordenar las batallas y a sitiar las ciudades con ventaja.

Filopémenes, príncipe de los aqueos, entre las otras alabanzas que le tributan los escritores tiene la de que en tiempos de paz no pensaba sino en los modos de la guerra, y cuando estaba en el campo con sus amigos, a menudo se detenía y razonaba con ellos: «Si los enemigos estuvieran en aquel cerro, y nosotros nos encontráramos con nuestro ejércitos aquí, ¿quién tendría ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro, conservando los órdenes? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo tendríamos que hacer? Si ellos se retiraran, ¿cómo deberíamos seguirlos?» Y andando, les proponía todos los casos que puedan ocurrir en un ejército, escuchaba sus opiniones, decía las de él, las corroboraba con razones; de manera que por esas continuas cavilaciones nunca podía nacer un accidente, guiando los ejércitos, para el cual él no tuviera el remedio.

Filopémenes, príncipe de los aqueos ... no tuviera el remedio. *Filopémenes fue jefe militar («estratega») de la Liga Aquea, que reunía la mayor parte de las ciudades del Peloponeso, en el período inmediatamente anterior a la conquista de Grecia por los romanos, pues murió en el año 183 a.c. El primer período de este pasaje es sumamente (pero también eficazmente) irregular en cuanto a sintaxis. El lenguaje hablado irrumpe por momentos en este tratado de alta política. En este caso, el deseo de dar relieve al personaje acariciado por la fantasía evocadora perturba la trabazón lógica de las palabras.*

innanzi a lui è stato laudato e gloriato, e di quello ha tenuto sempre e' gesti ed azioni appresso di sé: come si dice che Alessandro Magno imitava Achille; Cesare, Alessandro; Scipione, Ciro. E qualunque legge la vita di Ciro scritta da Senofonte, riconosce di poi nella vita di Scipione quanto quella imitazione li fu di gloria, e quanto, nella castità, affabilità, umanità, liberalità Scipione si conformassi con quelle cose che di Ciro da Senofonte sono sute scritte.

Questi simili modi debbe osservare uno principe savio, e mai ne' tempi pacifici stare ozioso; ma con industria farne capitale, per potersene valere nelle avversità, acció che, quando si muta la fortuna, lo truovi parato a resistere.

Pero en cuanto al ejercicio de la mente, debe el príncipe leer las historias, y en ellas considerar las acciones de los hombres excelentes, ver cómo se gobernaron en las guerras, examinar las causas de sus victorias y de sus derrotas, para poder evitar éstas e imitar aquéllas, y sobre todo hacer como han hecho en el pasado muchos hombres excelentes, que se han puesto a imitar a alguno que antes que ellos hubiese sido alabado y ensalzado y han tenido siempre presentes sus gestos y sus acciones, como se dice que Alejandro Magno imitaba a Aquiles, César a Alejandro, Escipión a Ciro. Y quienquiera que lea la vida de Ciro escrita por Jenofonte reconoce después en la vida de Escipión cuánta gloria le trajo esa imitación, y hasta qué punto Escipión se conformaba en la castidad, la humanidad, la generosidad, a las cosas que Jenofonte escribió de Ciro. Tales modos debe observar un príncipe sabio, y jamás en los tiempos pacíficos estar ocioso, sino industriosamente hacer capital del que poder valerse en la adversidad, a fin de que cuando la fortuna cambia lo encuentre preparado para resistirla.

Pero, en cuanto al ejercicio de la mente ... preparado para resistirla. *Toda esta segunda parte gira alrededor del tema humanístico de la imitación. El príncipe debe leer la historia para encontrar en ella modelos. El programa del Renacimiento era la imitación de la antigüedad; pero en la misma antigüedad buscaba ejemplos de imitación, como hace aquí Maquiavelo, pues ese canon era heredado: los romanos se propusieron imitar a los griegos. La originalidad es un valor relativamente moderno.*

XV
De his rebus quibus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur

Resta ora a vedere quali debbano essere e' modi e governi di uno principe con sudditi o con gli amici. E perché io so che molti di questo hanno scritto, dubito, scrivendone ancora io, non essere tenuto prosuntuoso, partendomi massime, nel disputare questa materia, dagli ordini degli altri. Ma sendo l'intento mio scrivere cosa utile a chi la intende, mi è parso piú conveniente andare drieto alla verità effettuale della cosa, che alla imaginazione di essa. E molti si sono imaginati republiche e principati che non si sono mai visti né conosciuti essere in vero; perché egli è tanto discosto da come si vive a come si doverrebbe vivere, che colui che lascia quello che si fa per quello che si doverrebbe fare impara piuttosto la ruina che la preservazione sua: perché uno uomo, che voglia fare in tutte le parte professione di buono, conviene rovini infra tanti che non sono buoni. Onde è necessario a uno principe, volendosi mantenere, imparare a potere essere non buono, e usarlo e non l'usare secondo la necessità.

Notas al capítulo XV

El Príncipe *propiamente dicho (es decir, según mi opinión, sin la dedicatoria y sin el último capítulo) comprende, como se vio, tres partes. La primera termina con el capítulo XI, en cuyas últimas líneas de sabor cortesano algunos quisieron reconocer un verdadero final, como si, en la intención del autor, en un primer momento, el libro debiera terminar allí. Luego, vienen los tres capítulos de tema militar, que ofician de bisagra con la tercera, que comienza en este capítulo XV. Mientras la primera parte es más bien analítica y descriptiva, la tercera es aparentemente normativa. Pero, a través de los preceptos técnicos, dirigidos a asesorar al príncipe en la adquisición y conservación del poder, surge un impactante retrato. En todos los capítulos que siguen a este, Maquiavelo moldea su personaje, contemplándolo con mirada de artista. El capítulo XV tiene un claro carácter introductivo, desde el punto de vista metodológico. El autor retoma su tema y plantea claramente el problema moral que en él está necesariamente involucrado.*

Resta ahora ver ... según la necesidad. *Se manifiesta una dolorosa exigencia moral en esta sinceridad del pesimismo maquiaveliano, que anticipa el* «**homo homini lupus**» *de Hobbes (tanto* **El Príncipe** *como* **Leviathán** *están ligados al triunfo del absolutismo en los siglos XVI y XVII respectivamente), pero, a diferencia de este último, ve en modo realista las distintas posibilidades de organización política, aun considerándolas todas efímeras, y, de todas ellas, piensa que sólo las repúblicas persiguen el bien común* (**Discursos... II**, *2). Pero aquí se habla del príncipe y de lo que tiene que hacer si quiere conservar el poder. Si se empecina en ser bueno, rodeado como está por ambiciosos feroces y sin escrúpulos, fatalmente fracasa.*

XV
Sobre las cosas por las que los hombres y especialmente los príncipes son alabados o censurados

Resta ahora ver cuáles deben ser los modos y conductas de un príncipe con los súbditos y con los amigos. Y como sé que muchos han escrito sobre esto, temo ser considerado presuntuoso al escribir también yo, especialmente apartándome en el examen de esta materia de los criterios de los demás. Pero como mi intención es escribir algo útil para quien lo entiende, me ha parecido más conveniente ir detrás de la verdad efectual de las cosas que de la imaginación de ellas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni conocido en la realidad, porque de como se vive a como se debería vivir hay tanta distancia, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer aprende antes su ruina que su preservación; porque un hombre que quiera hacer profesión de bueno en todo lo que hace tiene que arruinarse, entre tantos que no son buenos. Por lo cual un príncipe que quiera mantenerse tiene que aprender a poder no ser bueno, y usarlo o no usarlo según la necesidad.

Aquí se hace necesaria una aclaración. La diferencia, tan comentada, entre **El Príncipe** *y* **El cortesano** *de Baltasar de Castiglione no consiste sólo en el hecho de que este último idealiza al príncipe y a su corte, sino también y principalmente en la profunda disparidad del enfoque. Maquiavelo tenía amistades aristocráticas y cortesanas, pero, mentalmente, era ave de otro corral. Se consideraba «popular» y lo dice en la dedicatoria de* **El Príncipe***; se siente en él la herencia de la larga lucha del pueblo florentino contra los «grandes», es decir los nobles de toda nobleza, de origen feudal, a los que se habían sumado los aristócratas del dinero. Entre ellos, el príncipe tiene que abrirse camino.*

El autor de los **Decenales** *mira ese mundo desde afuera, desde el llano, a menudo con sorna. En todo su discurso dilemático, en que el príncipe aparece solitario y los demás dan la impresión de un bloque peligroso, que por momentos se desdibuja con el nombre abstracto de Fortuna, hay en realidad una tripartición: príncipe, nobles y pueblo. Se alternan entonces situaciones aparentemente similares, en que la dicotomía se produce, bien entre príncipe y grandes, bien entre príncipe y pueblo. De ahí, muchas aparentes contradicciones. Los hombres del pueblo no son mejores que los grandes o que el príncipe; pero, como no tienen esperanza de llegar al poder, el interés de cada uno de ellos coincide con el bien común (veánse los* **Discursos sobre la primera década de Tito Livio** *y, especialmente I, 5, 58, 59; II, 2). Por eso el «deber ser» reside en el pueblo y los regímenes populares son mejores, aunque no duran, porque el hombre no es bueno y se corrompe.*

Lasciando, adunque, indrieto le cose circa uno principe imaginate, e discorrendo quelle che sono vere, dico che tutti gli uomini, quando se ne parla, e massime e' principi, per essere posti piú alti, sono notati di alcune di queste qualità che arrecano loro o biasimo o laude. E questo è che alcuno è tenuto liberale, alcuno misero (usando uno termine toscano, perché avaro in nostra lingua è ancora colui che per rapina desidera di avere, misero chiamiamo noi quello che si astiene troppo di usare il suo); alcuno è tenuto donatore, alcuno rapace; alcuno crudele, alcuno pietoso; l'uno fedifrago, l'altro fedele; l'uno effeminato e pusillanime, l'altro feroce e animoso; l'uno umano, l'altro superbo; l'uno lascivo, l'altro casto; l'uno intero, l'altro astuto; l'uno duro, l'altro facile; l'uno grave, l'altro leggieri; l'uno religioso, l'altro incredulo, e simili. E io so che ciascuno confesserà che sarebbe laudabilissima cosa in uno principe trovarsi, di tutte le soprascritte qualità, quelle che sono tenute buone; ma perché le non si possono avere né interamente osservare, per le condizioni umane che non lo consentono, gli è necessario essere tanto prudente che sappia fuggire l'infamia di quelli vizii che li torrebbano lo stato, e da quelli che non gnene tolgano, guardarsi, se egli è possibile; ma non possendo, vi si può con meno respetto lasciare andare. Et etiam non si curi di incorrere nella infamia di quelli vizii sanza quali e' possa difficilmente salvare lo stato; perché, se si considerrà bene tutto, si troverrà qualche cosa che parrà virtú, e, seguendola, sarebbe la ruina sua; e qualcuna altra che parrà vizio, e, seguendola, ne riesce la securtà e il bene essere suo.

Dejando pues de lado las cosas imaginadas respecto a un príncipe, y discurriendo de las que son verdaderas, digo que en todos los hombres, cuando se habla de ellos, y especialmente en los príncipes, que están colocados más alto, se señalan algunas de estas cualidades que les atraen censura o elogio. Y son que alguno es considerado liberal, otro mísero (usando un término toscano, porque *avaro* en nuestra lengua es aún el que desea tener por rapiña, y mísero llamamos al que se abstiene demasiado de usar lo suyo); alguno es considerado dadivoso, otro rapaz; alguno cruel, otro piadoso; uno desleal, otro fiel; uno afeminado y pusilánime, otro feroz y animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno entero, el otro artero; uno duro, el otro fácil; uno grave, el otro ligero; uno religioso, el otro incrédulo y otros semejantes. Y yo sé que todos admitirán que sería admirabilísimo que un príncipe tuviera, de todas las cualidades antes dichas, las que se consideran buenas; pero como no es posible tenerlas, ni observarlas por completo, por las condiciones humanas que no le permiten, es necesario que sea tan prudente que sepa evitar la infamia de las que le quitarían el estado, y de la que no se lo quiten se guarde, si es posible, pero si no puede, en ellas puede dejarse ir con menos reparo. Y además, que no se cuide de incurrir en la fama de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado; porque si se considera bien todo, se encontrará algo que parecerá virtud y siguiéndolo sería su ruina, y algo que parecerá vicio y siguiéndolo conduce a su seguridad y bienestar.

Dejando, pues, de lado ... y otros semejantes. *Al hablar de las cualidades que al príncipe le conviene tener, Maquiavelo procede, como siempre, por dilemas, es decir, aquí, por parejas de antónimos. A cada una de las primeras cuatro parejas, corresponderá luego un capítulo de esa parte de la obra, de modo que este capítulo desempeña, al principio de ella, la misma función de sumario previo que el capítulo I en la primera.*

Y yo sé que todos admitirán ... seguridad y bienestar. *Ha sido observado (Gennaro Sasso, en el comentario a* **Il principe e altri scritti** *de N. Machiavelli, Ed. La Nuova Italia, Firenze, 1963, p.138) que, en las últimas líneas de este famoso pasaje, lo contrario de vicio no es virtud, sino seguridad y bienestar. Esto no se debe, como parece creer Sasso, a falta de valor para llevar hasta las últimas consecuencias la visión realista de las cosas, sino al hecho de que Maquiavelo quiere recalcar el carácter técnico y no moral de la contraposición, que, por otra parte, no se plantea entre virtud y ruina, ni entre vicio y bienestar, sino entre el primero y el segundo de estos dos vínculos causales (la virtud causa la ruina y el vicio, bienestar). Las palabras «salvar el estado», que en este pasaje tienen tanto relieve, han contribuido mucho a generar el malentendido alrededor del pensamiento de Maquiavelo, pues se le ha dado a la palabra «estado» el sentido moderno en su acepción más amplia. Pero aquí, como casi siempre en la obra, no significa más que «su situación», es decir, su gobierno. En efecto, al final, se habla, a este propósito, de* **su** *ruina, de* **su** *seguridad y bienestar.*

XVI
De liberalitate et parsimonia

Cominciandomi, adunque, alle prime soprascritte qualità, dico come sarebbe bene essere tenuto liberale: nondimanco la liberalità, usata in modo che tu sia tenuto, ti offende; perché se la si usa virtuosamente e come la si debbe usare, la non fia conosciuta, e non ti cascherà la infamia del suo contrario. E peró, a volersi mantenere infra gli uomini el nome del liberale, è necessario non lasciare indrieto alcuna qualità di suntuosità; talmente che sempre uno principe cosí fatto consumerà in simili opere tutte le sue facultà, e sarà necessitato alla fine, se si vorrà mantenere el nome del liberale, gravare e' populi estraordinariamente ed essere fiscale, e fare tutte quelle cose che si possono fare per avere danari. Il che comincerà a farlo odioso con sudditi, e poco stimare da nessuno, diventando povero; in modo che, con questa sua liberalità, avendo offeso gli assai e premiato e' pochi, sente ogni primo disagio, e periclita in qualunque primo periculo; il che conoscendo lui, e volendosene ritrarre, incorre subito nella infamia del misero.

Uno principe, adunque, non potendo usare questa virtú del liberale, sanza suo danno, in modo che la sia conosciuta, debbe, s'egli è prudente, non si curare del nome del misero: perché col tempo sarà tenuto sempre piú

Notas al capítulo XVI

La estatua del príncipe está esculpida a golpes de disyuntivas, como vimos en el capítulo anterior. Pero no se trata de características personales de cada príncipe; son cualidades que el príncipe asume, eligiendo, de cada pareja de atributos contrarios, el que más le conviene, para componer una imagen adecuada. En esto, Maquiavelo anticipa o aparenta anticipar, el papel de los actuales especialistas publicitarios, que conducen la propaganda electoral, maquillando, material y espiritualmente, a los candidatos, sus clientes. El príncipe debe, ante todo, ser un buen actor, construir su personaje, hacer de su persona ficticia un instrumento de dominio. Debajo de ella, deberá construir otra, que tendrá una existencia fáctica, pero que tampoco será la suya (la suya está destinada a desaparecer, y por eso el destino del príncipe es trágico), sino que está determinada por las férreas exigencias del poder, que Maquiavelo a lo largo de la obra va indicando. Figura trágica y solitaria, el príncipe; y, sin embargo, determinada, a través de un juego de acciones y reacciones, por su entorno (la corte) - que en este capítulo adquiere un relieve especial, contraponiéndose netamente al pueblo- y, de forma sutil y remota, por sus relaciones con el pueblo mismo.

XVI
Sobre la liberalidad y la parsimonia

Empezando pues con las primeras de las cualidades antes dichas, digo que sería bueno ser considerado liberal; sin embargo la liberalidad, usada de modo de criar fama, te perjudica; porque si es usada virtuosamente y como se debe usar, no será conocida y no evitarás el desprestigio de su contrario. Y por eso, si se quiere mantener entre los hombres la fama de liberal, es necesario no dejar de lado ningún tipo de suntuosidad, de manera que siempre un príncipe de ese tipo consumirá en tales obras todo su haber y al final, si quiere mantener su fama de liberal, tendrá que gravar extraordinariamente a los pueblos, ser malvado al imponer y al cobrar los impuesto, y hacer todo lo que se puede hacer para obtener dinero. Lo cual empezará a hacerlo odioso para sus súbditos, y poco estimado por nadie, si se vuelve pobre; de modo que, como con esa liberalidad ha ofendido a muchos y premiado a pocos, la primera dificultad la siente y el primer peligro lo derriba; y si él lo conoce y quiere desdecirse, cae de inmediato en el desprestigio del mísero.

Como el príncipe, pues, no puede usar esta virtud de la liberalidad de modo que sea conocida sin daño suyo, debe, si es prudente, no cuidarse de

Empezando, pues, con las primeras ... en el desprestigio del mísero. *Este capítulo debió ser uno de los más hirientes de toda la obra en los tiempos de Maquiavelo, cuando en las cortes se volvía a cultivar, como en la época trovadoresca, el ideal de la «cortesía», de la que la largueza en regalar, la «liberalidad», era un aspecto importante. Para significar «dadivoso» y «avaro», Maquiavelo usa los términos* **«liberale»** *y* **«misero»**. *En el capítulo anterior, se justifica por no usar, en cambio de* **«misero»**, *el término entonces y ahora más usual en el resto de Italia:* **«avaro»**, *diciendo que en Florencia el término significaba aún rapaz. Tal, en efecto, era el significado medioeval. Cuando Dante nos presenta su loba como símbolo de avaricia, no se refiere a exagerada parsimonia, sino a codicia violenta de bienes y poder.*

Como el príncipe ... que son pocos. *La recomendación de este capítulo, en el fondo, es un caso particular del precepto general, que Maquiavelo ha subrayado en la primera parte de la obra, de buscar la amistad del pueblo más que de la de los nobles. Es mejor no quitar a los muchos, que regalar a los pocos. Maquiavelo paladea esta contraposición, a través de múltiples variaciones, a*

liberale, veggendo che con la sua parsimonia le sua intrate li bastano, può defendersi da chi li fa guerra, può fare imprese sanza gravare e' populi; talmente che viene a usare liberalità a tutti quelli a chi non toglie, che sono infiniti, e miseria a tutti coloro a chi non dà, che sono pochi. Ne' nostri tempi noi non abbiamo veduto fare gran cose se non a quelli che sono stati tenuti miseri; gli altri essere spenti. Papa Iulio II, come si fu servito del nome del liberale per aggiugnere al papato, non pensò poi a mantenerselo, per potere fare guerra; el re di Francia presente ha fatto tante guerre sanza porre uno dazio estraordinario a' suoi, solum perché alle superflue spese ha sumministrato la lunga parsimonia sua; el re di Spagna presente, se fussi tenuto liberale, non arebbe fatto né vinto tante imprese.

Pertanto uno principe debbe esistimare poco, per non avere a rubare e' sudditi, per potere defendersi, per non diventare povero e contennendo, per non essere forzato a diventare rapace, di incorrere nel nome del misero: perché questo è uno di quelli vizii che lo fanno regnare. E se alcuno dicessi: Cesare con la liberalità pervenne allo imperio, e molti altri, per essere stati ed essere tenuti liberali, sono pervenuti a gradi grandissimi; rispondo: o tu se' principe fatto, o tu se' in via di acquistarlo: nel primo caso, questa liberalità è dannosa; nel secondo, è bene necessario essere tenuto liberale. E Cesare era uno di quelli che voleva pervenire al principato di Roma; ma se, poi che vi fu venuto, fussi sopravissuto e non si fussi temperato da quelle spese, arebbe destrutto quello imperio. E se alcuno replicassi: molti sono stati principi, e con gli eserciti hanno fatto gran cose, che sono stati tenuti liberalissimi; ti rispondo: o el principe spende del suo e de' sua sudditi o di quello d'altri; nel primo caso, debbe essere parco; nell'altro, non debbe lasciare indrieto parte alcuna di liberalità. E quel principe che va con gli eserciti, che si pasce di prede, di sacchi e di taglie, maneggia quello di altri, li è necessaria questa liberalità; altrimenti, non sarebbe seguito da' soldati. E di quello che non è tuo, o de' sudditi tuoi, si può essere piú largo donatore, come fu Ciro, Cesare ed Alessandro; perché lo spendere quello di altri non ti toglie reputazione, ma te ne aggiugne: solamente lo spendere el tuo è quello che ti nuoce. E non ci è cosa che consumi se stessa quanto la liberalità: la quale mentre che tu usi, perdi la facultà di usarla, e diventi o

lo largo de todo el capítulo. En realidad, Maquiavelo expresa con vigor el deseo de todos los pueblos, de que el gobierno no cobre excesivos impuestos y no emplee el dinero que con ellos obtiene en granjearse con dádivas el favor de los más poderosos o influyentes. Como siempre, Maquiavelo piensa en el momento en que vive y en su Florencia.

Siguen ejemplos y la admisión de que a veces las dádivas son inevitables, pero sólo para llegar al poder.

Y si alguien replicase ... el gastar lo tuyo es lo que te perjudica. *La paradoja es sólo aparente. Maquiavelo cala hondo en la realidad. Y la dice en la forma más chocante posible. Para*

la fama de mísero: porque con el tiempo será considerado cada vez más liberal, cuando se vea que con su parsimonia sus ingresos le bastan, puede defenderse de quien le hace la guerra, puede hacer empresas sin gravar a los pueblos; de tal mamera que viene a ser liberal con todos aquellos a quienes no les quita, que son infinitos, y mísero con aquellos a quienes no les da, que son pocos. En nuestros tiempos no hemos visto hacer grandes cosas más que a aquellos que fueron considerados míseros; los otros fueron liquidados. El papa Julio II, una vez que se sirvió de la fama de liberal para llegar al papado, no pensó después en mantenerla, para poder hacer la guerra. El rey de Francia actual ha hecho tantas guerras sin poner impuestos extraordinarios a los suyos sólo porque cubrió los gastos superfluos su larga parsimonia. El rey de España actual, si fuera considerado liberal, no habría hecho ni ganado tantas empresas.

Por lo tanto un príncipe, para no tener que robar a sus súbditos, para poder defenderse, para no volverse pobre y despreciable, para no verse obligado a volverse rapaz, no debe temer incurrir en la fama de mísero, porque éste es uno de esos vicios que lo hacen reinar. Y si alguno dijera: César con la liberalidad llegó al imperio, y muchos otros, por haber sido considerados liberales, llegaron a grados grandísimos, respondo: o tú eres príncipe hecho, o estás en vías de adquirirlo: en el primer caso esa liberalidad es dañina; en el segundo caso sí es necesario ser considerado liberal. Y César era uno de los que querían llegar al principado de Roma; pero si después que lo alcanzó hubiera sobrevivido y no hubiera moderado sus gastos, habría destruido aquel imperio. Y si alguien replicase: muchos han sido príncipes y han hecho grandes cosas con los ejércitos, que fueron considerados muy liberales, te respondo: o el príncipe gasta de lo suyo y de sus súbditos, o de lo de otros: en el primer caso, debe ser parco; en el otro, no debe dejar de lado ninguna liberalidad. Y el príncipe que anda con los ejércitos, que vive de presas, de saqueos y de tributos, maneja lo de otros y tiene necesidad de ser liberal, pues de otro modo no lo seguirían los soldados. Y de lo que no es tuyo ni de tus súbditos se puede ser ampliamente generoso, como lo fueron Ciro, César y Alejandro; porque el gastar lo de otros no te quita reputación sino que te la agrega; solamente el gastar lo tuyo es lo que

la mentalidad protocapitalista del siglo XVI, aparentar generosidad regalando lo ajeno era algo que debía tener muy mal sabor, aunque eso sea lo que todos los «príncipes» nuevos hicieron en todas las épocas. Lo hicieron los grandes conquistadores y lo hacían, en esos días, los minúsculos «príncipes nuevos», que vivían -dice aquí Maquiavelo- «de presas, saqueos y tallas». Lo extraño es que ningún intérprete (que yo sepa) haya notado el desprecio implícito en estas palabras y la amargura de todo el capítulo (de todo el libro) por el hecho de que la gente común se sitúa al mismo nivel y, por ejemplo, desprecia al que ha empobrecido. Pero, al lado de esta amargura, se siente en el autor la altiva complacencia de llamar las cosas por su nombre.

povero e contennendo, o, per fuggire la povertà, rapace e odioso. E intra tutte le cose di che uno principe si debbe guardare, è lo essere contennendo e odioso; e la liberalità all'una e l'altra cosa ti conduce. Pertanto, è più sapienzia tenersi el nome del misero, che parturisce una infamia sanza odio, che, per volere el nome del liberale, essere necessitato incorrere nel nome del rapace, che parturisce una infamia con odio.

te perjudica. Y no hay cosa que se consuma a sí misma tanto como la liberalidad, la cual mientras la usas pierdes la facultad de usarla, y te vuelves o pobre y despreciable o, para evitar la pobreza, rapaz y odioso. Y entre todas las cosas de las que debe guardarse un príncipe está el ser despreciable y odioso, y la liberalidad te conduce a ambas. Por lo tanto es más sabio quedarse con el nombre de mísero, que produce un desprestigio sin odio, que, por querer la fama de liberal tener necesidad de incurrir en el nombre de rapaz, que produce un desprestigio con odio.

XVII
De crudelitate et pietate; et an sit melius amari quam timeri, vel e contra

Scendendo appresso alle altre preallegate qualità, dico che ciascuno principe debbe desiderare di essere tenuto pietoso e non crudele: nondimanco debbe avvertire di non usare male questa pietà. Era tenuto Cesare Borgia crudele; nondimanco quella sua crudeltà aveva racconcia la Romagna, unitola, ridottola in pace e in fede. Il che se si considerrà bene, si vedrà quello essere stato molto piú pietoso che il populo fiorentino, il quale, per fuggire el nome del crudele, lasciò destruggere Pistoia. Debbe, pertanto, uno principe, non si curare della infamia di crudele, per tenere li sudditi suoi uniti e in fede; perché, con pochissimi esempli, sarà piú pietoso che quelli e' quali, per troppa pietà, lasciono seguire e' disordini, di che ne nasca occisioni o rapine; perché queste sogliono offendere una universalità intera, e quelle esecuzioni che vengono dal principe offendono uno parrticulare. E intra tutti e' principi, al principe nuovo è impossibile fuggire el nome del crudele, per essere li stati nuovi pieni di periculi. E Virgilio, nella bocca di Dido dice:

Res dura, et regni novitas me talia cogunt
Moliri, et late fines custode tueri.

Notas al capítulo XVII

Examinando ... intolerable. *En este capítulo y en el anterior asoma el «deber ser» a través del bien de los súbditos: la limitación de los impuestos, en el XVI, y la «crueldad piadosa» en este. La crueldad del soberano absoluto se ejercía entonces especialmente contra la nobleza levantisca, como en el caso de la acción de César Borgia en Romaña, que es el único ejemplo en el libro a este respecto y sobre el cual Maquiavelo vuelve complacidamente. Pero, tanto la parsimonia, como la represión de los desmanes se presentan no como normas morales, sino en un plano instrumental, desde el punto de vista del interés político del príncipe, que consiste en granjearse el favor de los muchos a expensas de los pocos.*

Esto no excluye que influyan aquí factores extratécnicos: el deseo de contribuir a la reducción del fiscalismo (Maquiavelo nunca pierde de vista el destinatario inmediato de su discurso, el

XVII
Sobre la crueldad y la piedad, y si es mejor ser amado que temido o lo contrario

Examinando las otras cualidades antes dichas, digo que cada príncipe debe desear ser considerado piadoso y no cruel; sin embargo debe tener cuidado de no usar mal esa piedad. César Borgia era considerado cruel; sin embargo esa crueldad suya había restaurado a Romaña, la había unido y reducido a la paz y la lealtad. Y si se considera bien esto, se verá que él fue mucho más piadoso que el pueblo florentino, que por evitar el nombre de cruel dejó destruir Pistoia. Por lo tanto el príncipe no debe guardarse de la infamia de cruel, para tener a sus súbditos unidos y leales, porque con poquísimos ejemplos será más piadoso que aquéllos que, por exceso de piedad, dejan seguir los desórdenes, de lo cual nacen muertes y rapiñas: porque éstas suelen ofender a una colectividad entera, mientras que las ejecuciones que vienen del príncipe ofenden a un particular. Y entre todos los príncipes, al príncipe nuevo le es imposible evitar el nombre de cruel, porque los estados nuevos están llenos de peligros. Y Virgilio por boca de Dido dice:

«la dura necesidad y la juventud del reino
me obligan a usar tales medios,
y a defender con vasta guardia los confines».

«príncipe» de Florencia), su antipatía por la nobleza, y también –¿por qué no?– el problema moral, que subyace siempre a estos planteos, aunque reprimido, pues aquí se trata del poder, que no puede, por su propia naturaleza, tenerlo en cuenta. La «crueldad piadosa» es un caso particular; no es la que el príncipe nuevo debe usar necesariamente para llegar al gobierno y, luego, más cautelosamente, para mantenerse en él. Su inclusión obedece al deseo de no dejar de lado ningún aspecto de esta realidad compleja. El problema de la violencia y de su legitimidad atormenta y atormentará siempre la conciencia humana. Maquiavelo, de acuerdo con la mentalidad humanística, encuentra moralmente positivo el puñal del que mata a un tirano (contra quien, a menudo, «no queda» -dice- «otro remedio que el hierro» (**Discursos...** *I, 58, al final). Y, sin duda, aprobaba la ejecución de Vitelli, capitán mercenario al servicio de Florencia en la guerra contra Pisa, llevada a cabo más en prevención de peligros futuros, que para castigar un delito comprobado. Por otra parte, el hecho de*

Nondimanco debbe esser grave al credere e al muoversi, né si fare paura da se stesso; e procedere in modo temperato con prudenzia e umanità, che la troppa confidenzia non lo facci incauto e la troppa diffidenzia non lo renda intollerabile.

Nasce da questo una disputa: s'egli è meglio essere amato che temuto, o e converso. Rispondesi che si vorrebbe essere l'uno e l'altro; ma perché egli è difficile accozzarli insieme, è molto più sicuro essere temuto che amato, quando si abbia a mancare dell'uno de' dua. Perché degli uomini si può dire questo generalmente: che sieno ingrati, volubili, simulatori e dissimulatori, fuggitori de' pericoli, cupidi di guadagno; e mentre fai loro bene, sono tutti tua, offeronti el sangue, la roba, la vita, e' figliuoli, come di sopra dissi, quando il bisogno è discosto; ma, quando ti si appressa, e' si rivoltano. E quel principe che si è tutto fondato in sulle parole loro, trovandosi nudo di altre preparazioni, rovina; perché le amicizie che si acquistano col prezzo, e non con grandezza e nobiltà di animo, si meritano, ma le non si hanno, e a' tempi non si possono spendere. E gli uomini hanno meno respetto a offendere uno che si facci amare, che uno che si facci temere; perché l'amore è tenuto da uno vinculo di obligo, il quale, per essere gli uomini tristi, da ogni occasione di propria utilità è rotto; ma il timore è tenuto da una paura di pena che non ti abbandona mai.

Debbe nondimanco el principe farsi temere in modo che, se non acquista lo amore, che fugga l'odio; perché può molto bene stare insieme essere temuto e non odiato; il che farà sempre, quando si astenga dalla roba de' sua cittadini e de' sua sudditi, e dalle donne loro. E quando pure li bisognasse procedere contro al sangue di alcuno, farlo quando vi sia iustificazione conveniente e causa manifesta; ma, sopra tutto, astenersi dalla roba d'altri: perché li uomini sdimenticano piú presto la morte del padre che la perdita del patrimonio. Di poi, le cagioni del torre la roba non mancono mai; e, sempre, colui che comincia a vivere con rapina, truova cagione di occupare quel d'altri; e, per adverso, contro al sangue sono piú rare e mancono piú presto.

Ma, quando el principe è con gli eserciti e ha in governo moltitudine di

que Florencia, en su época republicana, actuara como «príncipe» colectivo frente a las ciudades sometidas hace que el patriotismo le invierta, como en el último capítulo de **El Príncipe**, *la escala de los valores. La cosas peores, cuando benefician a la patria, se vuelven positivas, y es un imperativo moral aceptarlas o llevarlas a cabo. El reproche, que aquí se hace a los florentinos de no haber reprimido los disturbios de Pistoia (ciudad que en aquella época estaba en su poder y se veía asolada por luchas entre las familias más encumbradas), indica que el dilema: piedad-crueldad se le planteaba a Maquiavelo también en un terreno general. El pensamiento de Maquiavelo no es ciertamente monolítico, pues está agitado profundamente por diferentes estímulos y, debido a su rica problemática (no resuelta más que en el terreno de la descripción de* **lo que es**), *abre la época moderna.*

Sin embargo debe ser ponderado en el creer y en el actuar, y no asustarse de sí mismo, y proceder en forma moderada con prudencia y humanidad, sin que lo haga incauto un exceso de confianza ni la demasiada desconfianza lo vuelva intolerable.

Nace de aquí una disputa: si es mejor ser amado que temido, o al revés. Se responde que sería deseable ser ambas cosas, pero como es difícil reunirlas, es mucho más seguro ser temido que amado, si se ha de carecer de una de las dos. Porque de los hombres puede decirse en general esto: que son ingratos, volubles, simuladores y disimuladores, evitadores de los peligros, codiciosos de ganancia; y mientras les haces bien, son todos tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como ya he dicho, cuando la necesidad está lejos; pero cuando se te acerca se dan vuelta. Y el príncipe que se ha basado enteramente en sus palabras, hallándose desnudo de otros preparativos, cae; porque las amistades que se adquieren con precio y no con grandeza y nobleza de ánimo se compran, pero no se tienen, y en su momento no se pueden usar. Y los hombres tienen menos reparos para ofender a uno que se hace amar que a uno que se hace temer; porque el amor es sostenido por un vínculo de obligación que cualquier ocasión de utilidad propia rompe, porque los hombres son malos; pero el temor es sostenido por un miedo a la pena que no te abandona nunca.

Sin embargo el príncipe debe hacerse temer de manera que, si no adquiere el amor, evite el odio, porque muy bien pueden estar juntos el ser temido y el no ser odiado; lo cual logrará siempre que se abstenga de tocar los bienes de sus ciudadanos y de sus súbditos, y las mujeres de ellos; y cuando con todo le resulte necesario proceder contra la sangre de alguno, hacerlo cuando haya justificación conveniente y causa manifiesta; pero sobre todo abstenerse de los bienes ajenos, porque los hombres olvidan más pronto la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Después, las razones para quitar los bienes nunca faltan, y el que empieza a vivir con rapiña siempre encuentra causa para ocupar los bienes de otros; y contra la sangre, por el contrario, son más raras y faltan antes.

Pero cuando el príncipe está con los ejércitos y tiene bajo su gobierno a

Nace de aquí una disputa .. no te abandona nunca. *En esta segunda parte el criterio técnico vuelve a predominar. Miedo, odio, amor, no son más que instrumentos en las manos del príncipe, que los emplea para asegurar su dominio. La descripción pesimista de la masa humana que el príncipe ve debajo de sí, material constitutivo de su poder, es uno de los pasajes más citados de la obra. Repite, con la misma vivacidad, el concepto con que se cierra el capítulo IX. La diferencia estilística está en el catálogo que figura aquí de las cualidades negativas del ser humano como tal, que tiene fuerza acumulativa. Obsérvese la sutileza de la pareja: simulador-disimulador (el que dice lo que no es - el que no dice lo que es), donde asoma la preocupación lingüística de Maquiavelo, ya puesta de manifiesto en la distinción entre «avaro» y «mísero» en el capítulo anterior a este.*

soldati, allora al tutto è necessario non si curare del nome del crudele; perché, sanza questo nome, non si tenne mai esercito unito nè disposto ad alcuna fazione. Intra le mirabili azioni di Annibale si connumera questa, che, avendo uno esercito grossissimo, misto di infinite generazioni di uomini, condotto a militare in terre aliene, non vi surgessi mai alcuna dissensione, né infra loro né contro al principe, cosí nella cattiva come nella sua buona fortuna. Il che non poté nascere da altro che da quella sua inumana crudeltà; la quale, insieme con infinite sua virtú, lo fece sempre, nel cospetto de' suoi soldati, venerando e terribile; e, sanza quella, a fare quello effetto le altre sua virtú non li bastavano. E li scrittori, in questo poco considerati, dall'una parte ammirano questa sua azione, e dall'altra dannono la principale cagione di essa.

E che sia vero che l'altre sua virtú non sarebbano bastate, si può considerare in Scipione, rarissimo non solamente ne' tempi sua, ma in tutta la memoria delle cose che si sanno: dal quale gli eserciti suoi in Ispagna si rebellorono; il che non nacque da altro che dalla troppa sua pietà, la quale aveva data a' suoi soldati piú licenzia che alla disciplina militare non si conveniva. La qual cosa li fu da Fabio Massimo in senato rimproverata, e chiamato da lui corruttore della romana milizia. E' Locrensi, sendo stati da uno legato di Scipione destrutti, non furono da lui vendicati, né la insolenzia di quello legato corretta, nascendo tutto da quella sua natura facile: talmente che, volendolo alcuno in senato escusare, disse come erano di molti uomini che sapevano meglio non errare che correggere gli errori; la qual natura arebbe col tempo violato la fama e la gloria di Scipione, se egli avesse con essa perseverato nello imperio; ma, vivendo sotto el governo del senato, questa sua qualità dannosa non solum si nascose, ma li fu a gloria.

Concludo, adunque, tornando allo essere temuto e amato, che, amando gli uomini a posta loro, e temendo a posta del principe, debbe uno principe savio fondarsi in su quello che è suo, non in su quello che è d'altri: debbe solamente ingegnarsi di fuggire lo odio, come è detto.

multitud de soldados, entonces es totalmente necesario no guardarse de la fama de cruel, porque sin esa fama nunca se ha mantenido un ejército unido, ni dispuesto a acción alguna. Entre las acciones admirables de Aníbal se cuenta ésta, que teniendo un ejército grandísimo, mezcla de infinitas especies de hombres, conducido a luchar en tierras ajenas, nunca surgió en él ninguna disensión, ni entre ellos ni contra el príncipe, ni en la mala ni en la buena fortuna. Lo cual no puede nacer de otra cosa que de aquella inhumana crueldad de él, que junto con sus infinitas virtudes lo hizo siempre venerable y temible para sus soldados; y sin esa virtud no le habrían bastado las otras. Y los escritores poco reflexivos admiran por un lado esa acción suya y por el otro censuran su causa principal. Y que es verdad que sus demás virtudes no habrían bastado se puede considerar en Escipión, rarísimo no sólo en sus tiemps sino en toda la memoria de las cosas que se saben, cuyos ejércitos en España se le rebelaron. Lo cual no nació de otra cosa que de su excesiva piedad, que había concedido a los soldados más licencia de la que convenía a la disciplina militar. Lo cual le fue reprochado en el Senado por Fabio Máximo, que lo llamó corruptor de la milicia romana. Los locrenses, destruidos por un legado de Escipión, no fueron vengados por él, ni la insolencia de aquel legado fue corregida, y todo nació de su naturaleza fácil; tanto que queriendo alguno excusarlo en el Senado, dijo que había muchos hombres que mejor sabían no errar que corregir los errores. Y esa naturaleza con el tiempo habría violado la fama y la gloria de Escipión, si él hubiese perseverado con ella en el imperio; pero viviendo con ella bajo el gobierno del Senado, esa cualidad perniciosa suya no sólo quedó oculta sino que le produjo gloria.

Concluyo pues, volviendo al ser temido y amado, que como los hombres aman cuando les parece a ellos y temen cuando le parece al príncipe, un príncipe sabio debe basarse en lo que es suyo, no en lo que es de otros; solamente debe ingeniarse por evitar el odio, como se ha dicho.

Pero cuando el príncipe está con los ejércitos ... le produjo gloria. *Como caracteriza al principado, así Maquiavelo caracteriza lo militar. El ejército es en sí un principado, aun cuando está al servicio de una república. Maquiavelo enseña a los pueblos a liberarse de los príncipes, pero no sueña poder prescindir del ejército. Su república debe «asegurarse», y, por lo tanto, debe ser militarmente fuerte. Y el jefe de cualquier ejército debe seguir forzosamente los preceptos que él da a su príncipe. Con ese criterio, puramente técnico, alaba a Aníbal y reprueba a Escipión. La índole «fácil» de este último, que le hacía evitar la crueldad (no era, pues, piedad, sino comodidad) fue inconveniente mientras tuvo el mando; se volvió gloria cuando se reintegró a la vida civil. La «crueldad» es, pues, un atributo necesario del poder, y tanto más, cuanto más absoluto es este poder.*

Concluyo, pues ... como se ha dicho. *La conclusión parece fríamente lógica. Pero este príncipe que se basa en el miedo que difunde porque lo siente suyo, y que no pide amor, porque el amor es de otros, es una figura terriblemente solitaria, encerrada en la prisión de su yo, que se agota en su poder; es una figura de tragedia, forjada con criterio de artista.*

XVIII
Quomodo fides a principibus sit servanda

Quanto sia laudabile in uno principe mantenere la fede e vivere con integrità e non con astuzia, ciascuno lo intende; nondimanco si vede, per esperienza ne' nostri tempi, quelli principi avere fatto gran cose, che della fede hanno tenuto poco conto, e che hanno saputo con l'astuzia aggirare e' cervelli degli uomini; e alla fine hanno superato quelli che si sono fondati in sulla lealtà.

Dovete, adunque, sapere come sono dua generazioni di combattere: l'uno con le leggi, l'altro con la forza: quel primo è proprio dell'uomo, quel secondo è delle bestie: ma perché el primo molte volte non basta, conviene ricorrere al secondo. Pertanto, a uno principe è necessario sapere bene usare la bestia e l'uomo. Questa parte è suta insegnata a' principi copertamente dagli antichi scrittori; li quali scrivono come Achille e molti altri di quelli principi antichi furono dati a nutrire a Chirone centauro, che sotto la sua

Notas al capítulo XVIII

Este capítulo XVIII, que trata el problema de si un príncipe debe mantener la palabra dada y observar los pactos (dicho aquí en forma latinizante: «observar la fe») es el más célebre, el más aborrecido por los moralistas rutinarios y, acaso, el de mayor nivel literario. Para juzgarlo en su justo alcance, hay que tener presente el capítulo 59 del libro I de los **Dicursos sobre la primera década de Tito Livio**, *donde se sostiene que es más prudente aliarse con una república que con un príncipe, pues una república observa más los pactos, y un príncipe menos. Lo que significa que este capítulo no se refiere a la política en general, sino sólo al poder unipersonal, que se aleja de las normas generalmente admitidas de convivencia tanto más, cuanto más incontrolado esté. El protagonista de este capítulo es el «príncipe nuevo», es César Borgia, es Alejandro VI, es Fernando el Católico. Pero su substancia se ajusta al poder en sí mismo. Sus preceptos sirven menos para una república, porque allí el poder está menos concentrado en el gobierno y hay una mayor vigilancia popular.*

Cuán digno de alabanza ... la lealtad. *Plantea de entrada, una vez más, el contraste entre el* **ser** *y el* **deber ser**, *siendo este último muchas veces incompatible con la realidad brutal del ejercicio del poder. Por esto, objetivamente, en sus últimas consecuencias,* **El Príncipe** *es un libro anarquista. El elogio inicial de la «buena fe» no es irónico, como se pretendió, sino dirigido a dar al capítulo su justa clave. El autor va a hablar de lo que debe hacer un príncipe, y especialmente un soberano absoluto, si no quiere perder el poder y, acaso, la vida. En el ámbito de la mentalidad oficial absolutista de la época siguiente se aborreció a Maquiavelo aparentemente porque daba al «príncipe»*

XVIII
De qué modo deben los príncipes observar su palabra

Cúan digno de alabanza es en un príncipe mantener su palabra, y vivir con integridad y no con astucia, lo entienden todos; sin embargo se ve por experiencia, en nuestros tiempos, que los príncipes que de su palabra se han preocupado poco y que han sabido con astucia dar vuelta el cerebro de los hombres han hecho grandes cosas, y finalmente han superado a aquellos que se han basado en la lealtad.

Debéis saber pues que hay dos maneras de combatir: una con las leyes y otra con la fuerza; la primera es propia del hombre, la segunda de las bestias; pero como la primera muchas veces no basta, es preciso recurrir a la segunda. Por lo tanto es necesario para el príncipe saber usar bien la bestia y el hombre. Esta parte fue enseñada a los hombres en forma encubierta por los escritores antiguos, los cuales escriben que Aquiles, y muchos otros de aquellos príncipes antiguos, fueron confiados al centauro Quirón para que

consejos inmorales, pero en realidad, porque, al presentar esos preceptos como ineludibles, desprestigiaba el poder absoluto. Se intentó entonces una concialiación de la política gubernamental con la moral por medio de la doctrina de la «razón de estado», indicio de un desasosiego del que la obra de Maquiavelo era, pesar de todo, el punto de partida.

No mantener las promesas cuando no convenga y «envolver el cerebro de los hombres»: esa es la conducta normal del príncipe, para el cual el empleo de la astucia no es sólo tarea necesaria, sino también un sutil disfrute: el del cazador, quien, gracias a su habilidad, engaña a su presa. Ese disfrute forma parte de la embriaguez del poder y llena el vacío que el príncipe crea alrededor de sí.

Debeis saber pues ... no es durable. *Este segundo párrafo, mucho más largo, es complejo y está literariamente construído con cierta fruición humanística. Se siente en él, una vez más, el naturalismo del Renacimiento, pero también la reminiscencia, un tanto preciosista, de los «bestiarios medievales» y, acaso, del canto XII del «Infierno» dantesco, el de los centauros. A los centauros, medio-hombre, medio-bestias, los griegos imaginaron confiada la educación de los más antiguos príncipes, pues -dice Maquiavelo- para gobernar, hay que emplear ya las leyes, características de los hombres, ya la fuerza, característica de las bestias. El centauro sería entonces la materialización fantástica del dilema que siempre atormentó al hombre. Para Pascal, ese dilema será: ángel o bestia. Para Maquiavelo, que no era íntimamente religioso, es simplemente hombre o bestia, referido, sin embargo, no a los seres humanos en general, sino a los príncipes, y, particularmente, a los príncipes nuevos.*

disciplina li custodissi. Il che non vuole dire altro, avere per precettore uno mezzo bestia e mezzo uomo, se non che bisogna a uno principe sapere usare l'una e l'altra natura; e l'una sanza l'altra non è durabile.

Sendo, dunque, uno principe necessitato sapere bene usare la bestia, debbe di quelle pigliare la golpe e il lione, perché il lione non si defende da' lacci, la golpe non si defende da' lupi. Bisogna, adunque, essere golpe a conoscere e' lacci, e lione a sbigottire e' lupi. Coloro che stanno semplicemente in sul lione; non se ne intendano. Non può, pertanto, uno signore prudente, né debbe, osservare la fede, quando tale osservanzia li torni contro e che sono spente le cagioni che la feciono promettere. E se gli uomini fussino tutti buoni, questo precetto non sarebbe buono; ma perché sono tristi e non la osservarebbono a te, tu etiam non l'hai ad osservare a loro. Né mai a uno principe mancorono cagioni legittime di colorire la inosservanzia. Di questo se ne potrebbe dare infiniti esempli moderni e mostrare quante paci, quante promesse sono state fatte irrite e vane per la infidelità de' principi: e quello che ha saputo meglio usare la golpe è meglio capitato. Ma è necessario questa natura saperla bene colorire, ed essere gran simulatore e dissimulatore: e sono tanto semplici gli uomini, e tanto obediscano alle necessità presenti, che colui che inganna troverrà sempre chi si lascerà ingannare.

Io non voglio, degli esempli freschi, tacerne uno. Alessandro VI non fece mai altro, non pensò mai ad altro, che a ingannare uomini: e sempre trovò subietto da poterlo fare. e non fu mai uomo che avessi maggiore efficacia in asseverare, e con maggiori giuramenti affermassi una cosa, che la osservassi meno: nondimanco sempre li succederono gli inganni ad votum, perché conosceva bene questa parte del mondo.

A uno principe, adunque, non è necessario avere in fatto tutte le soprascritte qualità, ma è bene necessario parere di averle. Anzi ardirò di dire questo, che, avendole e osservandole sempre, sono dannose; e parendo

Como un príncipe, pues, necesita ... se deje engañar. *Aquí, uno de los términos del dilema se abre en otro dilema subordinado que revela enseguida su importancia: ¿zorro o león? Ya una cosa, ya la otra, -contesta el autor- según las circunstancias; y explica el porqué a través de una serie de alternativas cruzadas.*

Si debbe pigliare la golpe e il lione; perché il lione non se defende da' lacci, la golpe non se defende da' lupi. Bisogna adunque essere golpe a conoscere e' lacci e lione a sbigottire e' lupi.

El sutil juego literario de inversión del dilema está acompañado por un juego fónico de repeticiones, que hace más incisivo e impactante el razonamiento.

Lo que sigue es dramáticamente pesimista. Al nivel del príncipe, las relaciones políticas están todas viciadas por el egoísmo y la mala fe. En la primera parte, cuando se refiere a los hombres, que «no son buenos», Maquiavelo piensa especialmente en los rivales del príncipe, que están él en igualdad de condiciones (ellos tampoco observarían los pactos, si no les conviniera); al final, cuando menciona la gente sencilla, que se deja engañar porque está absorbida «por las necesidades del momento presente», piensa más bien en los súbditos. La repetición sigue desempeñando una

los nutriera y los custodiara bajo su disciplina. Lo que no significa otra cosa, tener por preceptor a uno mitad bestia y mitad hombre, sino que el príncipe necesita saber usar una y otra naturaleza; y la una sin la otra no es durable.

Como un príncipe pues necesita saber usar bien la bestia, debe entre ellas tomar el zorro y el león; porque el león no se defiende de los lazos, el zorro no se defiende de los lobos. Es preciso ser zorro para conocer los lazos, y león para asustar a los lobos. Los que están siempre de león no entienden de esto. No puede por lo tanto un señor prudente, ni debe, observar su palabra cuando esa observancia se vuelva contra él y cuando se hayan extinguido las razones que lo movieron a darla. Y si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno; pero como son malos y no te la observarían a ti, tú tampoco tienes que observársela a ellos. Y a un príncipe nunca le faltan razones legítimas para colorear su inobservancia. De esto podrían darse infinitos ejemplos modernos, y mostrar cuántas paces, cuántas promesas fueron hechas írritas y vanas por la infidelidad de los príncipes, y el que ha sabido usar mejor el zorro ha terminado mejor. Pero es necesario saber colorear bien esa naturaleza, y ser gran simulador y disimulador; y son tan simples los hombres, y tanto obedecen a las necesidades presentes, que el que engaña siempre encontrará quien se deje engañar.

Yo no quiero de los ejemplos frescos callar uno. Alejandro VI no hizo nunca otra cosa, no pensó nunca en otra cosa que en engañar hombres, y siempre encontró materia para poderlo hacer. Y no hubo nunca hombre que tuviera mayor eficacia en aseverar, y con mayores juramentos afirmase una cosa, que la observase menos; sin embargo siempre le salieron los engaños a su gusto, porque conocía bien esa cualidad del mundo.

Un príncipe, pues, no necesita tener, de hecho, todas las cualidades antes dichas, pero sí necesita parecer tenerlas. Incluso me atreveré a decir esto: que teniéndolas y observándolas siempre son perjudiciales, y pareciendo tenerlas son útiles; como parecer piadoso, fiel, humano, íntegro, religioso,

función importante en la búsqueda de la eficacia estilística. El párrafo entero tiene estructura de estrofa, en la que los dos motivos del zorro y del león se unen, se alternan, se intercambian los predicados y, por fin, como entre los dientes de una tenaza, encierran la parte aseverativa: «no puede por lo tanto un señor prudente...». El largo párrafo termina con la afirmación de la necesidad de cubrir zorro y león con hermosas apariencias.

Yo no quiero de los ejemplos ... esa cualidad del mundo. *Es una vigorosa aplicación de lo anterior al campo concreto de la historia. El resultado es esta epopeya negativo-positiva de Alejandro VI a golpes de repeticiones y contraposiciones. Es breve, pero incisiva y ocupa exactamente el centro del capítulo, como si todo lo demás fuera la pulpa de este carozo.*

Un príncipe, pues, no necesita ... sí es necesario. *El pasaje es importante por la idea de necesidad inherente al poder, y por el valor que aquí se atribuye a la apariencia, a la escena, en el ejercicio del mismo. Al final del segundo período, tan largo, el* **tú** *aparece sorpresivo, introduciendo al príncipe como interlocutor en medio de una oración completamente impersonal; es un procedimiento estilístico de gran eficacia, que aquí se ve reforzada por la incoherencia sintáctica.*

di averle, sono utili; come parere pietoso, fedele, umano, intero, religioso, ed essere; ma stare in modo edificato con l'animo, che, bisognando non essere, tu possa e sappi mutare il contrario. E hassi ad intendere questo, che uno principe, e massime uno principe nuovo, non può osservare tutte quelle cose per le quali gli uomini sono tenuti buoni, sendo spesso necessitato, per mantenere lo stato, operare contro alla fede, contro alla carità, contro alla umanità, contro alla religione. E però bisogna che egli abbia uno animo disposto a volgersi secondo ch'e' venti della fortuna e le variazioni delle cose li comandano, e, come di sopra dissi, non partirsi dal bene, potendo, ma sapere intrare nel male, necessitato.

Debbe, adunque, avere uno principe gran cura che non gli esca mai di bocca una cosa che non sia piena delle soprascritte cinque qualità; e paia, a vederlo e udirlo, tutto pietà, tutto fede, tutto integrità, tutto umanità, tutto religione. E non è cosa piú necessaria a parere di avere che questa ultima qualità. E gli uomini, in universali, iudicano piú agli occhi che alle mani; perché tocca a vedere a ognuno, a sentire a pochi. Ognuno vede quello che tu pari, pochi sentono quello che tu se'; e quelli pochi non ardiscano opporsi alla opinione di molti che abbino la maestà dello stato che li defenda; e nelle azioni di tutti gli uomini, e massime de' principi, dove non è iudizio a chi reclamare, si guarda al fine. Facci dunque uno principe di vincere a mantenere lo stato: e' mezzi saranno sempre iudicati onorevoli e da ciascuno laudati; perché il vulgo ne va sempre preso con quello che pare, e con lo evento della cosa; e nel mondo non è se non vulgo; e li pochi ci hanno luogo quando li assai hanno dove appoggiarsi. Alcuno principe de' presenti tempi, quale non è bene nominare, non predica mai altro che pace e fede, e dell'una e dell'altra è inimicissimo; e l'una e l'altra, quando e' l'avessi osservata, gli arebbe piú volte tolto o la reputazione o lo stato.

y serlo; pero estar preparado con el ánimo de manera que, si es preciso no serlo, tú sepas y puedas convertirte en lo contrario. Y débese entender eso: que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede observar todas las cosas por las que los hombres son considerados buenos, porque a menudo necesita, para mantener el estado, obrar en contra de la lealtad, en contra de la caridad, en contra de la humanidad, en contra de la religión. Y por eso es necesario que tenga un ánimo dispuesto a volverse según los vientos y las variaciones de la suerte lo ordenen, y como dije más arriba, no apartarse del bien, si es posible, pero saber entrar en el mal, si es necesario.

Debe pues cuidar mucho el príncipe de que jamás le salga de la boca una cosa que no esté llena de las cinco cualidades dichas más arriba, y parecer, al verlo y oírlo, todo piedad, todo lealtad, todo integridad, todo humanidad, todo religión. Y no hay cosa que sea más necesario parecer tener que esta última cualidad. Y los hombres en general juzgan más con los ojos que con las manos; porque ver toca a todos y sentir a pocos. Todos ven lo que tú pareces, pocos sienten lo que eres, y esos pocos no se atreverán a oponerse a la opinión de los muchos, que tienen la majestad del estado que los defiende; y en las acciones de todos los hombres, y máxime de los príncipes, donde no hay tribunal al que reclamar, se mira al fin. Haga pues un príncipe por vencer y mantener el estado; y sus medios serán siempre juzgados honestos y elogiados por todos; porque el vulgo se queda en lo que parece y en el resultado de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo; y los pocos no tienen lugar en él cuando los muchos tienen en qué apoyarse. Algún príncipe de los tiempos presentes, que no estaría bien nombrar, no predica nunca otra cosa que paz y lealtad, y de la una y de la otra es gran enemigo; y la una y la otra, si las hubiera observado, le habrían quitado muchas veces o la reputación o el estado.

Debe pues cuidar mucho el príncipe ... la reputación o el estado. *Sigue el tema de la simulación, de lo importante que es la apariencia para gobernar: todos ven, pocos palpan («sienten»). Aquí también se recurre a las repeticiones (pocos, pocos; vulgo, vulgo...) y a las contraposiciones (ojos, manos; pocos, muchos; lo que pareces, lo que eres...). Esa mayoría que ve desde lejos, pero no toca con sus manos la realidad es el pueblo, que juzga según las apariencias y los resultados. Los pocos que conocen la realidad concreta son, pues, impotentes, ya que los muchos se apoyan en los éxitos de los poderosos y se sienten fuertes, por estar del lado de quien tiene el poder.* **E li pochi non ci hanno luogo...** *Seguimos, en esta frase tan controvertida, el texto de Cassella y Mazzoni, que es el único que ofrece un sentido coherente con el resto del capítulo. Toda nuestra historia contemporánea nos muestra hasta qué punto el ocupar posiciones de gobierno aumenta la credibilidad.*

Todo el capítulo está dominado por este fuerte contraste entre el bien y el mal, que le da un tinte casi religioso. La «necesidad» del mal pesa sobre el príncipe y sobre el vulgo como una condena. El ejemplo de Fernando el Católico, al final, reforzado por la exigencia del anonimato, exagerada, creo, pero adecuada para crear una atmósfera de miedo (las armas españolas habían reestablecido a los Médici en Florencia), cierra bien el capítulo, que el otro ejemplo de Alejandro VI corta, casi exactamente en la parte media. Desde el punto de vista estructural, el capítulo ha sido muy trabajado, trabajado como una obra de amarga poesía, que parece cínica y es desolada.

XIX
De contemptu et odio fugiendo

Ma perché, circa le qualità di che sopra si fa menzione, io ho parlato delle piú importanti, l'altre voglio discorrere brevemente sotto questa generalità: che il principe pensi, come di sopra in parte è detto, di fuggire quelle cose che lo faccino odioso e contennendo; e qualunque volta fuggirà questo, arà adempiuto le parti sua e non troverrà nelle altre infamie periculo alcuno. Odioso lo fa, sopra tutto, come io dissi, lo essere rapace e usurpatore della roba e delle donne de' sudditi: di che si debbe astenere; e qualunque volta alle universalità degli uomini non si toglie né roba né onore, vivono contenti; e solo si ha a combattere con la ambizione di pochi, la quale in molti modi, e con facilità, si raffrena. Contennendo lo fa essere tenuto vario, leggieri, effeminato, pusillanime, irresoluto: da che uno principe si debbe guardare come da uno scoglio, e ingegnarsi che nelle azioni sua si riconosca grandezza, animosità, gravità, fortezza; e, circa e' maneggi privati de' sudditi, volere che la sua sentenzia sia irrevocabile; e si mantenga in tale opinione, che alcuno non pensi né a ingannarlo né ad aggirarlo.

Quel principe che dà di sé questa opinione, è reputato assai; e contro a chi è reputato con difficultà si coniura, con difficultà è assaltato, purché si intenda che sia eccellente e riverito da' suoi. Perché uno principe debbe avere dua paure: una drento, per conto de' sudditi; l'altra di fuora, per conto de' potentati esterni. Da questa si defende con le buone arme e con li buoni amici; e sempre, se arà buone arme, arà buoni amici; e sempre staranno ferme le cose di drento, quando stieno ferme quelle di fuora, se già non le

Notas al capítulo XIX

Es un capítulo largo y moroso. El historiador prevalece aquí sobre el agudo y sintético observador y sobre el artista.

XIX
Cómo hay que evitar el desprecio y el odio

Pero como entre las cualidades que más arriba se han mencionado he hablado de las más importantes, quiero discurrir brevemente acerca de las demás bajo esta generalidad: que el príncipe piense, como se ha dicho más arriba, en evitar las cosas que lo hacen odioso o despreciable; y siempre que evite eso, habrá cumplido con su parte, y no hallará en los otros defectos peligro alguno. Odioso lo hace, sobre todo, el ser rapaz y usurpador de los bienes y de las mujeres de sus súbditos, de lo cual debe abstenerse; y cuando a la universalidad de los hombres no se les quitan ni bienes ni honor, viven contentos, y no hay que luchar más que con la ambición de pocos, la cual se refrena de muchas maneras y con mucha facilidad. Despreciable lo hace el ser considerado variable, ligero, afeminado, pusilánime, irresoluto: de lo cual el príncipe debe guardarse como de un escollo, e ingeniarse por que en sus acciones se reconozca grandeza, ánimo, gravedad, fortaleza, y respecto a los manejos privados de sus súbditos querer que su sentencia sea irrevocable, y se mantenga en esa opinión, para que nadie piense en engañarlo ni en envolverlo.

El príncipe que da de sí esa opinión es muy bien reputado, y contra quien tiene reputación difícilmente se conjura y difícilmente se lo ataca, siempre que se sepa que es excelente y respetado por los suyos. Porque un príncipe debe tener dos temores: uno adentro, por cuenta de los súbditos, el otro afuera, por cuenta de los poderosos exteriores. De éste se defiende con las buenas armas y con los buenos amigos, y si tienen buenas armas siempre

Pero, como entre las cualidades ... envolverlos. *En estas primeras líneas está la substancia del capítulo: el príncipe debe hacerse respetar por el pueblo y, por encima de todo, mostrarse firme. Si da la impresión de ser débil, esté perdido. Pero también debe procurar no ser* **rapaz**. *Este adjetivo se repite varias veces en este capítulo y en toda la obra, pues la* **rapiña** *era característica del «príncipe nuevo», negativa desde el punto de vista técnico, es decir desde el punto de vista del poder, mientras la simulación es técnicamente positiva.*

Sigue una larga digresión acerca de las conjuraciones, tema que Maquiavelo desarrolla ampliamente en los **Discursos sobre la primera década de Tito Livio.** *Evidentemente aquí le interesa recalcar que el príncipe que se haya ganado el amor del pueblo corre poco riesgo de perecer por manos de conjurados (que en la Italia renacentista eran generalmente nobles).*

fussino perturbate da una coniura; e quando pure quelle di fuora movessino, s'egli è ordinato e vissuto come ho detto, quando non si abbandoni, sempre sosterrà ogni impeto, come io dissi che fece Nabide spartano. Ma, circa e' sudditi, quando le cose di fuora non muovino, si ha a temere che non coniurino secretamente: del che il principe si assicura assai, fuggendo lo essere odiato o disprezzato, e tenendosi el populo satisfatto di lui; il che è necessario conseguire, come di sopra a lungo si disse. E uno de' piú potenti remedii che abbi uno principe contro alle coniure, è non essere odiato dallo universale: perché sempre chi coniura crede, con la morte del principe, satisfare al populo; ma quando creda offenderlo, non piglia animo a prendere simile partito, perché le difficultà che sono dalla parte de' coniuranti sono infinite. e per esperienza si vede molte essere state le coniure, e poche avere avuto buon fine; perché chi coniura non può essere solo, né può prendere compagnia se non di quelli che creda essere mal contenti; e subito che a uno mal contento tu hai scoperto l'animo tuo, gli dài materia a contentarsi, perché manifestamente lui ne può sperare ogni commodità: talmente che, veggendo el guadagno fermo da questa parte, e dall'altra veggendolo dubio e pieno di periculo, conviene bene o che sia raro amico, o che sia, al tutto, ostinato inimico del principe, ad osservarti la fede. E per ridurre la cosa in brevi termini, dico che, dalla parte del coniurante, non è se non paura, gelosia, sospetto di pena che lo sbigottisce; ma, dalla parte del principe, è la maestà del principato, le leggi, le difese degli amici e dello stato che lo defendano; talmente che, aggiunto a tutte queste cose la benivolenzia populare, è impossibile che alcuno sia sí temerario che coniuri. Perché, per lo ordinario, dove uno coniurante ha a temere innanzi alla esecuzione del male, in questo caso debbe temere ancora poi (avendo per inimico el populo) seguito lo eccesso, né potendo per questo sperare refugio alcuno.

Di questa materia se ne potria dare infiniti esempli; ma voglio solo essere contento di uno, seguito alla memoria de' padri nostri. Messer Annibale Bentivoglio, avolo del presente messer Annibale, che era principe in Bologna, sendo da' Canneschi, che li coniurorono contro, ammazzato, né rimanendo di lui altri che messer Giovanni, che era in fasce, subito dopo tale omicidio, si levò il populo e ammazzò tutti e Canneschi. Il che nacque dalla benivolenzia populare che la casa de' Bentivogli aveva in quelli tempi: la quale fu tanta, che, non restando di quella alcuno in Bologna che potessi, morto Annibale, reggere lo stato, e avendo indizio come in Firenze era uno nato de' Bentivogli che si teneva fino allora figliuolo d'uno fabbro, venno e' Bolognesi per quello in Firenze, e li dettono el governo di quella città: la quale fu governata da lui fino a tanto che messer Giovanni pervenissi in età conveniente al governo.

tendrá buenos amigos; y siempre estarán quietas las cosas de adentro cuando estén firmes las de afuera, si no son perturbadas por una conjuración; y aun cuando las de afuera se movieran, si él es ordenado y ha vivido como se ha dicho, mientras no se abandone siempre resistirá cualquier ímpetu, como he dicho que hizo Nabis el espartano. Pero en cuanto a los súbditos, aunque las cosas de afuera no se muevan, debe temer que conjuren secretamente, contra lo cual el príncipe se asegura mucho evitando el ser odiado o despreciado, y teniendo al pueblo satisfecho de él: lo cual es necesario, como más arriba largamente se ha dicho. Y uno de los más potentes remedios que tiene un príncipe contra las conjuras es no ser odiado por la población: porque siempre el que conjura cree con la muerte del príncipe satisfacer al pueblo, pero si cree ofenderlo no tiene ánimo para tomar semejante partido, porque para los conjurados las dificultades son infinitas. Y por experiencia se ve que muchas han sido las conjuraciones, y pocas han tenido buen fin. Porque el que conjura no puede estar solo, ni puede tomar compañía salvo de los que crea estar descontentos; y una vez que le has descubierto tu ánimo a un descontento, le das materia para contentarse, porque manifiestamente él puede esperar de ello cualquier comodidad; porque viendo por ese lado ganancia segura, y por el otro dudosa y llena de peligros, para que te sea leal es preciso o que sea un amigo tuyo de rara calidad, o que sea enemigo totalmente obstinado del príncipe. Y para reducir las cosas a términos breves, digo que de la parte del que conjura no hay más que temor, celos, sospecha de pena que lo asusta; pero de la parte del príncipe están la majestad del principado, las leyes, la defensa de los amigos y del estado que lo defienden; de manera que si a todas estas cosa se suma la benevolencia popular, es imposible que nadie tenga la temeridad de conjurar. Porque por lo común, quien conjura debe temer antes de la ejecución del mal, pero en este caso debe temer también después, teniendo al pueblo de enemigo después del exceso, y no pudiendo por esto esperar refugio alguno.

De esta materia podrían darse infinitos ejemplos, pero quiero contentarme con uno solo, que ocurrió dentro de la memoria de nuestros padres. Cuando *messer* Aníbal Bentivoglio, abuelo del *messer* Aníbal actual, que era príncipe de Bolonia, fue muerto por los Canneschi que conjuraron contra él, y no quedó de los suyos más que *messer* Giovanni, que era un niño de pañales, inmediatamente después del homicidio se levantó el pueblo y mató a todos los Canneschi. Lo cual nació de la benevolencia popular que la casa de los Bentivoglio tenía en aquel tiempo, la cual fue tanta que, no quedando en Bolonia ninguno de aquella casa que pudiera, muerto Aníbal, regir el estado, y teniendo indicio de que en Florencia había un hijo de los

De esta materia podrían darse ... edad conveniente para gobernar. *Se refiere a un episodio de las luchas internobiliarias por el dominio de Bolonia, donde la casa de los Bentivoglio tenía tradicionalmente un gran prestigio y, en el siglo XV, dos veces había alcanzado el señorío de la ciudad. La segunda fue en 1445, cuando se desarrollaron los hechos aquí relatados.*

Concludo, pertanto, che uno principe debbe tenere delle coniure poco conto, quando il populo li sia benivolo; ma, quando li sia inimico e abbilo in odio, debbe temere d'ogni cosa e d'ognuno. E li stati bene ordinati e li principi savi hanno con ogni diligenzia pensato di non desperare e' grandi, e di satisfare al populo e tenerlo contento; perché questa è una delle piú importanti materie che abbia uno principe.

Intra' regni bene ordinati e governati, a' tempi nostri, è quello di Francia: e in esso si trovano infinite costituzioni buone, donde depende la libertà e sicurtà del re. Delle quali la prima è il parlamento e la sua autorità, perché quello che ordinò quel regno, conoscendo la ambizione de' potenti e la insolenzia loro, e iudicando essere loro necessario uno freno in bocca che li correggessi e, dall'altra parte, conoscendo l'odio dello universale contro a' grandi fondato in sulla paura, e volendo assicurarli, non volse che questa fussi particulare cura del re per torli quel carico ch'e' potessi avere co' grandi favorendo e' populari, e con li populari favorendo e' grandi; e però costituí uno iudice terzo, che fussi quello che, sanza carico del re, battessi e' grandi e favorissi e' minori. Né possé essere questo ordine migliore né piú prudente, né che sia maggiore cagione della securtà del re e del regno. Di che si può trarre un altro notabile: che li principi debbano le cose di carico fare sumministrare ad altri, quelle di grazia a loro medesimi. Di nuovo concludo che uno principe debbe stimare e' grandi, ma non si fare odiare dal populo.

Parrebbe forse a molti, considerato la vita e morte di alcuno imperatore romano, che fussino esempli contrari a questa mia opinione, trovando alcuno essere vissuto sempre egregiamente e mostro grande virtú d'animo, nondimeno avere perso lo imperio, o vero essere stato morto da' suoi che gli hanno coniurato contro. Volendo, pertanto, rispondere a queste obiezioni, discorrerò le qualità di alcuni imperatori mostrando le cagioni della loro

Entre los reinos bien ordenados ... no hacerse odiar por el pueblo. *Si en el caso anterior se pasa de la norma al ejemplo, en este, que introduce un tema nuevo, se pasa del ejemplo a la norma. Para apoyarse en el pueblo sin enemistarse con los nobles y, en general, para no tener la responsabilidad de las medidas necesarias y desagradables, el rey de Francia ha dejado la administración de la justicia en manos de un organismo autónomo, el parlamento. Es esta otra de las tácticas que el príncipe debe adoptar para no hacerse odiar por el pueblo: crear órganos de poder que ejerzan las funciones más impopulares. En los* **Discursos...** *(III, 1), el parlamento francés es exaltado como limitador del absolutismo real.*

Han sido observadas analogías entre este pasaje de **El Príncipe** *y otros de una obra publicada en Francia en 1515:* **La Grant' Monarchie de France** *de Claude de Seyssel. Sería un indicio más, bastante débil por cierto, en favor de la tesis, que considero probable, de que* **El Príncipe**, *escrito en 1513, haya sido objeto de modificaciones y agregados después de 1515.*

A muchos les parecerá quizás... *Este enumeración de las cualidades y de la historia de los emperadores del comienzo del Bajo Imperio romano, aunque demasiado larga, es importante, porque, al responder a una posible objeción (el opuesto destino de gobernantes que siguieron una misma línea política), hace resaltar, al lado de los nobles y del pueblo, como fuerzas sobre las cuales el príncipe debe tratar de dominar, un tercer elemento, que en la antigüedad fue decisivo, el ejército.*

Bentivoglio que era tenido hasta ahí por hijo de un artesano, vinieron los boloñeses a buscarlo a Florencia y le dieron el gobierno de aquella ciudad: la cual fue gobernada por él hasta que *messer* Giovanni llegó a edad conveniente para gobernar.

Concluyo, por lo tanto, que un príncipe debe hacer poco caso de las conjuraciones, mientras el pueblo lo quiera bien; pero si el pueblo es su enemigo y le tiene odio, debe temer a todo y a todos. Y los estados bien ordenados y los príncipes sabios han pensado con toda diligencia en no desesperar a los grandes y en satisfacer al pueblo y tenerlo contento, porque ésta es una de las materias más importantes que tiene un príncipe.

Entre los reinos bien ordenados y bien gobernados de nuestro tiempo está el de Francia, y en él se encuentran infinitas instituciones buenas, de las que depende la libertad y la seguridad del rey, la primera de las cuales es el parlamento y su autoridad. Porque el que ordenó aquel reino, conociendo la ambición de los poderosos y su insolencia, y juzgando que necesitaban tener un freno en la boca que los corrigiese; y conociendo por otra parte el odio de la población contra los grandes, basado en el miedo, y queriendo asegurarlos, no quiso que eso fuera cuidado particular del rey, para quitarle la responsabilidad que podría tener con los grandes favoreciendo a los populares, y con los populares favoreciendo a los grandes, y por eso constituyó un tribunal único, que fuera el que sin responsabilidad del rey afectase a los grandes y favoreciera a los menores. Y no pudo ser ese orden mejor ni más prudente, ni puede haber mayor causa de la seguridad del rey y del reino. De lo cual se puede deducir otra cosa digna de nota: que los príncipes deben hacer administrar las cosas gravosas a otros, y las gratas administrarlas ellos mismos. De nuevo concluyo que un príncipe debe estimar a los grandes, pero no hacerse odiar el pueblo.

Maquiavelo se encontraba, a ese respecto, en un momento de transición. En la Edad Media feudal, cuando la religión y la guerra impregnaban la vida de la sociedad y constituían sus dos elementos definitorios, el ejército como tal no era una fuerza separada, sino que se identificaba con la clase dominante, cada uno de cuyos miembros tenía armas propias, mientras el poder central era muy débil. El régimen «burgués» de las ciudades emancipadas del feudalismo armó en un primer período a sus ciudadanos, para que defendieran, dado el caso, las libertades municipales. Con el surgimiento de nuevos valores, a medida que el dinero revelaba su importancia como instrumento de poder, la nueva clase privilegiada que se formaba en el mundo del trabajo (separación entre «artes» mayores y menores, y entre éstas y la mano de obra zafral no organizada), prefirió recurrir, en caso de guerra, a las milicias mercenarias. Y a ellas siguieron recurriendo los príncipes que, luego, se adueñaron del poder. Las milicias mercenarias llegaron, con el tiempo, a constituir un terrible peligro, como el mismo Maquiavelo señala, pero sólo cuando se recurría a ellas. No formaban parte de la estructura política. Por otra parte, los regímenes absolutos que en tiempos de Maquiavelo estaban triunfando en las grandes monarquías occidentales, el ejército permanente, directamente subordinado al rey, era algo reciente que se estaba ensayando especialmente en Francia. La importancia, para nosotros, de este segunda parte del capítulo estriba en el hecho de que, en lo que al ejército se refiere, la época nuestra se va pareciendo cada vez más al bajo imperio romano.

ruina, non disforme da quello che da me si è addutto; e parte metterò in considerazione quelle cose che sono notabili a chi legge le azioni di quelli tempi. E voglio mi basti pigliare tutti quegli imperatori che succederono allo imperio da Marco filosofo a Massimino: li quali furono Marco, Commodo suo figliuolo, Pertinace, Iuliano, Severo, Antonino Caracalla suo figliuolo, Macrino, Eliogabalo, Alessandro e Massimino. Ed è, prima, da notare che, dove negli altri principati si ha solo a contendere con la ambizione de' grandi e insolenzia de' populi, gli imperadori romani avevano una terza difficultà: di avere a sopportare la crudeltà e avarizia de' soldati. La qual cosa era sí difficile, che la fu cagione della ruina di molti, sendo difficile satisfare a' soldati e a' populi; perché e' populi amavono la quiete, e per questo amavono e' principi modesti, e li soldati amavono el principe di animo militare e che fussi insolente, crudele e rapace; le quali cose volevano che lui esercitassi ne' populi, per potere avere duplicato stipendio e sfogare la loro avarizia e crudeltà. Le quali cose feciono che quegli imperadori che, per natura o per arte, non aveano una grande reputazione, tale che con quella tenessino l'uno e l'altro in freno, sempre ruinavono. E li piú di loro, massime quelli che come uomini nuovi venivano al principato, conosciuta la difficultà di questi dua umori, si volgevano a satisfare a' soldati, stimando poco lo iniuriare il populo. Il quale partito era necessario: perché, non potendo e' principi mancare di non essere odiati da qualcuno, si debbano prima forzare di non essere odiati dalle università, e, quando non possano conseguire questo, si debbano impegnare con ogni industria fuggire l'odio di quelle università che sono piú potenti. E però quegli imperadori che per novità avevano bisogno di favori estraordinarii, si aderivano a' soldati piú tosto che a' populi; il che tornava loro, nondimeno, utile o no, secondo che quel principe si sapeva mantenere reputato con loro. Da queste cagioni sopradette nacque che Marco, Pertinace e Alessandro, sendo tutti di modesta vita, amatori della iustizia, inimici della crudeltà, umani, benigni, ebbono tutti, da Marco in fuora, tristo fine. Marco solo visse e morí onoratissimo, perché lui succedé allo imperio iure hereditario, e non aveva a riconoscere quello né da' soldati né da' populi; di poi, sendo accompagnato da molte virtú che lo facevano venerando, tenne sempre, mentre che visse, l'uno ordine e l'altro intra e' termini suoi, e non fu mai né odiato né disprezzato. Ma Pertinace fa creato imperatore contro alla voglia de' soldati,

Lo cual era tan difícil que fue causa ... mantener su reputación con ellos. *En esta dicotomía de la sociedad romana (pueblo-ejército), Maquiavelo -mentalidad dualista por excelencia- olvida la nobleza latifundista senatorial, o la considera, equivocadamente, poco importante. Pero capta bien el peso paralizante y corruptor del ejército y del miedo que sus armas infunden. Y caracteriza también al poder, cuando dice que el príncipe debe apoyarse en la colectividad* **(università)** *más fuerte y, si ésta está corrompida, debe ajustar su acción a esa corrupción. Ni su bondad, ni su maldad dependen de él. Su dominio de la situación es aparente.*

A muchos les parecerá quizás, considerando la vida y la muerte de algún emperador romano, que son ejemplos contrarios a esta opinión mía, hallando que alguno vivió siempre egregiamente y mostró gran virtud de ánimo y sin embargo perdió el imperio, o bien fue muerto por los suyos que conjuraron contra él. Queriendo pues responder a estas objeciones, discurriré las cualidades de algunos emperadores, mostrando las causas de su ruina, que no se apartan de lo que he dicho; y además pondré en consideración las cosas que son notables para quien lee las acciones de aquellos tiempos. Y quiero que me baste con tomar a los emperadores que accedieron al imperio de Marco filósofo a Maximino, los cuales fueron Marco, Cómodo su hijo, Pertinax, Juliano, Severo, Antonino Caracalla su hijo, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Y primero es de notar que, mientras que en los otros principados hay que contender sólo con la ambición de los grandes y la insolencia de los pueblos, los emperadores romanos tenían una tercera dificultad, la de tener que soportar la crueldad y la avaricia de los soldados. Lo cual era tan difícil que fue causa de la ruina de muchos, puesto que es difícil satisfacer a los soldados y a los pueblos; porque los pueblos aman la tranquilidad, y por eso amaban a los príncipes moderados, y los soldados amaban al príncipe que fuese de ánimo militar, y que fuera insolente, cruel y rapaz. Las cuales cosas querían que él ejerciese contra los pueblos, para poder ver duplicado su sueldo y desahogar su avaricia y crueldad. Las cuales cosas hicieron que aquellos emperadores que, por naturaleza o por arte, no tenían una gran reputación, tal que con ella mantuvieron frenados a unos y otros, cayeron siempre; y los más de ellos, sobre todo los que llegaban al principado como hombres nuevos, conociendo la diferencia entre esos diversos humores, se dedicaban a satisfacer a los soldados, teniendo en poco el agraviar al pueblo. Ese partido era necesario porque los príncipes, si no pueden evitar ser odiados por alguien, deben esforzarse ante todo por no ser odiados por la universalidad; y si no pueden conseguir eso, deben ingeniarse con toda industria por evitar el odio de las colectividades que son más poderosas. Y por eso aquellos emperadores que por su novedad tenían necesidad de favores extraordinarios adherían a los soldados antes que a los pueblos; lo cual, sin embargo, les resultaba útil o no según que el príncipe supiera mantener su reputación con ellos. De estas razones antes dichas nació que Marco, Pertinax y Alejandro, siendo todos de vidas moderadas,

La larga ejemplificación que sigue representa la parte más débil del capítulo, pues no elige, como de costumbre, personajes adecuados, sino que se basa en una serie continua de emperadores, que, si bien tienen todos el rasgo común de haber tenido que lidiar con el ejército, presentan características demasiado variadas para que se los pueda encuadrar, sin aclaraciones, reservas y explicaciones suplementarias, en el rígido esquema delineado por el autor. El perfil más vigoroso es el de Septimio Severo, que -observa Sasso- tiene algunas analogías con el de César Borgia.

li quali, sendo usi a vivere licenziosamente sotto Commodo, non poterono sopportare quella vita onesta alla quale Pertinace li voleva ridurre, onde, avendosi creato odio, e a questo odio aggiunto el disprezzo sendo vecchio, ruinò ne' primi principii della sua amministrazione.

E qui si debbe notare che l'odio si acquista cosí mediante le buone opere, come le triste: e però, come io dissi di sopra, volendo uno principe mantenere lo stato, è spesso forzato a non essere buono; perché, quando quella università, o populi o soldati o grandi che sieno, della quale tu iudichi per mantenerti, avere bisogno, è corrotta, ti conviene seguire l'umore suo per satisfarle; e allora le buone opere ti sono nimiche. Ma vegniamo ad Alessandro: il quale fu di tanta bontà, che intra le altre laude che li sono attribuite è questa, che in quattordici anni che tenne lo imperio, non fu mai morto da lui alcuno iniudicato; nondimanco, sendo tenuto effeminato, e uomo che si lasciassi governare alla madre, e per questo venuto in disprezzo, conspirò in lui lo esercito, e ammazzollo.

Discorrendo ora, per opposito, le qualità di Commodo, di Severo, Antonino Caracalla e Massimino, li troverrete crudelissimi e rapacissimi; li quali, per satisfare a' soldati, non perdonorono ad alcuna qualità di iniuria che ne'populi si potessi commettere; e tutti, eccetto Severo, ebbono tristo fine. Perché in Severo fu tanta virtú, che, mantenendosi e' soldati amici, ancora che i populi fussino da lui gravati, possé sempre regnare felicemente; perché quelle sua virtú lo facevano nel conspetto de' soldati e de' populi sí mirabile, che questi rimanevano quodammodo attoniti e stupidi, e quegli altri reverenti e satisfatti.

E perché le azioni di costui furono grandi e notabili in uno principe nuovo, io voglio mostrare brevemente quanto bene seppe usare la persona della golpe e del lione: le quali nature io dico di sopra essere necessarie imitare a uno principe. Conosciuto Severo la ignavia di Iuliano imperatore, persuase al suo esercito, del quale era in Stiavonia capitano, che egli era bene andare a Roma a vendicare la morte di Pertinace, el quale da' soldati pretoriani era stato morto. E sotto questo colore, sanza mostrare di aspirare allo imperio, mosse lo esercito contro a Roma; e fu prima in Italia che si sapessi la sua partita. Arrivato a Roma, fu dal senato, per timore, eletto imperatore e morto Iuliano. Restava, dopo questo principio, a Severo due difficultà, volendosi insignorire di tutto lo stato: l'una in Asia, dove Pescennio Nigro, capo degli eserciti asiatici, si era fatto chiamare imperatore; e l'altra in ponente, dove era Albino, quale ancora lui aspirava allo imperio. E perché iudicava periculoso scoprirsi inimico a tutti e dua, deliberò di assaltare Nigro e ingannare Albino. Al quale scrisse come, sendo dal Senato eletto imperatore, voleva partecipare quella dignità con lui; e mandogli il titulo di Cesare e, per deliberazione del senato, se lo aggiunse collega: le quali cose furono da Albino accettate per vere. Ma. poiché Severo ebbe vinto e morto Nigro, e pacate le cose orientali, ritornatosi a Roma, si querelò, in senato, come Albino, poco conoscente de' benefizii ricevuti da

amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benignos, tuvieron todos mal fin, con excepción de Marco. Sólo Marco vivió y murió con todos los honores, porque llegó al imperio por derecho hereditario y no tenía que agradecérselo ni a los soldados ni a los pueblos; y como además lo acompañaban muchas virtudes que lo hacían digno de veneración, siempre mientras vivió tuvo a ambos órdenes dentro de sus términos, y nunca fue ni odiado ni despreciado. Pero Pertinax fue nombrado emperador contra la voluntad de los soldados, los cuales, acostumbrados a vivir licenciosamente bajo Cómodo, no pudieron soportar aquella vida honesta a la que Pertinax quería reducirlos, por lo cual, habiéndose generado odio, y sumándose a ese odio el desprecio por ser viejo, cayó en el principio mismo de su administración.

Y aquí es preciso notar que el odio se adquiere tanto mediante las obras buenas como a través de las malas; y por eso, como dije más arriba, un príncipe que quiere mantener el estado a menudo se ve forzado a no ser bueno; porque cuando aquel sector de la población del que tú crees tener necesidad para mantenerte, ya sea el pueblo o los soldados o a los grandes, está corrompido, tienes que seguir su humor para satifacerlo, y entonces las buenas obras son tus enemigos. Pero vengamos a Alejandro: él fue de tanta bondad que entre las otras alabanzas que se le dedican se cuenta ésta: que en catorce años que tuvo el imperio nunca mató a nadie sin juicio; sin embargo fue considerado afeminado y hombre que se dejaba gobernar por su madre, llegó a ser despreciado, y el ejército conspiró contra él y lo mató.

Discurriendo ahora, por el contrario, acerca de las cualidades de Cómodo, de Severo, Antonino Caracalla y Maximino, los hallaréis crudelísimos y sumamente rapaces; ellos, por satisfacer a los soldados, no perdonaron ninguna clase de agravio que se pudiera infligir al pueblo; y todos, salvo Severo, tuvieron mal fin. Porque en Severo había tanta virtud que, manteniéndose amigos a los soldados, aun gravando a los pueblos pudo siempre reinar con felicidad; porque aquellas virtudes lo hacían tan admirable para los soldados y los pueblos, que éstos quedaban en cierto modo atónitos y estupefactos, y aquéllos reverentes y satisfechos. Y como las acciones de él fueron grandes en un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente cuán bien supo usar la persona del zorro y del león, cuyas naturalezas digo más arriba que es necesario para un príncipe imitar. Conociendo Severo la desidia del emperador Juliano, persuadió a su ejército, del cual era capitán en Esclavonia, de que estaría bien ir a Roma a vengar la muerte de Pertinax, quien había sido muerto por los soldados pretorianos; y con ese pretexto, sin dar muestras de aspirar al imperio, movió el ejército contra Roma, y estuvo en Italia antes que se supiera de su partida. Llegado a Roma, fue elegido emperador, por temor, por el Senado, y Juliano muerto. Después de ese principio, le quedaban a Severo dos dificultades, si quería adueñarse de todo el estado: una en Asia donde Nigro, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho aclamar emperador; la otra en Poniente, donde estaba Albino que

lui, aveva dolosamente cerco di ammazzarlo, e per questo lui era necessitato andare a punire la sua ingratitudine. Di poi andò a trovarlo in Francia, e li tolse lo stato e la vita.

Chi esaminerà, adunque, tritamente le azioni di costui, lo troverrà uno ferocissimo leone e una astutissima golpe; e vedrà quello temuto e reverito da ciascuno e dagli eserciti non odiato; e non si maraviglierà se lui, uomo nuovo, arà possuto tenere tanto imperio; perché la sua grandissima reputazione lo difese sempre da quello odio ch'e' populi per le sue rapine avevano potuto concipere. Ma Antonino, suo figliuolo, fu ancora lui uomo che aveva parte eccellentissime e che lo facevano maraviglioso nel conspetto de' populi e grato a' soldati; perché era uomo militare, sopportantissimo d'ogni fatica, disprezzatore d'ogni cibo delicato e d'ogni altra mollizie: la qual cosa lo faceva amare da tutti gli eserciti, nondimanco la sua ferocia e crudeltà fu tanta e sí inaudita, per avere, dopo infinite occisioni particulari, morto gran parte del populo di Roma, e tutto quello di Alessandria, che diventò odiosissimo a tutto il mondo. E cominciò ad essere temuto etiam da quelli ch'egli aveva intorno; in modo che fu ammazzato da uno centurione, in mezzo del suo esercito. Dove è da notare che queste simili morti, le quali seguano per deliberazione di uno animo ostinato, sono da' principi inevitabili; perché ciascuno che non si curi di morire lo può offendere; ma debbe bene el principe temerne meno, perché le sono rarissime. Debbe solo guardarsi di non fare grave iniuria ad alcuno di coloro de' quali si serve, e che gli ha d'intorno al servizio del suo principato: come aveva fatto Antonino, il quale aveva morto contumeliosamente uno fratello di quel centurione, e lui ogni giorno minacciava; tamen lo teneva a guardia del corpo suo; il che era partito temerario e da ruinarvi come gli intervenne.

Ma vegniamo a Commodo; al quale era facilità grande tenere lo imperio, per averlo iure hereditario, sendo figliuolo di Marco; e solo li bastava seguire le vestigie del padre, e a' soldati e a' populi arebbe satisfatto. Ma, sendo d'animo crudele e bestiale, per potere usare la sua rapacità ne' populi, si volse a intrattenere gli eserciti e farli licenziosi; dall'altra parte, non tenendo la sua dignità, discendendo spesso ne' teatri a combattere co' gladiatori, e faccendo altre cose vilissime e poco degne della maestà imperiale, diventò contennendo nel conspetto de' soldati. Ed essendo odiato dall'una parte e disprezzato dall'altra, fu conspirato in lui, e morto.

Restaci a narrare le qualità di Massimino. Costui fu uomo bellicosissimo, ed essendo gli eserciti infastiditi della mollizie di Alessandro, del quale ho di sopra discorso, morto lui, lo elessono allo imperio. Il quale non molto tempo possedé; perché dua cose lo feciono odioso e contennendo; l'una, essere vilissimo per avere già guardato le pecore in Tracia (la qual cosa era per tutto notissima, e gli faceva una grande dedignazione nel conspetto di qualunque); l'altra, perché, avendo, nello ingresso del suo principato, differito lo andare a Roma e intrare nella possessione della sedia imperiale, aveva dato di sé opinione di crudelissimo, avendo per li sua prefetti, in

también aspiraba al imperio. Y como juzgaba peligroso descubrirse como enemigo de ambos, decidió atacar a Nigro y engañar a Albino. A éste le escribió que, habiendo sido elegido emperador por el Senado, quería compartir esa dignidad con él, le mandó el título de César, y por resolución del Senado se lo agregó como colega, y Albino aceptó todo eso como verdad. Pero después que Severo venció y mató a Nigro y calmó las cosas en Asia, de vuelta en Roma, se quejó en el Senado de que Albino, agradeciendo poco los beneficios recibidos de él, había tratado dolosamente de matarlo, y por eso él se veía obligado a ir a castigar su ingratitud. Después fue a verlo en Francia, y le quitó el estado y la vida.

Quien examine pues minuciosamente sus acciones encontrará en él un ferocísimo león y un astutísimo zorro, y lo verá temido y respetado por todos y no odiado por los ejércitos; y no se maravillará de que él, hombre nuevo, haya podido mantener tanto imperio: porque su grandísima reputación lo defendió siempre del odio que los pueblos habían podido concebir por sus rapiñas. Pero Antonino su hijo fue también él un hombre que tenía cualidades excelentísimas y que lo hacían maravilloso para los pueblos y grato a los soldados, porque era hombre militar, capaz de soportar cualquier esfuerzo, que despreciaba los manjares delicados y toda otra blandura, lo cual hacía que todos los ejércitos lo amaran. Sin embargo su ferocidad y crueldad fue tanta y tan inaudita, porque después de muchas muertes particulares mató a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría, que se hizo odiosísimo para todo el mundo, y empezó a ser temido hasta por los que tenía alrededor, de manera que fue muerto por un centurión en medio de su ejército. Aquí debe notarse que semejantes muertes, derivadas de la decisión de un ánimo obstinado, son inevitables para los príncipes, porque cualquiera a quien no le importe morir puede ofenderlo; pero en cambio el príncipe debe temerlas menos, porque son rarísimas. Debe guardarse solamente de no agraviar seriamente a algunos de aquellos de quienes se sirve y a quienes tiene alrededor al servicio de su principado, como había hecho Antonino, que había muerto deshonrosamente a un hermano de aquel centurión, y él todos los días amenazaba; sin embargo lo tenía como guardia de su cuerpo, lo cual era un partido temerario y que podía ser su ruina, como lo fue.

Pero vengamos a Cómodo, quien tenía gran facilidad para conservar el imperio por tenerlo por derecho hereditario, siendo hijo de Marco, y le bastaba sólo con seguir las huellas del padre y habría satisfecho al pueblo y a los soldados; pero siendo de ánimo cruel y bestial, para poder ejercer su rapacidad contra el pueblo se dedicó a entretener al ejército y hacerlo licencioso; por otra parte no mantenía su dignidad, descendiendo con frecuencia a los teatros a combatir con los gladiadores y haciendo otras cosas vilísimas y poco dignas de la majestad imperial, y así se volvió despreciable para los soldados. Y siendo odiado por una parte y despreciado por la otra, se conspiró contra él y fue muerto.

Roma e in qualunque luogo dello imperio, esercitato molte crudeltà. Tal che, commosso tutto el mondo dallo sdegno per la viltà del suo sangue, e dallo odio per la paura della sua ferocia, si rebellò prima Affrica, di poi el senato con tutto el popolo di Roma, e tutta Italia gli conspirò contro. A che si aggiunse el suo proprio esercito; quale, campeggiando Aquileia e trovando difficultà nella espugnazione, infastidito della crudeltà sua, e per vederli tanti inimici temendolo meno, lo ammazzò.

Io non voglio ragionare né di Eliogabalo né di Macrino né di Iuliano, li quali, per essere al tutto contennendi, si spensono subito; ma verrò alla conclusione di questo discorso. E dico che li principi de' nostri tempi hanno meno questa difficultà di satisfare estraordinariamente a' soldati ne' governi loro; perché, nonostante che si abbi ad avere a quelli qualche considerazione, tamen si resolve presto, per non avere, alcuno di questi principi, eserciti insieme che sieno inveterati con li governi e amministrazione delle provincie, come erano gli eserciti dello imperio romano. E però, se allora era necessario satisfare piú a' soldati che a' populi, era perch'e' soldati potevano piú ch'e' populi; ora è piú necessario a tutti e' principi, eccetto che al Turco e al Soldano, satisfare a' populi che a' soldati, perché e' populi possono piú di quelli. Di che io ne eccettuo el Turco, tenendo sempre quello intorno a sé dodicimila fanti e quindicimila cavalli, da' quali depende la securtà e la fortezza del suo regno: ed è necessario che, posposto ogni altro respetto, quel signore se li mantenga amici. Similmente el regno del Soldano sendo tutto in mano de' soldati, conviene che ancora lui, sanza respetto de' populi, se li mantenga amici. E avete a notare che questo stato del Soldano è disforme da tutti gli altri principati, perché egli è simile al pontificato cristiano, il quale non si può chiamare né principato ereditario né principato nuovo; perché non e' figliuoli del principe vecchio sono eredi e rimangono signori, ma colui che è eletto a quel grado da coloro che ne hanno autorità. Ed essendo questo ordine antiquato, non si può chiamare principato nuovo, perché in quello non sono alcune di quelle difficultà che sono ne' nuovi; perché, sebbene el principe è nuovo, gli ordini di quello stato sono vecchi, e ordinati a riceverlo, come se fussi loro signore ereditario.

Ma torniamo alla materia nostra. Dico che qualunque considerrà el soprascritto discorso, vedrà o l'odio o il disprezzo essere suto cagione della ruina di quegli imperadori prenominati; e conoscerà ancora donde nacque che parte di loro procedendo in uno modo e parte al contrario, in qualunque

Réstanos narrar las cualidades de Maximino. El fue hombre belicosísimo y estando los ejércitos hartos de las blanduras de Alejandro, del que he discurrido más arriba, muerto él, lo elevaron al imperio. Pero no lo tuvo mucho tiempo, porque dos cosas lo hicieron odioso y despreciable: una el ser vilísimo, porque había cuidado ovejas en Tracia (lo cual era cosa por todos sabida y le acarreaba gran degradación frente a cualquiera); la otra, que al principio de su principado había diferido el ir a Roma y tomar posesión de la sede imperial, mientras que por medio de sus prefectos había hecho muchas crueldades, en Roma y en todos los lugares del imperio, creando la opinión de que era crudelísimo. De modo que, conmovido todo el mundo por la indignación a causa de la vileza de su sangre y por el odio que provocaba el temor a su ferocidad, se rebeló primero Africa, después el Senado con todo el pueblo de Roma, y toda Italia conspiró contra él. A lo cual se sumó su propio ejército que, atacando Aquileia y hallando dificultad para expugnarla, harto de su crueldad y temiéndolo menos por verle tantos enemigos, lo mató.

No quiero hablar ni de Heliogábalo ni de Macrino ni de Juliano, que por ser totalmente despreciables se apagaron de inmediato, y pasaré a la conclusión de este asunto. Y digo que los príncipes de nuestros tiempos tienen menos esta dificultad de satisfacer extraordinariamente a los soldados en sus gobiernos; porque no obstante que sea preciso tenerles alguna consideración, la dificultad se resuelve pronto, porque ninguno de estos príncipes tiene reunidos ejércitos acostumbrados a intervernir en los gobiernos y administraciones de las provincias, como los ejércitos del imperio romano. Y por eso, si entonces era necesario satisfacer a los soldados más que a los pueblos, era porque los soldados podían más que los pueblos: ahora es más necesario para todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán, satisfacer a los pueblos más que a los soldados, porque los pueblos pueden más que éstos. De lo cual yo exceptúo al Turco, porque él tiene siempre a su alrededor doce mil infantes y quince mil caballeros, de los cuales depende su seguridad y la fortaleza de su reino; y necesita mantenérselos amigos posponiendo cualquier otro cuidado. Del mismo modo, como el reino del Sultán está todo en manos de los soldados, es preciso que también él, sin respeto por los pueblos, mantenga la amistad de aquéllos. Y debéis notar que ese estado del Sultán es distinto de todos los demás principados; porque es similar al pontificado cristiano, el cual no se puede llamar ni principado hereditario ni principado nuevo: porque no son hijos del príncipe viejo los que los heredan y quedan señores, sino el que es elegido para ese grado por quienes tienen

Pero volvamos a nuestro tema ... establecido y firme. *La conclusión es, como todo el capítulo, complicada y poco clara. Además del precepto -bastante obvio- de que no hay que imitar ejemplos ajenos cuando las circunstancias son distintas, lo que queda de esta larga argumentación es la exhortación final: el príncipe nuevo debe parecerse a Severo en el momento de fundar* **su** *estado (es decir, de tomar el poder) y a Marco Aurelio en el período siguiente, cuando se trata simplemente de mantenerlo. No se olvide que* **El Príncipe** *es una larga carta escrita al «príncipe nuevo» de Florencia.*

di quelli, uno di loro ebbe felice e gli altri infelice fine. Perché a Pertinace ed Alessandro, per essere principi nuovi, fu inutile e dannoso volere imitare Marco, che era nel principato iure hereditario; e similmente a Caracalla, Commodo e Massimino essere stata cosa perniziosa imitare Severo, per non avere avuto tanta virtú che bastassi a seguitare le vestigie sua. Pertanto, uno principe nuovo, in uno principato nuovo, non può imitare le azioni di Marco, né ancora è necessario seguitare quelle di Severo; ma debbe pigliare da Severo quelle parti che per fondare el suo stato sono necessarie, e da Marco quelle che sono convenienti e gloriose a conservare uno stato che sia di già stabilito e fermo.

autoridad para ello. Y como ese orden es antiguo, no se le puede llamar principado nuevo, porque en él no existen algunas de las dificultades que existen en los nuevos; porque si bien el príncipe es nuevo, los órdenes de ese estado son viejos, y están ordenados para recibirlo como si fuera su señor hereditario.

Pero volvamos a nuestro tema. Digo que cualquiera que considere lo dicho anteriormente, verá que el odio o el desprecio fueron causa de la ruina de los emperadores mencionados, y conocerá también de dónde provino que, procediendo parte de ellos de un modo y parte del contrario, en cada uno de ellos uno tuvo final feliz y los otros infeliz. Porque a Pertinax y Alejandro, por ser príncipes nuevos, les resultó inútil y perjudicial querer imitar a Marco, que estaba en el principado por derecho hereditario, y del mismo modo a Caracalla, Cómodo y Maximino les resultó pernicioso imitar a Severo, por no haber tenido tanta virtud que bastara para seguir sus huellas. Por lo tanto un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar las acciones de Marco, ni tampoco es necesario que siga las de Severo, sino que debe tomar de Severo las partes que son necesarias para fundar su estado, y de Marco las que son convenientes y gloriosas para conservar un estado que ya esté establecido y firme.

XX
An arces et multa alia quae cotidie a principibus fiunt utilia an inutilia sint

Alcuni principi, per tenere securamente lo stato, hanno disarmato e' loro sudditi; alcuni altri hanno tenute divise le terre subiette; alcuni hanno nutrito inimicizie contro a se medesimi; alcuni altri si sono volti a guadagnarsi quelli che gli erano suspetti nel principio del suo stato; alcuni hanno edificato fortezze; alcuni le hanno ruinate e destrutte. E benché di tutte queste cose non si possa dare determinata sentenzia, se non si viene a' particulari di quelli stati dove si avessi a pigliare alcuna simile deliberazione, nondimanco io parlerò in quel modo largo che la materia per se medesima sopporta.

Non fu mai, adunque, che uno principe nuovo disarmassi e' sua sudditi; anzi, quando gli ha trovati disarmati, sempre gli ha armati; perché, armandosi, quelle arme diventano tua; diventano fedeli quelli che ti sono sospetti; e quelli che erano fedeli si mantengono e di sudditi si fanno tuoi partigiani. E perché tutti e' sudditi non si possono armare, quando si benefichino quelli che tu armi, con gli altri si può fare piú a sicurtà: e quella diversità del procedere che conoscono in loro, li fa tua obligati; quegli altri ti scusano, iudicando essere necessario quelli avere piú merito che hanno piú periculo e piú obligo. Ma quando tu li disarmi, tu cominci a offenderli; mostri che tu abbi in loro diffidenzia o per viltà o per poca fede: e l'una e l'altra di queste opinioni concepe odio contro di te. E perché tu non puoi stare disarmato,

Notas al capítulo XX

Algunos príncipes ... el tema por sí mismo permite. *En esta introducción están ordenadamente enumerados los cuatro temas del capítulo, que van a ser tratados equilibradamente en cuatro partes sucesivas, aproximadamente de la misma extensión, figurando en último término la dedicada a las fortalezas, a las que tanta importancia se les da en el título. Esta estructura casi escolásticamente ordenada oculta una fundamental heterogeneidad en la sustancia y en las intenciones. Inspiran este capítulo, mezclándose con la preocupación por reflejar la «realidad efectual», alternativamente el deseo de mejorar la situación de Italia, en particular la de Florencia y, más en particular aún, la suya personal. El segundo tema comprende dos subtemas: la enemistad que el príncipe provoca entre los súbditos, para mantenerlos sujetos, y la que provoca contra sí mismo, para tener pretexto de luchar y vencer.*

XX
Si las fortalezas y otras cosas que los príncipes hacen todos los días son útiles o no

Algunos príncipes, para tener seguramente su estado, han desarmado a sus súbditos; algunos otros han mantenido divididas a las tierras sometidas; algunos han alimentado enemistades contra ellos mismos; algunos otros se han dedicado a ganarse a los que les resultaban sospechosos en el principio de su estado; algunos han construido fortalezas; algunos las han derribado y destruido. Y si bien no es posible dar una sentencia determinada sobre todas estas cosas sin entrar en los detalles de los estados donde ha sido necesario tomar una decisión semejante, sin embargo yo hablaré en esa forma amplia que el tema por sí mismo permite.

Nunca ha ocurrido, pues, que un príncipe nuevo haya desarmado a sus súbditos: más bien cuando los ha encontrado desarmados siempre los ha armado; porque armándolos esas armas pasan a ser tuyas, los que te resultaban sospechosos se vuelven fieles y los que te eran fieles se mantienen, y de tus súbditos se convierten en tus partidarios. Y como no es posible armar a todos los súbditos, con que beneficies a los que armes puedes actuar con más seguridad con los otros, y esa diferencia de procedimiento que reconocen respecto a ellos hace que se sientan obligados contigo; los otros te excusan juzgando que es necesario que tengan más mérito los que tienen más peligro y más obligación. Pero cuando los desarmas empiezas a ofenderlos, muestras que desconfías de ellos ya sea por cobardía o por escasa lealtad,

Nunca ha ocurrido, pues ... viven cerca de ti. *La idea de que los estados italianos debían tener armas propias y no utilizar las mercenarias obsesionaba a Maquiavelo en el período en que escribía* **El Príncipe**. *El principado nuevo formará, pues, sus milicias con sus propios súbditos. Como no podrá armarlos a todos (eso es posible sólo en una república, donde todos los ciudadanos tienen interés en su propia defensa), elegirá a los más aptos y fieles, que le serán adictos porque gozarán de privilegios y se sentirán partícipes del poder. Sólo en los principados mixtos, donde la adquisición reciente se suma a un dominio anterior, el príncipe podrá desarmar a los súbditos recientes, porque puede formar su ejército con los habitantes del territorio sobre el cual su autoridad está ya sedimentada.*

conviene ti volti alla milizia mercenaria, la quale è di quella qualità che di sopra si è detto; e quando la fussi buona, non può essere tanta che ti defenda da' nimici potenti e da' sudditi sospetti. Però, come io ho detto, uno principe nuovo, in uno principato nuovo, sempre vi ha ordinato le armi; e di questi esempli ne sono piene le istorie.

Ma quando uno principe acquista uno stato nuovo che, come membro, si aggiunga al suo vecchio, allora è necessario disarmare quello stato, eccetto quelli che nello acquistarlo sono suti tuoi partigiani; e quelli ancora, col tempo e con le occasioni, è necessario renderli molli ed effeminati, e ordinarsi in modo che solo le armi di tutto el tuo stato sieno in quelli tua soldati proprii, che nello stato tuo antiquo vivono appresso di te.

Solevano gli antiqui nostri, e quelli che erano stimati savi, dire come era necessario tenere Pistoia con le parti e Pisa con le fortezze; e per questo nutrivano in qualche terra loro suddita le differenzie, per possederle piú facilmente. Questo, in quelli tempi che Italia era in uno certo modo bilanciata, doveva essere ben fatto; ma non credo che si possa dare oggi per precetto: perché io non credo che le divisioni facessero mai bene alcuno; anzi è necessario, quando il nimico si accosta, che le città divise si perdino subito; perché sempre la parte piú debole si aderirà alle forze esterne, e l'altra non potrà reggere.

E' Viniziani, mossi, come io credo, dalle ragioni soprascritte, nutrivano le sette guelfe e ghibelline nelle città loro suddite; e benché non si lasciassino mai venire al sangue, tamen nutrivano fra loro questi dispareri, acciò che, occupati quelli cittadini in quelle loro differenzie, non si unissino contro di loro. Il che, come si vide, non tornò loro poi a proposito; perché, sendo rotti a Vailà, subito una parte di quelle prese ardire, e tolsono loro tutto lo stato. Arguiscano, pertanto, simili modi debolezza del principe: perché in uno principato gagliardo mai si permetteranno simili divisioni; perché le fanno solo profitto a tempo di pace, potendosi, mediante quelle, piú facilmente maneggiare e' sudditi; ma venendo la guerra, mostra simile ordine la fallacia sua.

Sanza dubbio e' principi diventano grandi quando superano le difficultà e le opposizioni che sono fatte loro; e però la fortuna, massime quando vuole

y una y otra de esas opiniones hace nacer odio contra ti. Y como tú no puedes estar desarmado, es preciso que te vuelvas a la milicia mercenaria, que es de la calidad que se ha dicho más arriba; y aun cuando fuera buena, no puede ser tanta que te defienda de los enemigos poderosos y de los súbditos sospechosos. Por eso, como he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo siempre ha ordenado en él las armas. De ejemplos de esto están llenas las historias. Pero cuando un príncipe adquiere un estado nuevo que se agrega como miembro a su estado viejo, entonces es necesario desarmar ese estado, salvo aquellos que en el momento de adquirirlo han sido partidarios tuyos; e incluso a ésos es necesario, con el tiempo y las ocasiones, volverlos blandos y afeminados, y ordenarse de manera que todas las armas de ese estado estén en manos de los soldados tuyos propios que en tu estado antiguo viven cerca de ti.

Solían nuestros antiguos, y los que eran considerados sabios, decir que era necesario mantener Pistoia con las partes y Pisa con las fortalezas, y por eso alimentaban las diferencias en alguna plaza súbdita de ellos, para poseerlas más fácilmente. Eso, en aquellos tiempos en que Italia estaba más o menos equilibrada, debía estar bien hecho, pero no creo que se pueda dar por precepto hoy, porque no creo que las divisiones hayan hecho nunca ningún bien, antes es necesario que las ciudades divididas se pierdan inmediatamente cuando el enemigo se acerca, porque siempre la parte más débil adherirá a las fuerzas externas, y la otra no podrá sostenerse.

Los venecianos, movidos según creo por las razones antes dichas, alimentaban las sectas güelfas y gibelinas en las ciudades sometidas a ellos; y si bien nunca las dejaban llegar a la sangre, alimentaban esas discrepancias entre ellos a fin de que aquellos ciudadanos, ocupados en sus diferencias, no se unieran en contra de ellos. Lo cual después, según se vio, no les resultó como esperaban, porque cuando fueron derrotados en Vailá, inmediatamente una parte de aquéllas cobró ánimos y les quitó todo el estado. Por lo tanto, tales modos denuncian debilidad del príncipe: porque en un principado gallardo jamás se permitirán semejantes divisiones; pues sólo traen ventajas en tiempos de paz, porque mediante ellas es más fácil manejar a los súbditos, pero cuando viene la guerra muestra ese método su falacia.

Solían nuestros antiguos ... su falacia. *En Pistoia y Pisa, Florencia desempeñaba colectivamente en tiempos de la república, a través de sus autoridades, el papel de un «príncipe nuevo». En Pistoia, obedeciendo al precepto tradicional, que había pasado a ser proverbio, había fomentado las discordias entre los partidos, equivocadamente, según Maquiavelo (este reprueba implícitamente también el sistema de las fortalezas en relación con Pisa, pero ese es el tema de la última parte del capítulo). El ejemplo de Venecia, que, después de la derrota de Vagliate, no pudo contar con el apoyo de las ciudades de sus dominios, debilitados por las luchas internas que el mismo gobierno venciano había fomentado, era de una gran fuerza persuasiva, máxime en ese momento, en que la ruina de Venecia parecía irreversible. La observación corresponde, pues, a la «realidad efectual», pero, detrás de ella está, apremiante, la preocupación del autor por su Florencia y el deseo de que los nuevos dueños aseguren en ella por lo menos la paz.*

fare grande uno principe nuovo, il quale ha maggiore necessità di acquistare reputazione che uno ereditario, li fa nascere de' nimici, e li fa fare delle imprese contro, acciò che quello abbi cagione di superarle, e su per quella scala che li hanno pòrta e' nimici sua, salire piú alto. Però molti iudicano che uno principe savio debbe, quando ne abbi la occasione, nutrirsi con astuzia qualche inimicizia, acciò che, oppresso quella, ne seguiti maggiore sua grandezza.

Hanno e' principi, et praesertim quelli che sono nuovi, trovato piú fede e piú utilità in quegli uomini che nel principio del loro stato sono suti tenuti sospetti, che in quelli che nel principio erano confidenti. Pandolfo Petrucci, principe di Siena, reggeva lo stato suo piú con quelli che li furono sospetti che con li altri. Ma di questa cosa non si può parlare largamente, perché la varia secondo el subietto. Solo dirò questo, che quegli uomini che nel principio di uno principato erono stati inimici, che sono di qualità che a mantenersi abbino bisogno di appoggiarsi, sempre el principe con facilità grandissima se li potrà guadagnare; e loro maggiormente sono forzati a servirlo con fede, quanto conoscano essere loro piú necessario cancellare con le opere quella opinione sinistra che si aveva di loro; e cosí il principe ne trae sempre più utilità, che di coloro che, servendolo con troppa sicurtà, straccurono le cose sua.

E, poiché la materia lo ricerca, non voglio lasciare indrieto ricordare a' principi che hanno preso uno stato di nuovo mediante e' favori estrinseci di quello, che considerino bene qual cagione abbi mosso quelli che lo hanno favorito, a favorirlo; e, se ella non è affezione naturale verso di loro, ma fussi solo perché quelli non si contentavano di quello stato, con fatica e difficultà grande se li potrà mantenere amici, perché e' fia impossibile che lui possa contentarli. E discorrendo bene con quegli esempli che dalle cose antiche e moderne si traggono, la cagione di questo, vedrà esserli molto più facile guadagnarsi amici quegli uomini che dello stato innanzi si contentavono, e però erano suoi inimici, che quelli che, per non se ne contentare, li diventorono amici e favorironlo a occuparlo.

'E suta consuetudine de' principi, per potere tenere piú sicuramente lo

Sin duda los príncipes ... aumente su grandeza. *Este caso especial de fomento de la discordia no está comprendido en la reprobación anterior, ni es propiamente un precepto. Su importancia es más bien de carácter artístico. La imagen del luchador que sube por la escalera que le sostienen, con su misma hostilidad, sus enemigos, completa esta figura aventurera, dinámica e implacable del «príncipe nuevo».*

Los príncipes, y en general los que son nuevos ... los favorecieron para ocuparlo. *A ese mismo príncipe nuevo, sin nexo ni aparente justificación del traspaso, Maquiavelo le dirige una advertencia penetrante y reveladora: quien adquiere un estado no debe apoyarse en los habitantes que han sido favorables al cambio por estar descontentos, sino más bien en los que se han mantenidos fieles al gobierno derrotado, pues a los primeros es difícil conformarlos. Objetivamente la observación corresponde a una realidad que se comprueba continuamente en la historia: los revolucionarios*

Sin duda los príncipes se hacen grandes cuando superan las dificultades y las oposiciones que se les hacen; y por eso la fortuna, especialmente cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, que tiene mayor necesidad de adquirir reputación que un hereditario, hace que le nazcan enemigos y que hagan empresas contra él, a fin de que él tenga causa de superarlas y subir más alto por esa escalera que le han ofrecido sus enemigos. Por eso muchos juzgan que un príncipe sabio debe, cuando tenga ocasión, alimentar con astucia alguna enemistad, a fin de que venciéndola aumente su grandeza.

Los príncipes, y en especial los que son nuevos, han encontrado más lealtad y más utilidad en los hombres que al principio de su estado consideraban sospechosos que en aquéllos en que al principio confiaban. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, regía su estado más con los que le habían resultado sospechosos que con los otros. Pero de esto no se puede hablar en general porque varía según el sujeto. Diré sólo esto: que a los hombres que en el principio de un estado eran enemigos, si son de calidad tal que para mantenerse tienen necesidad de apoyarse, siempre podrá el príncipe ganárselos con gran facilidad, y ellos más que nadie están obligados a servirlo con lealtad, al reconocer que les resulta más necesario borrar con las obras aquella opinión siniestra que se tenía de ellos. Y así el príncipe obtiene siempre mayor utilidad de ellos que de los que, sirviéndolo con demasiada seguridad, descuidan sus cosas.

Y como el tema lo requiere, no quiero dejar de lado recordar a los príncipes que han tomado recientemente un estado mediante los favores intrínsecos de él, que consideren bien qué razones movieron a quienes lo favorecieron a favorecerlo; y si no es un natural afecto hacia él, sino solamente que no estaban contentos con el estado anterior, con esfuerzo y gran dificultad podrá mantenérselos amigos, porque será imposible que pueda contentarlos. Y discurriendo bien la causa de esto, con los ejemplos que de las cosas antiguas y modernas se extraen, verá que es mucho más fácil ganarse la amistad de los hombres que estaban contentos con el estado anterior, y por eso eran enemigos de él, que la de aquellos que por no contentarse se hicieron amigos suyos y lo favorecieron para ocuparlo.

son instrumentos de cambio; pero luego, en la segunda etapa, todo gobierno establecido, actuando en calidad de «príncipe nuevo», acaba por apoyarse en los conformistas.

La afirmación de Maquiavelo, sin embargo, tiene una doble raíz: mientras habla en general, el autor piensa en Florencia y también en sí mismo. No era un conformista vulgar, pero veía el triunfo del absolutismo en un plano europeo, no preveía el efímero resurgimiento republicano de 1527 y quería reducir el daño en lo posible y extraer de él algo bueno. Quería recuperar el empleo, para hacer lo único para lo cual se sentía capacitado y para aplicar, en beneficio de Florencia, algunas de sus ideas. Él ya se había ofrecido a colaborar con los Médici tan honradamente como había colaborado con la república. Y aquí habla, evidentemente, **pro domo sua**. *Es una posición que la historia repetidamente ha demostrado ilusoria. En efecto, los poderosos no le dieron importancia y la república, al resurgir, lo dejó completamente de lado, en vísperas de su muerte.*

stato loro, edificare fortezze, che sieno la briglia e il freno di quelli che disegnassino fare loro contro, e avere uno refugio securo da uno subito impeto. Io laudo questo modo, perché gli è usitato ab antiquo. Nondimanco, messer Niccolò Vitelli, ne' tempi nostri, si è visto disfare dua fortezze, in Città di Castello, per tenere quello stato. Guido Ubaldo, duca di Urbino, ritornato nella sua dominazione donde da Cesare Borgia era suto cacciato, ruinò funditus tutte le fortezze di quella provincia, e iudicò sanza quelle piú difficilmente riperdere quello stato. E' Bentivogli, ritornati in Bologna, usorono simili termini. Sono, dunque, le fortezze utili o no, secondo e' tempi; e se le ti fanno bene in una parte, ti offendano in una altra. E puossi discorrere questa parte cosí: quel principe che ha piú paura de' populi che de' forestieri, debbe fare le fortezze; ma quello che ha piú paura de' forestieri che de' populi, debbe lasciarle indrieto. Alla casa Sforzesca ha fatto e farà piú guerra el castello di Milano, che vi edificò Francesco Sforza, che alcuno altro disordine di quello stato. Però la migliore fortezza che sia, è non essere odiato dal populo; perché, ancora che tu abbi le fortezze, e il populo ti abbi in odio, le non ti salvono; perché non mancano mai a' populi, preso che gli hanno l'armi, forestieri che li soccorrino. Ne' tempi nostri, non si vede che quelle abbino profittato ad alcuno principe, se non alla contessa di Furlí, quando fu morto el conte Girolamo suo consorte; perché, mediante quella, possé fuggire l'impeto populare, e aspettare el soccorso da Milano, e recuperare lo stato. E li tempi stavono allora in modo, che il forestiere non posseva soccorrere el populo. Ma di poi valsono ancora a lei poco le fortezze, quando Cesare Borgia l'assaltò, e che il populo suo inimico si coniunse col forestiero. Pertanto, allora e prima, sarebbe suto piú sicuro a lei non essere odiata dal populo che avere le fortezze. Considerato, adunque, tutte queste cose, io lauderò chi farà le fortezze e chi non le farà; e biasimerò qualunque, fidandosi delle fortezze, stimerà poco essere odiato da' populi.

Ha sido costumbre de los príncipes, para poder tener más seguramente su estado, edificar fortalezas para que sean brida y freno de quienes planearan ir contra ellos, y tener un refugio seguro contra cualquier ataque súbito. Yo alabo ese modo porque es utilizado desde la antigüedad; sin embargo en nuestros tiempos se ha visto a *messer* Nicolás Vitelli deshacer dos fortalezas en Città di Castello para mantener ese estado. Guido Ubaldo, duque de Urbino, vuelto a su dominio de donde lo había expulsado César Borgia, deshizo hasta los cimientos todas las fortalezas de esa provincia, y juzgó que sin ellas sería más difícil que volviera a perder el estado. Los Bentivoglio emplearon términos similares al regresar a Bolonia. Las fortalezas son pues útiles o no son según los tiempos; y si te hacen bien en una parte, en otra te ofenden. Y esta parte puede discurrirse así. El príncipe que tiene más miedo de los pueblos que de los forasteros debe hacer fortalezas, pero el que tiene más miedo de los forasteros que de los pueblos debe dejarlas de lado. A la familia Sforza le ha dado y le dará más guerra el castillo de Milán, edificado por Francisco Sforza, que cualquier otro desorden de ese estado. Por eso la mejor fortaleza que hay es no ser odiado por el pueblo; porque aun cuando tengas fortalezas, si el pueblo te odia ellas no te salvarán, porque a los pueblos, una vez que han tomado las armas, nunca les faltan forasteros que los socorran. En nuestros tiempos no se ve que las fortalezas hayan beneficiado a ningún príncipe más que a la condesa de Forlí, cuando fue muerto el conde Jerónimo, su consorte, porque mediante aquella pudo escapar al imperio popular y esperar el socorro de Milán y recuperar el estado. Y los tiempos estaban entonces de modo que el forastero no podía socorrer al pueblo, pero después tampoco a ella le sirvieron de mucho las fortalezas, cuando la atacó César Borgia y el pueblo enemigo de ella se unió a los forasteros. Por lo tanto entonces y antes habría sido más seguro para ella no ser odiada por el pueblo que tener fortalezas. Considerando pues todas esta cosas, yo alabaré a quien hace fortalezas y a quien no las hace, y censuraré a cualquiera que, confiando en las fortalezas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo.

Ha sido costumbre ... odiado por el pueblo. *Maquiavelo se ha ocupado varias veces del problema de la utilidad de las fortalezas. Aquí no da una opinión tajante, aunque se inclina por un veredicto negativo, especialmente en conflictos con potencias extranjeras. Los ejemplos que da no son muy concluyentes, porque en el caso de Caterina Sforza, señora de Forlí, debe admitir que la fortaleza la salvó. Pero de algo Maquiavelo está seguro: más que en las fortalezas, la seguridad del príncipe está en el no ser odiado por el pueblo (obsérvese que, aunque el concepto se repite tres veces, nunca se habla de «amor del pueblo», sino siempre de ausencia de odio, como máxima aspiración). El capítulo se cierra con una vigorosa reafirmación de esta exigencia, conservando así hasta el final su carácter más pragmático que teórico.*

XXI
Quod principem deceat ut egregius habeatur

Nessuna cosa fa tanto stimare uno principe, quanto fanno le grandi imprese e dare di sé rari esempli. Noi abbiamo ne' nostri tempi Ferrando di Aragone, presente re di Spagna. Costui si può chiamare quasi principe nuovo, perché, di uno re debole è diventato per fama e per gloria el primo re de' Cristiani; e se considerrete le azioni sua, le troverrete tutte grandissime e qualcuna estraordinaria. Lui nel principio del suo regno assaltò la Granata: e quella impresa fu il fondamento dello stato suo. Prima, e' la fece ozioso e sanza sospetto di essere impedito: tenne occupati in quella gli animi di quelli baroni di Castiglia, li quali, pensando a quella guerra, non pensavano ad innovare. E lui acquistava, in quel mezzo, reputazione e imperio sopra di loro, che non se ne accorgevano; possé nutrire, con danari della Chiesa e de' populi, eserciti, e fare uno fondamento, con quella guerra lunga, alla milizia sua; la quale lo ha di poi onorato. Oltre a questo, per potere intraprendere maggiori imprese, servendosi sempre della religione, si volse ad una pietosa crudeltà, cacciando e spogliando el suo regno, de' Marrani; né può essere questo esemplo piú miserabile né piú raro. Assaltò sotto questo

Notas al capítulo XXI

Este capítulo tiene el mismo carácter del anterior: es un receptáculo de observaciones y normas varias, que, todas, sirven para dar la última mano a la figura del protagonista. La más importante de estas observaciones es la que se desarrolla en primer término, pues contribuye poderosamente a darle al «príncipe nuevo» como personaje su colorido dramático. El príncipe nuevo debe sorprender y mantener continuamente en suspenso la atención de los demás estados y de los súbditos, para no dejarles tiempo de pensar en tratar algo contra él. El ejemplo es uno solo, ocupa una página entera y es una especie de epopeya: el héroe de esta epopeya es Fernando el Católico. La página debe ser leída recordando la historia, pero tratando de verla como la veía Maquiavelo, es decir, como un maravilloso espectáculo en que la voluntad humana, erguida ante los obstáculos, tiende hacia sus fines, transformando el eterno, mecánico, monótono alternarse de vidas y muertes en dramas dirigidos por la inteligencia, que inspiran en el espectador entusiasmo o indignación, adhesión o rechazo, pero siempre estupor o admiración.

XXI
Lo que conviene a un príncipe para ser estimado

Nada hace estimar tanto a un príncipe como las grandes empresas y el dar de sí raros ejemplos. Nosotros tenemos en nuestros tiempos a Fernando de Aragón, actual rey de España, que puede casi ser llamado príncipe nuevo, porque de un rey débil llegó a ser por fama y por gloria el primer rey de los cristianos, y si consideráis sus acciones las hallaréis todas grandísimas y alguna extraordinaria. El en el principio de su reino atacó Granada, y esa empresa fue el cimiento de su estado. Primero, la hizo ocioso y sin sospecha de que quisieran impedírsela; tuvo ocupados en ella los ánimos de los barones de Castilla, que pensando en esa guerra no pensaban en innovar, y él mientras tanto adquiría reputación y poder sobre ellos, que no se daban cuenta. Pudo nutrir ejércitos con dineros de la Iglesia y de los pueblos, y con esa larga guerra hacer un cimiento para su milicia, la cual después le hizo honor. Además de eso, para poder acometer mayores empresas, sirviéndose siempre de la religión, se dedicó a una piadosa crueldad, expulsando a los marranos y despojando de ellos a su reino, que no puede ser este ejemplo más lamentable ni más raro. Bajo ese mismo manto atacó Africa, hizo la empresa

En el principio de su reino atacó Granada ... operar contra él. *Coordinación, yuxtaposición, asíndeto vigoroso y escueto, polisíndeto insistente y casi sofocante son los caracteres estilísticos de esta página. En el primer período, ese* **«Lui»** *inicial encabeza con fuerza este perfil dibujado exclusivamente con hechos históricos. Esas dos primeras secas oraciones coordinadas empiezan con* **«Lui»** *y terminan con* **«lo stato suo»** *(su poder). Sigue una serie de oraciones coordinadas o yuxtapuestas, sin más complicaciones sintácticas que algunas subordinadas relativas. La primera dice las condiciones necesarias para el plan político, cuya realización encontramos en las siguientes. Y las dice con un adjetivo insólito en esa acepción: «ocioso». El* **otium**, *para los romanos era el tiempo libre de las ocupaciones de la guerra y del estado, disponible para otras tareas, consideradas hedonísticas y menos importantes, como la literatura. Aquí el adjetivo indica la ausencia en ese momento de guerras con otros estados. El rey llenaba ese espacio con planes metódicos e inadvertidas acciones laterales, dirigidas todas ellas hacia un único fin: la formación de un estado fuerte, empezando por el sometimiento de «aquellos» barones de Castilla (famosos por levantiscos y alborotadores) y la formación de un ejército real. La cadena*

medesimo mantello, l'Affrica: fece l'impresa di Italia: ha ultimamente assaltato la Francia; e cosí sempre ha fatte e ordite cose grandi, le quali sempre hanno tenuti sospesi e ammirati gli animi de' sudditi e occupati nello evento di esse. E sono nate queste sua azioni in modo l'una dall'altra, che non ha dato mai, infra l'una e l'altra, spazio agli uomini di potere quietamente operarli contro.

Giova ancora assai a uno principe dare di sé esempli rari circa e' governi di dentro, simili a quelli che si narrano di messer Bernabò da Milano, quando si ha l'occasione di qualcuno che operi qualche cosa estraordinaria, o in bene o in male, nella vita civile, e pigliare uno modo, circa premiarlo o punirlo, di che s'abbia a parlare assai. E sopra tutto, uno principe si debbe ingegnare dare di sé in ogni sua azione fama di uomo grande e d'ingegno eccellente.

'E ancora stimato uno principe, quando egli è vero amico e vero inimico; cioè quando, sanza alcuno respetto, si scuopre in favore di alcuno contro ad un altro. Il quale partito fia sempre piú utile che stare neutrale; perché se dua potenti tuoi vicini vengono alle mani, o sono di qualità che, vincendo uno di quelli, tu abbi a temere del vincitore, o no. In qualunque di questi dua casi, ti sarà sempre piú utile lo scoprirti e fare buona guerra; perché, nel primo caso, se tu non ti scuopri, sarai sempre preda di chi vince, con piacere e satisfazione di colui che è stato vinto, e non hai ragione né cosa alcuna che ti defenda né che ti riceva; perché, chi vince non vuole amici sospetti e che non lo aiutino nelle avversità, chi perde,

*de las coordinadas sirve para dar la impresión de una acumulación de hechos análogos; pero lo más significativo está en el descenso de tono de las pocas, importantes subordinadas (***li quali, pensando alla guerra, non pensavano ad innovare; che non se ne accorgevano; la quale lo ha di poi onorato***). Toda la idea que Maquiavelo se ha formado de Fernando el Católico está en las primeras dos de esas subordinadas. Los barones de Castilla son como «el vulgo» y «los hombres en general» del capítulo XVIII, que ven las apariencias y no tocan con la mano la «realidad efectual».*

En seguida después, Maquiavelo entra en el tema que más le interesa: la habilísima utilización del factor religioso. El carácter de cruzada que revistió la guerra de Granada hizo posible que toda la cristiandad y especialmente la Iglesia contribuyeran a su financiación y a los gastos necesarios para organizar ejércitos nuevos que una vez terminada la guerra, serían el baluarte del poder del rey. La continuidad de la acción metódica es subrayada por el **siempre** *del período siguiente, que se refiere a la expulsión de los judíos conversos de fe dudosa (marranos), que dejó exhausta la economía española. En este segundo ejemplo de la utilización del móvil religioso para ocultasr una finalidad política, se habla de «piadosa crueldad». No se trata de una contraposición de gusto barroco, ni de la «crueldad bien empleada» del capítulo XVII, sino de una rápida ironía, basada en el doble significado de «piadoso», que por un lado equivale a obsecuente a los ritos y a las fórmulas religiosas, y por el otro es sinónimo de compasivo. La frase de gerundio que sigue extiende el carácter ambiguo de la expresión, pues descubrimos que víctimas, en el pensamiento de Maquiavelo, no es sólo la multitud de los marranos, sino el mismo reino español, despojado, con esa expulsión, de una valiosa fuente de prosperidad. Fue seguramente un espectáculo «lastimoso e inusitado». Tal dramaticidad*

de Italia, últimamente ha atacado a Francia y así siempre ha hecho y tramado cosas grandes, que siempre han tenido suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos, y ocupados en el desenlace de ellas. Y esas acciones suyas nacieron una de otra de tal manera que nunca dio espacio a los hombres, entre una y otra, para poder tranquilamente operar contra él.

También beneficia mucho a un príncipe dar de sí ejemplos raros respecto al gobierno de adentro, similares a los que se narran de *messer* Bernabó de Milán, cuando surge la ocasión de alguno que haga alguna cosa extraordinaria, para bien o para mal, y adoptar para premiarlo o para castigarlo un modo que dé mucho que hablar. Y sobre todo el príncipe debe ingeniarse para darse en todas sus acciones fama de hombre grande y de inteligencia excelente.

Un príncipe es estimado además cuando es verdadero amigo y verdadero enemigo, es decir cuando sin ningún reparo se descubre en favor de uno y en contra de otro, el cual partido será siempre más útil que mantenerse neutral; porque si dos poderosos vecinos tuyos llegan a las manos, o son de tal calidad que si uno vence tengas que temer al vencedor, o no. En cualquiera de esos dos casos, te será siempre más útil descubrirte y hacer buena guerra; porque en el primer caso, si tú no te descubres, siempre serás presa del que venza, con placer y satisfacción del vencido, y no tienes razón ni nada que te defienda ni que te reciba. Porque el que vence no quiere amigos sospechosos y que no lo ayuden en la adversidad; el que pierde no te recibe porque tú no quisiste correr su suerte con las armas en la mano.

le interesa a Maquiavelo como un aspecto de la acción arrolladora de Fernando, quien empleó la tensión en que mantuvo a sus súbditos como un medio de afirmarse en el poder.

Esta tensión se siente en el ritmo del período que sigue, formado por tres membretes cortos, yuxtapuestos y rapidísimos, correspondintes a las empresas de Africa, Italia y Francia, que desembocan en una conclusión pausada, donde el **siempre** *repetido refleja la implacable continuidad de este método político, cubierto por el «manto» de la religión y basado en el suspenso.*

Esta rápida síntesis del reinado de Fernando el Católico es muy dinámica, a pesar de ignorar la más atrevida de esas empresas, el viaje atlántico de Colón, cuyos alcances políticos Maquiavelo no llegó a aquilatar.

También beneficia ... de inteligencia excelente. *El ejemplo de Bernabó Visconti, señor de Milán a partir de 1354, junto con sus dos hermanos, y, luego, solo, hasta 1378, cuando fue envenenado por Giangaleazzo su sucesor, extiende este método del suspenso a la pequeña política interna. Bernabó fue célebre tanto por su crueldad como por la extravagancia de sus premios y castigos. Se cuenta, por ejemplo, que obligó a unos embajadores a tragarse los pergaminos con los mensajes desagradables que les habían sido encomendados.*

Un príncipe es estimado ... con las armas en la mano. *Se pasa sin transición al tema de la neutralidad, que Maquiavelo considera peligrosa. Presenta, como siempre, dos casos. En el primero, los contendientes son tales que el vencedor queda con un gran poder en sus manos: entonces los neutrales serán su presa, con placer y satisfacción del vencido, quien no les dará ayuda ni asilo. Del otro caso (de un vencedor poco poderoso) se ocupará el autor brevemente más adelante. Ahora ilustra el primero con un ejemplo.*

non ti riceve, per non avere tu voluto con le arme in mano correre la fortuna sua.

Era passato in Grecia Antioco, messovi dagli Etoli per cacciarne e' Romani. Mandò Antioco oratori agli Achei, che erano amici de' Romani, a confortarli a stare di mezzo; e da altra parte e' Romani li persuadevano a pigliare le arme per loro. Venne questa materia a deliberarsi nel concilio degli Achei, dove il legato di Antioco li persuadeva a stare neutrali: a che il legato romano respose: «Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est; sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis.»

E sempre interverrà che colui che non è amico ti ricercherà della neutralità, e quello che ti è amico ti richiederà che ti scuopra con le arme. E li principi mal resoluti, per fuggire e' presenti periculi, seguono el piú delle volte quella via neutrale, e il piú delle volte ruinano. Ma quando el principe si scuopre gagliardamente in favore d'una parte, se colui con chi tu ti aderisci vince, ancora che sia potente e che tu rimanga a sua discrezione, egli ha teco obligo, e vi è contratto l'amore; e gli uomini non sono mai sí disonesti, che con tanto esemplo di ingratitudine ti opprimessino; di poi, le vittorie non sono mai sí stiette, che il vincitore non abbi ad avere qualche respetto, e massime alla giustizia. Ma se quello con il quale tu ti aderisci perde, tu se' ricevuto da lui; e mentre che può ti aiuta, e diventi compagno di una fortuna che può resurgere. Nel secondo caso, quando quelli che combattono insieme sono di qualità che tu non abbi a temere quello che vince, tanto è maggiore prudenzia lo aderirsi, perché tu vai alla ruina di uno con lo aiuto di chi lo doverebbe salvare, se fussi savio; e, vincendo, rimane a tua discrezione, ed è impossibile, con lo aiuto tuo, che non vinca.

E qui è da notare che uno principe debbe avvertire di non fare mai compagnia con uno piú potente di sé, per offendere altri, se non quando la necessità lo stringe, come di sopra si dice; perché, vincendo, rimani suo prigione; e li principi debbano fuggire, quanto possono, lo stare a discrezione di altri. E' Viniziani si accompagnorono con Francia contro al duca di

Había pasado a Grecia Antíoco ... presa del vencedor. *El ejemplo pertenece a las postrimerías de la historia de la Grecia independiente, cuando se preparaba la conquista romana. La liga etólica (Grecia continental) combatía contra los romanos con la ayuda del rey de Siria, Antíoco III (224-187 a.c.), de la dinastía helenística de los Seléucidas. La liga aquea (Peloponeso), rival de la etólica, simpatizaba con los romanos. En este marco se produce el episodio narrado por Maquiavelo, quien tiene como fuente a Tito Livio, citado no muy exactamente de memoria.*

Y siempre ocurrirá que ... una fortuna que puede resurgir. *Estas líneas sirven de comentario al ejemplo anterior y, luego, para prevenir la posible objeción de quienes digan que también los aliados del vencedor, si este es muy poderoso, corren el riesgo de convertirse en su presa. Aquí, por primera vez, Maquiavelo atribuye al príncipe algo así como un escrúpulo moral, pero en seguida atenúa la afirmación con un matiz interesado: las victorias no son nunca tan netas como para que el vencedor pueda permitirse el lujo de enemistarse con sus aliados, máxime si al hacerlo, se mancha de una patente injusticia e ingratitud.*

Había pasado a Grecia Antíoco, llevado allí por los etolios para expulsar a los romanos. Mandó Antíoco embajadores a los aqueos, que eran amigos de los romanos, para exhortarlos a que se pusieran en medio, mientras por otra parte los romanos los exhortaban a que tomaran las armas por ellos. Vino a deliberarse este asunto en el consejo de los aqueos, donde el delegado de Antíoco los persuadía de mantenerse neutrales, a lo cual el delegado romano respondió: «En cuanto a lo que dicen ellos, que es más conveniente para vosotros no intervenir en la guerra, nada es más ajeno a vuestros intereses; sin favor, sin dignidad, seréis presa del vencedor».

Y siempre ocurrirá que el que no es amigo te pedirá la neutralidad, y el que es tu amigo te pedirá que te descubras con las armas. Y los príncipes mal resueltos, para escapar a los peligros presentes, siguen las más de las veces la vía neutral, y las más de las veces caen. Pero cuando el príncipe se descubre gallardamente en favor de una parte, si aquél a quien tú adhieres triunfa, aun cuando sea poderoso y tú quedes a discreción de él, está obligado contigo y te ha tomado afecto, y los hombres nunca son tan deshonestos que te opriman con tan grande ejemplo de ingratitud. Además las victorias no son nunca tan tajantes que el vencedor no tenga que tener algún respeto, especialmente a la justicia. Pero si aquel a quien tú adhieres pierde, a ti te recibe él, y mientras puede te ayuda, y pasas a ser compañero de una fortuna que puede resurgir. En el segundo caso, cuando los que combaten entre ellos son de tal calidad que no tienes nada que temer, es tanto mayor prudencia el adherir, porque tú vas a la ruina de uno con la ayuda del que debería salvarlo, si fuera sabio; y si vence queda a discreción tuya, y con tu ayuda es imposible que no venza.

Y aquí debe notarse que un príncipe debe cuidarse de no asociarse nunca con uno más poderoso que él para ofender a otros, a menos que lo fuerce la necesidad, como más arriba se dice; porque si vence quedas prisionero de él, y los príncipes deben evitar todo lo posible el estar a discreción de otro. Los venecianos se asociaron con Francia contra el duque de Milán, y podían evitar aquella asociación, que tuvo como resultado la ruina de ellos. Pero

Pero si aquel a quien tú te adhieres ... es imposible que no venza. *Tampoco en el segundo caso, de los adversarios poco poderosos, es conveniente la neutralidad. El interés de los débiles es el de unirse contra los fuertes; pero, si no son «sabios» y luchan entre sí, le conviene al príncipe ayudar a uno de los dos, pues, después de la victoria, también el vencedor quedará a su discreción. De aquí, tomando como destinatario de estos consejos al vencedor débil, se pasa fácilmente a la consideración siguiente.*

Y aquí debe notarse ... el menos malo por bueno. *No hay, pues, que aliarse con otro príncipe más poderoso en una guerra ofensiva, para no quedar a discreción del vencedor... cuando esto se puede evitar. Este precepto no puede ser tajante. En efecto, los dos ejemplos citados se refieren a dos situaciones distintas. Los venecianos, quienes en 1499 ayudaron imprudentemente al rey francés Luis XII para adueñarse de Lombardía contra Ludovico el Moro, lo hicieron sin necesidad, para apoderarse de dos ciudades (véase el capítulo III de* **El Príncipe***), y, como consecuencia, diez años más tarde, fueron deshechos por los mismos franceses en Vagliate. Los florentinos, en cambio,*

Milano, e potevono fuggire di non fare quella compagnia; di che ne risultò la ruina loro. Ma quando non si può fuggirla (come intervenne a' Fiorentini quando il papa e Spagna andorono con gli eserciti ad assaltare la Lombardia) allora si debba il principe aderire per le ragioni sopradette. Né creda mai alcuno stato potere sempre pigliare partiti securi, anzi pensi di avere a prenderli tutti dubbii; perché si trova questo nell'ordine delle cose, che mai non si cerca fuggire uno inconveniente che non si incorra in uno altro; ma la prudenzia consiste in sapere conoscere le qualità degli inconvenienti e pigliare il meno tristo per buono.

Debbe ancora uno principe mostrarsi amatore delle virtú dando recapito alli uomini virtuosi, e onorare gli eccellenti in una arte. Appresso, debbe animare li sua cittadini di potere quietamente esercitare gli esercizi loro, e nella mercanzia e nella agricultura e in ogni altro esercizio degli uomini; e che quello non tema di ornare le sua possessioni per timore che le gli sieno tolte, e quell'altro di aprire uno traffico per paura delle taglie; ma debbe preparare premi a chi vuol fare queste cose, e a qualunque pensa, in qualunque modo, ampliare la sua città o il suo stato. Debbe, oltre a questo, ne' tempi convenienti dell'anno, tenere occupati e' populi con le feste e spettaculi. E perché ogni città è divisa in arte o in tribú, debbe tenere conto di quelle università, raunarsi con loro qualche volta, dare di sé esemplo di umanità e di munificenzia, tenendo sempre ferma nondimanco la maestà della dignità sua, perché questo non vuole mai mancare in cosa alcuna.

no tuvieron más remedio, en el trance de la Liga Santa, reunida por el papa Julio II contra los franceses (1512), que tomar partido, y lo hicieron por Francia, su tradicional aliada, mientras el papa y España, en nombre de la Liga, apoyaban las pretensiones de los Médici al dominio de la ciudad. También en este caso, el resultado de la alianza con el poderoso fue negativo, pues los franceses fueron derrotados; pero en este caso había sido necesario arriesgarse. Maquiavelo no habla aquí de la derrota de la república, porque esa derrota había sido la victoria de los mismos que disfrutaban del poder en Florencia y a los cuales el libro estaba dedicado. Pero para él había sido y era una catástrofe. El párrafo se cierra con la consideración realista de la imposibilidad de conocer la historia futura y de tomar, por lo tanto, derroteros seguros. Hay que elegir el camino que ofrece menores peligros. Caemos siempre en la teoría del mal menor.

cuando es imposible evitarla, como les ocurrió a los florentinos cuando el papa y España fueron con sus ejércitos a atacar Lombardía, entonces el príncipe debe adherir por las razones antes dicha. Y que ningún estado crea posible tomar siempre partidos seguros: que piense más bien que tendrá que tomarlos todos dudoso; porque en el orden de las cosas se encuentra esto, que jamás se busca escapar a un inconveniente que no se incurra en otro; pero la prudencia consiste en saber conocer la calidad de los inconvenientes, y tomar el menos malo por bueno.

Debe además el príncipe mostrarse amante de las virtudes, y honrar a los que se destacan en un arte. Después, debe animar a sus ciudadanos a que ejerzan tranquilamente sus oficios, tanto en el comercio como en la agricultura y en cualquier otro ejecicio de los hombres, y que ninguno tema ornar sus posesiones por miedo a que se las quiten, ni otro abrir un tráfico por temor a los impuestos; antes debe preparar premios para quienes hagan tales cosas y para cualquiera que piense en engrandecer de cualquier modo su ciudad y su estado. Aparte de eso, en los tiempos convenientes del año debe tener ocupados a los pueblos con fiestas y espectáculos. Y como todas las ciudades están divididas en corporaciones o en barrios, debe tener en cuenta esas universidades, reunirse con ellas algunas veces, dar ejemplos de su humanidad y generosidad, teniendo siempre firme sin embargo la majestad de su dignidad, porque esto no debe fallar nunca en cosa alguna.

Debe además el príncipe ... fallar nunca en cosa alguna. *Es este el único lugar de* **El Príncipe** *en el que se dan reglas de buen gobierno en terreno no estrictamente político. La recomendación de procurar el bien de los súbditos y asegurarles el tranquilo desarrollo de sus actividades es consuetudinario. Sólo hay que notar que aquí se insiste en la producción y se omite el fomento de las artes y de las letras, que los tratadistas del buen gobierno solían poner en primer término. El último precepto, de entretener al pueblo con fiestas y espectáculos y de hacerse presente en los barrios personalmente y con generosas distribuciones es en cambio muy «maquiavélico»: corresponde al método condensado en el lema* **Panem et circenses** *del Bajo Imperio romano y al sistema, aún no olvidado por los florentinos, de Lorenzo el Magnífico. Mientras el pueblo se entretiene no piensa en rebelarse. Pero Maquiavelo debía considerar que el príncipe, preocupado por crear alegría, encuentra más difícil oprimir al mismo tiempo al pueblo con persecuciones sangrientas. El autor se esfuerza una vez más por impulsar al señor de Florencia hacia el «principado civil».*

XXII
De his quos a secretis principes habent

Non è di poca importanzia a uno principe la elezione de' ministri; li quali sono buoni o no, secondo la prudenzia del principe. E la prima coniettura che si fa del cervello di uno signore, è vedere gli uomini che lui ha d'intorno; e quando e' sono sufficienti e fideli, si può sempre reputarlo savio, perché ha saputo conoscerli sufficienti e mantenerli fideli. Ma quando sieno altrimenti, sempre si può fare non buono iudizio di lui, perché el primo errore che fa, lo fa in questa elezione.

Non era alcuno che conoscessi Messer Antonio da Venafro per ministro di Pandolfo Petrucci, principe di Siena, che non iudicasse Pandolfo essere valentissimo uomo, avendo quello per suo ministro. E perché sono di tre generazione cervelli: l'uno intende da sé, l'altro discerne quello che altri intende, el terzo non intende né sé né altri; quel primo è eccellentissimo, el secondo eccellente, el terzo inutile; conveniva pertanto di necessità, che, se Pandolfo non era nel primo grado, che fussi nel secondo; perché, ogni volta che uno ha iudicio di conoscere el bene o il male che uno fa e dice, ancora che da sé non abbia invenzione, conosce le opere triste e le buone del ministro, e quelle esalta e le altre corregge; e il ministro non può sperare di ingannarlo, e mantiensi buono.

Notas al capítulo XXII

No es de poca importancia ... se mantiene bueno. *«Ministro» tiene el significado primitivo, hoy perdido, de dependiente, ejecutor, secretario. Este capítulo no tendría gran interés (dice que se juzga a un príncipe por el tino con que sabe elegir a sus consejeros) si no fuera por el leve sabor autobiográfico que tienen estas consideraciones del que había sido también secretario, pero de una república, y que deseaba volver a serlo, aunque fuera de un príncipe. El ingenio de este último, dice Maquiavelo, no es necesario que sea de primera categoría. Los mejores cerebros crean, forjan métodos; otros, también buenos, saben distinguir los buenos de los malos consejos y por lo tanto*

XXII
De los secretarios que tienen los príncipes

No es de poca importancia para un príncipe la elección de sus ministros, los cuales serán buenos o no, según la prudencia del príncipe. Y la primera conjetura que se hace del cerebro de un señor es viendo los hombres que tiene alrededor: cuando son capaces y fieles, siempre se puede considerarlo sabio, porque ha sabido reconocer su capacidad y mantenerlos fieles. Pero cuando son de otro modo siempre se puede hacer juicio no bueno de él, porque el primer error que comete, lo comete en esa elección.

No hubo nadie que conociese a *messer* Antonio de Venafro como ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, que no juzgase ser Pandolfo hombre valentísimo, puesto que tenía a aquél por ministro. Y como hay cerebros de tres clases, uno que entiende por sí mismo, el otro que discierne lo que entiende otro y el tercero que no entiende ni por sí ni por otro; el primero es excelentísimo, el segundo excelente y el tercero inútil; era preciso, pues, que si Pandolfo no estaba en el primer grado, estuviera en el segundo: porque toda vez que alguien tiene juicio para conocer el bien o el mal que alguien hace o dice, aun cuando no tenga inventiva propia, conoce las obras malas y las buenas del ministro, y exalta las unas y corrige las otras, y el ministro no puede tener esperanza de engañarlo y se mantiene bueno.

eligen bien a su colaborador y aplican lo que este propone. En cambio, no sirven para nada quienes no entienden por sí solos, ni por medio de otros.

Cuando el príncipe no pertenece a la primera categoría, debe por lo menos pertenecer a la segunda, y será considerado excelente. El autor da el ejemplo de Pandolfo Petrucci, tirano de Siena, y de su secretario Antonio da Venafro, pero piensa probablemente en el señor de Florencia, que debía estar deseoso de emanciparse en algo de la tutela de la curia romana (el papa León X era un Médici y el cerebro de la familia).

Ma come uno principe possa conoscere il ministro, ci è questo modo che non falla mai; quando tu vedi el ministro pensare piú a sé che a te, e che in tutte le azioni vi ricerca drento l'utile suo, questo tale cosí fatto mai fia buono ministro, mai te ne potrai fidare: perché quello che ha lo stato di uno in mano, non debbe pensare mai a sé, ma al principe, e non li ricordare mai cosa che non appartenga a lui. E dall'altro canto, el principe, per mantenerlo buono, debba pensare al ministro, onorandolo, faccendolo ricco, obligandoselo, participandoli gli onori e carichi; acciò che vegga che non può stare sanza lui, e che gli assai onori non li faccino desiderare piú onori, le assai ricchezze non li faccino desiderare piú ricchezze, li assai carichi li faccino temere le mutazioni. Quando, dunque, e' ministri e li principi circa e' ministri sono cosí fatti, possono confidare l'uno dell'altro; e quando altrimenti, sempre il fine fia dannoso o per l'uno o per l'altro.

Pero para que el príncipe pueda conocer al ministro, hay un modo que no falla nunca. Cuando tú ves que el ministro piensa más en sí mismo que en ti, y en todas las acciones busca alguna utilidad para sí, ese hombre jamás será un buen ministro, jamás podrás fiarte de él; porque quien tiene en la mano el estado de otro, no debe pensar nunca en sí mismo, sino siempre en el príncipe, y jamás recordarle nada que no le corresponda a él. Y por el otro lado el príncipe, para mantenerlo bueno, debe pensar en el ministro, honrándolo, haciéndolo rico, obligándolo con él, haciéndolo participar en los honores y en los cargos, para que vea que no puede estar sin él y los muchos honores no le hagan desear más honores, las muchas riquezas no le hagan desear más riquezas, los muchos cargos le hagan temer las mutaciones. Cuando pues los ministros y los príncipes respecto a los ministros son de este modo, pueden confiar el uno en el otro; cuando son de otro modo, el fin será perjudicial para el uno o para el otro.

Pero para que el príncipe pueda conocer ... para el uno o para el otro. *Creo que la primera parte de este párrafo es importante para clarificar el sentido de la palabra «estado» en este libro. Aquí se habla exclusivamente de la fidelidad del secretario a la persona y a los intereses del príncipe, y no, como se ha pretendido, de lealtad hacia el estado, en el sentido moderno de la palabra. Los malos ministros «piensan más en sí mismos que en tí» (donde el* **tú** *es el príncipe). El ministro «tiene en sus manos el estado de uno» (y aquí también* **uno** *es el príncipe y por lo tanto su «estado» es su situación hegemónica).*

La conocida carta a Francisco Vettori del 10/12/1513, en la que Maquiavelo da noticia al amigo de la composición de **El Príncipe**, *termina con unas palabras, que parecen tener alguna relación con la última parte de este capítulo: «A cualquiera le debería gustar servirse de alguien que, a expensas de otros está lleno experiencia... Y quien ha sido fiel y bueno durane los 43 años que yo tengo, no debe poder cambiar su naturaleza; y de la lealtad y bondad mía da testimonio mi pobreza».*

XXIII
Quomodo adulatores sint fugiendi

Non voglio lasciare indrieto uno capo importante e uno errore dal quale e' principi con difficultà si defendano, se non sono prudentissimi, o se non hanno buona elezione. E questi sono gli adulatori, de' quali le corti sono piene, perché gli uomini si compiacciono tanto nelle cose loro proprie, e in modo vi si ingannano, che con difficultà si defendano da questa peste; e a volersene defendere, si porta periculo di non diventare contennendo. Perché non ci è altro modo a guardarsi delle adulazioni, se non che gli uomini intendino che non ti offendino a dirti el vero; ma quando ciascuno può dirti el vero, ti manca la reverenzia. Pertanto uno principe prudente debbe tenere uno terzo modo, eleggendo nel suo stato uomini savi, e solo a quelli debbe dare libero arbitrio a parlargli la verità, e di quelle sole cose che lui domanda, e non d'altro. Ma debbe domandarli d'ogni cosa, e le opinioni loro udire; e di poi deliberare da sé, a suo modo; e con questi consigli, e con ciascuno di loro, portarsi in modo che ognuno conosca che quanto piú liberamente si parlerà, tanto piú li fia accetto: fuora di quelli, non volere udire alcuno, andare drieto alla cosa deliberata ed essere ostinato nelle deliberazioni sua. Chi fa altrimenti, o e' precipita per gli adulatori, o si muta spesso per la variazione de' pareri; di che nasce la poca estimazione sua.

Io voglio a questo proposito addurre uno esemplo moderno. Pre' Luca, uomo di Massimiliano, presente imperadore, parlando di sua maestà disse

Notas al capítulo XXIII

No quiero dejar atrás ... que se le estime poco. *La condena de los cortesanos aduladores es un lugar común del renacimiento. Pero aquí la adulación no es condenada en sí, sino en relación con los intereses del príncipe. Y la figura del adulador ocupa el lugar central sólo en la primeras líneas. Luego vuelve el príncipe a ser el eje del razonamiento. El problema del príncipe es el de rechazar la adulación y mantener la «reverencia», necesaria para la conservación de la imagen, que para él es tan importante que llega a anular su verdadero ser. Y aquí, como en las partes más medulares del libro, la norma se vuelve retrato. Y vemos al protagonista, en su orgullosa reserva. seleccionar a sus consejeros, sin tolerar sugerencias no pedidas, ni mentiras halagadoras. El verdadero príncipe no tolera la adulación y exige la verdad y el consejo sincero. Pero la decisión en último término es suya.*

XXIII
De qué modo deben ser evitados los aduladores

No quiero dejar atrás un asunto importante y un error del cual los príncipes con dificultad se defienden, si no son prudentísimos, o si no saben elegir bien. Y me refiero a los aduladores, de los cuales están llenas las cortes; porque los hombres se complacen tanto en las cosas suyas propias, y de tal manera se engañan en ellas, que con dificultad se defienden de esa peste, y queriendo defenderse de ella se corre el peligro de volverse despreciable. Porque no hay otro modo de guardarse de las adulaciones que hacer que los hombres entiendan que no te ofenden diciéndote la verdad; pero cuando todos pueden decirte la verdad, te falta la reverencia. Por lo tanto un príncipe prudente debe usar un tercer modo, elegir a hombres sabios en su estado y sólo a ellos dar libre albedrío para que le hablen la verdad, y sólo de las cosas que él pregunta y nada más; debe preguntarles sobre todo, y escuchar las opiniones de ellos; después decidir por sí mismo, a su modo; y con esos consejeros y con cada uno de ellos comportarse de manera que cada uno entienda que cuanto más libremente le hable tanto más le agradará; y fuera de ésos no querer oír a nadie, seguir lo que haya resuelto y ser obstinado en sus decisiones. El que actúa de otro modo, o cae por los aduladores, o muda con frecuencia por la variación de las opiniones, de lo cual nace que se le estime poco.

Yo quiero respecto a esto citar un ejemplo moderno. El Padre Lucas, hombre de Maximiliano, potente emperador, hablando de su Majestad, dijo

Yo quiero respecto a esto ... confiar en sus decisiones. *El perfil del emperador Maximiliano de Austria, ejemplo de debilidad e indecisión, es decir de lo que un príncipe no debe ser, está encerrado entre dos series paralelas de consideraciones teóricas, de modo análogo al ejemplo de Pandolfo Petrucci en el capítulo anterior, que en cambio tenía carácter positivo. El desdoblamiento del tema de los consejeros en dos capítulos gemelos nucleados en dos ejemplos contrapuestos obedece a la visión dualista que Maquiavelo tenía de las cosas. La contraposición, en él, no es gusto retórico, sino forma mental. El retrato mismo de Maximiliano es un buen ejemplo de ello. El emperador no pedía consejos, pero no hacía nada a su manera; no comunicaba sus proyectos, pero estos se descubrían; destruía lo que había conquistado el día anterior.*

come e' non si consigliava con persona, e non faceva mai di alcuna cosa a suo modo: il che nasceva dal tenere contrario termine al sopradetto. Perché lo imperadore è uomo secreto, non comunica li sua disegni con persona, non ne piglia parere; ma, come, nel metterli ad effetti si cominciono a conoscere e scoprire, li cominciono ad essere contradetti da coloro che lui ha d'intorno; e quello, come facile, se ne stoglie. Di qui nasce che quelle cose che fa uno giorno, destrugge l'altro; e che non si intenda mai quello si voglia o disegni fare; e che non si può sopra le sua deliberazioni fondarsi.

Uno principe, per tanto, debbe consigliarsi sempre; ma quando lui vuole, e non quando vuole altri; anzi debbe torre animo a ciascuno di consigliarlo d'alcuna cosa, se non gnene domanda. Ma lui debbe bene essere largo domandatore, e di poi circa le cose domandate paziente uditore del vero; anzi, intendendo che alcuno per alcuno respetto non gnene dica, turbarsene. E perché molti esistimano che alcuno principe, il quale dà di sé opinione di prudente, sia così tenuto non per sua natura, ma per li buoni consigli che lui ha d'intorno, sanza dubbio s'ingannano. Perché questa è una regola generale che non falla mai: che uno principe, il quale non sia savio per sé stesso, non può essere consigliato bene, se già a sorte non si rimettessi in uno solo che al tutto lo governassi, che fussi uomo prudentissimo. In questo caso, potria bene essere, ma durerebbe poco, perché quello governatore in breve tempo li torrebbe lo stato. Ma, consigliandosi con piú d'uno, uno principe che non sia savio non arà mai e' consigli uniti, né saprà per se stesso unirli: de' consiglieri ciascuno penserà alla proprietà sua: lui non li saprà correggere né conoscere. E non si possono trovare altrimenti; perché li uomini sempre ti riusciranno tristi, se da una necessità non sono fatti buoni. Però si conclude che li buoni consigli, da qualunque venghino, conviene naschino dalla prudenzia del principe, e non la prudenzia del principe da' buoni consigli.

que no se aconsejaba con nadie y jamás hacía cosa alguna a su modo, lo cual nacía de hacer lo contrario de lo dicho más arriba. Porque el emperador es hombre secreto, no comunica sus proyectos a nadie ni pide pareceres sobre ellos: pero apenas comienzan a ser conocidos y descubiertos al ponerse en obra, comienzan los que tiene alrededor a contradecirlos; y él, como hombre débil, desiste de ellos. De ahí nace que las cosas que hace un día las destruye al otro, y que jamás se sepa lo que quiere o proyecta hacer, y que no se pueda confiar en sus decisiones.

Un príncipe, por lo tanto, debe aconsejarse siempre, pero cuando quiere él, y no cuando quiere otro; incluso debe desanimar a todos de que lo aconsejen sobre algo, si no les pregunta; pero él debe preguntar abundantemente y después, sobre lo que ha preguntado, escuchar pacientemente la verdad; incluso enojarse cuando entiende que alguien, por respeto, no se la dice. Y aunque muchos estimen que algún príncipe que da de sí opinión de ser prudente sea considerado tal no por su propia naturaleza sino por los buenos consejeros que tiene alrededor, sin duda se engañan. Porque ésta es una regla general que no falla nunca: que un príncipe que no sea sabio por sí mismo no puede ser bien aconsejado, a menos que por casualidad se ponga en manos de uno que lo gobierne en todo y que sea un hombre prudentísimo. En ese caso bien podría ser, pero duraría poco, porque en poco tiempo ese gobernador le quitaría el estado; pero aconsejándose con más de uno, un príncipe que no sea sabio no tendrá nunca los consejos unidos y tampoco sabrá unirlos por sí mismos; de los consejeros, cada uno pensará en su propiedad; y él no sabrá corregirlos ni conocerlos. Y no es posible hallarlos de otro modo, porque los hombres siempre te saldrán malos a menos que una necesidad los haga buenos. Por eso se concluye que los buenos consejos, de cualquiera que provengan, deben nacer de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

Un príncipe por lo tanto debe aconsejarse ... por respeto no se la dice. *Resume en estas líneas lo que había dicho en la primera parte del capítulo, dejando de lado el tema de la adulación, que aquí cambia de signo y se vuelve respeto.*

Y aunque algunos estiman ... de los buenos consejos. *En esta última parte el autor relativiza el valor de los consejeros. Si el príncipe no vale por sí, de poco le sirven los buenos consejeros: si son varios, no se pondrán de acuerdo; si es uno solo y verdaderamente vale, desplazará al príncipe y se quedará con el poder.*

El capítulo termina con una contraposición cruzada, de gusto muy maquiaveliano y siempre muy eficaz en la prosa ético-política: «los buenos consejos ... deben nacer de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos».

XXIV
Cur Italiae principes regnum amiserunt

Le cose soprascritte, osservate prudentemente, fanno parere, uno principe nuovo, antico e lo rendono subito piú securo e piú fermo nello stato, che se vi fussi antiquato drento. Perché uno principe nuovo è molto piú osservato nelle sua azioni che uno ereditario; e quando le sono conosciute virtuose, pigliono molto piú li uomini e molto piú li obligano che il sangue antico. Perché li uomini sono molto piú presi dalle cose presenti che dalle passate, e quando nelle presenti truovono il bene, vi si godono e non cercano altro; anzi piglieranno ogni difesa per lui, quando non manchi nelle altre cose a se medesimo. E cosí arà duplicata gloria, di avere dato principio a uno principato nuovo; e ornatolo e corroboratolo di buone legge, di buone arme e di buoni esempli; come quello ha duplicata vergogna, che, nato principe, lo ha per sua poca prudenzia perduto.

E se si considerrà quelli signori che in Italia hanno perduto lo stato a' nostri tempi, come il re di Napoli, duca di Milano, e altri, si troverrà in loro, prima, uno comune defetto quanto alle armi, per le cagioni che di sopra a lungo si sono discorse; di poi si vedrà alcuno di loro, o che arà avuto inimici e' populi, o, se arà avuto el populo amico, non si sarà saputo assicurare de' grandi: perché, sanza questi difetti, non si perdono li stati che abbino tanto nervo che possino tenere uno esercito alla campagna. Filippo Macedone, non il padre di Alessandro, ma quello che fu vinto da Tito Quinto, aveva non molto stato, respetto alla grandezza de' Romani e di Grecia che lo assaltò; nondimanco, per essere uomo militare e che sapeva intrattenere el

Notas al capítulo XXIV

Las cosas dichas, observadas prudentemente,... de tu virtud. *«Las cosas dichas» son todo el libro, al que este capítulo y el siguiente, íntimamente unidos como los dos anteriores, sirven de conclusión. A lo largo de la composición de la obra, la república se ha ido apartando del panorama concreto (era un mero recuerdo, que sólo en Florencia podía decirse reciente). En Italia ya no quedaban más que príncipes (con la excepción atípica de Venecia): algunos de ellos habían abierto las puertas a invasores extranjeros, otros habían huído ante el aluvión; todos empleaban milicias mercenarias. «Pobres, ambiciosos y viles» los italianos en el conjunto de los soberanos europeos, los califica Maquiavelo en la carta a Vettori del 26 de agosto de ese año 1513 en que*

XXIV
Porqué los príncipes de Italia han perdido sus estados

Las cosas dichas, observadas prudentemente, hacen a un príncipe nuevo parecer antiguo, y lo vuelven inmediatamente más seguro y más firme en el estado que si estuviera en él desde mucho tiempo atrás. Porque un príncipe nuevo es mucho más observado en sus acciones que uno hereditario, y cuando se la conoce virtuosas, atrapan mucho más a los hombres y mucho más los obligan que la sangre antigua. Porque los hombres son atrapados mucho más allá por las cosas presentes que por las pasadas, y cuando en las presentes hallan el bien, se gozan en él y no buscan otra cosa; antes bien lo defenderán de todas maneras, siempre que en las demás cosas no se falte a sí mismo. Y así tendrá duplicada gloria, de haber dado principio a un principado nuevo, y haberlo ornado y corroborado con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos; igual que tiene duplicada vergüenza el que, habiendo nacido príncipe, por su poca prudencia lo ha perdido.

Y si se considera a aquellos señores que en Italia han perdido el estado en nuestros tiempos, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y otros, se encontrará en ellos, ante todo, un defecto común respecto a las armas, por las razones que más arriba se han discurrido largamente; después, se verá que alguno de ellos, o ha tenido al pueblo de enemigo o, si tuvo amigo al pueblo, no habrá sabido asegurarse de los grandes: porque sin esos defectos no se pierden los estados que tengan nervio suficiente para poder mantener un ejército en campaña. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro sino el que fue vencido por Tito Quinto, no tenía mucho estado en relación con

escribía **El Príncipe**. *Maquiavelo no los estima pero constituyen la única realidad. Piensa que si, por lo menos, gobernaran apoyándosoe en el pueblo, refrenaran a los grandes, organizaran ejércitos locales y tuvieran buenos consejeros, el deslizamiento hacia el abismo podría detenerse. Los ejemplos que Maquiavelo da en este capítulo son todos de príncipes destronados por soberanos extranjeros. De a poco, el retrato del príncipe nuevo va cediendo el lugar a la preocupación nacional. La mención de Filipo V de Macedonia obedece a la regla autoimpuesta de equilibrar siempre un ejemplo moderno con uno clásico y pertenece al Maquiavelo humanista, pero aqueos, etolios y macedonios en la península helénica en la antigüedad estaban en condiciones que se pueden considerar análogas a las*

populo e assicurarsi de' grandi, sostenne piú anni la guerra contro a quelli; e se alla fine perdé il dominio di qualche città, li rimase nondimanco el regno.

Pertanto, questi nostri principi, che erano stati molti anni nel principato loro, per averlo di poi perso non accusino la fortuna, ma la ignavia loro: perché, non avendo mai ne' tempi quieti pensato che possono mutarsi (il che è comune defetto degli uomini, non fare conto, nella bonaccia, della tempesta), quando poi vennono e' tempi avversi, pensorono a fuggirsi e non a defendersi; e sperorono che e' populi, infastiditi dalla insolenzia de' vincitori, gli richiamassino. Il quale partito, quando mancono gli altri, è buono; ma è bene male avere lasciati gli altri remedii per quello: perché non si vorrebbe mai cadere, per credere di trovare chi ti ricolga; il che, o non avviene, o, s'egli avviene, non è con tua sicurtà, per essere quella difesa suta vile e non dependere da te. E quelle difese solamente sono buone, sono certe, sono durabili, che dependono da te proprio e dalla virtú tua.

de los estados italianos del Renacimiento, presa codiciada del conquistador extranjero.

A Maquiavelo no se le escapa la causa profunda de esa debilidad en la resistencia, de esa carencia de esqueleto y de nervio: la falta de participación popular en el manejo de la cosa pública. La resistencia, en los siglos XII y XIII, había sido obra de ciudades libres, cuyo ejemplo más famoso es el de la Liga Lombarda contra Federico Barbarroja, con ejércitos integrados por ciudadanos que volvían a sus ocupaciones habituales después de la victoria. Ese era el ideal de Maquiavelo. La alternativa que presentaban los tiempos era la de la monarquía unitaria y fuerte, que se imponía sobre el particularismo de una nobleza ambiciosa y, para eso, a veces se apoyaba en el pueblo: el mal menor. Para mostrar la «realidad efectual» del poder absoluto y a la vez contribuir a lograr el mal menor, Maquiavelo escribe **El Príncipe**, *corriendo el riesgo de no ser entendido.*

Los innumerables señoríos italianos, en gran parte causa o efecto del empleo de milicias mercenarias, no llenaban ninguna de las dos condiciones: ni eran ciudades libres, ni monarquías fuertes. Más tarde, en los diálogos del **Arte de la guerra**, *Maquiavelo intentará una descripción del fenómeno, que coincide admirablemente con el contenido de este capítulo: «Nuestros príncipes italianos, antes de experimentar los golpes de las guerras de origen transalpino, creían que para un príncipe era suficiente saber pensar en un escritorio una aguda respuesta o escribir una hermosa carta, mostrar argucia y ocurrencia en los discursos, tramar hábilmente un engaño, adornarse de joyas y de oro, dormir y comer*

la grandeza de los romanos y de Grecia que lo atacó; sin embargo, por ser hombre militar y que sabía tener de su lado al pueblo y asegurarse de los grandes, sostuvo muchos años la guerra contra aquéllos, y si al final perdió el dominio de alguna ciudad, le quedó en cambio el reino.

Por lo tanto estos príncipes nuestros, que habían estado muchos años en sus principados, por haberlos perdido después no deben acusar a la suerte, sino a su propia desidia; porque, no habiendo pensado nunca en los tiempos tranquilos que éstos puedieran cambiar (lo cual es común defecto de los hombres, no tomar en cuenta la tormenta en la bonanza), cuando después vinieron tiempos adversos pensaron en huir y no en defenderse, y esperaron que los pueblos, hartos de la insolencia de los vencedores, los llamaran de vuelta. Y este partido es bueno cuando no hay otro, pero es malo haber dejado los otros remedios por él; porque nunca hay que querer caer, por creer que habrá quien te recoja. Lo cual no ocurre o, si ocurre, no es con seguridad tuya, pues ha sido defensa cobarde y que no dependió de ti. Y solo son buenas, ciertas y duraderas las defensas que dependen de ti mismo y de tu virtud.

de modo más espléndido que los demás, rodearse de voluptuosidades, conducirse avara y orgullosamente con los súbditos, pudrirse en la ociosidad, conceder puestos de mando en el ejército a los favoritos, despreciar los consejos de quien les mostrase algún loable camino, querer que sus palabras fuesen sentencias de oráculo; y no se daban cuenta, los pobres, de que se preparaban para ser presa de quienquiera los atacara» (Maquiavelo, **El arte de la guerra,** *capítulo VII).*

Las tres causas de la debilidad de los príncipes: la falta de participación popular, las milicias mercenarias y la prepotencia de los nobles, se reducen en realidad todas a la primera. La indiferencia del pueblo es una consecuencia directa del monopolio de la vida política por parte del señor; por otra parte, este no podía armar a los habitantes sin concederles libertades y no podía prescindir enteramente de los nobles, sin atreverse a conducir una política de corte democrático. Maquiavelo quiere salvar lo que puede de la república dentro del principado: ésta, y no la soñada unidad de Italia fue su verdadera utopía.

En la última parte del capítulo, Maquiavelo lanza una acusación suplementaria a los príncipes italianos: la ignavia, el dejarse estar, el no pensar durante los tiempos tranquilos en la defensa contra previsibles tormentas. Para Maquiavelo, ignavia significa abandonarse a la fortuna. El problema de las relaciones entre el hombre y la fortuna, que es el problema del libre albedrío, constituye la materia del siguiente capítulo.

XXV
Quantum fortuna in rebus humanis possit et quomodo illi sit occurrendum

E' non mi è incognito come molti hanno avuto e hanno opinione che le cose del mondo sieno in modo governate dalla fortuna e da Dio, che gli uomini con la prudenzia loro non possino correggerle, anzi non vi abbino remedio alcuno; e per questo potrebbono iudicare che non fussi da insudare molto nelle cose, ma lasciarsi governare alla sorte. Questa opinione è suta piú creduta ne' nostri tempi, per la variazione grande delle cose che si sono viste e veggonsi ogni dì, fuora d'ogni umana coniettura. A che pensando, io, qualche volta, mi sono in qualche parte inclinato nella opinione loro. Nondimanco, perché il nostro libero arbitrio non sia spento, iudico potere essere vero che la fortuna sia arbitra della metà delle azioni nostre, ma che etiam lei ne lasci governare l'altra metà, o presso, a noi. E assomiglio quella a uno di questi fiumi rovinosi, che, quando s'adirano, allagano e' piani, ruinano gli alberi e gli edifizii, lievono da questa parte terreno, pongono da quell'altra; ciascuno fugge loro dinanzi, ognuno cede allo impeto loro, sanza potervi in alcuna parte obstare. E benché sieno cosí fatti, non resta però che gli uomini, quando sono tempi quieti, non vi potessino fare provvedimenti, e con ripari e argini, in modo che, crescendo poi, o egli andrebbano per uno

Notas al capítulo XXV

La enérgica conclusión del capítulo XXIV (duran sólo las defensas que dependen de ti, de tu voluntad) lleva naturalmente a plantear el problema de los límites de la posiblidad que tiene el hombre de modificar su entorno y de determinar su destino o, dicho en lenguaje medioeval y renacentista, el problema de las relaciones del hombre con Dios y con la Fortuna (considerada esta última por los teólogos como una ejecutora, o, mejor, una metáfora de la voluntad divina). En los tiempos de Maquiavelo la discusión era actual, no sólo porque el humanismo había exaltado el libre albedrío, sino también porque la Reforma, a pesar de tener en el humanismo algunas de sus raíces más profundas, lo estaba negando. Pero en Maquiavelo se trata de algo más que de un tema consuetudinario y casi obligatorio. El centro mismo de su meditación política es la voluntad del hombre.

XXV
Cuánto puede la fortuna en las cosa humanas, y de qué modo se debe resistirle

No ignoro que muchos han sido y son de opinión que las cosas del mundo son gobernadas por la fortuna y por Dios de tal modo que los hombres con su prudencia no pueden corregirlas, y más bien no tienen remedio alguno; por esto, podrían juzgar que no hay que esforzarse mucho en las cosas, sino dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha sido más aceptada en nuestros tiempos por la gran variación de las cosas que se ha visto y se ve todos los días, fuera de cualquier conjetura humana. Y pensando yo en esto, alguna vez, me he inclinado en parte hacia esa opinión. Sin embargo, para que nuestro libre albedrío no se extinga, juzgo que puede ser cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que ella nos deja gobernar la otra mitad, o casi, a nosotros. Y la comparo con uno de esos ríos de montaña que, cuando se enfurecen, inundan las llanuras, derriban los árboles y los edificios, quitan terreno de esta parte y lo ponen de aquella otra: todos huyen delante de ellos, todos ceden a su ímpetu, sin poder resistirlo en parte alguna. Pero aun cuando sean así, eso no impide que los hombres, en los tiempos en que están tranquilos, puedan tomar precauciones y ponerles reparos y diques, de tal modo que cuando después crecen, o irán

No ignoro que muchos han sido ... la mitad o casi, a nosotros. *El problema atormentaba a Maquiavelo y la solución que le da es más fruto de esperanza (juzgo que puede ser cierto) que de certeza. Pero se trata de una esperanza fuerte, necesaria en esos tiempos turbulentos, que, mientras inducían al fatalismo, exigían audacia y espíritu de iniciativa. El autor confiesa que, frente a esos cambios «fuera de cualquier conjetura humana», él mismo se había inclinado al fatalismo. En efecto, las cartas de 1513 a Francisco Vettori reflejan desaliento y resignación frente a acontecimientos avasalladores. Pero Maquiavelo no mencionaría ese momento de abandono, si no se hubiera reflejado en escritos destinados a la publicación. Se podría pensar en el* **Capítulo acerca de la fortuna** *en tercetos dantescos, que se inspira en los mismos motivos de este lugar de* **El Príncipe** *y se cree que pertenezca a esos años de crisis (1512-1513). Este texto, sin embargo, parece*

canale, o l'impeto loro non sarebbe né sí licenzioso né sí dannoso. Similmente interviene della fortuna; la quale dimostra la sua potenzia dove non è ordinata virtú a resisterle; e quivi volta li sua impeti dove la sa che non sono fatti gli argini e li ripari a tenerla. E se voi considerrete l'Italia, che è la sedia di queste variazioni e quella che ha dato loro il moto, vedrete essere una campagna sanza argini e sanza alcuno riparo: ché, s'ella fussi riparata da conveniente virtú, come la Magna, la Spagna e la Francia, o questa piena non arebbe fatte le variazioni grandi che ha, o la non ci sarebbe venuta.

E questo voglio basti avere detto quanto allo opporsi alla fortuna, in universali. Ma, restringedomi piú a' particulari, dico come si vede oggi questo principe felicitare, e domani ruinare, sanza averli veduto mutare natura o qualità alcuna. Il che credo che nasca, prima, dalle cagioni che si sono lungamente per lo adrieto discorse, cioè che quel principe che si appoggia tutto in sulla fortuna, rovina, come quella varia. Credo, ancora, che sia felice quello che riscontra el modo del procedere suo con la qualità de' tempi, e similmente sia infelice quello che con il procedere suo si discordano e' tempi. Perché si vede gli uomini, nelle cose che li conducono al fine quale ciascuno ha innanzi, cioè glorie e ricchezze, procedervi variamente; l'uno con respetto, l'altro con impeto; l'uno per violenzia, l'altro con arte; l'uno per pazienzia, l'altro con il suo contrario: e ciascuno con questi diversi modi vi può pervenire. Vedesi ancora due respettivi, l'uno pervenire al suo disegno, l'altro no; e similmente dua equalmente felicitare con dua diversi studii, sendo l'uno respettivo e l'altro impetuoso: il che non nasce da altro, se non dalla qualità de' tempi, che si conformano o no col procedere loro. Di qui nasce quello ho detto, che dua, diversamente

contemporáneo justamente porque reproduce la oscilación que encontramos en este capítulo XXV *del* **Príncipe.** *Más claramente fatalistas son en cambio los versos de* **L'Asino d'oro**:

Quest'ordine cosí permette e vuole
chi ci governa, acciò che nulla stia
o possa star mai fermo sotto il sole.
Ed è, e sempre fu, e sempre fia
che il mal succeda al bene, il bene al male,
e l'un sempre cagion de l'altro fia. *(V, vv. 100-105)*

(«Este sistema lo permite y quiere/ quien nos gobierna, afín de que ninguna/ cosa pueda estar firme bajo el sol./Siempre pasa, pasó y pasará/ que el mal suceda al bien y el bien al mal y que el uno del otro causa sea.»)

Es probable que Maquiavelo, cuando alude al momento en que había sido fatalista, como ya superado, se refiera a las cartas de 1513 y a estos versos, más bien que al **Capítulo sobre la fortuna.** *En este, el mediocre poeta acentúa, con énfasis retórica, la fuerza arrolladora de la diosa, para la que repite el símil del torrente, pero, como aquí en* **El Príncipe**, *afirma que una «virtud» extraordinaria por parte del hombre puede vencerla. El* **Capítulo** *es por lo tanto contemporáneo o posterior a* **El Príncipe**, *mientras que las cartas y estos versos serían anteriores a este capítulo* XXV *de la obra. Es cierto que en una de esas cartas (a F. Vettori, del 10/12/1513) se habla del libro como de algo terminado, pero el autor agrega que la va «puliendo y engordando». Y nada impide suponer que haya seguido engordándolo en los años siguientes y que su última parte sea posterior a 1513.*

por un canal o su ímpetu no será tan desordenado y tan dañino. Algo similar ocurre con la fortuna, la cual demuestra su potencia donde no hay virtud ordenada para resistírsele, y por lo tanto vuelve sus ímpetus adonde sabe que no hay diques ni reparos hechos para contenerla. Y si consideráis a Italia, que es la sede de estas variaciones y la que las ha puesto en movimiento, veréis que es un campo sin diques y sin reparo alguno: porque si estuviese reparada por una virtud conveniente, como Alemania, España y Francia, o esta creciente no habría hecho las grandes variaciones que hizo, o no habría llegado. Y quiero que esto baste en cuanto a hablar de oponerse a la fortuna en general.

Pero pasando más a lo particular, digo que se ve hoy a este príncipe prosperar y mañana arruinarse, sin haber visto que mude su naturaleza ni ninguna cualidad suya; lo cual creo que deriva, primero, de las causas que largamente se han discurrido anteriormente, es decir que el príncipe que se apoya totalmente en la fortuna, cae cuando ésta varía. Creo, también, que feliz es quien hace concordar su modo de proceder con la calidad de los tiempos, y del mismo modo es infeliz aquel cuyos modos de proceder no están de acuerdo con los tiempos. Porque se ve que los hombres, en las cosas que los conducen al fin que todos tienen, es decir glorias y riquezas, proceden de diversas maneras: uno con cautela, el otro con ímpetu; uno con violencia, el otro con arte; uno con paciencia, el otro al contrario: y cada uno de ellos con esos diferentes modos puede llegar al fin. Se ve también que de dos precavidos uno llega a lo que planeaba y el otro no; y del mismo modo se ve que dos pueden tener éxito con dos actitudes distintas, siendo uno cauteloso y el otro impetuoso: lo cual no nace de otra cosa que de la

Y si la alusión de Maquiavelo se extendiera a los versos citados de **L'Asino d'oro**, *se vería reforzada la hipótesis de Fóscolo Benedetto, según la cual los primeros cinco cantos de este poema inconcluso remontarían al año trágico 1512 y no pertenecerían, como generalmente se admite, al año 1517, que es la fecha comprobada de los últimos tres cantos.*

En cuanto a la célebre conclusiómn a que ha llegado Maquiavelo, que la fortuna dirige la mitad de nuestra vida y nosotros la otra mitad, es claro que no hay que entenderla en sentido estricto y cuantitativo, sino como la afirmación de un equilibrio inestable entre la voluntad humana y el conjunto de factores que la limitan.

Y la comparo ... o no habría llegado. *La comparación con el torrente ha quedado famosa y pone una nota de color en el rígido racionalismo del tratado. La conclusión que sigue, dedicada a reivindicar el papel del hombre y de su iniciativa, está caracterizada por el más flexible buen sentido e interpreta en clave realista ese abstracto mitad y mitad del párrafo anterior. El trabajo del hombre consiste en prever y prevenir; si se deja estar, la fortuna prevalece.*

Y quiero que esto baste ... no se mudaría de fortuna. *El otro requisito para poder ganarle a la fortuna sería cambiar de táctica cuando la fortuna inesperadamente cambia, empleando cautela y audacia según las circunstancias. Pero la índole de cada uno difícilmente se modifica. De ahí que dos temperamentos iguales tengan resultados distintos en momentos distintos empleando el mismo método y dos hombres diferentes con procedimientos opuestos obtengan en ese caso igual éxito. El párrafo es largo y repetitivo.*

operando, sortiscono el medesimo effetto; e dua equalmente operando, l'uno si conduce al suo fine, e l'altro no. Da questo ancora depende la variazione del bene; perché, se uno che si governa con respetti e pazienzia, e' tempi e le cose girano in modo che il governo suo sia buono, e' viene felicitando; ma, se li tempi e le cose si mutano, e' rovina, perché non muta modo di procedere. Né si truova uomo sí prudente, che si sappi accomodare a questo; sí perché non si può deviare da quello a che la natura lo inclina; sí etiam perché , avendo sempre uno prosperato camminando per una via, non si può persuadere partirsi da quella. E però l'uomo respettivo, quando egli è tempo di venire allo impeto, non lo sa fare; donde rovina; ché, se si mutassi di natura con li tempi e con le cose, non si muterebbe fortuna.

Papa Iulio II procedé in ogni sua cosa impetuosamente; e trovò tanto e' tempi e le cose conforme a quello suo modo di procedere, che sempre sortí felice fine. Considerate la prima impresa che fé, di Bologna, vivendo ancora messer Giovanni Bentivogli. E' Viniziani non se ne contentavano; el re di Spagna, quel medesimo; con Francia aveva ragionamenti di tale impresa; e nondimanco, con la sua ferocia ed impeto, si mosse personalmente a quella espedizione. La quale mossa fece stare sospesi e fermi Spagna e Viniziani; quelli per paura, e quell'altro per il desiderio aveva di recuperare tutto el regno di Napoli; e dall'altro canto si tirò drieto el re di Francia, perché, vedutolo quel re mosso, e desiderando farselo amico per abbassare e' Viniziani, iudicò non poterli negare la sua gente sanza iniuriarlo manifestamente. Condusse, adunque, Iulio, con la sua mossa impetuosa, quello che mai altro pontefice, con tutta la umana prudenzia, arebbe condotto: perché, se egli aspettava di partirsi da Roma con le conclusione ferme e tutte le cose ordinate, come qualunque altro pontefice arebbe fatto, mai li riusciva; perché el re di Francia arebbe avuto mille scuse, e gli altri messo mille paure. Io voglio lasciare stare l'altre sue azioni, che tutte sono state simili, e tutte li sono successe bene. E la brevità della vita non gli ha lasciato sentire il contrario; perché, se fussino venuti tempi che fussi bisognato procedere con respetti, ne seguiva la sua ruina; né mai arebbe deviato da quelli modi a' quali la natura lo inclinava.

Concludo, adunque, che, variando la fortuna, e standо gli uomini ne'

calidad de los tiempos, que están o no conformes a su proceder. De ahí deriva lo que he dicho, que dos, operando diversamente, obtengan el mismo efecto; y que de dos que operan igualmente uno alcance su fin y el otro no. De esto depende además la variación del bien; porque si uno se gobierna con respeto y paciencia y los tiempos giran de manera que su gobierno sea bueno, él irá prosperando; pero si los tiempos y las cosas mudan se arruina, porque él no muda su modo de proceder. Y no se halla hombre tan prudente que sepa acomodarse a esto; tanto porque no puede desviarse de aquello a lo que la naturaleza lo inclina, como también porque, habiendo prosperado caminando siempre por una vía, no puede persuadirse a apartarse de ella. Y por eso el hombre cauteloso, cuando es el tiempo de pasar al ímpetu, no sabe hacerlo, por lo cual se arruina; porque si se mudase de naturaleza con los tiempos y con las cosas, no se mudaría de fortuna.

El papa Julio II procedió en todas sus cosas impetuosamente, y encontró el tiempo y las cosas tan acordes con ese modo suyo de proceder, que siempre tuvo feliz fin. Considérese la primera empresa que hizo de Bolonia, viviendo todavía *messer* Juan Bentivoglio. Los venecianos no se conformaban; el rey de España lo mismo; con Francia tenía conversaciones sobre esa empresa. Sin embargo él, con su ferocidad e ímpetu, emprendió personalmente aquella expedición y ese movimiento hizo que quedaran suspensos e inmóviles España y los venecianos, éstos por miedo y aquél por el deseo que tenía de recuperar todo el reino de Nápoles, y por otra parte arrastró tras de sí al rey de Francia: porque viendo aquel rey que había entrado en campaña, y deseando ganarse su amistad para atacar a los venecianos, juzgó que no podía negarle sus tropas sin agraviarlo públicamente. Realizó pues Julio con ese movimiento impetuoso lo que nunca otro pontífice, con toda la humana prudencia, habría realizado; porque si hubiera esperado a salir de Roma con las conclusiones firmes y todas las cosas en orden, como cualquier otro pontífice habría hecho, jamás le habría salido; porque el rey de Francia habría tenido mil excusas, y los demás le habrían inspirado mil temores. Yo quiero dejar de lado sus demás acciones, que fueron todas similares y todas le salieron bien, y la brevedad de su vida no le dejó experimentar lo contrario; porque si hubieran llegado tiempos en los que fuera necesario

El papa Julio II ... lo inclinaba la naturaleza. *Si en el ejemplo de Fernando el Católico del capítulo XXI tenemos la epopeya de la astucia, en este, de Julio II, tenemos la epopeya del ímpetu arrollador. Este papa tuvo siempre éxito, porque no vivió muchos años y la fortuna no tuvo tiempo de cambiar. Cambiadas las circunstancias, hubiera fracasado, porque nunca se hubiera comportado de manera distinta, dada su índole impaciente y llena de fuego. Julio II es visto aquí como el actor de un drama; Bolonia, Francia, España y los venecianos son los demás personajes que el papa guerrero arrolla o unce a su carro con la rapidez de su acción. En la siempre nueva aventura del hombre que es la historia, estos campeones de la voluntad no la padecen sino que la hacen, en la medida en que no se abandonan a la fortuna, sino que se yerguen contra ella o la secundan para encauzarla, o la espían para pasar por las puertas que ella entreabre un instante, o la violentan, porque la fortuna es mujer y le gusta que la acometan.*

loro modi ostinati, sono felici mentre concordano insieme, e, come discordano, infelici. Io iudico bene questo: che sia meglio essere impetuoso che respettivo; perché la fortuna è donna, ed è necessario, volendola tenere sotto, batterla e urtarla. E si vede che la si lascia piú vincere da questi, che da quelli che freddamente procedano; e però sempre, come donna, è amica de' giovani, perché sono meno respettivi, piú feroci e con piú audacia la comandano.

proceder con respeto, habrían sido su ruina, pues jamás se habría apartado de aquellos modos a los que lo inclinaba la naturaleza.

Concluyo pues que, variando la fortuna, y estando los hombres obstinados en sus modos, son felices mientras éstos concuerdan con aquélla e infelices cuando dejan de concordar. Si juzgo yo esto: que es mejor ser impetuoso que cauteloso, porque la fortuna es mujer, y para tenerla dominada es necesario golpearla y chocarla. Y se ve que se deja vencer más por éstos que por los que más fríamente proceden. Y por eso siempre, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos precavidos, más feroces, y con más audacia le dan órdenes.

Concluyo, pues, que ... con más audacia le den órdenes. *El capítulo termina, en efecto, con la célebre personificación femenina de la fortuna, que corresponde a un lugar común del humanismo renacentista porque ya era lugar común en la antigüedad (hoy suena a «machismo» trasnochado), pero que se renueva aquí tratando de expresar la potencia de la creatividad humana contra los factores materiales adversos.*

Tenemos en este último párrafo del capítulo XXV la conclusión de la obra. Y, como toda ella, es ambigua, porque es doble. En el plano racional, la lucha de la voluntad humana por afirmarse en el mundo (voluntad que sólo en **El Príncipe** *es individual y que no es objeto de juicio moral) debe ser audaz o prudente según las circunstancias; pero en el plano de las preferencias personales, Maquiavelo aboga por la audacia. Esta actitud apasionada es en parte un producto de la desesperación con que la lúcida mente de Maquiavelo veía la ruina inminente de la independencia italiana y en parte de su concepción dramática de la historia.*

En estos últimos capítulos, de todos modos, el tono ha ido cambiando: la exhortación auténtica prevalece sobre el retrato, el principado civil sobre el represor y violento. Las recomendaciones que se repiten al príncipe son: hacerse amar por el pueblo, mantener a raya a los nobles, organizar ejércitos ciudadanos. La pasión republicana que subyace en el capítulo V y asoma en otros lugares, al mencionarse las ciudades libres de Suiza o al señalarse el peligro de las milicias mercenarias, cede el lugar a otra angustia, que es la de la inminencia de la dominación extranjera. La república parecía haber desaparecido definitivamente del horizonte europeo. Había terminado la edad de los ciudadanos: empezaba la de los cortesanos, que duraría dos siglos y medio. Maquiavelo no era un cortesano, no era un héroe; buscaba el mal menor en una situación apremiante, quería colaborar... La efímera república de 1527 tuvo razón en no aceptar sus servicios: necesitaba héroes, necesitaba ese ímpetu que Maquiavelo invoca al final de este capítulo, pero además requería una intransigencia llevada hasta la tosudez. Maquiavelo es el hombre de la transición; pero siente el cambio como una tragedia.

Nota preliminar al capítulo XXVI

Por corresponder, con aparente exactitud, a las aspiraciones de la cultura del **Risorgimento** *italiano, que en el siglo pasado retomó toda la tradición literaria a partir de Dante para ponerla al servicio de las aspiraciones independentistas y unitarias, este capítulo ha cobrado una importancia excepcional y ha dado abusivamente su color a todo* **El Príncipe**. *Se ha hablado de una intuición unitaria global, utopista en el siglko XVI, pero grávida de futuro. Se ha dicho que la dedicatoria a esos desteñidos Médici, sucesivos señores de Florencia, no era más que un pretexto y que la exhortación a tomar Italia y echar de ella a los bárbaros se dirige, en realidad, a un «príncipe nuevo» ideal, que respondiera a las características delineadas en el tratado. Por fin se ha sostenido que este en su totalidad ha sido escrito con vista a este último capítulo, que constituye su conclusión natural.*

Las tres afirmaciones son inexactas, y sólo en la primera hay algo de verdad. Pero, ni el ideal de Maquiavelo era nacionalista en el sentido moderno de la palabra, ni era utopía la formación de un estado unitario, más o menos extenso en la Italia de la segunda década del siglo XVI. Eran años de múltiples posibilidades, que en parte desaparecieron poco después, cuando despuntó en el horizonte la estrella de Carlos V. El proceso de la unidad española era reciente y, en Italia, las tentativas hegemónicas de los Visconti y, luego, de los Sforza desde el ducado de Milán, la expansión de Venecia y, por último, la rapidísima, aunque efímera, formación del estado de César Borgia, sin hablar de las ambiciones territoriales y diplomáticas de Florencia bajo el régimen republicano y el de los Médici, hacían que se considerara factible el programa unionista que Cola di Rienzo había acariciado un siglo y medio antes. El papado, completamente mundanizado y mucho más preocupado por sus intereses temporales italianos que por la función universal que había desempeñado teóricamente en la Edad Media, no parecía constituir en ese momento el obstáculo decisivo para la unidad peninsular que había sido desde el período langobardo en adelante. En Alejandro VI el nepotismo había prevalecido sobre las normas tradicionales de la política eclesiástica y Julio II se basó en los intereses territoriales de los Estados Pontificios para una política que lo asimilaba a cualquier otro príncipe italiano de la época. La consigna que había lanzado para coaligar a los estados italianos en la Liga Santa contra Luis XII de Francia había sido la humanística de «¡Fuera los bárbaros!», la misma que figura en el título de este capítulo de Maquiavelo. Se preparaba la Reforma protestante, destinada a romper a breve plazo Europa y a reforzar el principio nacional en formación; el espíritu y las posibilidades del Concilio de Trento, que devolvió a la iglesia su carácter no sólo internacional sino internacionalista, eran aún distantes. Cuando, pues, Maquiavelo dice, en este capítulo, que no hay que dejar pasar la ocasión, habla como realista y no en un arrebato de entusiasmo utópico.

¿Cuál era esta ocasión favorable? Dadas las circunstancias, Maquiavelo no podía mencionarla explícitamente, pero la deja entrever a lo largo del capítulo. El miembro principal de la familia de los Médici ocupaba en ese momento el trono pontificio. Se reproducía, pues, la situación que había permitido a César Borgia la formación rápida de su estado en la Italia central, con el apoyo de su padre, el papa Alejandro VI. Desde los tiempos de Carlomagno, llamado por la Iglesia de Roma para combatir la expansión de los longobardos, el papado siempre se había opuesto tenazmente a la unificación de la península. Ahora, por segunda vez, esta oposición se transformaría seguramente en poderoso apoyo. Pero, en este trance, frente a un mayor peligro y a una desesperada urgencia, la empresa iba a tener mayores probabilidades de éxito y perdurabilidad, pues el núcleo catalizador sería la potencia ya estabilizada y tradicional de Florencia.

A la objeción, que le hace la posteridad y que Maquiavelo fácilmente podía prever por parte de muchos de sus contemporáneos, de que el príncipe de Florencia, sea Piero, sea Lorenzo, no estaba seguramente a la altura de esa tarea, el autor había contestado ya en la primera parte del capítulo XXII, al hablar de Petrucci, príncipe de Siena, que fue excelente porque supo elegir bien a su consejero.

Y he aquí que Maquiavelo, llevado por la urgencia de la situación, ya no es el teórico de la «realidad efectual», sino el heraldo de una empresa sumamente arriesgada.

XXVI
Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a barbaris vindicandam

Considerato, adunque tutte le cose di sopra discorse, e pensando meco medesimo se, al presente, in Italia correvano tempi da onorare uno nuovo principe, e se ci era materia che dessi occasione a uno prudente e virtuoso di introdurvi forma che facessi onore a lui e bene alla università degli uomini di quella; mi pare concorrino tante cose in benefizio di uno principe nuovo, che io non so qual mai tempo fussi piú atto a questo. E se, come io dissi, era necessario, volendo vedere la virtú di Moisè, che il popolo d'Israel fussi stiavo in Egitto; e a conoscere la grandezza dello animo di Ciro, ch'e' Persi fussino oppressati da' Medi, e la eccellenzia di Teseo, che li Ateniesi fussino dispersi; cosí, al presente, volendo conoscere la virtú di uno spirito italiano, era necessario che la Italia si riducessi nel termine che ella è di presente, e che la fussi piú stiava che li Ebrei, piú serva ch'e' Persi, piú dispersa che li Ateniesi; sanza capo, sanza ordine; battuta, spogliata, lacera, corsa; ed avessi sopportato d'ogni sorte ruina.

E benché fino a qui si sia mostro qualche spiraculo in qualcuno, da potere

Notas al capítulo XXVI

Consideradas, pues, todas las cosas ... nunca más apto para ello. *Maquiavelo había dicho muchas veces que es la iniciativa del individuo la que produce los grandes cambios, mientras la defensa de la libertad se asegura mejor si está confiada a la totalidad del pueblo. En los momentos difíciles que estaba atravesando Italia, Maquiavelo, como antes Dante, invoca al salvador. No había escrito esta obrita para exaltar al «príncipe nuevo», sino para decirle qué precio tenía forzosamente que pagar por el poder y, a la vez, hacerse reconocer como experto, volver a entrar, en calidad de tal, en el manejo de la política florentina, llevar de alguna manera ese principado nuevo hacia el principado civil y, de paso, decir unas cuantas verdades que nunca habían sido dichas. Y ahora, terminada la obra, probablemente a cierta distancia de tiempo (acaso a la vez que escribe la dedicatoria a Lorenzo), se le presenta la posibilidad de que ese príncipe nuevo sea instrumento de liberación. Piensa «si no han llegado los tiempos de dar honor a un príncipe nuevo», cosa que en tiempos normales evidentemente no estaba dispuesto a hacer, y hace, en cambio en este último capítulo, dictado, no por el espíritu científico, sino por la pasión patriótica, que conduce a una forma distorsionada de ética (se justifica, en interés de una colectividad, lo que no se justificaría en el terreno del interés inidividual).*

XXVI
Exhortación a tomar a Italia y liberarla de los bárbaros

Consideradas, pues, todas las cosas que se han discurrido más arriba, y pensando conmigo mismo si en Italia en la actualidad corren tiempos como para dar honor a un príncipe nuevo, y si hay en ella materia que dé ocasión a uno prudente y virtuoso de introducir una forma que haga honor a él y bien a la universalidad de los hombres de ella, me parece que concurren tantas cosas en beneficio de un príncipe nuevo, que no sé qué tiempo haya sido nunca más apto para ello. Y si, como he dicho, era necesario para que se mostrara la virtud de Moisés que el pueblo de Israel fuera esclavo en Egipto, y para conocer la grandeza del ánimo de Ciro que los persas fueran oprimidos por los medos, y la excelencia de Teseo, que los atenienses estuvieran dispersos, así hoy, queriendo conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se redujera a los términos en que se encuentra en el presente, y que fuese más esclava que los judíos, más sierva que los persas, más dispersa que los atenienses, sin una cabeza, sin orden, derrotada, despojada, lacerada, saqueada, y que hubiera soportado toda clase de ruina.

Y si, como he dicho, era necesario ... toda clase de ruina. *A la «ocasión» real, racional e históricamente identificada (un Médici en el trono papal), que no se puede esgrimir como argumento sin criticar la política secular de la Iglesia, se le sustituye la teoría amarga de los desesperados: «tanto peor, tanto mejor», expuesta apasionadamente en uno de los pasajes más elocuentes de toda la obra, pero de los menos maquiavélicos en terreno conceptual, pues está en las antípodas de la estrategia del «mal menor». Maquiavelo quiere halagar al príncipe e inducirlo a la acción, diciéndole que son las catástrofes las que crean a los héroes (lo que es indudable). Se trata, pues, de un llamamiento a la vanidad del príncipe. Al mismo tiempo expresa su angustia y trata de contagiársela al lector. Sólo en ese clima es posible presentar al «príncipe nuevo», definido como autócrata obsesionado por el poder y guiado únicamente por su interés personal, como protagonista de una empresa liberadora y justa. No hay que convencer sólo al príncipe; para este se echará mano a los argumentos del honor, de la facilidad, del éxito probable, de la obtención segura de la difícil adhesión popular... Hay que convencer a los pueblos de que acepten a un príncipe pintado con tintas tan poco halagadoras y cuyo interés casi nunca coincide con el de sus súbditos: este es un caso excepcional. Esta excepcionalidad, declarada, y confirmada también por el insólito estilo, es una prueba más de que el resto de la obra, si es una fiel pintura de la realidad política del renacimiento y un diagnóstico lúcido de la naturaleza del poder, no es de ninguna manera una exaltación del absolutismo.*

iudicare che fussi ordinato da Dio per sua redenzione, tamen si è visto dà poi, come nel piú alto corso delle azioni sue, è stato dalla fortuna reprobato. In modo che, rimasa come sanza vita, espetta qual possa essere quello che sani le sue ferite, e ponga fine a' sacchi di Lombardia, alle taglie del Reame e di Toscana, e la guarisca di quelle sue piaghe già per lungo tempo infistolite. Vedesi come la prega Dio, che le mandi qualcuno che la redima da queste crudeltà ed insolenzie barbare; vedesi ancora tutta pronta e disposta a seguire una bandiera, pur che ci sia uno che la pigli. Né ci si vede, al presente, in quale lei possa piú sperare che nella illustre casa vostra, quale con la sua fortuna e virtú, favorita da Dio e dalla Chiesa, della quale è ora principe, possa farsi capo di questa redenzione. Il che non fia molto difficile, se vi recherete innanzi le azioni e vita dei sopranominati. E benché quegli uomini sieno rari e maravigliosi, nondimanco furono uomini, ed ebbe ciascuno di loro minore occasione che la presente; perché la impresa loro non fu piú iusta di questa, né piú facile, né fu a loro Dio piú amico che a voi. Qui è iustizia grande: «iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est.» Qui è disposizione grandissima; nè può essere, dove è grande disposizione, grande difficultà, pur che quella pigli

La convergencia entre el honor del príncipe y «el bien de la generalidad de los hombres de Italia» se presenta aquí no como una realidad, sino como una finalidad no imposible de alcanzar. Este interés común aparece una sola vez en el curso de **El Príncipe**, *en el capítulo IX, a propósito del espartano Nabide, pero allí era una fría recomendación basada en la conveniencia: es interés del príncipe apoyarse en el pueblo y no en los nobles, porque el pueblo es más numeroso. Aquí, en cambio, Maquiavelo abandona la lógica, para ensayar el último recurso del lenguaje místico: el discurso se vuelve concitado: al dilema de siempre le sucede la enumeración asindética, acumulativa, afanosa. En lugar de hechos históricos, milagros; en lugar de comparaciones naturalistas como la del torrente del capítulo XIV, las imagénes bíblicas. Es el desquite del «deber ser» sobre el «ser»; es el desquite de Savonarola sobre Maquiavelo, que en tiempos no muy remotos había juzgado ese lenguaje encendido con tan superior ironía y que ahora lo emplea como recurso supremo.*

Y si bien hasta ahora se ha mostrado ... llagas gangrenadas por el tiempo transcurrido. *La tentativa truncada por la fortuna es seguramente la de César Borgia, de quien Maquiavelo se ocupa tan ampliamente en el capítulo VII y cuya situación estratégica en el panorama italiano tanto se parece a la de Lorenzo di Piero de' Médici al que la obra está dedicada poco más de un decenio después.*

Los saqueos y las contribuciones forzosas (**taglie**) *son las secuelas de toda guerra. Pero aquí Maquiavelo piensa en los episodios más recientes: Lombardía había cambiado repetidamente de mano en los últimos veinte años y no sólo Milano, sino muchas otras ciudades del ducado habían sido sometidas a devastaciones expoliadoras; por otra parte, los ejércitos que se dirigían a la conquista del reino de Nápoles* (**il Reame**) *tenían que cruzar toda la península y se detenían a menudo en Toscana, exigiendo contribuciones como en territorio conquistado, empezando por el de Carlos VIII de Francia, que se hizo entregar por Piero de' Médici varios castillos, con las consecuencias bien conocidas. Naturalmente, el que más sufrío fue el mismo reino de Nápoles, teatro de una larga guerra entre franceses y españoles.*

Y si bien hasta ahora se ha mostrado algún vislumbre en alguno que permitió esperar que fuera el ordenado por Dios para su redención, sin embargo se ha visto después que en el más alto curso de sus acciones fue reprobado por la fortuna. De modo que ella, como sin vida, espera cuál podrá ser aquel que sane sus heridas y ponga fin a los saqueos de Lombardía, a los tributos del Reino y de Toscana, y la cure de sus llagas ya mucho tiempo infectadas. Se la ve rogar a Dios que le mande a alguno que la redima de esas crueldades e insolencias bárbaras. Se la ve también pronta y dispuesta a seguir una bandera, con que haya alguien que la empuñe. Y no se ve al presente de quién puede esperar más que de la ilustre casa vuestra, la cual con su fortuna y su virtud, favorecida por Dios y por la Iglesia de la que hoy es príncipe, puede hacerse cabeza de esa redención. Lo que cual no será muy difícil, si tenéis presentes las acciones y la vida de los antes mencionados. Y si bien aquellos hombres fueron raros y maravillosos, sin embargo fueron hombres, y cada uno de ellos tuvo menor ocasión que la presente: porque la empresa de ellos no fue más justa que ésta, ni más fácil, ni Dios fue más amigo de ellos que vuestro. Aquí hay gran justicia: «la guerra es justa para aquellos para los que es necesaria, y pías son las armas cuando no hay esperanza más que en

La imagen de Italia como una hermosa mujer, cubierta de llagas, llorosa, que invoca a alguien que la salve, surge en Dante («Purgatorio», VI, vv. 112-114) y pasa a Petrarca (Canción **Italia mia**, *primeros versos). En tiempos de Petrarca, los bárbaros eran los soldados mercenarios, casi todos extranjeros al servicio de señores locales; en la época de Maquiavelo, la situación se había agravado, pues los ejércitos eran los de las grandes potencias con ambiciones de conquista. La angustia de Maquiavelo es auténtica y eso hace que no le cueste dirigirse al príncipe y a los florentinos con el lenguaje encendido de la religión, que no era el suyo, pero que había resonado en su Florencia, arrastrando a las multitudes, en la época feliz de su juventud. Dios, que no aparece nunca en* **El Príncipe**, *sino como objeto de obsecuencia formal, distante y algo irónica, aquí domina hasta el horizonte e impregna todo el discurso.*

Se la ve rogar a Dios ... parte de la gloria que nos toca. *Italia está tan mal, que invoca al salvador. Tarea de Maquiavelo, que comparte esa utopía, es demostrar al príncipe nuevo que le conviene desempeñar ese papel. Y para que no se asuste ante la magnitud de la empresa, se la presenta fácil, con tal de que siga sus preceptos y se comporte como los protagonistas del capítulo VI de este mismo tratado, y especialmente como Teseo, Ciro y Moisés, que, al final, no eran más que hombres y, a pesar de eso, tuvieron éxitos maravillosos. Y la ocasión no les fue más favorable, ni Dios más amigo que al señor de Florencia, quien tiene el apoyo de la Iglesia. Además, la causa que hay que defender ahora es tan justa como la de aquellos tres fundadores de estados. Es la primera vez que aparece en este tratado la idea de justicia como valor que el príncipe tiene que tener en cuenta.*

A partir de las palabras de Tito Livio, citadas de memoria con alguna inexactitud, el entusiasmo sube de tono, adquiriendo el acento del profetismo bíblico. Los milagros que acompañaron el éxodo de los hebreos desde Egipto hacia la tierra prometida son aquí metáforas de la ocasión favorable de la que se habla más arriba, pero están destinados a crear una atmósfera mística y arrolladora de cruzada. Savonarola parece renacer a través de su sarcástico antagonista. Pero el fraile invitaba a la penitencia; Maquiavelo invita a la acción.

degli ordini di coloro che io ho proposti per mira. Oltre di questo, qui si veggano estraordinarii sanza esemplo condotti da Dio: el mare si è aperto; una nube vi ha scorto el cammino; la pietra ha versato acqua; qui è piovuto la manna; ogni cosa è concorsa nella vostra grandezza. El rimanente dovete fare voi. Dio non vuole fare ogni cosa, per non ci torre el libero arbitrio e parte di quella gloria che tocca a noi.

E non è maraviglia se alcuno de' prenominati Italiani non ha possuto fare quello che si può sperare facci la illustre casa vostra; e se, in tante revoluzioni di Italia e in tanti maneggi di guerra, e' pare sempre che in quella la virtú militare sia spenta. Questo nasce che gli ordini antiqui di essa non erano buoni, e non ci è suto alcuno che abbia saputo trovare de' nuovi: e veruna cosa fa tanto onore a uno uomo che di nuovo surga, quanto fa le nuove legge e li nuovi ordini trovati da lui. Queste cose, quando sono bene fondate e abbino in loro grandezza, lo fanno reverendo e mirabile. E in Italia non manca materia da introdurvi ogni forma; qui è virtú grande nelle membra, quando la non mancassi ne' capi. Specchiatevi ne' duelli e ne' congressi de' pochi, quanto gli Italiani sieno superiori con le forze, con la destrezza, con lo ingegno; ma, come si viene agli eserciti, non compariscono. E tutto procede dalla debolezza de' capi; perché quelli che sanno, non sono obediti, e a ciascuno pare di sapere, non ci sendo infino a qui alcuno che si sia saputo rilevare, e per virtú e per fortuna, che gli altri cedino. Di qui nasce che, in tanto tempo, in tante guerre fatte ne' passati venti anni, quando egli è stato uno esercito tutto italiano, sempre ha fatto mala pruova. Di che è testimone prima el Taro, di poi Alessandria, Capua, Genova, Vailà, Bologna, Mestri.

Volendo, dunque, la illustre casa vostra seguitare quegli eccellenti uomini

ellas». Aquí hay disposición grandísima, y donde hay gran disposición no puede haber gran dificultad, siempre que aquélla adopte los ordenamientos de aquéllos que he propuesto como ejemplo. Además de esto, se ven aquí casos extraordinarios sin precedente, realizados por Dios: el mar se ha abierto, una nube ha mostrado el camino, la piedra ha manado agua, aquí ha llovido maná: todo ha concurrido para vuestra grandeza. El resto debéis hacerlo vosotros. Dios no quiere hacerlo todo, para no quitarnos el libre albedrío y parte de la gloria que nos toca.

Y no es de asombrarse que ninguno de los italianos mencionados haya hecho lo que se puede esperar que haga vuestra ilustre casa, ni que en tantas revoluciones de Italia y en tantos manejos de guerra parezca siempre que la virtud militar se ha extinguido en ella. Esto proviene de que los ordenamientos antiguos de ella no eran buenos, y no hubo ninguno que supiera hallarlos nuevos: y nada hace tanto honor a un hombre que de nuevo surja, como las nuevas leyes y los ordenamientos nuevos que descubre. Estas cosas, cuando sean bien fundadas y tengan en sí grandeza, lo hacen digno de respeto y admiración: y en Italia no falta materia para introducir cualquier forma. Aquí hay gran virtud en los miembros, si no faltase en las cabezas. Observad en los duelos y en los torneos, cuán superiores son los italianos en las fuerzas, en la destreza, en el ingenio. Pero cuando se trata de los ejércitos, no compiten. Y todo procede de la debilidad de los jefes, porque los que saben no son obedecidos, y cada uno cree que sabe, y hasta aquí no ha habido ninguno que haya sabido destacarse tanto, por virtud y por fortuna, que los demás cedan. Esta es la causa de que en tanto tiempo, en tantas guerras hechas en los últimos

Y no es de asombrarse que ninguno ... Génova, Vailá, Bolonia, Mestre. *La alusión a italianos mencionados anteriormente es genérica y se refiere a todo el tratado: César Borgia, Francisco Sforza, Julio II son los nombres que en él vuelven con más relieve. En esta parte central del capítulo, la realidad recupera su imperio sobre el escritor, pues surge naturalmente, ligado con la conmovida invocación, uno de sus temas habituales, el que considera más vinculado con su nombre y su prestigio, el ejército nacional. Exalta para eso al pueblo italiano, critica a sus conductores con su lenguaje de siempre: vuelve el historiador conciso, el razonador riguroso y, por momentos, dilemático. El párrafo se cierra con la serie de las derrotas italianas de los últimos veinte años, todas, menos la última, por obra de los franceses: en 1495 el rey Carlos VIII consiguió forzar el paso contra el ejército de la liga de los estados italianos en la batalla de Fornovo, a orillas del río Taro; en 1499 Alejandría, en Piemonte, fue tomada por las tropas de Luis XII que se dirigían a conquistar el ducado de Milán; en 1501 Capua fue sitiada por los franceses que querían apoderarse del reino de Nápoles y ocupada tras un período de resistencias; en 1507 Génova, que se había rebelado contra el dominio francés restableciendo la república, fue nuevamente sometida; en 1509 la potencia de Venecia recibió un fuerte golpe con la derrota de Vagliate (o Agnadello) por obra de las tropas de Luis XII, aliado en esa ocasión con el papa Julio II y los españoles; en 1511 Bolonia, que formaba parte de los Estados Pontificios, cayó en manos de los franceses; por fin, en 1513 Mestre, en las inmediaciones de Venecia y perteneciente a sus dominios, cayó en manos de los españoles, que desde allí querían cañonear la ciudad de las lagunas.*

che redimerno le provincie loro, è necessario, innanzi a tutte le altre cose, come vero fondamento d'ogni impresa, provvedersi d'arme proprie; perché non si può avere né piú fidi, né piú veri, né migliori soldati. E benché ciascuno di essi sia buono, tutti insieme diventeranno migliori, quando si vedranno comandare dal loro principe e da quello onorare ed intratenere. 'E necessario, pertanto, prepararsi a queste arme, per potere con la virtú italica defendersi dagli esterni. E benché la fanteria svizzera e spagnola sia esistimata terribile, nondimanco in ambe dua è difetto, per il quale uno ordine terzo potrebbe non solamente opporsi loro ma confidare di superarli. Perché gli Spagnoli non possono sostenere e' cavalli, e li Svizzeri hanno ad avere paura de' fanti, quando li riscontrino nel combattere ostinati come loro. Donde si è veduto e vedrassi per esperienzia, , li Spagnoli non potere sostenere una cavalleria francese, e li Svizzeri essere rovinati da una fanteria spagnola. E benché di questo ultimo non se ne sia visto intera esperienzia, tamen se n'è veduto uno saggio nella giornata di Ravenna, quando le fanterie spagnole si affrontorono con le battaglie todesche, le quali servono el medesimo ordine che le svizzere; dove li Spagnoli, con la agilità del corpo e aiuti de' loro brocchieri, erano intrati, tra le picche loro, sotto, e stavano securi ad offenderli sanza che li Todeschi vi avessino remedio; e se non fussi la cavalleria che li urtò, li arebbano consumati tutti. Puossi, adunque, conosciuto el difetto dell'una e dell'altra di queste fanterie, ordinarne una di nuovo, la quale resista a' cavalli e non abbia paura de' fanti: il che farà la generazione delle armi e la variazione degli ordini. E queste sono di quelle cose che, di nuovo ordinate, dànno reputazione e grandezza a uno principe nuovo.

Non si debba, adunque, lasciare passare questa occasione, acciò che la Italia, dopo tanto tempo, vegga uno suo redentore. Né posso esprimere con quale amore e' fussi ricevuto in tutte quelle provincie che hanno patito per queste illuvioni esterne; con che sete di vendetta, con che ostinata fede, con che pietà, con che lacrime. Quali porte se gli serrerebbano? quali populi gli negherebbano la obedienzia? quale invidia se gli opporrebbe? quale Italiano gli negherebbe

veinte años, siempre que ha habido un ejército totalmente italiano ha hecho mal papel. De lo cual es testigo primero el Taro, después Alejandría, Capua, Génova, Vailá, Bolonia, Mestre.

Si vuestra ilustre casa quiere pues seguir a aquellos hombres excelentes que redimieron sus provincias, es necesario, antes que cualquier otra cosa, como verdadero cimiento de cualquier empresa, proveerse de armas propias; porque no es posible tener soldados más leales ni más fieles ni mejores. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos se harán mejores cuando se vean comandados por su príncipe, y honrados y mantenidos por él. Es necesario, por lo tanto, prepararse estas armas, para poder con la virtud itálica defenderse de los extranjeros. Y si bien se considera que la infantería suiza y la española son terribles, sin embargo ambas tienen algún defecto, por lo cual un tercer ordenamiento podría no solamente oponérseles sino confiar en superarlas. Porque los españoles no pueden resistir a la caballería, y los suizos tienen que temer a los infantes, si en el combate los encuentran tan obstinados como ellos. Por lo cual se ha visto y se verá por experiencia a los españoles no poder resistir a una caballería francesa, y a los suizos ser derrotados por una infantería española. Y si bien de esto último no se ha visto experiencia completa, se vio un indicio de ello en la batalla de Ravenna, cuando las infanterías españolas se enfrentaron con los batallones alemanes, que guardan el mismo orden que los suizos: donde los españoles, con la agilidad del cuerpo y con la ayuda de sus broqueles, se metieron entre ellos por debajo de las picas, y los atacaban en seguridad sin que los alemanes tuvieran remedio; y si no hubiera sido por la caballería que los atacó los habrían acabado. Es posible pues, conociendo el defecto de una y otra de esas infanterías, ordenar una en forma nueva, que resista a los caballos y no tenga miedo de los infantes; lo cual se hará con la clase de armas y la variación de los órdenes. Y éstas son de esas cosa que, ordenadas por primera vez, dan reputación y grandeza a un príncipe nuevo.

Si vuestra ilustre casa quiere, pues, seguir ... reputación y grandeza a un príncipe nuevo. *Establecida la necesidad y la bondad de un ejército nacional, Maquiavelo pasa a formular algunas recomendaciones acerca de su estructura; debe tener las cualidades y evitar los defectos complementarios de las milicias españolas y de las suizas, debe basarse en una infantería nueva, que resista contra la caballería mejor que los españoles, y no le tema a la infantería adversaria a causa de las largas picas que dificultan el combate cuerpo a cuerpo, como los suizos. Maquiavelo no puede dejar de mencionar la experiencia reciente de la batalla de Ravenna (1512), una de las más importantes y dramáticas de la historia del Renacimiento, durante la cual los españoles pasaron por debajo de las picas de la infantería alemana, armada como la suiza, y la hubieran aniquilado (el eufemismo «consumado» es eficacísimo) sin la intervención de la caballería. La introducción de esta advertencia técnica en este capítulo de tono encendido, destinado a arrastrar voluntades, suena algo ingenuo y es síntoma del estado de ánimo de Maquiavelo apremiado por sus mútiples finalidades.*

Después de esta concesión a la práctica y a su lenguaje habitual, el escritor vuelve al tono épico, que, por el hecho de ser excepcional en él, no es menos auténtico. El tono savonaroliano nace de la excepcionalidad de la situación.

l'ossequio? A ognuno puzza questo barbaro dominio. Pigli, adunque, la illustre casa vostra questo assunto con quello animo e con quella speranza che si pigliano le imporese iuste; acciò che, sotto la sua insegna, e questa patria ne sia nobilitata, e, sotto li sua auspizi, si verifichi quel detto del Petrarca:

Virtú contro a furore
Prenderà l'arme, e fia el combatter corto;
Ché l'antico valore
Nell'italici cor non è ancor morto.

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión, a fin de que Italia, después de tanto tiempo, vea a su redentor. Y no puedo expresar con qué amor será recibido en todas las provincias que han padecido estas invasiones extranjeras, con qué sed de venganza, con qué obstinada fe, con qué piedad, con qué lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué italianos le negarían su reverencia? A todos hiede este bárbaro dominio. Tome, pues, vuestra ilustre casa este asunto, con el ánimo y la esperanza con que se toman las empresas justas; a fin de que bajo su enseña esta patria sea ennoblecida, y bajo sus auspicios se verifique lo dicho por Petrarca:

«Luchará la virtud contra la furia;
será el combate corto:
pues el valor antiguo
en los pechos itálicos no ha muerto».

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión ... en los pechos itálicos no ha muerto. *Puede que el «Veltro» de Dante esté presente en estas palabras, además de la canción de Petrarca a la que pertenece la cita final y que se siente como reminiscencia ya en las primeras líneas del capítulo. Al hipotético redentor, Maquiavelo le promete el consenso general: la obediencia de los pueblos (caso único en toda la obra de Maquiavelo), todas las puertas abiertas, afecto, lágrimas... Así los cuatro versos de Petrarca, que hablan el lenguaje irracional de la pasión patriótica, cierran este librito que había planteado su tema con un esquema clasificatorio de carácter casi burocrático.*

A esta apasionada invocación al príncipe nuevo, al que el ahora utopista Maquiavelo quiere insuflarle, desde afuera y a **posteriori**, *la llama del «deber ser», después de haberlo implacablemente recluído en el «ser», se debe el que el autor haya quedado en la historia como el preceptor de los tiranos. En nuestros tiempos, ¡cuántos amantes de la libertad se han declarado dispuestos a aceptar la dictadura, porque la consideraban transitoriamente necesaria para alcanzar la justicia social! El proceso psicológico de Maquiavelo me parece bastante análogo. Una lectura desapasionada de los* **Discursos sobre la primera década de Tito Livio** *creo que ayudaría a llegar a esta conclusión. Pero aun en* **El Príncipe** *hay elementos suficientes para ver, bajo la impasibilidad técnica, el drama interior.*

Conclusión

Considerado en su conjunto, **El Príncipe** *tiene para nosotros un doble interés: como documento psicológico del choque entre dos épocas en un espíritu excepcionalmente lúcido, aunque acomodaticio y siempre en busca del mal menor, y como análisis de la técnica del poder. Desde este segundo punto de vista,* **El Príncipe**, *leído sobre el trasfondo de los Discursos sobre la primera década de Tito Livio, es un libro objetivamente anarquista, pues se caracteriza por lo fundamental de la posición libertaria, ya que ve la historia como una tensión continua provocada por la lucha por el poder (entre rivales) y entre el poder y la libertad (entre príncipe y pueblo), a la vez que hace coincidir el bien común con la libertad y demuestra, como nadie antes lo había hecho, la fundamental inhumanidad del poder. De ahí a la negación del poder no hay más que un paso, que el autor no da, porque piensa que la libertad fatalmene degenera: «Del mal procede el bien (del despotismo, a través de la rebelión popular, la libertad), del bien el mal (de la libertad, ya que el hombre no sabe autodisciplinarse, resurge el despotismo)». Cada uno de los dos términos, piensa, contiene el germen del otro. Nosotros diríamos que la libertad es una conquista continua, en lo íntimo de cada uno y en la acción colectiva, y que, en cuanto individuos y colectividades bajan la guardia, pierde posiciones.*